



Nuevo país *de la arquitectura*

COMPILADOR Antonio López Ortega

Nuevo país *de la arquitectura*

COMPILADOR Antonio López Ortega



NUEVO PAÍS DE LA ARQUITECTURA

EDITORES

Vicepresidencia de Comunicaciones y RSE de Banesco Banco Universal
Fundación ArtesanoGroup

PRODUCCIÓN GENERAL

Vicepresidencia de Comunicaciones y RSE de Banesco Banco Universal

PRODUCCIÓN EJECUTIVA

Fundación ArtesanoGroup
Carmen Julieta Centeno

COORDINACIÓN EDITORIAL Y COMPILACIÓN

Antonio López Ortega

EDICIÓN DE TEXTOS

Graciela Yáñez Vicentini
Antonio López Ortega

DISEÑO

Ana Gabriela Ng Tso

CORRECCIÓN

Graciela Yáñez Vicentini

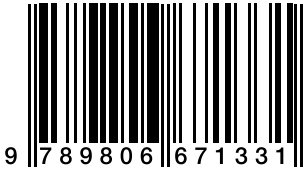
Depósito Legal: DC2025000261

ISBN: 978-980-6671-33-1

© Banesco Banco Universal, C.A.

Diciembre 2025

ISBN 978-980-6671-33-1



Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, podrá ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o por fotocopia, sin la autorización previa del editor.

EL «PARA QUÉ» DEL ARQUITECTO

I.

Es probable que este volumen dedicado a los jóvenes arquitectos venezolanos constituya una destacada referencia en el conjunto de la serie Los rostros del futuro. ¿Qué le otorga tal singularidad a esta recopilación, tal categoría a estas 19 entrevistas? Mi sugerencia: el modo cómo se entrelazan las historias de vida –historias profesionales y de formación– con el devenir de la sociedad venezolana y sus circunstancias. Es, si cabe la expresión, un libro de *aquí y ahora*, palpitante aproximación a estos primeros años del siglo XXI.

Sin embargo, el que resulte un volumen tan atornillado en las realidades del presente, no lo exime de volver a las preguntas tradicionales: en las entrevistas se reflexiona sobre qué es la arquitectura; qué papel tienen la ciencia, la técnica y el arte en sus grandes fundamentos; qué ha significado la arquitectura en el proceso civilizatorio y, también, en la cotidianidad de las sociedades. Me ha resultado llamativo que los entrevistados reunidos en *Nuevo país de la arquitectura* –que tienen, en su mayoría, entre 30 y 40 años de edad– no eluden la principal cuestión de fondo: el «para qué» del arquitecto.

El otro aspecto que destaca en la selección es que todos, de forma individual o como integrantes de un equipo o una empresa, son profesionales que ya tienen logros, obras que exhibir en su trayectoria.

Llevar consigo esa personalísima forma de la alegría de espíritu, que consiste en detenerse en una calle o en un espacio interior, mirar con detalle lo que está enfrente, y decirse a sí mismo: trabajé en este proyecto, fui parte activa de una solución, aporté tales ideas, pasé semanas o meses luchando con el tiempo y con la falta de sueño, invertí algo de mi energía, de mis conocimientos, mi creatividad y mis emociones para que esta realidad fuese posible.

Cierto es que, por fortuna, cada voz presente en este libro guarda su peculiaridad, su énfasis, su modo de encadenar los argumentos. No importa si se piensa la arquitectura a partir de su cuerpo de principios y deberes, o si la aproximación ocurre como respuesta a las demandas de lo social: estos jóvenes profesionales están conectados a las interrogantes, no solo las que provienen del entorno más próximo, sino también aquellas de carácter estructural, las que se formulan desde los postulados del medioambiente y la sostenibilidad.

Toda recopilación despliega, cuando menos, dos planos de lectura. En este caso, uno de los planos está constituido por las respuestas que los entrevistados dan a quienes les interrogan. Uno lo siente mientras lee: en cada intercambio apenas hay lugar para la improvisación. Entre quien pregunta y quien responde hay una sólida correspondencia: ambos ofrecen lo mejor de sí mismos. A las preguntas con fundamento les siguen las anécdotas, los pensamientos, las visiones, a menudo personalísimas, de estos jóvenes arquitectos.

El segundo plano de lectura es, si se quiere, el gran privilegio, el premio que recibimos los lectores. Funciona por acumulación y por analogía. A medida que los testimonios se suman, la experiencia de leer se redimensiona. Gana textura, altos contrastes y sucesivos matices. Se añaden puntos de vista diferenciados. Modos distintos de entender la proyección social de la arquitectura. Son expresiones de diversidad, la convivencia sistematizada entre las distintas visiones, lo que constituye la más alta recompensa de este libro.

Ha resultado providencial para mí encontrarme con lo que tienen de peculiar, de elección personal, esta sucesión de testimonios. Ningún enfoque –artístico, utilitario, ambientalista, anudado a la ingeniería, pragmático-urbano, orientado hacia el diseño, de voluntad paisajística, apegado a la funcionalidad, bajo la influencia de tal o cual maestro, o de tal o cual escuela, más inclinado a la tradición o a la innovación, como creación de un autor o fruto de la estructuración de un colectivo, atento a las potencialidades de los nuevos materiales–, a fin de cuentas, se aleja de las consideraciones cruciales, relativas a la arquitectura y las personas, la arquitectura y la sociedad, la arquitectura y lo urbanístico, la arquitectura como práctica profesional inscrita en este mundo en plena y creciente transformación.

II.

Hace un siglo aproximadamente, entre las décadas del diez, del veinte y del treinta, ocurrió un fenómeno semejante al que hoy vivimos en nuestro revulsivo siglo XXI: comenzó a repetirse, hasta alcanzar el estatuto de consenso, que se había iniciado una nueva era. Del mismo modo en que hoy hablamos de lo analógico como del pasado, entonces se decía que la era victoriana pertenecía a otro tiempo.

¿Qué veían nuestros semejantes de aquellos años? Que se instalaban fábricas y líneas de producción cada vez más veloces. Que aparecían nuevas palabras para narrar lo que ocurría. Que las fronteras se expandían y los volúmenes de todo crecían. Aumentaba la velocidad y se producían los primeros accidentes de tránsito. Las ciudades duplicaban, triplicaban o cuadruplicaban sus calles y edificios. Los mapas se cargaban de nuevas líneas ferroviarias. En 1935 las señales de las emisoras de radio alcanzaban a casi 80 % de la superficie habitada del planeta.

En 1940, el escritor británico H. G. Wells, cuando ya se había iniciado la Segunda Guerra Mundial, fue invitado a los hangares militares donde habían comenzado a fabricar el *Gloster Meteor*, el primer caza a reacción británico que entraría en combate tres años después. Entonces escribió que ningún británico podía imaginar una máquina tan destructiva, y que, de allí en adelante, el ser humano no podría soportar más velocidad, ni más aceleración, ni motores más ruidosos, ni tantos cambios que “revolucionen los días apacibles”.

He querido consignar esta anécdota para volver a un rasgo inherente a nuestro tiempo: la dificultad, cada vez más pronunciada, de pronosticar o vislumbrar lo que viene. Si H. G. Wells no alcanzó a imaginar que todas las velocidades se dispararían, tampoco nosotros, que vivimos un tiempo de incesantes disrupciones, podemos saber hoy el rumbo que tomará nuestra vida en común. Lo que sí estamos autorizados a proyectar es que vamos hacia un mundo en el que los jóvenes arquitectos serán un factor decisivo en la transformación de las ciudades en espacios de dignidad y convivencia.

III.

Nuevo país de la arquitectura es el onceavo título de la colección Los rostros del futuro. Ha transcurrido una década desde la aparición del primer volumen, en 2015, dedicado a los jóvenes músicos. En el camino se han añadido los testimonios de escritores, artistas, cineastas, fotógrafos, artesanos, profesionales del teatro, la danza, el diseño y la gastronomía, hasta llegar a este volumen.

Llegados a este punto, ciertas preguntas fluyen con plena legitimidad: ¿qué voluntad guarda este conjunto de once títulos? ¿Qué claves, qué significados nos ofrecen? ¿Por qué, cuando hayan transcurrido 30 o 40 años, muy probablemente, se los leerá y estudiará con avidez, entusiasmo y sorpresa?

Sostengo que serán leídos porque Venezuela habrá cambiado de forma sustantiva. Nuestro país ingresará con su mejor disposición a los beneficios, a las ineludibles transformaciones de la revolución digital. El avance hacia lo inevitable ya ha dado sus primeros pasos.

Pero también serán escudriñadas como unas páginas en las que se aglutinó una inusual concentración de talentos, ciudadanos del trabajo, de la creación, de los emprendimientos y de la persistencia, que no se rindieron, que lucharon, y que durante años particularmente difíciles mantuvieron izada una bandera de esperanza.

Juan Carlos Escotet Rodríguez
Presidente del Grupo Banesco Internacional

EL LENGUAJE DE LA MODERNIDAD

A veces se nos olvida que la edad de Venezuela como república no alcanza los dos siglos. Si miramos hacia el XIX, desde 1830, las pugnas entre bandos y parcialidades dominan nuestra vida pública: recordemos que fue precisamente el historiador Manuel Caballero quien determinó solo once años de paz durante nuestra primera centuria. Los inicios del siglo XX no parecen alterar el panorama, pues entre las dictaduras de Cipriano Castro y Juan Vicente Gómez se consumieron los primeros 36 años del siglo anterior: con razón nuestro gran pensador Mariano Picón Salas afirmaba que nuestro siglo XX, en verdad, había comenzado en 1936. Las guerras fratricidas y los enfrentamientos de estos siglos previos, obviamente, dilataban la vida civil, la sed de futuro, las iniciativas económicas, los emprendimientos, los proyectos y los sueños. Bajo esta inercia, es muy probable que los hogares, las edificaciones, las fábricas, los monumentos, las obras públicas, las ciudades mismas se mantuvieran incólumes. Venezuela parecía una estampa inmutable y la impronta colonial de cuadras y esquinas, de calles empedradas, o de moradas de bahareque en los pueblos se asemejaban a una fotografía que se repite como un médano.

Según los estudiosos, hay que esperar hasta 1950, con el llamado Modernismo, para ver el comienzo de una transformación cívica: la huella de los techos de tejas que se moldeaban en los muslos de las mujeres muta hacia edificios como agujas, los caminos de polvo se transforman en autopistas, las fábricas se modernizan, los barrios se convierten en planes de vivienda. Gracias a los réditos de la industria petrolera, a la vuelta de la democracia, al impulso de las universidades, a la formación de profesionales en todos los campos, al auge de hospitales y servicios públicos, Venezuela se transforma a una velocidad de rayo en un país moderno, a la cabeza de Hispanoamérica. El Modernismo fue una confluencia de escuelas y facultades especializadas, de grandes maestros y especialistas y de obras de gran envergadura. Las necesidades educativas, sanitarias, de transporte, recreativas, industriales de una población creciente se traducen en obras emblemáticas como la Ciudad Universitaria, el Parque del Este, el puente Rafael Urdaneta, el Banco Central de Venezuela, el edificio Las Laras de Maracaibo o el Teatro Teresa Carreño. Grandes maestros como Carlos Raúl Villanueva o Gustavo Legórburu, por solo nombrar dos, aprovechan el auge económico, el crecimiento industrial o las riquezas mineras para engrandecer el ornato público y el civismo.

En la actualidad, la arquitectura contemporánea en Venezuela no cuenta con el furor de las décadas pasadas, pero sí se caracteriza por su diversidad y creatividad. A pesar de los logros, bien sabemos que Venezuela enfrenta desafíos significativos, como la crisis económica y la falta de inversión en infraestructura. Sin embargo, también hay oportunidades para la innovación y el crecimiento, especialmente en el ámbito de la arquitectura sostenible y la rehabilitación de edificios históricos. Nuestros arquitectos, por ejemplo, están experimentando con nuevos materiales, tecnologías y estilos, lo que ha llevado a la creación de edificios y espacios públicos innovadores y funcionales.

Nuevo país de la arquitectura, undécimo título de la serie patrocinada por Banesco, reúne a 19 profesionales del oficio nacidos entre 1985 y 1998. Estos jóvenes, sensibilizados por las realidades sociales, se caracterizan por la diversidad, creatividad y resolución de sus proyectos. Si en tiempos del Modernismo las grandes edificaciones y los espacios públicos eran los proyectos de mayor demanda, se diría que hoy son los proyectos sociales los que más retan a estos nuevos profesionales. Honrar a las comunidades viene a ser el credo de hoy y del futuro próximo. En los últimos años, esta serie ha cubierto los campos bastante vastos de la música, la literatura, las artes visuales, el cine, la fotografía, el teatro, la danza, la artesanía contemporánea, la gastronomía, hasta llegar en 2025 a la arquitectura. Como en las entregas anteriores, buscando la mayor amplitud, hemos constituido un comité de selección que, después de una ardua deliberación, ha definido el listado final. En ellos ha recaído la selección de los 19 jóvenes talentos incluidos en este libro, todos ellos comprendidos entre la edad de 25 y 40 años. Tarea siempre difícil cuando el panorama de candidatos era considerablemente amplio. En este sentido, por la aplicación y el rigor con los que han trabajado, queremos dejar constancia de nuestro agradecimiento a los miembros del comité.

Como en las entregas anteriores, cada uno de los seleccionados cuenta con una entrevista extensa y detallada, que recorre aspectos de su vida y obra, y también con un portafolio visual de su trabajo. Adicionalmente al valioso grupo de periodistas que nos han acompañado, hemos contado con la colaboración de un amplio conjunto de fotógrafos que se ha esmerado en reproducir planos, maquetas, diseños, retratos y cuanta imagen o documento ha sido necesario para que este valioso libro sea hoy una realidad. Todo este esfuerzo que ha significado coordinar testimonios, imágenes y editar textos se lo debemos al equipo de la Fundación ArtesanoGroup.

En una sociedad moderna, la arquitectura no es un medio o puente para llegar a destino. Más bien debemos verla como un fin en sí misma, pues concilia conceptos tan disímiles como belleza, funcionalidad, bienestar, armonía, convivencia o porvenir. Históricamente, ya lo hemos dicho, Venezuela contó con una arquitectura colonial y a partir de 1830 con una arquitectura republicana, pero es a partir de 1950, con el auge del Modernismo, que la arquitectura venezolana se hace universal. Esa cima que alcanzamos es la referencia de nuestros arquitectos de hoy: si la tuvimos antes, podemos volverla a tener, ya fuese por obras públicas o privadas. En esos años, todas esas obras contaron con diseños

audaces, funcionales, armónicos. Ese ha sido el lenguaje de la modernidad, el nuestro, y nadie puede decir que estamos impedidos de recuperarlo. La convergencia entre sistema democrático en lo político, dinámica liberal en lo económico y convivencia de clases en lo social fue lo que hizo posible esa edad de oro, sin duda la mejor de nuestra historia. Los nuevos arquitectos lo saben, y por eso están muy volcados a los proyectos sociales, quizás a la espera de que las políticas públicas y la iniciativa privada se sumen a ese empeño colectivo. Venezuela está a la espera de un futuro mejor, y los arquitectos están en la primera fila de empeño para hacerlo posible.

Antonio López Ortega
Compilador y editor

COMITÉ DE SELECCIÓN:

Ana Lasala

Anabelí Vera-Marín

Elisa Silva

Enrique Larrañaga

Guillermo Barrios

Gustavo Izaguirre

Henry Vicente

Ignacio Cardona

Isabel Caleyá

Jesús Yépez

José Alejandro Santana

Lourdes Peñaranda

María Isabel Peña

Oscar Aceves

ÍNDICE



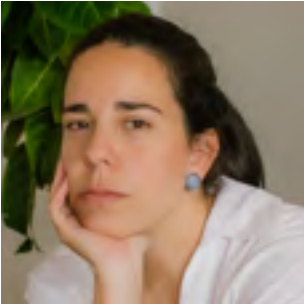
Alejandro de Pasquale 12



Reinaldo Martínez Arana 31



Manuel Ignacio Ball Leonardi 48



Martina Centeno 66



Maximillian Nowotka 84



Oriana Ferrer 102



Gildre Aquino 120



Josymar Rodríguez Alfonzo 137



Rodrigo Marín Briceño 152



Rodrigo Armas 170



Julio Kowalenko 188



Ana Valenzuela 205



Emilia Monteverde Siso 223



Daniel Arturo Rodríguez 242



Elisa Rendo 260



Azarai Hernández 278



Rodolfo Wallis 296



Tomás Caeiro 314



Fernando Peraza Azuaje 332



Créditos periodistas 351

Créditos fotógrafos 354



— 1985 —

Alejandro de Pasquale

«La arquitectura es materializar ideas»

Arquitecto nacido en Caracas en 1985, egresó de la Universidad Central de Venezuela en 2010. Desde entonces se ha desempeñado en la construcción de edificios y el diseño de interiores. Inspirado en el arte, es partidario de la integración de lo viejo con lo nuevo, como constató que se hace en Italia, donde estudió un año, en el Politecnico di Torino. De estilo ortogonal y pragmático, interesado en el brutalismo caraqueño, se siente muy influenciado por Renzo Piano. Actualmente es uno de los socios de la firma Obra Verde, lo cual le ha permitido realizar trabajos de los que se enorgullece, como la dulcería griega Luku de Los Palos Grandes, entre muchos otros

@obraverde

 Humberto Sánchez Amaya

 Claudia Wiesner, Saúl Yuncoxar, Obra Verde

La oficina de Alejandro de Pasquale queda en Bello Monte. Es lunes por la tarde y en la sala de reuniones no hay nadie, pero es fácil imaginar que durante un encuentro en esa mesa es difícil no mirar cada uno o dos minutos al ventanal que muestra la ciudad y la montaña que la corona. De Plaza Venezuela a poco más allá de Chacaíto es la vista desde el lugar. Es una oficina elegante, pero jovial. De esas que combinan ladrillos en una pared, con un afiche de la ciudad de París, una pared de un cemento liso que casi parece espejo, libros de arquitectura que subrayan la pasión de quienes ahí laboran, y un olor a café en la tarde que revela el gusto de los que se trasnochan.

Es la sede de Obra Verde, la firma de proyectos de arquitectura, diseño de interiores, construcción y gerencia de obra de la que Alejandro de Pasquale es socio.

Nacido en 1985, egresó como arquitecto de la Universidad Central de Venezuela en el año 2010. Era la carrera con mayor puntaje cuando en el colegio hacían esas pruebas vocacionales en ese momento de la vida en el que están a punto de acabarse los recreos en el patio; entonces las preguntas sobre el futuro son la constante cuando la adolescencia empieza poco a poco a quedar atrás.

Recuerda cómo desde niño le llamaban las formas de las casas que veía. Iba por la calle con sus padres y decía qué bonita es esa, qué linda es aquella, esa no tanto. Recuerda, mientras le brillan los ojos, los momentos en los que pasaba por la avenida Miguel Ángel, también en Bello Monte, y veía el edificio La Paz, esa construcción de 1954 que llama tanto la atención cuando se camina por ahí. Sí, caminar, para apreciar con más calma.



Es un edificio que tiene en cada piso un elemento de concreto en forma de V. Da la impresión de que los apartamentos estuvieran inclinados hacia el centro en sus fachadas norte y sur. Cualquiera se preguntaría, de estar inclinados, cómo harían para mantener una mesa con la sopa caliente sin que se derrame.

«Siempre tuve esa sensibilidad e interés por los edificios, por las casas, por todos los espacios públicos».

Pasaba mucho por ahí porque hasta hace cinco años vivió toda su vida en Terrazas de Las Acacias. Entonces, Santa Mónica, Bello Monte, Los Chaguaramos y Los Símbolos eran zonas constantes de una rutina como niño, adolescente y luego adulto.

Ahí vivía en una casa de dos pisos con su mamá, su papá y su abuela. Ahí, en esa casa, se la pasaba en las tardes viendo revistas de decoración que guardaban en el hogar. Le fascinaban esas páginas en las que sugerían cómo darle no solo orden, sino expresión estética al lugar de la vida o del trabajo, aprovechar los espacios no solo para la utilidad, sino también para el regocijo de darle sentido de pertenencia y expresión personal al lugar que se habita.

Estudió en el colegio Agustiniانو Cristo Rey de Santa Mónica, desde la camisa roja hasta la *beige*. Nunca fue de ver mucha televisión, pero sí una que otra película configuró esa admiración por la estética de una puesta en escena.

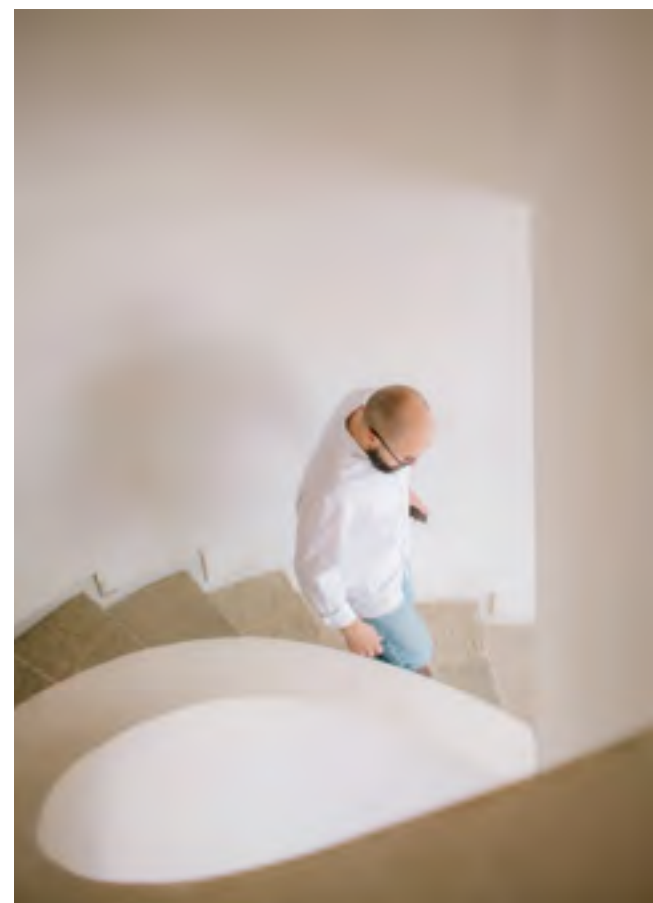
La ingeniería civil estuvo en el horizonte. Fue una de las opciones a evaluar cuando terminó el colegio. De hecho, hasta la psicología le llamó la atención. Pero nada que ver. La prueba vocacional fue determinante, y ya antes le habían dicho que sería arquitecto.

Desde pequeño tenía mucha facilidad para el dibujo. Una vez la abuela le dijo que como que iba a ser arquitecto por lo tanto y lo bien que dibujaba. En el colegio en Dibujo Técnico era un lince. Ayudaba a los otros compañeros que no eran tan diestros.

«A lo mejor eso fue algo que se quedó en mí. Mi mamá también me dijo que ella creía que podía ser un buen arquitecto y tal». Dibujaba paisajes, no tanto formas humanas.

Era la época de la abuela Ada, de su papá llamado Sabatino, pero al que le decían Sato, y de su mamá, que se llama Conchita Brenca, pero a quien llaman Titi.

Los fines de semanas eran de comelona, así, a la italiana, la ascendencia familiar. Todos los jueves y domingo eran de pasta y salsa roja. La abuela cocinaba como los dioses, divino todo. Ahora, ya mudado, trata de comer más carne, pollo, arroz, ensalada.



“Aunque uno sufre mucho cuando se estudia, Arquitectura es una carrera increíble. Es maravilloso cuando ves las cosas diseñadas construidas”

«No es que comer pasta no sea sano, pero llegué a mi límite. Ahora tengo una rutina en la que casi todos los días como lo mismo. Solo a veces voy a casa de mi mamá y tengo que montarle la llorona para comer otra cosa, pero si toca pasta, toca pasta. No puedo hacer otra cosa».

Su infancia la describe como muy loca. «Las tardes se pasaban por mi casa. Yo vivía en una redoma. Éramos todos chamos contemporáneos. Fastidiábamos todo el día. Salíamos a patinar, montar bicicleta. Era puro echar broma».

Pero entre tanta euforia en el asfalto, entre los gritos de lánzate, móntate o dale más rápido, había momentos para el sosiego de la casa, donde encontraba otro tipo de emoción al revisar esas revistas de decoración interior que hallaba ahí. Eran de su mamá, y había por montones.

Curiosamente, su papá tenía una fábrica de bloques de aliven. «¡Imagínate! Pienso que tal vez por eso también pudo haberme interesado algo como el diseño interior».

VIDA UNIVERSITARIA

Con los años se fue cumpliendo el designio de la abuela, mejor dicho, *la nonna*, quien al verlo dibujar y mirar tantas revistas de diseño decía que sería arquitecto.

«Pensé que era buena idea presentar en todo lo que pudiera. Por eso también opté por ingeniería. Pero bueno, terminé en arquitectura y pienso que fue lo mejor. La arquitectura es una profesión muy gratificante. Aunque uno sufre mucho cuando se estudia, es una carrera increíble. Es maravilloso cuando ves las cosas diseñadas construidas».

Sí, son años de desvelo en la universidad, además de esos pensamientos constantes de si lo que se está diseñando es factible. «Por ejemplo, en diseño, que es la columna vertebral de la carrera, uno siempre está a merced de lo que pueda parecerle o no al profesor porque es muy subjetivo. No es como cuando uno estudia ingeniería, que tú sabes muy bien que dos más dos son cuatro. Si bien en arquitectura hay varios principios muy claros, que sabes que estará bien si los cumples, está ese lado subjetivo en el que no todo puede ir muy bien».

Pero más allá de las subjetividades, hay profesores que están en ese panteón, aquellos que fueron clave en su formación. «Edwing Otero es uno de los profesores que más recuerdo, le debo mucho. Le tengo mucho cariño. Fue mi tutor de tesis, además de mi primer profesor entrando en la universidad. Luego están José Alejandro Santana y Carlos Gago como en ese segundo lugar».

Hay otro por el que siente especial cariño: Eduardo Kairuz, a quien considera más alternativo, disruptivo. «Los anteriores que nombré son más pragmáticos. En cambio, Kairuz era experimental. Vi clases con él durante un semestre y fue bastante interesante. Recuerdo que hicimos un carrito de buhoneros. La intención era construirlo a escala real. Pero en ese momento pasó algo en el país, creo que hubo protestas, y no se pudo».

Todavía tiene la maqueta de ese carrito de buhoneros, una iniciativa que surgió con la intención de dar una respuesta desde la academia a la buhonería, en ese caos en que se amontonaban tantos en calles y bulevares caraqueños. «Era poner un granito de arena, algo que pudiera replicarse como una solución al problema».

Fue un trabajo que además le dio buena nota, cree que sacó 19 puntos si la memoria no le falla. Pero más importante que cifras para promedios fue lo que constató: que tenía potencial. «La verdad es que yo siempre estaba satisfecho con los productos que entregaba semestre a semestre. Me daba cuenta de que definitivamente era lo mío».

De arquitectura sabía las nociones, todo eso de darle líneas a las casas, a los edificios, pero tampoco es que había indagado mucho más cuando comenzó la universidad. En esos primeros tiempos de la carrera el profesor de dibujo le preguntó qué arquitecto tenía como referencia. El joven entonces no supo qué responder.

Solo atinó a decir que Carlos Raúl Villanueva. Claro, era del que más había escuchado hablar porque además su mamá es farmacéutica egresada de la Universidad Central de Venezuela.



“Ahora mi arquitecto favorito es Renzo Piano porque es extremadamente profesional. Hace un muy buen trabajo”

«Todo eso lo aprendes en la carrera. Ya en la facultad uno va descubriendo otros nombres como Zaha Hadid, MVRDV, Rem Koolhaas, todos esos bichos que son como superestrellas. Pero después, al final de la carrera, y hoy más como profesional, te digo que mi arquitecto favorito es Renzo Piano porque es extremadamente profesional. Hace un muy buen trabajo».

Para ilustrar a qué se refiere con el término «arquitecto profesional», Alejandro de Pasquale dice que, por ejemplo, Zaha Hadid llama la atención por lo disruptivo. En cambio, con Renzo Piano es diferente, porque se trata de una arquitectura pragmática, que funciona porque cumple el programa, y no es demasiado invasiva.

«Me refiero a una arquitectura que está allí, que lo hace bien. Puede que sepas de arquitectura o no, pero te parece interesante el edificio. No es solo para llamar la atención».

Ya en la Universidad Central de Venezuela, en ese espacio de 202,53 hectáreas, entre tantas facultades, escuelas, centros de estudiantes, cafetines había otras dinámicas para sumarse. Pasar del colegio a un centro tan gigante, que intimida porque pareciera que nunca se conocerá del todo, el entonces aspirante a arquitecto afirma que fue una experiencia muy buena.

«Hice un grupo de amigos excelente. Lo que pasa es que la Facultad de Arquitectura es demasiado homogénea. Entonces, es como una burbuja. Yo no tenía mucha interacción con el resto de las carreras. Claro que uno pasea por otras zonas, pero digamos que siempre estuve metido en la Facultad».

Pero por más homogeneidad que haya, el estudiante inquieto siempre buscará su voz. «Sí. Están siempre esos arquitectos que te empiezan a gustar y te sirven de gran referencia. Eso te va ayudando a tener poco a poco tu estilo. Entonces, a lo mejor tú eres de círculos, de formas orgánicas, o a lo mejor eres demasiado pragmático, ortogonal y recto, que creo que es mi caso. Además, en mi unidad, que es la unidad 9, en la que me gradué, todo es demasiado estructurado y pragmático. Yo me sentí bastante bien. Bastante ortogonal».

Alejandro se refiere a las unidades docentes de la facultad. Son dependencias académicas de pregrado que desarrollan diversos enfoques de la carrera. «Hay otras unidades, como la X, que son más experimentales».

EN EL TERRENO

Ya antes de graduarse, estaba trabajando entre tierras, cemento y camiones. Era el arquitecto residente en la construcción del edificio San Antonio, de Las Acacias, ubicado justo al lado del metro de Los Símbolos. Le faltaban pocos meses para ponerse la toga y el birrete.

Era el encargado de velar por que se cumpliera lo que estaba proyectado: resolver si se presentaba un problema, ver si lo que estaba en planes no se podía realizar; entonces había que buscar otras maneras.

«Yo era demasiado joven para ese momento. Tenía un maestro de obras brillante, un portugués llamado Joaquín Alves. Trabajamos muy de cerca, en conjunto. Simplemente yo daba algunas ideas, pero él fue el que más me enseñó. Estuve en ese proyecto desde los pilotes hasta la entrega de llaves».

Después de esa constructora se fue a trabajar a Oficina de Arquitectura, ODA, de Juan Machado, ubicada en Chuao. Duró aproximadamente cuatro años, pero estuvo lejos de la construcción. Ahí estaban dedicados a puros proyectos. Es decir, arquitectura. Diseñar, proyectar.



“A veces los arquitectos diseñan mucho, pero no están seguros de cómo se construye. A mí me encanta diseñar y construir”

«Se trata de solo proyectar un edificio, una casa, una plaza, un local, lo que sea que pida el cliente. No había nada de ejecución en los terrenos. Cuando ejecutaba un tercero, desde la oficina se podía ofrecer una supervisión. A lo mejor el arquitecto iba una vez por semana para ver si las cosas marchaban bien».

Recuerda que comenzó a diseñar una casa en Cerro Verde. La había comenzado un colega que se fue a vivir a España. Le dijeron que estaban buscando gente en la firma y, al entrar, tomó ese proyecto que se había ejecutado solo en un 50 %. «Terminé lo que faltaba, pero creo que esa casa no se construyó. Luego pasamos a diseñar otra, pero tampoco se construyó. Luego pasamos a un centro comercial en Guarenas. Me encargué de un *penthouse* en Los Campitos, que sí se llevó a cabo. Quedó bastante chévere. Hice varias cosas estando allí».

Pero Alejandro se fastidió de tanto trabajo entre paredes y volvió a laborar en una constructora. Estuvo como arquitecto residente durante dos años. Se encargó, por ejemplo, de un edificio en La Castellana.

«Resolvía los problemas del día a día. Ahí estuve hasta que Martina Centeno, amiga de la época de Oficina de Arquitectura, me hizo una oferta. Ella se había asociado con Oriana Ferrer para fundar Obra Verde. Un día me ofrecieron asociarme con ellas. Obra Verde estaba creciendo. Comenzaron a ejecutar obras. Necesitaban a una persona encargada de ser el brazo ejecutor. Consideraron que yo cumplía ese perfil».

Eso fue por allá en el año 2019. El camino se volvió más propio. «Comenzamos haciendo diseño interior, pero ahora estamos abarcando más arquitectura. Mi rol es el de un ejecutor. En este momento ya estamos desarrollando las obras que proyectamos si el cliente está de acuerdo».

Pone como ejemplo reciente la dulcería griega Luku en Los Palos Grandes. Diseñaron el proyecto y lo entregaron. El cliente preguntó cuánto costaba hacerlo. Enviaron un presupuesto. Entonces no solo se sumaron como departamento de diseño, sino como departamento constructor.

«Y eso me gusta. A veces los arquitectos diseñan mucho, pero no están seguros de cómo se construye. A mí me encanta diseñar y construir. En la oficina surgen unas cosas loquísimas. Entonces toca romperme el coco para ver cómo desarrollar lo que está proyectado. Martina y Oriana también se fajan mucho para que eso suceda».

Luku fue un proyecto cuesta arriba. El cliente tenía un presupuesto bastante ajustado. Ellos querían que quedara lo más parecido posible al proyecto, pues eso al final le da prestigio a la firma. «Y se logró. Me parece que el producto final quedó muy bien.



Proyecto: Luku.

Ubicación: Urb. Los Palos Grandes. Caracas, Venezuela.

Año: 2024.

Nos demoramos más de lo previsto, pero esas cosas pasan. Al final se pudo».

Hablamos de un local en el que predominan el azul, el naranja y el blanco. Entre paredes lisas y cerámicas azules en toques justos para no saturar, pero tampoco escasear. La disposición de colores es bien calculada, en la justa medida, como si fuera un juguete. Si Wes Anderson viniera a Venezuela, seguro tomaría el lugar para algunas de sus escenas.

A cada cliente le entregan el diseño en *render*, esa creación de una imagen o video digital que da una perspectiva amplia de cómo quedaría todo. Las maquetas son para proyectos que lo ameriten, dice. Un edificio grande puede necesitarlo para tener constancia del volumen y cómo responde al contexto. «Es importante para cuando se hace arquitectura. Nosotros mayoritariamente hacemos interiorismo. En nuestro caso realizar una maqueta no tiene mucho sentido».

Comenzaron con diseño interior porque fue lo que tocó. «En Venezuela no se hace mucha arquitectura. Aquí la construcción está en manos de muy pocos. Entonces, lo que más trabajo da es el diseño interior. Hay que seguir produciendo».

Además de ese trabajo, Alejandro es, junto con Martina Centeno, uno de los coordinadores de la certificación de Diseño de Interiores de la Universidad Católica Andrés Bello. Para él es un oficio que se encuentra en un área muy delgada entre lo que hace el arquitecto y el diseñador. Y a veces ambas líneas se cruzan.

«El diseñador de interiores puede terminar haciendo algo del arquitecto y el arquitecto puede terminar haciendo algo del diseñador de interiores. Se da el caso de que el diseñador termine lo que el arquitecto no culminó. Lo que pasa es que la formación que a uno le dan a veces no llega a ese nivel de detalle. Hay arquitectos que sí, por ejemplo, tenemos la Villa Planchart, en Caracas, de Gio Ponti. Él diseñó todo, hasta los cubiertos de la casa. Pero no es lo común. La realidad que predomina es que los arquitectos lleguen hasta el volumen y vean que todo funcione, la circulación, los espacios. Pero su trabajo no alcanza hasta dentro, toda esa dinámica humana que ocurre ahí».

Piensa que se debe a la falta de tiempo. «Además, estamos en momentos en que todo es tan para ayer. Entonces, diseñar la vajilla de una casa exige



Proyecto: Luku.

Ubicación: Urb. Los Palos Grandes. Caracas, Venezuela.

Año: 2024.

demasiado. Es difícil. Toca entregar la mayor cantidad de detalles que puedes como arquitecto, y después que cada cliente se encargue de acuerdo a sus gustos, o entra en el juego un diseñador de interiores».

Y claro que sí, a Alejandro le gustaría llegar a los niveles de Gio Ponti, encargarse de cada dinámica de existencia que generan sus diseños.

«Pero también creo que eso a los clientes no les interesa. Al principio eso me frustraba un poco, pero ya hay una costra que uno tiene. Si el cliente desea que uno lo acompañe hasta cierto punto, así será. Uno incita sin dudas a pedir más, pero si no hay correspondencia, ellos dirán que lo harán a su manera».

LA INSPIRACIÓN

Cuando necesita alimentarse mentalmente, Alejandro acude al arte. «Es mi primera fuente para tomar referencia. Es una cosa loca. Hay algo que hace que el cerebro comience a trabajar. No sé cómo funciona. Y una vez que la chispa está despierta, entonces me voy a las plataformas de arquitectura, a las páginas de internet o libros que tengo en mi casa, croquis, blogs, lo que sea, y entonces ahí comienzo a ver. Escudriño qué me sirve de referente. Esto lo puedo usar, esto no. Sin duda, a estas alturas, lo que más me inspira es el arte y la fotografía».

Le encanta el arte cinético. Si tiene que nombrar a un artista, no tarda en mencionar el nombre de Mercedes Pardo. «Ella era menos predecible. Con Carlos Cruz-Diez y Jesús Soto ya sabes cómo es. Es difícil sacarlos de ahí. En cambio, con Mercedes pasa de todo. Me encanta».

En casa no eran mucho de consumir arte, pero en la Universidad Central se despertó ese interés en él. Comenzó a indagar en galerías. «Una vez fui a la Galería Freites en Las Mercedes, donde compré mi primer cuadro. Ahí vi una obra de Mercedes Pardo. No la compré. Me llevé una pieza pequeña de Oswaldo Subero en ese momento porque me encantaron los colores y las formas. Pero me fascinó lo que vi de ella y comencé a averiguar más».

También recuerda cómo en clase se enteró de la existencia de Gego. Estaba en los primeros semestres de la carrera, había entregado un trabajo sobre forma y movimiento. Una composición. Entonces el profesor le dijo que se parecía mucho a la propuesta de Gego. Alejandro no tenía la más mínima idea de ese nombre, así que le dijeron que buscara.



“*En Venezuela no se hace mucha arquitectura. Aquí la construcción está en manos de muy pocos*”



Proyecto: Oficina P11 - Bello Monte.

Ubicación: Urb. Bello Monte. Caracas, Venezuela.

Año: 2019.

«Se abrió una puerta que no se ha cerrado».

Entre los diseñadores que le gustan están Andrea Ayala, que es amiga, así como Eddymir Briceño y Yonel Hernández.

«También busco inspiración en una firma que se llama Pentagram, que es de diseño gráfico. Ellos hacen de todo: diseño, arquitectura, interiorismo. También me meto en Behance, ese portal en el que puedo pasar horas metido paseando entre la fotografía y el diseño gráfico. Es como un bombardeo de información».

Con sus colegas suele hablar de un diseño que le resuena, de un edificio que le gustaría construir, el de sus sueños. Sí, lo tienen en mente. Sin duda, una casa, pero también una funeraria. «Digamos que en las funerarias hay demasiado sentimiento involucrado. Hay muchos sentimientos a flor de piel. Si te fijas en la del Cementerio del Este, cuando llegas, es una estructura metálica muy ligera, como si estuvieras en el cielo. En cambio, la Vallés de toda la vida es más encerrada, de madera, oscura. Entonces en una está esa sensación de cercanía al cielo mientras en la otra todo está más próximo».

En su entorno, entre amigos y familiares, lo que más le preguntan es de qué color pintar las paredes de una sala o una habitación. Ahora bien, en la casa materna es donde menos lo consideran. Ese hogar está arreglado muy al estilo de Conchita, su mamá. Ahí lo que más le toca ser es el *handyman*. Arreglar una llave de fregadero, alguna tubería rota o cualquier otro menester por el estilo.

LA CIUDAD

Admite que es de los que va por una calle, ve un edificio o una casa y se pregunta qué carrizo pasó por la cabeza del arquitecto que se encargó de esa obra. «¿Por qué hicieron eso? Después de estudiar Arquitectura eso uno no lo puede dejar de hacer. Y cuando eres estudiante mucho más».

De Caracas le fascina la torre América en Bello Monte, ese imponente edificio que está al lado del hotel Meliá Caracas, y que se puede ver desde la oficina de Alejandro. Lo señala para que quede constancia de que lo que dijo se puede comprobar inmediatamente.

También menciona el edificio de *El Universal*, en la avenida Urdaneta, así como el del Inces, en la nueva Granada. El primero es una obra de Francisco Pimentel, Bernardo Borges y George Wilkie, mientras que el segundo lleva las firmas de Tomás y Eduardo Sanabria. «Hablamos de arquitectura pura y dura. Arquitectos venezolanos muy buenos».

Le cuesta dar un nombre cuando se le pregunta por una construcción más reciente.

De la torre América destaca el remate, todo lo que sucede en la planta alta. «Es increíble lo que ahí sucede. Porque además tiene como una romanilla en concreto. Es como la piel de las oficinas que ahí están. Si no has estado, es alucinante. Te digo que es una grandiosa experiencia». Así se refiere a la obra de Carlos Gómez de Llerena y Moisés Benacerraf.

Edificios clave del brutalismo caraqueño. De hecho, vio *El brutalista*, la película protagonizada por Adrien Brody nominada en 2025 al Oscar. «Muy oscura. Siempre peleo con la iluminación de las películas. Hubo cosas que me costó ver. Pero sí me gustó. Muy interesante».

Sin embargo, tiene sus reservas con el Teatro Teresa Carreño. «No es de mis edificios favoritos, pero sin duda es una pieza».

Suspira cuando se le pregunta por sus observaciones al complejo cultural. «No me quiero poner en esa. Pero bueno... Las escaleras deben ser perpendiculares a la dirección, y hay unas que están oblicuas. Eso es confuso para la dirección. Es uno de los detalles más objetivos. Digamos que no me hace *click*, pero sin duda es una gran pieza. Es un buen edificio. Ojalá algún día pudiera hacer algo así. Sin embargo, prefiero la torre América».

A la derecha de su escritorio hay un cuadro con un mapa de París. Estaba en la antigua oficina de Obra Verde cuando estaba ubicado en el Country Club. Cuando llegaron, ya colgaba en una de las paredes. Y cuando tocó mudarse, se lo llevó. Quiso conservarlo, aunque París no es de sus ciudades favoritas. Tampoco le hace *click*.

«Es bellísima. París es una ciudad increíble. Es bellísima, pero no es de mis ciudades favoritas».

Para Alejandro, Caracas es una ciudad caótica. No es el primero que lo dice. Es un lugar común, pero lo reafirma porque la ha caminado, le ha palpado el pulso en sus formas, y ahora desde su oficina la mira todos los días. Pero, aun así, le fascina.

«Hay zonas muy interesantes. Por ejemplo, a mí Cumbres de Curumo me encanta. Tiene un urbanismo bastante chévere. Las escaleras de los edificios son bellísimas. Me pasa lo mismo con El Cafetal, un lugar que se desarrolló muy bien. El urbanismo estuvo muy bien pensado y se mantiene hasta ahora».

Es partidario de integrar los edificios viejos a nuevas estructuras. Eso de la preservación del patrimonio. «Es lo que hacen países mucho más viejos que nosotros. Tú puedes



“El diseñador de interiores puede terminar haciendo algo del arquitecto y el arquitecto puede terminar haciendo algo del diseñador de interiores”

ver, por ejemplo en Italia, que lo hacen. Ves la fachada de un edificio del siglo XIX acondicionada a una estructura super *high-tech*. Conjugan las dos cosas. Mantienes tu identidad como ciudad, pero bueno, le das el uso y el confort que necesita la persona adentro. Eso, desgraciadamente, no sucede en esta ciudad. Aquí borramos y construimos desde cero».

Rememora los tiempos en los que estuvo durante un año de intercambio en el Politecnico di Torino, Italia. «Fue un choque ver cómo lo que existe se respeta, entonces hay que trabajar en función de eso. Hay mucho énfasis en ese tema. Aunque el ejercicio que hice allá no fue de restaurar algún edificio, sino levantar una plaza en un terreno masivo. Allá traté de ver cosas que no se veían mucho acá. Por ejemplo, había una materia en paisajismo. Luego agarramos una electiva sobre Gaudí. Hicimos algunos viajes a España para estudiar un poco la arquitectura de él. Vi una materia en la que tenía que salir todos los días y levantar un edificio a mano. Trabajar la perspectiva».

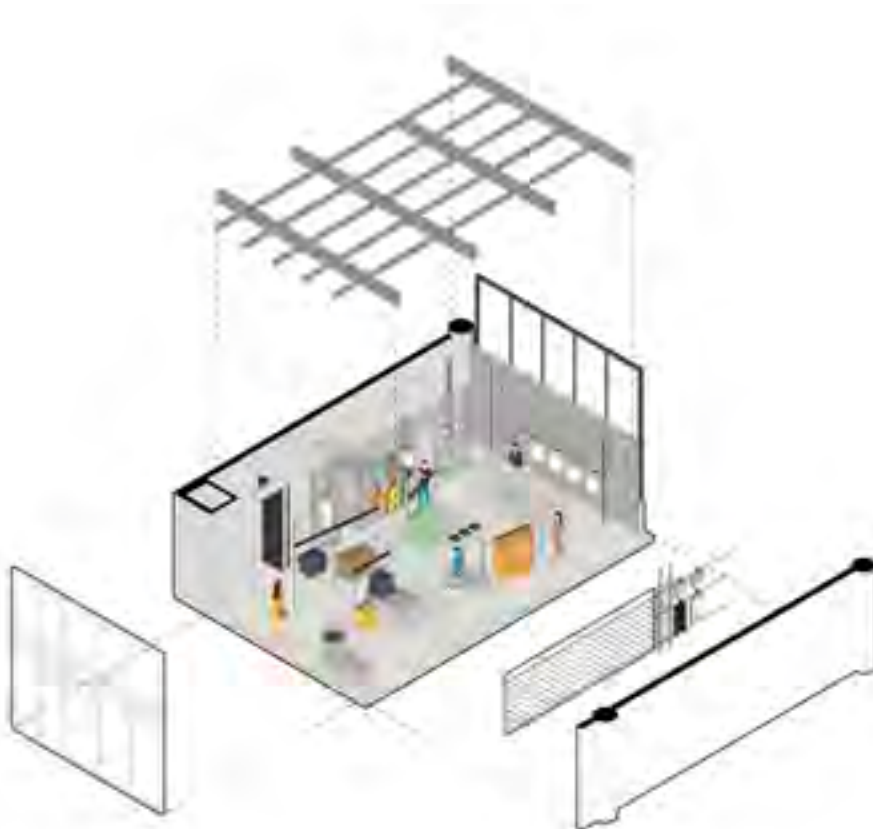
Cuando repasa todos estos años de ejercicio, de vida dedicada, reflexiona sobre su rol y la carrera elegida. «La arquitectura es materializar ideas. Ahora bien, quisiera decir que hay que hacer las cosas bien, poner ese granito de arena, ser respetuoso, con los pies en la tierra. Eso es lo que se debería hacer. Una arquitectura muy honesta». Y agrega: «La arquitectura me ha dado visión, me ha permitido ver el mundo con otros ojos. Pero bueno, eso puede ocurrir también con otras carreras. Ese interés por el arte me lo dio la arquitectura, por ejemplo».



PROYECTOS







Proyecto: Leggenda Shop.
Ubicación: Urb. La Trinidad. Caracas, Venezuela.
Año: 2019.





Proyecto: apartamento.
Ubicación: Camurí. La Guaira, Venezuela.
Año: 2022.





Proyecto: oficina P3 - Las Mercedes.
Ubicación: Urb. Las Mercedes. Caracas, Venezuela.
Año: 2025.



— 1985 —

Reinaldo Martínez Arana

«La arquitectura es una lucha»

Nació en San Diego, estado Carabobo, en 1985, aunque buena parte de su infancia y adolescencia transcurrió en Maracay, la “Ciudad Jardín de Venezuela”. Este hecho, y tener a una profesora de Biología en casa, lo fue acercando cada vez más a lo que es la columna vertebral de su trabajo: la Arquitectura Bioclimática. Hoy, desde Quito, Ecuador –aunque añora volver a su país– recoge los frutos de una trayectoria profesional que incluye el Premio a Mejor Diseño Arquitectónico del XI Salón Bienal Malaussena, en Valencia, Venezuela, otorgado en 2015 por su proyecto “Metal-Casa”, una propuesta enfocada en lo ecológico y lo social

@reinaldomartinez.arq

 María Elisa Espinosa

 Arqui-Tec construcciones, Omar Melo

Arquitecto que se precie construyó castillos en su infancia. Una máxima que –comprobable o no, generalización o no– debe tomarse como cierta. Al menos ese es el caso de Reinaldo Martínez Arana, arquitecto venezolano nacido hace cuarenta años en San Diego, estado Carabobo, y cuyos primeros, segundos y siguientes pasos en esta profesión han tenido como contexto un núcleo familiar del que él –como el menor de tres hijos de un ingeniero metalúrgico y de una profesora de Biología– siempre se manifestará seguro y agradecido. Y mucho más hoy, cuando desde Quito, en Ecuador, recoge los frutos, o mejor dicho, construye una carrera como arquitecto donde lo verde, el entorno y el diseño se erigen maravillosamente como aquellos creativos castillos de su infancia.

«Nací el 14 de enero de 1985 en San Diego –uno de los municipios que conforman el área metropolitana de Valencia–, pero buena parte de mi infancia y adolescencia la viví en Maracay –estado Aragua–, adonde nos mudamos cuando yo tenía cinco años». La mudanza se debió a una oportunidad laboral que se le presentó al papá en una empresa transnacional dedicada a la distribución de gases del aire y trabajos especiales de soldadura, y que el resto de la familia supo aprovechar muy bien, cada quien de acuerdo a sus circunstancias: la madre, dando clases de Biología en colegios, y más tarde de Educación Ambiental en el Instituto Pedagógico de Maracay; mientras los hijos (una niña y dos varones) asistían a la escuela, pero sobre todo disfrutaban las bondades de vivir en la llamada «Ciudad Jardín de Venezuela», jugando en las calles de su urbanización y construyendo sueños a su antojo. Corrían los años noventa.



«Tuve una infancia muy tranquila, gracias a Dios. Mis padres, que originalmente eran de La Guaira, pero al casarse se mudaron a San Diego, tuvieron la estabilidad suficiente para que pudiéramos desarrollarnos de la mejor manera. Somos una familia bastante estructurada, no tuve una infancia muy diferente a la de los demás. En Maracay estudié en varios colegios: el Español, el Academos, y terminé en el Instituto Educacional Aragua. Mis amigos de entonces no tenían nada que ver con lo ambiental, sino más bien con el deporte, con la urbanización... En todo caso, por ser mi mamá profesora de Biología fue que esa onda ecologista estuvo muy presente en nuestra crianza. Ese cariño, ese respeto por la naturaleza. Ella nos fue inculcando eso que, sin duda, tuvo bastante que ver después con mi curiosidad sobre la Arquitectura Bioclimática y el concepto ecológico que he manejado siempre como columna vertebral en el diseño de mis proyectos».



“*Por ser mi mamá profesora de Biología fue que esa onda ecologista estuvo muy presente en nuestra crianza*”

CREAR, SIEMPRE. RENDIRSE, JAMÁS

Al graduarse de bachillerato en Maracay en el año 2003, el siguiente e indiscutible paso era saltar a la universidad. ¿Pero para estudiar qué? «Siempre me llamó la atención el crear. De hecho, lo que yo quería estudiar originalmente era Diseño Gráfico. Siempre me llamó la atención poder expresar las cosas en dibujos, y aunque no dibujaba bien, al menos hacía el intento. También me llamaba la atención el tema de los planos y las edificaciones, y aunque en mi familia no había ningún arquitecto, tenía ese interés. Entonces, hablando con mis viejos y viendo que el Diseño Gráfico en ese momento no era lo que es ahora, al final terminé decidiéndome por Arquitectura».

Apostó por varias universidades públicas, pero lo demandada que era la carrera en esas instituciones no ayudó a su ingreso en ninguna de ellas. «Al final terminamos decidiéndonos por una universidad privada (la José Antonio Páez que funciona en San Diego), así que me tocó volver, ahora viviendo en una residencia para estudiantes». Cinco años después, en 2008, como flamante profesional de la República, Reinaldo se estrena en la oficina del padrino de su promoción, el arquitecto Omar Vásquez. «Allí colaboraba como dibujante y otras funciones que me permitieron agarrar más experiencia y en el año 2009 me asocio con unos egresados de la promoción. Hacemos una firma de arquitectura que se llamó MRG Arquitectos Asociados. Comenzamos desarrollando proyectos pequeños, porque apenas estábamos dándonos a conocer, y en 2010 comienzo a diseñar a título particular el proyecto de la Metal-Casa. Conseguir el dinero y poder construir la casa modelo me llevó un largo proceso de tres años».

Aunque seguía asociado con sus compañeros de la universidad, Reinaldo emprendió este proyecto de manera personal, pero no necesariamente solo, pues involucró a su familia para que le ayudaran a obtener el capital que se requería. Y eso se logró tras vender la casa familiar, mudarse a una más pequeña y económica, de manera que quedara suficiente dinero extra para financiar la vivienda prototipo. Como ya se ha visto, su familia siempre ha estado allí.

«HACEMOS CASAS, VENDEMOS SUEÑOS»

El joven Reinaldo, pichón de arquitecto para el momento, ya soñaba en verde y con un sentido social. Y para muestra: la Metal-Casa, una solución habitacional para familias que comienzan, con poco metraje de construcción, pero lo suficientemente funcional para poder vivir confortablemente. Y lo mejor de todo: responsable con el medio ambiente.

«La Metal-Casa consiste en un sistema metálico, un diseño a base de módulos, con un concepto flexible que conjuga diseño y ecología», comienza describiendo Reinaldo a su criatura. «Es un proyecto que partió de un sueño, el sueño de mejorar la calidad de vida de la familia venezolana mediante la arquitectura ecológica. Tiene 52 metros cuadrados de construcción extensibles a 71. Cuenta con dos habitaciones, dos baños, sala, comedor y cocina, además de 9 metros cuadrados de un semisótano. Es altamente funcional ya que se hizo con un diseño compacto. Es ecológica ya que se generan ventilaciones cruzadas con un techo liviano que nos protege de la luz del sol directa. Lo único metálico que tiene la casa es su estructura, que es lo que sustenta los materiales tradicionales como el bloque y el friso liso que conforman sus cerramientos, además de pisos y techos. La casa también tiene una elevación para protegerla de inundaciones y se ha previsto que en un futuro el techo sostenga paneles solares».

«La Metal-Casa tenía un concepto bien integrador», continúa explicando. «Allí estábamos integrando las tres E: economía, eficiencia y estética. La eficiencia se veía reflejada en que se generaba una estructura metálica modular; es decir, la casa se sustentaba en cuatro columnas, y a partir de esas cuatro columnas, de esa columna vertebral, la casa iba a tener esos módulos que vuelan, lo que nos permitía ahorrarnos dinero en cimentar y, a su vez, le daba un aspecto bien modular que nos permitía que la estructura metálica se fabricara en serie. ¿Esto para qué? Para poder ensamblar y así construir en menos tiempo (alrededor de tres meses) y, por ende, procurando el factor economía (otra de las E integradas en el diseño)».



Proyecto: Metal-Casa.
Año: 2014.

En cuanto a los materiales, precisa el arquitecto: «Planteamos los pisos de losa acero y ese primer modelo lo hicimos con paredes de Ingepanel; es decir, dos caras de malla electrosoldada que hacen una especie de sánduche relleno con poliuretano expandido. Colocábamos esas láminas que luego se frisaban y quedaban como una pared de bloque pero que funcionaba como una gran cava. Digamos que eso era otra gran innovación que tenía la casa, ya que en el aspecto bioclimático la mantenía muy fresca por ser el anime un aislante térmico muy bueno. Esto ayudaba a que la casa fuera fresca y obviamente que fuera liviana también, porque ese bloque de anime era mucho más liviano que un bloque de concreto. Aparte de todo esto, del cerramiento como tal, nosotros habíamos propuesto un doble techo que nos ayudaba a dos factores importantes. Primero, nos servía como protección solar para la quinta fachada, que es el techo de la casa. Y segundo, ese techo lo diseñamos de una forma que nos ayudara a captar el agua de lluvia en ese módulo central para luego redirigirla y almacenarla en un tanque especializado, de manera de poder utilizarla para el riego del jardín y el lavado de carros o el patio». Todo esto enmarcado en un diseño que estéticamente (la tercera E en cuestión) también llamara la atención de sus potenciales clientes.

“*La Metal-Casa es un proyecto que partió de un sueño, el sueño de mejorar la calidad de vida de la familia venezolana mediante la arquitectura ecológica*”

BIENAL MALAUSSENA, EL ESPALDARAZO

Aunque Reinaldo Martínez a ratos conjuga en pasado la descripción de su Metal-Casa, aclara que este diseño sigue vigente y no descarta que pueda ser construida eventualmente en ámbitos privados o por el sector público en otras zonas de Venezuela, o incluso en otros países con urbes de condiciones climáticas parecidas a las de San Diego. «Esa casa la construimos con la ilusión de poder vender el diseño, de poder vender los modelos. En ese momento (año 2013) fue que se logró tener el prototipo listo, pero Venezuela estaba pasando por una crisis fuerte de falta de materiales de construcción y eso hizo todo más cuesta arriba y más costoso. Gracias a Dios pudimos construir la casa modelo y vendimos la carpeta del proyecto a algunos clientes».

Hoy, uno de los grandes avales de la Metal-Casa es haber sido reconocida con el premio al Mejor Diseño Arquitectónico en el XI Salón Bienal Malaussena de 2015. Para entonces, ya el joven profesional se manejaba con su propia empresa, Archi-Tec Construcciones. «Ese año tuvimos la fortuna de poder participar y que además se tomara en cuenta nuestro proyecto que, si bien era una casa pequeña, contaba con una serie de conceptos bien chéveres que rompían con lo que se estaba haciendo en ese momento en Venezuela».

Además de este galardón, Martínez obtuvo en la misma edición de la Bienal Malaussena una mención de honor en la categoría Estructuras Espaciales. «En este caso, por el diseño de un módulo de interés social más pequeño, que pudiera decirse era la reinterpretación de un rancho venezolano, que implementaba igual los conceptos bioclimáticos, pero dándoles un giro de diseño para que, aunque fuera más compacto, pudiera ofrecer comodidad a la familia que lo habitara. Digamos que ese fue otro de nuestros ejes: construir módulos de interés social. Estamos hablando de diseños creados entre los años 2012 y 2013, tiempos de vaguada con mucho déficit de viviendas en nuestro país».

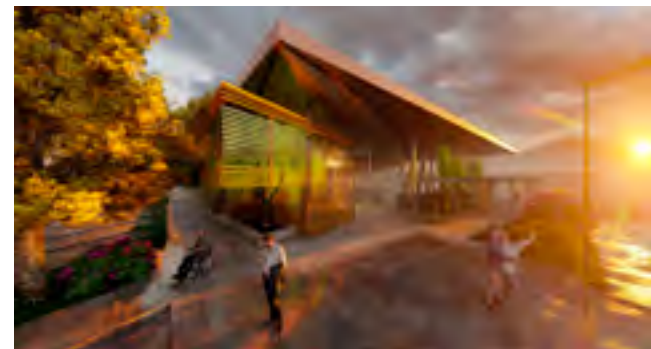
DE INDEPENDENCIA, CONEXIONES Y MÁS...

Reinaldo Martínez Arana apenas estaba recorriendo los primeros años de su tercera década cuando la situación política en Venezuela volvía a uno de sus picos de efervescencia. Ya a finales de 2017 el asunto se hizo inmanejable para él, y para muchos, así que, «hartado de esa tragedia», como resume aquellos tiempos, decide emigrar a Ecuador.

«¿Por qué Ecuador? Por la facilidad de poder tener un título registrado y, además, porque acá ya estaba mi hermana. En realidad, fue algo muy circunstancial», puntualiza sobre esas primeras razones, aunque tampoco olvida otra: «Como arquitecto también, obviamente, el tema de Ecuador y su cultura arquitectónica me llamaba». Para no ir más lejos, Quito, la ciudad a la que llegó y donde ha residido todo este tiempo, es Patrimonio Cultural de la Humanidad, declarado por la Unesco. «Este tipo de cosas me fueron decantando hacia esa decisión, pero sobre todo el hecho de que mi hermana se había venido antes y ya sabemos que en estos casos la familia es importante».

Comenzó trabajando en una consultora de proyectos arquitectónicos e ingeniería. «La empresa se llama Gring Construc y allí desarrollamos varios proyectos, entre ellos el Mercado Municipal de Puerto Quito, donde también se manejaron conceptos bioclimáticos para darle el mejor servicio a ese pueblo... Al terminar este proyecto no se dieron otros que me interesaran y ahí fue que decidí salir para trabajar directamente con mi firma de arquitectura que había iniciado en Venezuela».

¿Cómo ha sido la experiencia de este joven como arquitecto independiente en un país ajeno? Lo resume de esta manera: «Usualmente trabajo con constructoras. Ahorita estoy con una firma por contrato por cada proyecto que se genere. Soy una especie de contratado *outsourcing* que hace los diseños arquitectónicos. Por ejemplo, en este momento estoy trabajando de la mano de Brexos Desarrollos que se encarga de varios proyectos. En este caso estamos trabajando un proyecto de urbanismo de alrededor de 20 hectáreas en la ciudad de Salcedo (Provincia de Cotopaxi,



Proyecto: Mercado Municipal de Puerto Quito.
Año: 2019.

a 120 kilómetros de Quito). Es una lotización que incluye parques, áreas recreativas, diseño urbanístico... La experiencia ha sido buena. Obviamente ha llevado mucho tiempo establecer estas conexiones, porque recuerda que en el caso de la Arquitectura (también pasa mucho con la carrera de Medicina) tienes que construir un nombre porque son carreras que se tratan de la confianza, son carreras en las que te tienen que conocer, tienen que conocer tu trabajo y tu ética profesional para darte ese tipo de responsabilidades. Son proyectos grandes que cuestan mucho dinero para llevar a cabo, entonces se necesita tener una persona que tenga los conocimientos y que sea responsable».

Punto a su favor: trabajar con desarrolladoras de proyectos, aunque también con algunos clientes particulares a los que les ha diseñado casas y comer cios, tanto en Ecuador como en Venezuela, país del que no se deslinda y al que sueña —«cada quince días, cada día»— con volver.



“ La arquitectura, desde mi punto de vista, se tiene que adaptar al entorno, no el entorno al diseño ”

DIFERENCIAS ENTRE ACÁ Y ALLÁ

La posibilidad de erigir una (o muchas) Metal-Casas en algún rincón de Ecuador, donde gobiernos locales o promotores privados pudieran estar interesados, no le quita el sueño en este momento. Reinaldo Martínez Arana prefiere, por lo pronto, enfocarse en las oportunidades que caen en su estudio de arquitectura en Quito hoy, procurando que aquellas diferencias entre diseñar para Venezuela y diseñar para Ecuador lleguen a ser variables cada vez más controladas.

«Estamos hablando de otro mercado, de otro clima, de otros materiales, de otra idiosincrasia...», advierte, sobre todo al referirse a la mayoría de los proyectos en los que hasta ahora ha trabajado en ciudades y pueblos de la región interandina ecuatoriana. «Aquí entran otras consideraciones y los conceptos bioclimáticos se aplican de forma muy diferente a los que manejábamos, por ejemplo, con la Metal-Casa, en un clima como el de San Diego, en Venezuela. La arquitectura, desde mi punto de vista, se tiene que adaptar al entorno, no el entorno al diseño... Entonces el reto es lograr que el confort interno de una edificación se eleve sin generar un gasto mayor. Ese es el fin de la arquitectura bioclimática: tratar de ser lo más eficiente posible con los elementos naturales que Dios nos da».

«Por eso la adaptación en ciudades como Quito es distinta. Acá, que estamos a casi tres mil metros sobre el nivel del mar, hace frío y llueve mucho, lo que necesitamos es captar el sol para que caliente los espacios internamente. Algo muy diferente a buscar protegernos del sol como sucede con otras ciudades calurosas... Bueno, al final también la naturaleza, el microclima, es doblegable, porque podríamos colocar una calefacción o utilizar iluminación artificial y eso va a funcionar también, pero lo que nosotros buscamos dentro de este recorrido es que la arquitectura se adapte al entorno y poder sacar lo mejor de ambos».

“Esta carrera es difícil, saca canas y te quita cabello, pero deja una huella, que es lo importante”

La idiosincrasia también es un factor a considerar. «Digamos que nosotros en Venezuela somos más caribeños, nos gusta socializar más... Claro que acá esto también se da, pero no es el centro del diseño y entonces la arquitectura tiene que adaptarse a eso. Obviamente es distinto e igual pasa con los materiales. En la sierra se utiliza más la piedra, la madera... Eso también cambia el rostro de lo que uno pueda diseñar porque uno debe trabajar con los materiales autóctonos de la región».

En todo caso, los retos que ha implicado ejercer en un país que no es el suyo los ha podido sobrellevar con agradecimiento. «Acá en Ecuador me han abierto las puertas y han confiado en mi trabajo. Obviamente estamos construyendo el camino, quizás no estamos donde queremos, pero estamos en vías de... ¿Arrepentimientos?, gracias a Dios, ninguno. Yo estoy de forma legal acá, tengo cierta estabilidad y trabajo. Eso es importante, mantenerse ejerciendo la profesión de uno ya es un reto de por sí en cualquier país del mundo, y yo afortunadamente lo he podido hacer... Y al final vemos que el esfuerzo ha valido la pena, que seguir en esta lucha ha valido la pena. Porque al final la arquitectura es una lucha. Y hay que lucharla... y hay que conquistarla».

«DISEÑAR UN MUNDO MEJOR»

A Reinaldo Martínez Arana también lo mueve un interés por las llamadas «ciudades inteligentes» y en su trabajo con el urbanismo que actualmente realiza, junto con un equipo multidisciplinario en Salcedo, está teniendo una oportunidad dorada para aplicar así sea algunos de los preceptos de esta tendencia que apunta, según él mismo sintetiza, «a lograr un mundo más consciente de nuestro alrededor».

«Digamos que el diseño urbano es reflejo de la cultura, eso no se va a detener. Lo que sí veo es que esa evolución que ha habido se ha visto un poco trastocada por la conectividad y la tecnología. También otra cosa que pasó es que, durante la pandemia –cuando tuvimos ese período de encierro– nos dimos cuenta de que el mundo siguió, no se paró totalmente, aunque sí se resintió. Entonces, claro, a partir de esa experiencia las culturas, sobre todo las culturas urbanas, cambiaron un poco de dinámica. Por eso es que ahora podemos hacer esta entrevista de forma remota, el teletrabajo se “exponenció”, las dinámicas de conexión dentro de la ciudad también cambiaron y por eso ahora se comienza a manejar cada vez más el concepto de las llamadas «ciudades de los quince minutos». Es decir, las ciudades obviamente son entes vivos que van creciendo orgánicamente, pero cada punto y cada sector debería tener el equipamiento urbano que le permita cubrir todas sus necesidades en ese radio de quince minutos. ¿Y eso por qué? Porque usualmente ese concepto nos permite poder caminar la ciudad, o manejarla en bicicleta, y así no tener que agarrar el vehículo para hacer las actividades diarias. Ese concepto se está manejando mucho en este momento para evitar darle tanto protagonismo al vehículo, pues a final de cuentas el vehículo te da unas soluciones, pero también te genera algunos problemas. Este es un concepto que viene de Europa que se ha ido consolidando a raíz de la pandemia. Creo que las ciudades deben ir hacia allá».

MIENTRAS MÁS VERDE, MEJOR

Este joven arquitecto venezolano no se ha limitado a ejercer su profesión en Ecuador. Al interés de hacerlo, marcando el sello ecológico en cada uno de sus proyectos, se le ha sumado desde 2019 la oportunidad de ser parte de los Premios Verdes, una plataforma que busca captar, difundir y apoyar en toda Iberoamérica emprendimientos que tengan una visión ecológica y que potencien el tema del cuidado ambiental. «Es una plataforma que tiene varias categorías, entre ellas, Cuidado de los Océanos, Biodiversidad, Arquitectura Resiliente... En esta última se evalúan los criterios de arquitectura bioclimática que generan impactos en el entorno y en el ámbito social. Yo llegué allí porque me postulé para ser parte de la comisión técnica que evalúa los proyectos. Se evalúan aproximadamente treinta en cada área y lo que se busca es difundir aquellos que generen impacto positivo en lo medioambiental, en Latinoamérica y España».

De su trabajo en la comisión técnica pasó, en 2020, a formar parte del equipo de mentores que, una vez seleccionados y premiados los proyectos, trabajan con sus autores ofreciéndoles una asesoría más especializada para que puedan acceder al capital semilla, así como recibir apoyo del Estado y de empresas privadas. «Digamos que ese es el fin de esta plataforma: visibilizar los proyectos que están generándose en estos países iberoamericanos para que las empresas e instituciones puedan dar apoyo y eso se pueda “exponer”. Que esas buenas prácticas se puedan diseminar más y, por ende, puedan contribuir a la conservación del planeta. Eso al final termina siendo lo más importante».



DE LA UNIVERSALIDAD A LA RESISTENCIA

El proceso creador de Reinaldo Martínez tiene sus referentes en reconocidos arquitectos de Venezuela (¡no faltaba más!) y del mundo. En primerísimo primer lugar menciona a Carlos Raúl Villanueva («nuestro líder espiritual») seguido por Óscar Tenreiro, Hélène de Garay y Maricarmen Sánchez. Sobre Villanueva dice: «Es la máxima expresión del desarrollo en Venezuela en cuanto a diseño arquitectónico, aunque es un diseño muy universal».

«Nuestro país tiene muy buena arquitectura y hay que retomarla. Analizando lo bonito de la migración, no todo es malo, también nos deja enseñanzas como que en cada lugar la identidad arquitectónica marca el lenguaje de esas generaciones. Cada país tiene buena arquitectura. En el caso de la venezolana fue de vanguardia.



Proyecto: Monumento a los Héroes Caídos.
Año: 2017.

“ *El Monumento de la Resistencia está pensado para poner allí la firma de toda una generación* ”

Ahí tenemos como ejemplo esa gran obra de la Ciudad Universitaria que es Patrimonio Cultural de la Humanidad, al igual que el centro histórico de Quito».

De los arquitectos internacionales nombra al británico Norman Foster, a la iraní Zaha Hadid, a la firma de Arquitectura japonesa SANAA (Sejima + Nishizawa y Asociados), y de ese país también a Tadao Andō. «Hay tendencias, obviamente, y al final la buena arquitectura es universal. Lo bonito es que cuando hay muy buena arquitectura se vuelve universal y se hace también eterna. Eso es lo bonito de esta carrera. Es difícil, sí, saca canas y te quita cabello, pero deja una huella, que es lo importante».

Huella que Martínez Arana, consciente o inconscientemente, busca dejar plantada en Venezuela. Por lo pronto, la ha podido ir trazando con su trabajo en el marco de la arquitectura bioclimática, pero hay algo más, que hasta el momento está solo en papel, y que algún día —«cuando las condiciones lo permitan»— quisiera ver construido a las faldas de las montañas que colindan con la Autopista Regional del Centro, a la altura de Guacara, en su añorado estado Carabobo.

El proyecto ya tiene nombre: «Monumento de la Resistencia». Y también un sentido: «Lo diseñé casualmente en 2017 como una forma de desahogar todo lo que se vivió en Venezuela ese año, una lucha social en la que los jóvenes fuimos protagonistas. Son ideas que uno tiene que ir proyectando para que en un futuro se puedan materializar; para que podamos ir pensando en esa Venezuela de futuro que tanto necesitamos... Está apenas en diseño, en papel. Es un proyecto monumental porque tiene unas medidas, una proporción, a la altura de lo que se ha luchado. Es un proyecto en gestación, imposible de construir en este momento. Está proyectado, por el tema de las montañas y las visuales que se generan, en el borde de la Regional del Centro entre Maracay y Valencia, estimando que quede cerca de las estaciones del tren (si algún día se termina de construir). Es decir, hay un concepto, una idea, de utilizar esa red de transporte para llevar a la gente para allá».

Martínez Arana lo resume de esta manera: «El Monumento de la Resistencia es un proyecto en el que se está desarrollando un marco de ideas y de conceptos para darle identidad y generar memoria ante los hechos vividos en la historia reciente del país. Es importante exaltar que sí se ha dado una lucha, que sí ha habido grandes sacrificios a tener en cuenta, y qué mejor que la arquitectura para expresarlo. El Monumento de la Resistencia está pensado para poner allí la firma de toda una generación».



PROYECTOS





Proyecto: Urb. El Portal la Frisia Salcedo.
Ubicación: Ecuador.
Año: 2024.





Proyecto: Módulo I-S.
Mención especial en la categoría Proyectos con
Sistemas Estructurales Especiales del IX Salón
Bienal Malaussena.
Año: 2015.





Proyecto: acción monumental.
Año: 2023.



— 1986 —

Manuel Ball

«La arquitectura debe ser trascendental»

Nace en Maracaibo, el 28 de octubre de 1986.

Se gradúa de bachiller en el Colegio Bellas Artes y estudia Arquitectura en la Universidad del Zulia. Junto a tres socios y amigos funda MAT Latinamerica en 2013 y las dos primeras obras de la firma reciben premios municipales de arquitectura y de la Cámara de la Construcción, en 2014 y 2015. Nacido de una familia de creadores, tanto padres como hermanos, su aprendizaje sobre arquitectura ha estado marcado por los viajes, nacionales e internacionales. Influido por la escuela paulista, el brutalismo, así como la Bauhaus y la corriente conceptualista, comprende sin embargo que el concepto no lo es todo, que la realidad también cuenta

@mat_latinamerica

 Maruja Dagnino

 Luis Ontiveros, Víctor González

Reconoce sin cortapisas la arquitectura moderna como fuente de inspiración y como canon estético. Es seguidor de la «escuela paulista» brasileña de la segunda mitad del siglo pasado, cuyos líderes más visibles son Vilanova Artigas, Paulo Mendes da Rocha y Ruy Ohtake. Estos arquitectos promovieron en São Paulo una arquitectura brutalista, que valora la estructura como parte del diseño, y la incorporación de técnicas constructivas de vanguardia a las que reconocen su propio valor estético. La de los paulistas es una arquitectura inspirada en Le Corbusier y los otros modernos universales, vinculada a un pensamiento que desnuda los espacios de cerramientos para que puedan ser penetrados y disfrutados por los transeúntes, y vincula la escultura al espacio.

Manuel Ball Leonardi es un soñador con los pies sobre la tierra, que resiste la crisis con una esperanza puesta en mejores tiempos para la reconstrucción de lo devastado y la llegada de nuevas inversiones en construcción, que él ve como un gran negocio para cualquier economía.

Hijo del cineasta Ricardo Ball y la vitralista Cecilia Leonardi, a sus 39 años Manuel lidera, junto a sus tres amigos y socios, MAT Latinamerica, una firma de arquitectura e ingeniería que entró al mercado con un proyecto que, no bien se había terminado, obtuvo dos premios regionales muy importantes. Desde ese momento y hasta hoy, la empresa ha llevado a cabo no menos de 130 proyectos. ¿Cómo lo ha logrado? Encontrando oportunidades en las crisis para construir edificios de calidad, con nuevas tecnologías y presupuestos bajos sin sacrificar los espacios, incorporando juegos de luz sobre obras desnudas y una austeridad decorativa para privilegiar el valor estético de la estructura misma.

Sí, apuesta por el modernismo con visión de futuro, que es para él una redundancia.





HECHO EN CASA Y EN EL MUNDO

Sus padres descubrieron temprano sus habilidades para organizar el espacio. Nacido en Maracaibo, el 28 de octubre de 1986, tenía cinco años cuando su hermano Juancho, de 18, hizo su primera maqueta en la Facultad de Arquitectura. Recuerda vívidamente que esa primera entrega se trataba de la maqueta de la casa familiar y todos ayudaron. Su tarea fue ubicar sus muñequitos dentro de la casa mientras su padre hacía comentarios de este tenor: «Manuel puso tal figurita justo en el espacio donde cabía». Y observó que tenía buena noción de las escalas, de los espacios. Que manejaba bien la proporción. Parece que no es cuento chino que desde niño la arquitectura y el diseño orbitaban en su mundo.

«Yo soy el del medio de mi papá, el mayor de mi mamá». Siendo cineasta, su papá «perfilaba un poco el arte en casa» y su mamá, que era vitralista, le abrió los ojos a la teoría del color y la sensibilidad hacia la luz como lenguaje. Había en casa libros del uso cromático en el vitral; había libros de Frank Lloyd Wright, el arquitecto del emblemático Museo Guggenheim de Nueva York, que logró crear espacios orgánicos que conectan la luz y la forma.

Cuenta Ball que, en un viaje a NYC, cuando tenía catorce años, visitaron el Moma y allí fue sorprendido por las más importantes maquetas de todos los arquitectos modernos, y le dijo a su padre que quería ser arquitecto. La segunda sala contenía sillas diseñadas por ellos: la Barcelona, la silla Eames, la Wassily, la Panton, la Egg... y dijo: «Quiero diseñar mobiliario». Y salieron al patio y una muestra de «carros concepto» lo hicieron saltar: «¡Quiero diseñar carros!». Sentía que si hacía eso podría hacer absolutamente todo.

En el transcurso de su adolescencia compró libros de dibujo, de diseño de carros; dibujaba muy bien, por lo que ganó premios en el colegio. Se graduó en el Colegio Bellas Artes, en Maracaibo. Y le seguía «tomando cariño» a la idea de estudiar Diseño Industrial, aunque «obviamente» no lo hizo.

Su padre estaba coqueteando con la idea de irse a vivir a Mérida, donde vivía su madre, porque le habían ofrecido un cargo de dirección en la Universidad de los Andes (ULA), pero luego, una decisión familiar los llevó de vuelta a Maracaibo y Manuel estudia en la Facultad de Arquitectura en La Universidad del Zulia (LUZ), donde se gradúa en 2010. Mientras cursaba sus estudios de pregrado investigaba sobre la posibilidad de estudiar un postgrado en diseño industrial y diseño de transporte en el Politécnico de Milán, y aunque no lo ha hecho todavía, no ha renunciado a este deseo.

LOS MAESTROS: DEL CONCEPTO A LA OBRA

En un principio la corriente conceptualista atrajo más su inclinación en la Facultad. «La corriente en la que yo entré era la MGL+P (Mustieles, González, La Roche + Petzold), una especie de supra escuela. Mis mejores proyectos fueron con ellos, y creo que era porque tenía esa influencia de mi papá, del cine y la narrativa. Para mí era fácil argumentar la arquitectura a través de un concepto. Fue hacia el final de la carrera cuando me di cuenta de que el concepto no es lo único, estudiando a Le Corbusier, a (Ludwig) Mies van der Rohe. Si bien había concepto, la arquitectura moderna es básicamente una práctica de lo real, porque es el arte de construir, algo más artesanal que etéreo. El concepto lo aguanta todo, la arquitectura no», explica.

«Mi tesis fue un poco diferente; de hecho, al salir de la universidad me fui a la práctica profesional de una vez. Empecé con Elizabeth Tsoi y estuve unos meses con ella (su papá hizo la Cámara de Comercio, una obra emblemática de Maracaibo) y posteriormente me voy con Alberto Romero, el fundador de Arquitécnica, quien básicamente fue mi mentor en lo que se refiere al negocio en la arquitectura. Con él aprendí que todo tiene consecuencias, tiene un impacto económico. Las decisiones formales, el negocio de gerenciar gente, de gerenciar clientes, todo me lo enseñó él. Todo lo que yo me llevo básicamente en 2012, 2013 a mi práctica profesional, a mi estudio, lo aprendí de Alberto».

Otra persona que lo influyó sobremanera fue Luis Naranjo, un amigo de su familia que era promotor inmobiliario y desde muy temprano le pedía su opinión. Él le hacía estudios de factibilidad sin honorarios, pues se «aventuraba con él». Se trataba de «visiones compartidas, de hacer que las cosas pasen». Era la misma apuesta. «Yo tenía escasos 22 años y que él me invitara a formar parte de sus proyectos me enorgullecía y fogueaba», relata Manuel. «Luego de bastantes proyectos que no se concretaron porque eran proyectos ambiciosos, en 2013, mientras estaba trabajando con Alberto Romero, nos encontramos por casualidad en Aruba, me habló de un nuevo terreno y me dijo que cuando llegáramos a Maracaibo lo íbamos a conversar». De allí salió Torre 13, su primer proyecto, y nació la empresa que fundó con tres amigos.



Proyecto: Torre 13.

TODO PASÓ MUY RÁPIDO

En dos platos, Luis Naranjo le pidió una oferta de honorarios. Con esa oferta Luis Delgado, Michele Casarin, ambos ingenieros, Francisco Fernández y Manuel Ball, arquitectos, fundaron MAT Latinoamerica, una firma de arquitectura e ingeniería con sede en Maracaibo. Manuel lo cuenta muy bien: «Coincidió que ellos me propusieron crear la compañía y Luis me habló de Torre 13. Si cerrábamos el negocio la mejor manera de cobrar era tener una empresa, porque el cobro por honorarios es mucho menor. Así que creamos MAT y nos montamos sobre ese proyecto de más de ocho mil metros cuadrados, una experiencia exitosa que nos abrió las puertas al negocio de la construcción. Catalogado como el edificio empresarial más moderno y vanguardista de la ciudad de Maracaibo, Torre 13 recibió el Premio Municipal de Arquitectura y Urbanismo y el Premio de la Cámara de la Construcción a mejor proyecto de oficina. Y lo construimos en solo dos años».

«Con 25 añitos ya tenía un primer edificio construido, ya teníamos en MAT un edificio construido y premiado. Por eso mi agradecimiento a Luis, porque gracias a él nuestra firma fue exitosa y gracias a él yo estoy teniendo esta conversación contigo hoy. A partir de allí MAT tuvo mucha publicidad, éramos una oficina joven que estaba ejecutando muchos proyectos. Luis Naranjo murió durante la pandemia, como muchos otros, pero lo recordaremos porque con él logramos mucho. Y no solo nosotros, Luis le dio trabajo e influyó en otros», recuerda.

El 2015 vino con un nuevo desafío: construir SEI (seis en italiano). Un proyecto de cinco viviendas en apenas 1400 metros cuadrados, que Ball define como un proyecto básicamente de ingeniería. «Para hacerlo teníamos que dominar la técnica a la perfección. Hoy, a detalle, ya con catorce años, son 130 proyectos y más de 400 estudios de factibilidad para clientes que se han acercado a nosotros y nos han pedido hacer algún proyecto. Creo que es una buena ratio de efectividad».

DE JAJÓ A MARACAIBO

«Con mi abuelo aprendí a apreciar el campo. Viajábamos muy seguido a la casa de mis abuelos. Mi abuelo paterno vivía en Los Andes, específicamente tenía una hacienda en Jajó, con una casa que se llamaba El Balcón –porque era realmente un balcón que se volcaba hacia el paisaje, apuntando hacia la iglesia–. Cuando llegó a nosotros la posibilidad de crear un edificio residencial, que fue SEI, yo inmediatamente busco reproducir la temperatura y ese balcón, que tiene una orientación muy precisa», apunta Manuel Ball, quien se esmera en demostrar cuánto de la casa de sus abuelos hay en SEI. «Yo hago edificios quedándome dormido, literalmente, en sueños. Creo que tengo esa capacidad de resolver cosas en mi cabeza mientras sueño».

Revela que, «casualmente», Óscar Peña, quien los contrató para ese proyecto, era un pasante de MAT en el área de ingeniería, que también tenía una casa en Jajó y les comentó que tenía acceso a un crédito familiar que quería utilizar para invertir, y les pidió alguna orientación. Como la ocasión la pintan calva, estos chamos de MAT lo indujeron a construir ese edificio residencial, que estuvo bien laureado. Cuando los contrató, fueron a visitar la casa del abuelo, que estaba muy destruida. No obstante, aún se podía percibir en su estructura una cierta atmósfera. «A él le encantó y al edificio (SEI) le dimos esas bondades. Él también conocía esa sensación de una casa que se desaparece en la neblina a las cuatro de la tarde. Tenía esa sensibilidad y bueno, volví por alguna razón a esas raíces de Jajó».

“Yo hago edificios quedándome dormido, literalmente, en sueños. Creo que tengo esa capacidad de resolver cosas en mi cabeza mientras sueño”



TRADICIÓN PARA LA INNOVACIÓN

«Nosotros le hicimos el proyecto completo a Óscar Peña, incluso lo asesoramos con la compra del terreno, lo acompañamos a comprarlo. Iba a ser una casa en principio, pero nos dimos cuenta de que para que fuera factible tenía que hacer un edificio de al menos cinco apartamentos. Y la única manera de hacerlo realidad era no perdiendo puestos de estacionamiento. Normativamente, si no teníamos los puestos de estacionamiento necesarios, no lo íbamos a poder construir».

Todas estas condicionantes indujeron a MAT a elegir una estructura de concreto aligerada con aliven, una arcilla expandida que puede alcanzar hasta cinco veces su volumen inicial y, gracias a ello, pudieron aligerar el peso y poner unas fundaciones menos voluminosas, que permitieron ampliar el espacio de estacionamiento y hacer un apartamento más. Además, eso ayudó a disminuir el impacto térmico hasta un 85 % en una ciudad donde el sol es inclemente. Y todo agravado por la radiación solar este y oeste que, por fuerza, iba a estar pegando en las fachadas más largas, «y esto no se adaptaba a la ordenanza térmica de Maracaibo».

Adoptaron un sistema más innovador, el cual bajó los costos de producción y la temperatura (que de otra manera hubiese sido muy alta) con bloques de concreto, rellenos de arcilla. Estaban convencidos de los enormes beneficios constructivos y podrían resolver el problema estético dejando al desnudo, a propósito, las vigas y columnas. Una romanilla de madera tamiza la luz, baña el espacio y a una cierta hora produce sombras geométricas que aportan en el interior una mirada moderna y una piel noble en la fachada. En la azotea, sobre una vista panorámica al lago de Maracaibo, se instaló un solárium con duchas al aire libre y un pequeño lounge que se abre como un balcón al paisaje lacustre.

«Gran parte de la arquitectura es la luz. A veces mi esposa se molesta porque mis fotos de viajes son 400 de detalles constructivos de barandas, de escaleras, de luz y cinco son de mis hijos».

LA GRANDEZA DE LAS COSAS SIMPLES

«De esos viajes a Jajó lo que más me quedó –dice Manuel– fue la música, porque yo viajaba con mis abuelos que ponían música clásica. Y sí, la odié hasta hace como ocho años. De la finca de mis abuelos recuerdo el aroma de la mermelada de mora de mi abuela y el café, las vacas y los caballos que siempre me perseguirán. Mi abuela salía por las mañanas, iba hasta los arbustos de moras, las cogía y preparaba aquella mermelada que despedía un aroma intenso», recuerda.

También viajaban mucho los Ball a Mérida, especialmente a La Pedregosa, cuando su padre pensaba que se mudarían para allá porque quería explorar posibilidades profesionales en la ULA, donde había una escuela de cine y video y un Departamento de Cine que había hecho escuela. El plan era construir una casa en un terreno que tenía bastante pendiente, atravesado por un riachuelo con una rueda enorme a un lado, «que parecía sacado de Narnia». Manuel recuerda que desde ya su papá le pedía recomendaciones arquitectónicas sin haber estudiado Arquitectura, cuando apenas tenía dieciséis años.

Juancho, su hermano mayor, es arquitecto, vive en Estados Unidos y está ejerciendo en Miami. «Le va muy bien, tiene veinte años en la misma firma». Gabriel, en cambio, diez años mayor que Manuel, estudió Comunicación Social y se dedica al cine con su padre; Santiago, cuatro años menor, estudió cine y lo ejerce en Miami; Amanda, «la bienamada», se especializó en Diseño de Moda. «Al final, todos nos fuimos por el lado creativo. Crear cine, crear identidad gráfica, crear diseño arquitectónico, crear moda».

«En algún punto el estudio de vitrales de mi mamá creció y comencé a ayudarla con los diseños, nos ponía a cortar vidrio y fue una influencia en el uso del color, de la sensibilidad a las texturas con el vidrio, la luz. Es más, ella me ayudó a hacer la maqueta de mi tesis en vitral. Era una caja de luz, porque no había tiempo de hacerla en otro soporte. Cuando fui a la presentación de mi tesis lo último que hice fue prender la maqueta. Tuve clases privadas de pintura clásica. En 2006, me estaba aventurando en el arte digital y participé en un concurso del Museo de Arte Contemporáneo del Zulia (MACZUL). Pero al final ese no fue el camino que tomé. Me fui acercando más a la modernidad en la arquitectura. Ese posmodernismo del arte no me interesó. Una banana en la pared con un tiro no es lo mío».



“Gran parte de la arquitectura es la luz. A veces mi esposa se molesta porque mis fotos de viajes son 400 de detalles constructivos de barandas, de escaleras, de luz y cinco son de mis hijos”

PARA COMERSE EL MUNDO

Manuel reflexiona un poco sobre paseos, sobre viajes. Dice haber entendido temprano que «la arquitectura se entiende viajando». Nueva York fue un descubrimiento para él, sobre todo por la escala. «Nueva York no es una ciudad de un país, es una ciudad del mundo».

«Pasé seis meses en Estados Unidos trabajando como *valet parking* en Boca Ratón, en un edificio de gente rica. Una judía me dejaba manejar el Rolls-Royce y me daba un centavo “para mi futuro”».

El hijo del compadre de su papá, Luis Pimentel, a quien conoció en la Facultad de Arquitectura, lo recibió en su casa en Milán, una ciudad que siempre quiso conocer. Una noche salieron con un amigo común y andaban un poco ebrios, jóvenes y libres, y ya cerca de la madrugada su amigo entró al baño y se desconectaron. Empezó a llover, Manuel se refugió en una capilla. No conocía la ciudad, no existían teléfonos inteligentes, escampó y retomó la calle, caminó y reconoció un canal y, cuando se disponía a cruzar, se encontró a su amigo de frente. «Fue muy estresante, porque yo tenía que tomar el avión a Londres a las 6 de la mañana y eran las 3:40 y estaba perdido. Si no, lo más probable es que hubiera perdido el vuelo. Fue desesperante: la lluvia, el frío, como cuarenta minutos caminando, pero allí estábamos justo a tiempo».

Dice haberle gustado la sensación del metro en Londres, «porque era como un portal. Tú sales por una puerta y de repente estás en un parque, y te bajas en otra estación, y tienes rascacielos. Me gustaron mucho los contrastes en la ciudad. Hay arquitectura moderna, brutalista y contemporánea. La escala de Londres es impresionante. Las catedrales, los museos, el Tate Gallery. Esa ciudad tiene mucha arquitectura moderna, su Museo de Ciencias Naturales es un clásico con su luz dramática».

EL TIEMPO PASA Y NOSOTROS TAMBIÉN

«Hubo un momento en mi familia en el que ya nosotros éramos adultos y mis padres disfrutaron viajar solos y se fueron a Barcelona, España –recuerda como hilando entre un recuerdo y otro–. Regresaron alucinados. Trajeron libros de Gaudí, de Miró, de Joan Vila-Grau, y yo los usaba como referencia para mis proyectos. Entonces en algún momento quise ir a Barcelona para entender el enganche de mis padres».

Allá lo recibió Andrés Iglesias, un fotógrafo de origen sureño amigo de su madre, que vivió muchos años en Maracaibo: «Yo había pasado mi vida escuchando las fabulosas historias de Andrés Iglesias y tenía que ir a conocerlo». Milán tenía algunas cosas clásicas que disfrutó mucho, dice, como la Catedral, il Castello Sforzesco, «pero Barcelona –argumenta– es una ciudad mucho más cosmopolita, liberal. La cercanía a la playa le da un encanto diferente».

“Pasé seis meses en Estados Unidos trabajando como *valet parking* en Boca Ratón, en un edificio de gente rica. Una judía me dejaba manejar el Rolls-Royce y me daba un centavo ‘para mi futuro’”

Confiesa que lo que más disfrutó fue el ambiente y, urbanísticamente, el ensanche de Barcelona que ya había estudiado en la Facultad, también conocido como Plan Cerdá, un proyecto de reforma y ampliación de la ciudad de 1860, con estructura de cuadrícula.

«La experiencia con Barcelona fue completamente otra cosa».



“La arquitectura debe contener en sí misma un mínimo para que se pueda habitar y ser algo trascendental. Todo eso tiene que ver con entender el material, el vidrio, la luz”

VIVIENDO LA BAUHAUS Y EL BAUKUNST

MAT desde un comienzo tuvo una vocación moderna, comprometida con la construcción estéticamente autosostenible. Frente a esos nuevos materiales y tecnologías los arquitectos de la nueva escuela supieron hallar las claves del futuro y se embarcaron junto con las artes, incluidos el cine y la literatura, en una visión futurista para enfrentar y descifrar la época. En los setenta Venezuela inauguraba el Parque Central, un proyecto original de la firma Siso, Shaw y Asociados, S.A. Dos torres de oficinas de 59 pisos y 225 metros cada una y ocho edificios para uso residencial de 44 pisos, 317 apartamentos y una altura de 127 metros cada uno.

Aire acondicionado central para todo el conjunto con una planta de agua fría situada en la acera de enfrente, salas de cine, museos, escuelas de danza y otros espacios culturales, un servicio de hotelería, solárium, piscinas, espacios comerciales, y unos apartamentos cuya cocina y baños estaban revestidos de fibra de vidrio, con trituradoras de desperdicios y otros adelantos tecnológicos que hacían de él una ciudadela propia de la modernidad universal.

Este y otros antecedentes brutalistas como la Torre La Previsora o el Teatro Teresa Carreño fueron delineando la Venezuela pujante sobre la cual se edificó una vocación vanguardista y distópica. Un poco hacia allá y hacia adelante mira Manuel Ball. «Parte de lo que nosotros creamos en MAT se produjo a partir de ser fieles a la teoría de la Bauhaus y del Baukunst, que significa el arte de construir. Mies van der Rohe estaba dedicado al arte constructivo y ese famoso principio de “Dios está en los detalles”, por ejemplo, era uno de sus preceptos. Nosotros intentamos ser fieles a ese criterio. Hacer lo necesario para que la arquitectura se sostenga sin decorar, sin ornamento, ni nada; por eso a SEI, para que pudiera protegerse de la luz, porque el terreno estaba mal orientado para el clima de Maracaibo, le pusimos unas romanillas de madera. La idea de esas romanillas era que creciera vegetación y en algún punto creció mucho, pero se fue muriendo porque los propietarios decidieron luego pasar los equipos de aire acondicionado para la azotea, donde estas matas estaban sembradas,

y el aire caliente las secó. Lo que quiero decir es que la arquitectura debe contener en sí misma un mínimo para que se pueda habitar y ser algo trascendental. Todo eso tiene que ver con entender el material, el vidrio, la luz, y es lo que hemos venido aplicando estos últimos años, limitados por el contexto país, porque no todo lo que se diseña se construye, y no todo se construye de la manera que quieres».

Esto más o menos es lo que explica de dónde viene y hacia dónde va MAT en el contexto venezolano de hoy. Por eso precisa Ball que muchos de los trabajos que se hacen hoy son diseños de interior y allí no solo aplican los criterios de los arquitectos sino los gustos del cliente, «porque en Venezuela se ha dejado de construir con la intensidad y en las proporciones del siglo XX. Obviamente, en MAT no hemos alcanzado nuestros grandes objetivos de arquitectura por atender esos gustos».

Cuando retoma cuáles son los arquitectos y escuelas que lo influyeron, Ball vuelve a referirse a Ludwig Mies van der Rohe, último director de la Bauhaus en su resistencia contra el nazismo. Y hablando de trópico, los paulistas. «Obviamente, no nos funcionan tanto para la estructura, porque ellos no tienen sismos, en cambio nosotros necesitamos edificios más robustos, por eso tenemos más influencia del brutalismo. Pero ellos entendieron algo que para nosotros fue también muy importante, y es que el nivel de calle tenía que ser un nivel público y casi todos sus edificios están levantados del piso. Al elevar la arquitectura le ves las seis caras al volumen: ves el cubo completo. Tal vez por un tema político, los paulistas le ofrecen el “piso 0” a la democracia y lograron ese efecto expansivo, con una visión más urbana. Para Le Corbusier “El edificio soy yo”, pero al elevarlo en planta baja, los paulistas lo llevaron a otra categoría. Porque, ¿qué pasa cuando sumas todas esas cosas? Ellos lo llevan más allá, casi todas esas plantas bajas tienen arte. Así no solo le permites a la gente caminar por debajo de los edificios, sino que además le das una calidad estética».

MARACAIBO TUVO SU MODERNIDAD

Las grandes obras arquitectónicas de Maracaibo, a juicio de Manuel Ball, sucedieron en la modernidad. Esta carga histórica que dejó José Hernández Casas (1924-2006), por ejemplo, el edificio Don Matías (1959), ubicado en la avenida Bella Vista con Boulevard 5 de Julio, es «una tremenda intervención moderna» que combina áreas comerciales en la planta baja y apartamentos residenciales en la torre. «La sede de Banco Mara, que está emplazado en el Cerro Leonardi, donde estaba la casa de mi abuelo. El diario *Panorama*, que también es de Hernández Casas. El Centro Comercial Los Niveles, que, si bien es muy pequeño, tiene bien estudiado el fenómeno de la luz y la sombra, la manera en que se protege el edificio con unos rebatimientos de sus pasillos hacia dentro. Y bueno, Puerto Hierro, de Alberto Romero, un edificio residencial multifamiliar muy lindo, muy bien ejecutado, cuya proporción me encanta».

Cuando se le pregunta qué es Venezuela hoy y por qué no se ha ido, confiesa que su relación con ella «es un tanto amor-odio». Lo mantiene ilusionado el amor a su profesión, dice trabajar 24 horas al día, no piensa más que en los proyectos que tiene por delante. «Obviamente estoy en una reunión social y familiar y el trabajo siempre sale a relucir con pasión. Ahí salen nuevos negocios, nuevas oportunidades que uno puede capitalizar después en su cotidianidad», dice.

También reconoce que «es un poco odiosa la incertidumbre país». Destaca que el sector construcción «está deprimido en un 98 % desde hace unos años y esas oportunidades son de momento pequeñas. En un momento fueron grandes obras, proyectos comerciales enormes, puentes, infraestructura civil: todas esas cosas se han venido abajo y es complejo crecer. Ahora, la intención es quedarnos aquí, porque si el país se reactiva tenemos mucho por reconstruir, esa es una de nuestras grandes apuestas: rehabilitar y reacondicionar todo lo que está deteriorado».

«Nosotros somos un país pequeño –puntualiza– pero comparado con Australia tenemos la misma cantidad de habitantes. Del 60 % de su PIB, el primer 30 % está dispuesto para la industria y el otro 30 % es para la construcción civil: puentes, nuevas viviendas, nuevos comercios. Ese es un pulmón financiero importante en Australia. Para nosotros también lo fue en algún punto».

Habla de cómo Arabia Saudita invierte los superávits en infraestructura y se le hace agua la boca cuando menciona La Línea, una ciudad que se comenzó a construir en una franja de 170 kilómetros, que consta de un gran edificio largo y estrecho con dos rascacielos separados por un corredor de jardines, sin calles ni carros, pero con transporte público de alta velocidad para minimizar las emisiones de carbono.

A Venezuela, le regala esta imagen: «El ganado, al ver una tormenta, huye en sentido opuesto, la tormenta lo atrapa y él camina con ella por horas. En cambio, el búfalo, al ver la tormenta, camina hacia ella y la atraviesa, y solo permanece en ella minutos».

A sus hijos, se pregunta qué les diría: «Me gustaría escribir para mis tres hijos algo así como las cartas de un difunto. Si me muriera hoy, ¿qué les dejaría dicho a mis hijos hasta sus veinte años?».



“En Venezuela se ha dejado de construir con la intensidad y en las proporciones del siglo XX”

PROYECTOS







Proyecto: edificio SEI.





Proyecto: Volterra.
Ubicación: Centralia, Maracaibo.





Proyecto: Tanoshii.
Ubicación: Centralia, Maracaibo.



— 1986 —

Martina Centeno

«El mundo que uno habita
es arquitectura»

Nacida en Caracas, en 1986, es egresada de Arquitectura por la Universidad Simón Bolívar, con una maestría en Administración de Gerencia de Empresas en la Unimet. Lidera desde 2015 el estudio arquitectónico y de diseño interior y mobiliario Obra Verde, junto a sus colegas Oriana Ferrer y Alejandro de Pasquale, con quienes coordina la certificación en Diseño de Interiores en la Academia de Diseño UCAB-ProDiseño. Colombia ha sido clave en su recorrido vital: su tesis de grado –teórica– la hizo en Medellín y su infancia la pasó entre Caracas y Bogotá. Ecología, sostenibilidad y reciclaje, traducidos en la economía y reutilización de los recursos, así como en la honestidad de los materiales a emplear, son puntos de partida para ella y su equipo de trabajo. Parte de su filosofía personal es que “la austeridad puede ser algo sublime”. Para ella, la arquitectura es la pulsión de su vida, es nuestra capacidad para construirnos; y no existe sin la persona que la habita

@obraverde

 Juan Antonio González

 Claudia Wiesner, Saúl Yuncoxar,
Obra Verde

Desde su oficina, ubicada en el piso once del Centro Comercial Bello Monte, Martina Centeno cuenta con una vista privilegiada de una de las grandes inspiraciones en su carrera de arquitecta: un plano rectangular de la Caracas que va desde la Ciudad Universitaria hasta el tramo inicial del Boulevard de Sabana Grande. Una ventana por la que observa, entre creación y revisión de proyectos, el gimnasio cubierto de la UCV, con su emblemática forma de cachucha; las torres Polar y La Previsora; el Ávila, siempre con sus cambiantes matices verdosos, y el hotel Humboldt coronando su cumbre.

En ese espacio, cuyas paredes no esconden los ladrillos que la conforman, funciona la oficina de diseño y arquitectura Obra Verde, emprendimiento con el que esta caraqueña de 39 años repite parte del trayecto que de niña le organizaba su padre: recorrer en el carro la ciudad, comenzar a sentirla, a pensarla.

REPARTIRSE ENTRE DOS MUNDOS

Nacida en la Clínica Santa Sofía de El Cafetal, el 22 de agosto de 1986, lo que más marcó la infancia de Centeno fue formar parte de dos familias de orígenes y costumbres disímiles. Bogotana por parte de mamá; caraqueña por parte de papá, recuerda como algo que la define las idas y venidas de la capital colombiana a la venezolana, y viceversa.



«Años antes de que yo naciera, mi familia paterna se estaba mudando de Casalta a El Cafetal; algo más cómoda esa migración de Casalta al este de Caracas. Finalmente vivimos en Los Naranjos; esa fue mi zona como hasta los veinte años», relata Martina Centeno, quien entonces se adentra aún más en ese cruce fortuito que es el compartir dos nacionalidades: «Pasé mi infancia entre Colombia y Venezuela; pasábamos bastante tiempo en Bogotá, con la familia de mi mamá, y de allí surge parte de mi interés por el diseño. Digamos que crecí entre estos dos mundos muy distintos. Siempre fueron dos familias muy diferentes, una familia muy venezolana por parte de mi papá, extrovertidos, fiesteros, alegres, bochincheros, pero por otra parte la familia de mi mamá era muy recatada, bastante cerrada. Recuerdo mucho ir a casa de mi abuela, allá en Bogotá...».

Dadas las circunstancias, Centeno tuvo que acostumbrarse a repartirse entre aquellos dos mundos. «Las relaciones allá en Colombia sí eran mucho más familiares, pero también mucho más herméticas. Compartía con mis primos, todos mayores que yo. Éramos cinco primos, pero aquí en Caracas somos 19. Era muy distinto; de allá recuerdo que era mucho más tranquilo, disfrutaba más la naturaleza, salíamos mucho más a la calle... Eso fue como hasta que tuve doce años, porque luego mi familia decidió mudarse de Colombia a Estados Unidos, por la seguridad, en la época de la guerrilla. Desde ahí empezamos a ir a Estados Unidos. Todos los veranos pasaron a ser de Bogotá a Washington, a la costa este, Carolina del Norte», rememora.

Y agrega: «Algo que entendí ya de grande es que no era normal que las familias se trataran tan “diplomáticamente”. Crecí en una familia, no sé si estricta, pero sí muy conservadora en sus costumbres, en sus rutinas: apenas se levantaba uno hacía su cama, el desayuno se servía a cierta hora, siempre con frutas, seco y jugos... todo muy correcto, eso en mi núcleo familiar pequeño: papá, mamá, hijos. Con el tiempo, y relacionándome sobre todo con la familia de mi papá, experimenté más la cercanía, ese espacio donde la confianza se expresa más directamente, más que en mi núcleo de apenas cuatro personas».

En el ámbito más estricto, su familia la integraban Gerda, su mamá, filósofa egresada de la Universidad Javeriana; John, su papá, ingeniero en telecomunicaciones; y su hermana mayor Danielle. «Mi mamá ejerció su profesión hasta que se casó y digamos que pasó a un plano más de ama de casa, se dedicó de modo exclusivo a criarnos; en los últimos años se consagró a la pastelería, le encantaba cocinar; mi papá se dedicaba a la seguridad electrónica y montó su empresa de telecomunicaciones en Caracas». En cuanto a su hermana Danielle, la arquitecta reconoce que de niñas se llevaban bastante mal. «Peleábamos muchísimo, pero ahora somos las mejores amigas. Todos los días hablamos. Digamos que es una relación relativamente nueva».



“La aparición de la arquitectura en mi vida se produjo de manera bastante natural”

Como influencia directa de sus padres, de John «aprendí el amor por la ciudad, que es algo que a mí, personal y profesionalmente, me fascina. Le tengo mucho cariño a Caracas, que ahora representa todo lo que soy y todo lo que se puede ver reflejado en mi trabajo. En una época, mi papá nos sacaba todos los domingos a pasear en carro por la ciudad, sin rumbo: el centro, el 23 de Enero, Casalta, un poco para mostrarnos cuál era su origen, para que lo entiendiéramos. Eso se lo agradezco siempre. De mi mamá aprendí el valor del trabajo, la constancia, la rigurosidad, la metodología. Eso que digo, que en mi casa era todo muy correcto, viene de mi mamá».



INMENSAMENTE REBELDE

Martina Centeno cursó la primaria y la secundaria en el Colegio Mater Salvatoris, ubicado en Las Mercedes. Allí comenzó su proceso de socialización: «Los amigos de mis primeros años siguen siendo mis mejores amigos, sobre todo amigas, pues estudié en un instituto católico, a pesar de que mi familia no es practicante del catolicismo. Me pasaba mucho tiempo en casa de mis amigas y ellas lo pasaban en mi casa. Crecimos juntas y todavía conservo varias de esas amistades del colegio».

Se recuerda en esos años escolares como una estudiante aplicada. «Me iba bien, pero era inmensamente rebelde porque sí, porque nunca me identifiqué con la religión ni con las estructuras. Creo que de alguna manera en el colegio me rebelaba contra lo que pasaba en mi casa. Eso me trajo muchísimos problemas, pero al fin logré graduarme. Luego del colegio hacía deportes: practicaba gimnasia artística, en eso pasaba las tardes en el instituto, ya que formé parte del equipo del Mater, incluso entrenábamos sábados y domingos, íbamos a competencias locales e internacionales. Lo que a mí más me gustaba era el salto. Eso fue como hasta los quince años».

De aquel entonces, dice, extraña las vacaciones, «de dos meses, y a mí me gustaba ir de campamento. También extraño pasar más tiempo con mis abuelos, pues poco compartí con ellos en mi adultez», comenta la arquitecta, cuya etapa de rebeldía pasó intacta de la niñez a la adolescencia. «En el colegio, entre las amigas, armábamos grupos para hacer desórdenes, en realidad eran más travesuras como ir con el dobladillo de la falda roto para que las religiosas se pusieran bravas, y cosas así... No eran cosas graves. Eso sí, no era muy de salir, era tranquila en ese sentido. Me encantaba ir al cine —su película preferida es la cinta de ciencia ficción *Gattaca*, de 1997— o ver películas en casa de alguna amiga; también jugaba al tenis y me encantaba viajar».

ENTENDER EL ESPACIO

Hace una década decidió tomar las riendas de su vida. Independizarse, pues. Ya antes, la vocación por la arquitectura comenzó a gestarse entre sus necesidades de profesionalización. «La aparición de la arquitectura en mi vida se produjo de manera bastante natural. Por mi parte materna, había una tía arquitecta que, creo, no fue tan relevante como el hecho de que algunos de mis familiares vivían en casas que eran premios de arquitectura en Bogotá. Mi entorno en Colombia se movía en unos espacios de muchísima calidad arquitectónica, y sin que nadie me hablara de la carrera, esto me llamó la atención».

Nunca se dijo a sí misma «quiero estudiar Arquitectura», pero eso siempre estuvo presente. Antes de formalizar sus estudios en el área, los recuerdos de la casa de su abuela en Bogotá, la de su tía arquitecta y las de sus amigas eran bastante recurrentes. «Como que no recuerdo mucho mi infancia en determinadas situaciones, pero sí en los espacios en los que esta transcurría. Además, a la familia de mi mamá le gustaba mucho el diseño danés, escandinavo. A mi mamá también, de hecho para la casa que tuvimos en Bogotá se trajeron muebles de Dinamarca. Crecí con esa sensibilidad sin que nadie particularmente me lo dijera».

Cuando le tocó escoger una profesión, a diferencia de muchos jóvenes dubitativos de quince años, ella no lo dudó: escogió Arquitectura. En 2004 inició la carrera en la Universidad Simón Bolívar. «Siempre me sentí cómoda en mis estudios: desde el principio entendí el lenguaje. Empecé a percibir la ciudad, sus espacios... a mirar de otra forma la realidad. Me identificaba mucho con eso, y descubrí cosas en las que tenía interés pero no lo sabía», afirma Martina. Reconoce a dos arquitectos como fundamentales en su formación: «Con Carlos Ferrer –el papá de mi socia en la oficina de arquitectura Obra Verde, Oriana Ferrer– hablaba mucho de diseño, de arquitectura, corregíamos; con él hubo siempre, y hay todavía, una relación que me ha nutrido. Culminando la carrera está Alejandro Restrepo, con quien hice mis pasantías; vino de Colombia a Caracas a dictar unas charlas y me fui a trabajar con él», comenta la proyectista-diseñadora, quien vivió varios años en el país neogranadino, concretamente entre Bogotá y Medellín.

Asimismo, mientras cursaba la carrera, Centeno comenzó a trabajar en el estudio de uno de sus profesores, Guillermo Frontado, de quien recuerda un ejercicio de diseño que aclaró aún más la visión que tenía entonces de la arquitectura: «Se trataba de un ejercicio para entender el espacio», comenta. «Te ponen un terreno hipotético frente al mar, que es una plaza, y te dan unos volúmenes geométricos. Te piden que los organices. Me costó mucho hacerlo porque yo quería poner esos edificios en el mar.



Proyecto: casa Salina.
Ubicación: Adicora, Falcón.
Año: 2024-2025.

No le encontraba sentido a la plaza. La eliminé e hice un corredor y allí desarrollé mis tres edificios. Ese trabajo me hizo cuestionarme por qué debía organizar aquellos tres volúmenes en la plaza; yo quería salir de lo obvio».

Su tesis de grado no fue un proyecto, sino una investigación teórica y la pudo trabajar con Alejandro Restrepo. Se trasladó a Medellín con la idea de hacer una comparación entre esa ciudad y Caracas, en el aspecto urbano. «Fue como generar un sistema de cartografía con fotografías», dice quien también cursó estudios en Roberto Mata Taller de Fotografía, en Caracas.

Viéndolo en retrospectiva, para Martina Centeno sus inicios vocacionales fueron en solitario, «pero desde que empecé a ejercer estuve clara en que no quería estar siempre en una oficina de arquitectura, sino generar mi propio estudio, y creo que voy por ese camino. Eso sí, ahora no me veo proyectando sola, sino en un ejercicio que se hace en equipo. Me gusta crear con un equipo de trabajo, pues me he encontrado con gente que tiene mis mismas necesidades profesionales».

Ya egresada de la carrera, cada viaje que Centeno hacía con su familia se transformaba en una especie de *tour* arquitectónico. «Si íbamos a Nueva York, hacía previamente una lista de edificios, de restaurantes a visitar, y al final obligaba a los demás a caminar por esas estructuras. Así comenzaron a pasar las vacaciones».

CON VISTA AL MAR

A pesar de haber estudiado en la USB obras arquitectónicas como, entre varias otras, la Ciudad Universitaria de Caracas, de Carlos Raúl Villanueva —«Siempre que paseamos por ella es como recibir una clase magistral de arquitectura», dice—, y de tener como referentes la arquitectura de la cimera o la creada por la ítalo-brasileña Lina Bo Bardi, una de las grandes representantes de la arquitectura moderna en el país del sur del continente, el sueño de Martina Centeno era diseñar una casa en la playa. Todavía está en eso. «Estamos cerca de lograrlo», asegura. «Siempre he deseado trabajar con la arquitectura tropical, como pegada al mar. Nunca me he visto proyectando grandes construcciones, haciendo un edificio de veinte pisos. Me gusta más una escala íntima. También me atrae diseñar espacios ideales para los animales», confiesa.

Al intentar explicar su predilección por el mar, la arquitecta responde, simplemente, «porque siempre me ha fascinado el agua, en las piscinas, en lo que sea... Cuando miro Caracas entiendo que es una ciudad del Caribe aunque el mar siempre esté atrás de la montaña. Eso me genera aún más fascinación. Aquí donde estamos respiramos mar, y en treinta minutos podemos estar frente a él».



Proyecto: casa Salina.



A los ojos de Martina Centeno, la arquitectura es una pulsión de su vida, «construye la realidad en la que nos movemos día a día. El mundo que uno habita, bien o mal construido, es arquitectura. Es como ver la casa, la oficina, como símbolo de la historia. Es una manera de habitar y ver el mundo», dice mirando hacia la ventana de Obra Verde.

Su apreciación de una estructura arquitectónica pasa no por la escala ni por el arquitecto, sino por su capacidad de darle sentido a quien la recorre, que se anuncia apenas entra en ella, para ver por donde pasa la luz o tocar el concreto... «Es un tema sensorial. En lo que yo me fijo es en cómo me hace sentir el espacio y luego uno se va al detalle, comienza a afinar la mirada», explica Centeno.

«La arquitectura no existe sin la persona que la habita», insiste la proyectista. «Si yo voy a diseñar una casa para ti, por ejemplo, trataría de conocer a tu familia, tu rutina, qué es lo que te gusta...».

Para Martina Centeno, proyectar una casa, una residencia, «nos lleva a reflexionar acerca de que aquello que vamos a diseñar terminará siendo el confidente de la familia. Para diseñarla hay reuniones, y en esas reuniones se habla de toda la dinámica familiar, desde cosas íntimas, conoces a los hijos, hasta piensas en los espacios para las mascotas. Uno termina siendo parte de la familia. Son procesos muy complejos que uno tiene que aprender a manejar».

OBRA VERDE

La arquitecta no desvincula sus diseños de temas como la ecología y hasta la política. Y recurre al contexto que rodeó la fundación de la oficina de arquitectura y diseño Obra Verde, creada entre 2015 y 2016 por Oriana Ferrer, Alejandro de Pasquale y ella, para explicarse: «El tema de la sostenibilidad es importantísimo para nosotros. Por ejemplo, comenzamos a hacer mobiliario con paletas, con maderas descartadas que llegaban de algunas obras y nosotros las reutilizábamos. Tratamos de ser lo más eficientes con los recursos. Si hay algo que se vaya a botar en una obra, le planteamos una nueva vida», asegura Centeno.

En la página web www.obra-verde.com se describe en términos concretos la filosofía de este emprendimiento: «Desarrollamos ideas, ejecutamos proyectos y construimos obras, siempre buscando experiencias únicas, eficiencia y sustentabilidad. Nuestra experiencia en proyectos residenciales y comerciales nos ha hecho valorar y descubrir procesos locales y artesanales, entender cada uno de nuestros proyectos como una

“La honestidad, la sencillez y la austeridad mueven a Obra Verde”

oportunidad de diseño integral, de rescatar técnicas tradicionales o lograr nuevas técnicas, nuevos procesos, nuevos materiales, nuevos amigos».

Martina Centeno detalla todavía más la génesis del estudio: «Oriana (Ferrer) trabajaba con su papá, y yo lo hacía en una oficina de arquitectura donde se manejaban proyectos grandes. Empezamos a notar que en las obras desperdiciaban las cajas de madera donde venían los muebles o los equipos de aire acondicionado. Comenzamos a recoger las cajas y las dejábamos en casa de Oriana e incluso en el patio de atrás de la oficina donde ella estaba empleada. Comenzamos a hacer unas mesas que encolábamos con madera, y así empezamos a hacer mobiliario siempre con la idea de reutilizar los materiales que desechaban».

«Habrá pasado un año desde que estuvimos haciendo este tipo de trabajos; yo hacía la maestría en Administración de Gerencia de Empresas en la Universidad Metropolitana, y una amiga que tiene una marca de ropa quería hacer un *pop-up* (especie de vitrina móvil); le hicimos uno con la madera reciclada para la Feria del Ateneo; de ahí nos pidió que le hiciéramos la tienda. Otros amigos de Oriana, que también cursaba un MBA en Administración en el IESA, querían que les hiciéramos una sanguchería (Costilla), seguimos trabajando y poco a poco empezamos a hacer proyectos en una escala que pasó del mobiliario al diseño interior a la arquitectura. En 2016, 2017, alquilamos una oficina pequeña en el Country, renuncié a la firma para la que trabajaba y decidimos crear Obra Verde; ese fue el momento en el que entendí que la arquitectura iba en serio».

Entre los proyectos creados por Obra Verde, Martina Centeno menciona dos «a los que les tengo particular cariño»:

«Uno es un bar que se llama Quiero1café (2019), que está en Los Palos Grandes. Me gusta por la aproximación de diseño y ejecución y porque como estudio nos ayudó a definir nuestra práctica: cómo usar materiales locales y sacarlos de contexto, hacer que se vieran distintos. A pesar de no contar con muchos recursos, diseñamos las lámparas, las sillas... todo vinculado al proceso de producción del café».

La segunda obra corresponde al restaurante Robusto Bar (2021), ubicado en Las Mercedes. «Fue un proyecto bien chévere porque teníamos un local inmenso, de 250 metros cuadrados, y terminamos haciendo arquitectura dentro del local; fue como hacer un contenedor dentro de un espacio», comenta Centeno.

E insiste: «Partimos de la preocupación de cómo utilizar los recursos de una manera eficiente, no generar tantos. Mi tesis en la Metropolitana versó sobre cómo crear unas dinámicas en las que se reutilizaran los residuos de construcción y demolición,



Proyecto: Quiero1café.

Ubicación: Los Palos Grandes, Caracas.

Año: 2019-2020.

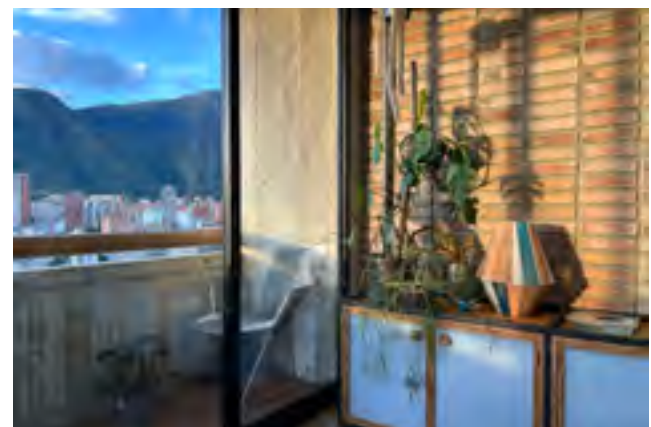
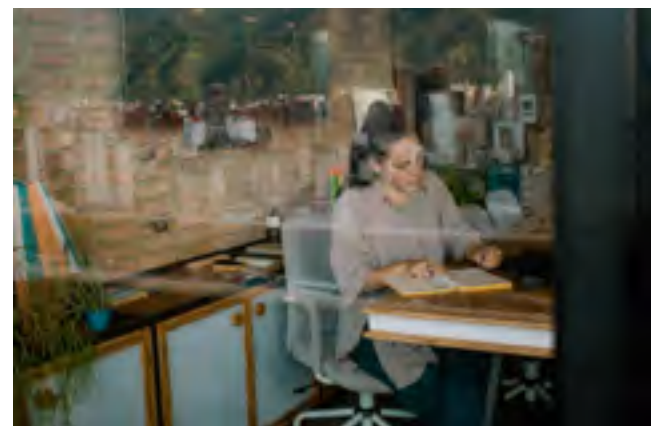
ya enfocada en algo mucho más empresarial, a una escala más grande, pero siempre hubo esa preocupación, que se ha convertido en parte de nuestro lenguaje».

Hoy en día, Obra Verde funciona con cuatro jóvenes arquitectos que desarrollan los proyectos; un equipo de obras de ejecución; dos maestros de obra, cada uno con sus trabajadores; dos equipos de carpintería, y «bastantes» proveedores. Además, los socios de la empresa llevan la coordinación de la certificación en Diseño de Interiores en la Academia de Diseño UCAB-ProDiseño.

Sobre los vínculos de Obra Verde con las nuevas generaciones de arquitectos, dice Centeno: «Mantenemos contacto con los jóvenes, con los nuevos estudios de arquitectura, somos amigos y hay varios de ellos con los que tenemos una relación muy genuina. Siempre he pensado que a nosotros como arquitectos, a lo mejor, nos puede sobrar el ego con esa idea de que se puede trabajar dentro de una burbuja, pero entendemos que siempre hay posibilidades de colaboración, de generar gremio y poder competir de una manera sana; eso lo está entendiendo nuestra generación. De hecho, con mr.punto_, que es la oficina que lideran Emilia Monteverde y Daniel Arturo Rodríguez, compartimos ayuda: “Mira, necesito un albañil...”, en fin, una relación muy gratificante. También el hecho de que estemos ligados a la academia ayuda muchísimo».

«Ya llevamos diez años funcionando y uno se empieza a revisar, a cuestionar; empiezas a ver qué tienes recorrido y sientes miedo de ver si ya hiciste lo mejor que pudiste. Siempre he sentido un poco de ansiedad ante el futuro. Ahora, que miro a ver dónde estoy, siento que vivo un momento, en mi etapa de diseño, en el que empiezo a sentirme cómoda y más confiada y sobre todo a entender cuáles son, ya con la experiencia acumulada, mis valores en lo arquitectónico, cómo abordo las cosas; es como empezar a crear una metodología», expresa Martina Centeno.

Y ya que habla de valores, la arquitecta se explica: «Hago lo que me gusta, que es lo más importante: generar identidad, que la obra se convierta en una conversación, generar profundidad en el diseño, hablar siempre de lo local; para nosotros, por ejemplo, hablar de la sencillez o de la honestidad en el diseño es muy importante; si utilizamos ladrillos, ladrillos se usan, no se pintan; el material es muy honesto, entonces el diseño tiene que hablar de eso. La honestidad, la sencillez y la austeridad mueven a Obra Verde. Además, la austeridad puede ser algo sublime. Hablar de menos no significa que se vaya por mal camino».



“Siempre que paseamos por la UCV es como recibir una clase magistral de arquitectura”

CIUDAD Y ARQUITECTURA

Contraria en gustos a la arquitectura fría, con elementos brillantes como el mármol pulido o los armazones de vidrio, Centeno se describe como admiradora del brutalismo, no tanto así de lo que pudiera llamarse arquitectura minimalista. «La arquitectura es la manera en que entendemos nuestra existencia en el plano físico. Es el relato que vemos todos los días. El hecho construido al final habla de la evolución, de la capacidad que tenemos para podernos construir; nos lleva a cuestionar cómo habitamos y pasamos la vida, cómo es nuestra experiencia en el espacio y cómo esas experiencias, dependiendo del espacio y del diseño, se hacen más o menos gratas», dice.



“La arquitectura es la manera en que entendemos nuestra existencia en el plano físico”

Las palabras de Centeno apuntan a un axioma: «Ciudad y arquitectura no pueden desvincularse, al menos no en mi práctica; hasta el interiorismo es parte de lo que hacemos. Ciudad, arquitectura y diseño tienen que estar ligados», afirma la proyectista y diseñadora, para quien Caracas es una caja de sorpresas. «Desde el punto de vista arquitectónico es muy valiosa, aquí hay de todo en arquitectura, sobre todo porque esta proviene de una época de oro, digamos, en la que aquí se tenía una capacidad de construcción enorme, más todo el bagaje cultural que tenemos por la migración y el petróleo. Caracas tiene muy buena arquitectura, puede ser desordenada, pero es sumamente interesante», sentencia.

Una ciudad que escapa a cualquier homogeneización arquitectónica es lo que mantiene a Martina Centeno activa en su profesión. «Todos los días, por más dificultades que haya, siempre hay ideas que desarrollar. Me motiva mucho el hacer el ejercicio histórico de saber dónde estábamos hace diez años y ver dónde estamos ahora, y hasta imaginar dónde estaremos dentro de diez años y poder empezar a planificar en ese sentido», expresa, convencida de que la principal actitud que debe poseer una persona que desea estudiar arquitectura es la curiosidad, «tener la capacidad de preguntarse cómo ese edificio convive con el entorno, cómo funciona con respecto a las personas...».

Y no encuentra otras palabras que las del poema de José Ignacio Cabrujas, «Caracas pasajera», para referirse a la ciudad en la que nació y en la que es:

“*Caracas tiene muy buena arquitectura, puede ser desordenada, pero es sumamente interesante*”

«Conviene recordar que fue ciudad de locos / Al norte de una empresa / Que entrar en ella era bajar de la montaña / Y que todo iba a ser mejor mañana / Que una cosa antes de ser, se parecía / Así la gente, así la música / Así esta historia / Siempre al norte, mientras tanto y por si acaso».

Para los venezolanos que han migrado del país y que llevan entre sus nostalgias la imagen del Ávila, Centeno les recuerda que sí, que está el Ávila, «pero abajo hay un mundo, que casi siempre vemos desde el carro, que es fascinante. Entiendo lo que significa el cerro para quienes se han ido, pero no puede ser la única referencia de la ciudad», afirma esta joven que mira hacia el futuro como una promesa llena de tareas pendientes. «Nos gusta diseñar, hacer proyectos; pero también me encantaría generar contenidos, conversaciones, alianzas con arquitectos, publicaciones», concluye.

PROYECTOS







Proyecto: Veciino (red de mercados).

Ubicación: Av Sucre, Catia, Caracas.

Año: 2023.

Arquitectura y diseño interior: Obra Verde.

Diseño gráfico: Andrea Ayala.

Conceptualización marca: Sebucán Estudio
(Paola Bertorelli, Juan Carlos Bertorelli).

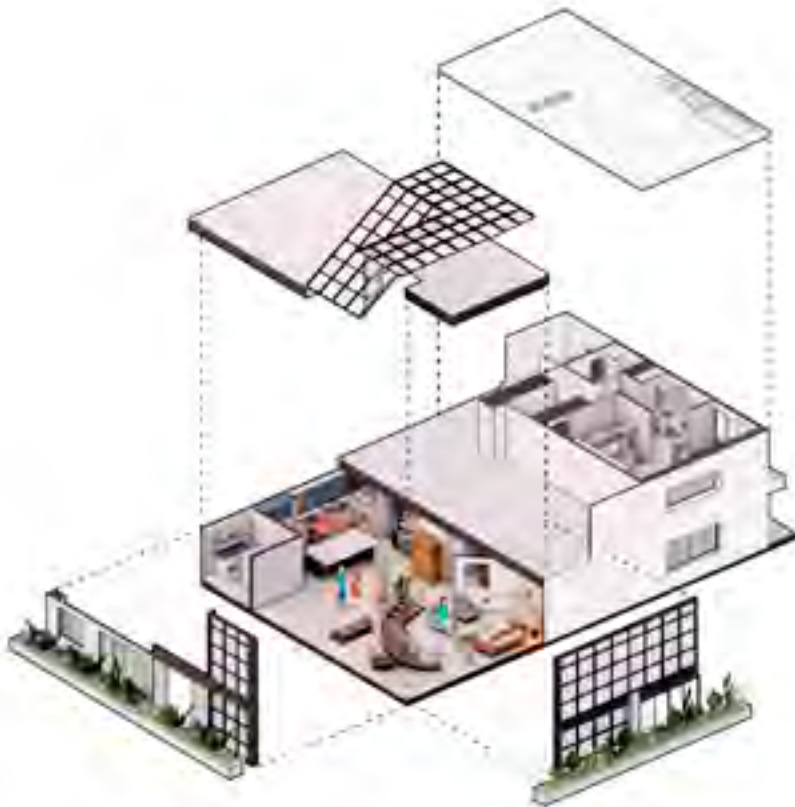






Proyecto: Antonio Díaz Dojo.
Ubicación: Los Palos Grandes, Caracas.
Año: 2023.





Proyecto: Penthouse, Los Palos Grandes.
Ubicación: Los Palos Grandes, Caracas.
Año: 2022.



— 1986 —

Maximillian Nowotka

«Un arquitecto no solo
construye espacios»

Nace en Ciudad Ojeda, Venezuela, en 1986.

Arquitecto, curador y gestor cultural, se ha formado entre Venezuela, Chile, España y México, donde reside actualmente. Ha desarrollado una carrera que trasciende las fronteras tradicionales entre arquitectura y otras artes, y que lo ha llevado

a participar en eventos como las bienales de Venecia y São Paulo. Entiende su disciplina como mediación cultural, compromiso social y escritura del territorio; antes que la estética, privilegia el propósito y el diálogo con las comunidades. En

2015, fundó MAAN, su taller de arquitectura, cuyos proyectos no parten de los bosquejos o la inspiración, sino de objetivos concretos basados en lo empírico

@mnowotka

 Albinson Linares

 Ariadna PoLo

Maximillian Nowotka creció en el universo nómada de los campos petroleros venezolanos donde, durante décadas, se gestó la riqueza del oro negro que caracterizó a Venezuela durante buena parte del siglo XX. Aunque nació el 28 de agosto de 1986 en Ciudad Ojeda, una población de la Costa Oriental del Lago de Maracaibo signada por la calidez de su clima y el progreso técnico de la otrora pujante industria petrolera del país, aclara que tuvo una infancia trashumante.

«Para mí el hecho de arraigarme o hacer lazos humanos muy afectivos o muy fuertes no tenía mucho sentido mientras crecía. Recuerdo que, cuando era niño, estábamos en alguna población petrolera como Maturín o El Morichal y yo iba al colegio y hacía amiguitos pero, de repente, a los seis meses me decían: “¿Sabes qué? Nos vamos”», afirma con una sonrisa agri dulce.

Su padre, Andreas Nowotka Rubik, fue un periodista dedicado a los temas de responsabilidad social empresarial que se centró especialmente en Petróleos de Venezuela (PDVSA), por lo que la familia solía trasladarse a las diversas zonas de refinerías y explotación desperdigadas por el territorio del país.

«Soy una persona fácil para socializar, pero internamente decía para qué voy a ser amigo de alguien si me voy a ir pronto, ¿no? Y por eso cuando ya estaba en bachillerato mi padre decide que nos quedemos en un lugar y él era quien tenía que viajar. Desde entonces nuestra base siempre fue Maracaibo, pasé ahí gran parte de mi vida a pesar de que viajé mucho por el país», explica.

Esa infancia de mudanzas constantes forjó una visión particular del desarraigo en el futuro arquitecto. Sin embargo, el nomadismo tenía raíces más profundas en su familia. Su apellido, Nowotka, arrastra la memoria de su abuelo polaco, Tadeusz Nowotka Komorowska, superviviente de los campos de concentración de Auschwitz y Mauthausen.



«Él estuvo en campos de concentración y llega a Venezuela a forjarse una nueva vida como muchos migrantes sobrevivientes de la guerra», asevera con mirada profunda. «Termina en un campo de concentración porque mató un cerdo y era ilegal matar cerdo sin el permiso del nazismo en ese momento, porque le estaba quitando comida al ejército. Sin embargo, en realidad lo detuvieron porque no quiso apoyar a los nazis».

Luego de la guerra, su abuelo no puede regresar a Polonia que estaba bajo la ocupación soviética y, en medio de la devastación y el caos de la reconstrucción europea, surge una oportunidad en un lugar muy lejano. «Fue muy difícil porque él queda como un expatriado, no tenía un lugar al que pudiera regresar, y no tenía acceso a las protecciones que existen hoy en día. Y, de repente, comienza a comunicarse con unos conocidos que estaban en Venezuela y así toma la decisión de dejar Europa. Así fue como llegaron tantos europeos a Suramérica con ganas de escapar del horror y hacer una vida nueva», afirma.

Esa herencia familiar es patente en muchas de las decisiones profesionales de Nowotka, quien no se ha amilanado al momento de tener que abandonar la comodidad de su entorno conocido para enfrentar nuevos retos en países distintos. «Siempre hemos tenido como ese ADN de no tenerle miedo a estar en un lugar que a lo mejor puede ser temporal», asevera sobre sus raíces.

El resultado fue una ética vital que, en el caso de su familia, valora la simplicidad y la resistencia. «Hubo un tema en la crianza que nos lleva a entender ciertos valores, nos enseñaron a apreciar tanto la belleza como los significados de las cosas más simples. Se trata de apreciar el valor de la vida humana, y comprender que todos somos iguales. Creo que eso se transmitió de una generación a otra», explica.

CUANDO UNA CASA TE VUELA LA CABEZA

Podría decirse que el despertar arquitectónico de Nowotka no siguió los cauces convencionales. Su primera epifanía espacial ocurrió, curiosamente, en Caracas, durante una visita al Museo de los Niños en un viaje familiar: «Yo más que jugar, porque era muy divertido, me fijaba en cómo estaban colgadas las cosas o en cómo estaba armado todo... creo que fue una de las obras que marcó el inicio de mis inquietudes».

En Maracaibo, también encontró motivos para indagar en las formas físicas de ciertas estructuras. Un ejemplo fue la sede del Banco Mara, una mole de concreto en forma de pirámide invertida diseñada por el arquitecto José Hernández Casas, que se convirtió en otro de sus primeros referentes. «Era uno de los edificios más emblemáticos y me parece una joya. Años después, cuando me estaba preparando para iniciar la universidad, me gustaba mucho estudiar la casa de Frank Lloyd Wright en Estados Unidos y la comparaba con ese edificio», recuerda.



“Venezuela es más que Villanueva, tenemos que evolucionar y pasar página. Como sociedad seguimos mirando a los años cincuenta y ya estamos en pleno siglo XXI”

En 2004, ingresó a la Facultad de Arquitectura de la Universidad del Zulia (LUZ), en plena «efervescencia política» venezolana, mientras Hugo Chávez trataba de consolidar su poder con un referéndum revocatorio y elecciones regionales. Sin embargo, en esos primeros momentos de su carrera, explica que hubo una estructura que le demostró las posibilidades de la arquitectura, más allá de los convencionalismos. En el patio central de la facultad había una Casa Mara, un diseño emblemático que resaltaba como un ovni dentro de la universidad.

«Se volvieron muy famosas, eran un prototipo de vivienda de emergencia, como unas cápsulas de fibra de vidrio que digamos que fueron ejercicios experimentales», explica con asombro, a pesar de los años.

Recuerda que el impacto que le causó fue inmediato y profundo: «El primer día que llego y veo como esta nave espacial que está en medio del patio, es algo que me rompe por completo la cabeza y digo: “Pues a lo mejor yo venía con la idea de hacerle la casa a mi abuela o hacer un edificio, pero cuando veo eso empiezo a entender que a lo mejor la arquitectura puede ser otra cosa”».

Significativamente, Carlos Raúl Villanueva –el gran maestro de la arquitectura moderna venezolana– llegó tarde a su formación: «Yo descubro a Villanueva ya grande. Fue la primera vez que viajé a Caracas como estudiante de Arquitectura que iba a visitar obras. Tendría unos veinte años». Esa tardanza generó una perspectiva crítica que lo acompañaría toda su carrera: «Él marcó una etapa histórica del país con una destreza extraordinaria. Pero Venezuela es más que Villanueva, tenemos que evolucionar y pasar página. Como sociedad seguimos mirando a los años cincuenta y ya estamos en pleno siglo XXI».

Obras emblemáticas de Caracas como las Torres de Parque Central o el Teatro Teresa Carreño despiertan su admiración, pero no lo deslumbran. Trata de ver más allá del contexto histórico y preguntarse si edificaciones de esa envergadura aún representan lo que es la Venezuela contemporánea.

«Si hoy, en 2025, tuviéramos todos los recursos de la Venezuela saudita de los años sesenta y setenta, si hubiera una democracia en el país y fuéramos libres, ¿haríamos Parque Central? Estoy 100 % seguro de que no. Eso fue un momento histórico en el que el Estado y el capital venezolano quiso decirle al mundo: “Esto es lo que somos”. Pero eso se acabó», afirma.

Como le sucedió a muchos estudiantes venezolanos de principios del siglo XXI, su formación universitaria no transcurrió en una torre de marfil. «Entiendes esa idea de que entraste a la universidad pública y, a partir de ese momento, eres un ciudadano que tienes que luchar por tus cosas».

En 2008, en su universidad se celebran las primeras elecciones en décadas y lo escogen como candidato en el consejo de escuela, un cargo que ganó y ejerció durante un año. «Tuve mi partecita en la política universitaria y eso te hace desarrollar un sentido del compromiso, del bien común, de que era importante preservar la universidad, la academia, en medio de tanta tormenta política. Luego de graduarme me fui a hacer la maestría, pero nunca he olvidado ese compromiso social. Eso siempre está con uno», asevera.

EL ARTE DE MOSTRAR EL PROCESO

En 2010, Nowotka partió a Santiago de Chile para una maestría en la Pontificia Universidad Católica. Su llegada coincidió dramáticamente con el terremoto que devastó el país y se encontró con una sociedad volcada en solucionar la devastación: «Todo se enfocaba en la recuperación y me tocó estar involucrado con organizaciones civiles que estaban vinculadas con los territorios, con comunidades, y de alguna manera había que ejercer el oficio de la política para poder obtener recursos, para poder llevar a cabo los planes de reconstrucción».

Explica que esa experiencia lo llevó a trabajar en Santiago y en Talca, en la zona central de Chile, donde fue parte de un equipo de reconstrucción; ahí los planos se empapaban de lodo y la política se diseccionaba en comités de ayuda comunitaria. No era partidismo puro pero sí ejercicio político: aprendió que levantar muros era un gesto de esperanza y que cada plan de vivienda –por pequeño que fuera– implicaba mediaciones con autoridades, vecinos y rescatistas.

En sus palabras, todo ese trabajo reconfiguró su comprensión del oficio: «Entendí que un arquitecto no solo construye espacios; también escribe, cura y dialoga con comunidades. El arquitecto puede escribir un texto, el arquitecto puede gestionar un espacio de conversación, puede ser el mediador entre quienes toman las decisiones y es quien, de alguna manera, puede ejecutar alguna política pública».

En Chile también descubrió la dimensión curatorial, influido por «profesores que no eran arquitectos, que venían de las artes visuales, que estaban vinculados al mundo de los museos y que, en algunos casos, tenían que ver con el *performance*». Ese cruce disciplinario influyó en su formación profesional, llevándolo a explorar otras posibilidades creativas. Su visión del espacio artístico como un escenario dinámico en el que el mensaje debe ser universal comenzó a gestarse con esa experiencia. «Me di cuenta de que también podía hacer otras cosas que están más vinculadas a la gestión cultural, a los museos, las galerías y los montajes, y que en cierta forma también se relacionan con otras disciplinas que buscan lo experiencial», comenta.

Años después, debido a la cuarentena por el COVID-19, cursó a distancia la mayoría del posgrado en Espacio Efímero de Arquine y la Universidad Politécnica de Cataluña, donde compartió aulas virtuales con curadores, bailarines y museógrafos. En esa experiencia tuvo que analizar desde vitrinas de tiendas como Zara hasta las estructuras más vanguardistas del *performance* ambiental, lo que lo llevó a entender que existen nuevos límites

para las edificaciones. Desde entonces su trabajo ya no solo se centra en estructuras físicas y proyecciones, sino que también explora escenarios móviles, instalaciones bilingües entre el arte y la ingeniería que en ocasiones asumen el espacio como un acto performativo.

Nowotka se ríe cuando explica que su entrada a la curaduría nació de una insatisfacción estética. «Me fastidiaba ir a una exposición de arquitectura, y luego me di cuenta de que lo que me aburría no era el contenido, sino como estaba mostrado. Los arquitectos, en su gran mayoría, cuando hacían una exposición de arquitectura se limitaban a mostrar unas láminas impresas, donde había una imagen, una fotografía muy linda de la obra, a lo mejor una maqueta y unos planos».

Fruto de esas inquietudes son sus participaciones en exposiciones internacionales como RAW, celebrada en el año 2021 en el Het Nieuwe Instituut de Róterdam, que se centra en el proceso de diseño en su estado bruto, llevando la atención de los visitantes a una selección de dibujos simples, notas rápidas y modelos inacabados que proyectan el valor de la artesanía, el cuidado y el rigor previos al proyecto final.

La exploración por otras formas de construcción, por el legado de los pueblos indígenas, también está presente en su ideario estético. Aprecia obras como el Orchid Pavilion, realizado en Casa Wabi, Oaxaca, que se inspira en el tapiri –un rompevientos ancestral diseñado por los indígenas amazónicos– para generar una estructura en la que dos planos de madera inclinados se apoyan con sutileza, uno encima del otro, pero sin llegar a tocarse, con lo cual se crea un lugar liminar que no está completamente abierto, ni cerrado, pero que captura pequeñas partes del paisaje, desdibujando los límites del entorno para las personas que entran en la estructura.

En muchas de sus obras, Nowotka experimenta con formas alternativas para mostrar la arquitectura, privilegiando el proceso sobre el resultado. Su crítica al hermetismo del arte contemporáneo es contundente: «Una pieza o una propuesta que no dialogue, que no busque generar una conversación con una audiencia... para mí es un fracaso. Hay propuestas que están hechas para el mundo del arte contemporáneo, que solamente les hablan a los curadores y estos se hablan entre ellos, ignorando al público. Eso es una locura».

En su opinión, ya existen propuestas curatoriales que exploran una visión más amable con el público en general. Un caso que le llama la atención es lo que hace el Museo Jumex, en Ciudad de México, que suele albergar exposiciones con algunos de los exponentes más vanguardistas de la escena artística actual. «El Jumex, que pudiera ser uno de los museos con una propuesta de arte contemporáneo más compleja del país,



“El arquitecto puede ser el mediador entre quienes toman las decisiones y es quien, de alguna manera, puede ejecutar alguna política pública”

inclusive de la región, hoy en día tiene programas de acceso público, o sea, desarrolla programas que buscan acercar a las comunidades para que entiendan lo que se expone. Ellos tratan de hacer un poco de pedagogía para enseñarle a la gente a digerir el arte contemporáneo y aproximarse a lenguajes que puedan permear dentro de ciertas comunidades, y creo que eso es muy importante», asevera.

Su alternativa creativa tiende a buscar la accesibilidad: «Hay una sensibilidad importante en el acto de hacer dialogar una obra de arte con cualquier tipo de audiencia, ¿no? Bien sea un niño, una abuelita, el don que te prepara las tortillas o el que te vende la Coca-Cola».

Su relación con las bienales internacionales ilustra las posibilidades del sistema artístico que se nutre de las contribuciones de la arquitectura. En 2016, formó parte del equipo curatorial que también estuvo conformado por Miguel Braceli, Rolando Carmona, Marcos Coronel, Alejandro Haiek, José Naza y Gabriel Visconti y se centró en restaurar el pabellón de Venezuela en la Bienal de Venecia con un proyecto titulado Fuerzas Urbanas, que se enfocó en mostrar la transformación de los espacios populares en Venezuela a través de quince proyectos de arquitectura y colectivos locales. La muestra logró retomar el pabellón, que estaba deteriorado, y convertirlo en un espacio para el debate y la discusión, más allá del proselitismo político imperante en Venezuela, y promover un intercambio entre las comunidades locales y el público asistente.

«Las bienales son espacios de legitimidad que ha construido el propio gremio, para bien o para mal. Podemos estar o no de acuerdo, pero son espacios de legitimidad. Lo importante de estar ahí es lograr la amplificación del mensaje que puedes generar desde ese territorio. El eco que puedes lograr al presentar un proyecto que esté vinculado a la Bienal de Venecia se traduce en prensa, en aliados, en obtener recursos», afirma en tono contundente. Luego guarda silencio por unos segundos y agrega: «Es muy radical decirlo, pero sí te cambia la vida, hay un parteaguas después de eso».



Proyecto: Pabellón Audi (instalación efímera).
Ubicación: Parque Lincoln, Polanco, Ciudad de México.
Año: 2024.

“Una pieza o una propuesta que no dialogue, que no busque generar una conversación con una audiencia... para mí es un fracaso”

En el 2019 presentó en la Bienal de São Paulo un proyecto llamado *Diario/Daily*, en el que reunió más de un centenar de páginas con correos, minutas, facturas y bocetos tachados de una obra con la finalidad de exhibir el *backstage* de la arquitectura, lo que el público no ve de las obras ya construidas. «Nosotros llegamos con un folleto mal impreso, casi que un fanzine, donde lo que estaba en ese documento eran todas las minutas, las reuniones, los bosquejos de una obra que construimos en Caracas en el 2015 en un barrio con problemas de violencia y delincuencia. Y en una serie de fotografías mostramos cómo un chamo que formaba parte de las bandas comenzó a trabajar con nosotros y terminó aprendiendo a hacer carpintería y montó su taller», afirma con emoción.

IMAGINARIOS ECOLÓGICOS

Su proyecto más reciente y ambicioso surge del reconocimiento de la crisis ambiental en Venezuela. Una conversación con un periodista venezolano en Ciudad de México desató su interés por el tema de la minería clandestina y la devastación que esta genera en varias zonas del país. El resultado es *Imaginarios Post-extractivistas*, un proyecto desarrollado junto a Gabriel Visconti que se presentará en las bienales de Venecia y São Paulo en 2025. La investigación documenta cómo, «en el marco de ese desarrollo, la lógica extractivista se expande hacia territorios naturales impactando a comunidades enteras, que en el caso venezolano se refleja con mucha fuerza en el aumento progresivo y sostenido de áreas tomadas en la Orinoquia para la explotación de recursos». El Proyecto Monitoreo de la Amazonía Andina (MAAP) estima que entre 2016 y 2020 se perdieron más de 140.000 hectáreas de bosque primario en Venezuela.

Su metodología combina rigor científico con traducción disciplinaria: «Toda la investigación y toda la data viene de lo que realmente está ocurriendo ahí, con geógrafos, antropólogos, biólogos, activistas, organizaciones comunitarias... Y nosotros lo que hacemos es traducirlo a un lenguaje en el que la arquitectura pueda asumirlo como algo propio».

En medio de su conversación salpicada de referencias, y obras creativas, Nowotka hace memoria para evocar un grato recuerdo: cuando en una bienal tuvo la fortuna de ver a uno de sus ídolos. «En una de las bienales participaba Rem Koolhaas, que quizá es el maestro más importante de la arquitectura contemporánea, y el tipo salió de un evento y se paró un rato largo a ver nuestro trabajo expuesto, con mucho interés y haciendo preguntas. En ese momento entiendes que algo estás haciendo bien», dice entre risas.



Proyecto: *Urban Forces*.
Ubicación: Bienal de Arquitectura de Venecia.
Año: 2016.

“Una premisa es que todo lo que hagamos necesita tener un propósito. No solo se trata de que se vea bien, porque si no tiene una utilidad bien definida realmente no tiene sentido hacerlo”

En 2015, en Maracaibo, Nowotka fundó MAAN, su taller de arquitectura, con una metodología que trata de invertir el proceso tradicional de diseño. En lugar de partir del croquis o la «inspiración», cada proyecto inicia con escritura rigurosa: «El primer paso proyectual es un texto. Tratamos de escribir por lo menos tres, cuatro cuartillas, o sea, unas 700 a 1000 palabras, un texto de lo que nosotros consideramos que es lo que tenemos que hacer. Y no hablamos de la forma, ni de las texturas, ni de lo material, o lo físico, sino que habla de lo que queremos lograr».

Esta inversión metodológica surge de una filosofía específica: «No partimos desde el bosquejo, la inspiración o las musas que les llegan a la cabeza a los genios. Nosotros no creemos en eso». En su opinión, entonces, la genuina creatividad se aleja de ese mito del genio romántico que tiene un arranque de iluminación; más bien se acerca a la lógica de un gimnasio: «Al final el cerebro es un músculo más y si no lo entrenas, pues no vas a lograr nada». Así pues, en muchas de sus obras la prosa escrita se convierte en la brújula del proyecto entero: «El texto es lo que va a regir todo, para nosotros la arquitectura es el resultado de una aproximación un poco más empírica».

La radicalidad de este método a veces llega hasta extremos impensados para los neófitos en el mundo de la arquitectura. «Hemos hecho proyectos en los que no hay planos, sino que los planos los hemos tenido que dibujar después de que la obra está construida porque nos lo pidió una revista para publicar el proyecto», explica con una sonrisa amplia. Ahora, el taller se encuentra radicado en Ciudad de México.

En la actualidad, Nowotka trata de mantener el equilibrio entre múltiples roles. Desde 2022 es el Director Nacional de Comunicación en la Escuela de Arquitectura, Arte y Diseño del Tecnológico de Monterrey (México), un cargo que le permite «entender de una manera integral la arquitectura contemporánea, porque es un trabajo muy intenso en el que puedes explotar tus pasiones por la creatividad y el diseño. El TEC me ha permitido ver cosas nuevas, y estar con ideas frescas».

Además, participa en proyectos arquitectónicos y curatoriales en los que la colaboración es el vértice primordial. «Casi nunca hemos hecho un proyecto solos, siempre trato de buscar con quién colaborar y, dependiendo del alcance de la obra, podemos construir equipos que se van ensanchando o se van achicando». Con orgullo dice que su esposa, la arquitecta venezolana Betina Rincón, es «socia de muchas de las obras que hacemos porque participa en las partes conceptuales y en todos los momentos donde nacen las cosas. Ella siempre está».



“Es fundamental preocuparnos por que el aire contaminado nos acorta el tiempo de vida o por que tengamos agua dentro de diez años. La arquitectura debe formar parte de discusiones que tienen que ver con la humanidad, con nuestro futuro como sociedad”

Su rutina huye de la rigidez y se centra en la exploración de temas alejados de su disciplina. «No tengo un hábito de decir que hoy, a las nueve de la noche, me voy a leer cien páginas antes de dormir, eso no pasa. Intento leer mucho, sí, pero casi el 100 % de las cosas que leo no tienen que ver con arquitectura porque me aburre un montón», explica mientras comparte que por estos días se refugia en la lectura de *La invención de la naturaleza*, un ameno ensayo de Andrea Wulf sobre el célebre explorador Alexander von Humboldt.

Otro aspecto que actúa como una chispa para encender su curiosidad es cultivar conversaciones interdisciplinarias, entablar diálogos con profesionales de áreas que lo ayudan a ampliar sus horizontes: «La mayoría de nuestros amigos en México no son arquitectos. A veces prefiero hablar con un chef o un periodista toda la noche porque creo que me genera otras cosas, son momentos que me nutren un poco más».

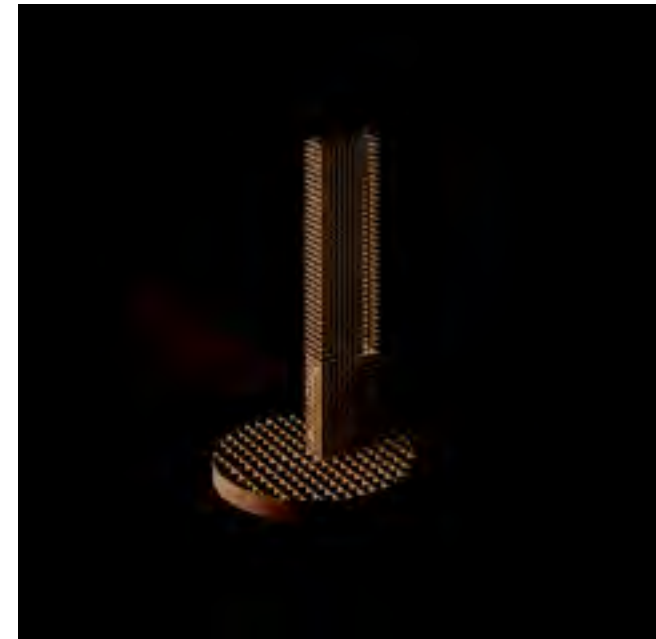
La obra de Nowotka muestra una evolución que parte de la arquitectura contemporánea hacia la mediación social, usando la forma como un fin y el propósito como un motor, por eso un elemento que resalta en sus proyectos es el reconocimiento de fenómenos como las crisis ambientales, migraciones forzadas y los colapsos institucionales.

«Creo que hay temas que son más importantes para la humanidad que un pedazo de piedra o una bella estructura de hormigón. Ahora es fundamental preocuparnos por que el aire contaminado nos acorta el tiempo de vida o por que podamos tener agua dentro de diez años. Me interesa que la arquitectura forme parte de discusiones que sí tienen que ver con la humanidad, con nuestro futuro como sociedad», asevera.

En Nowotka, la arquitectura recupera su dimensión política pero no como instrumento de poder sino como una herramienta de cuidado colectivo. La respuesta, quizás, está en esa metodología que lo define: partir siempre del texto, del propósito, del para qué antes de preguntarse por el cómo. En un mundo saturado de imágenes y formas, Nowotka propone volver a la palabra como origen de todo espacio verdaderamente habitable.

«Una premisa es que todo lo que hagamos necesita tener un propósito. No solo se trata de que se vea bien, porque si no tiene una utilidad bien definida realmente no tiene sentido hacerlo», explica.

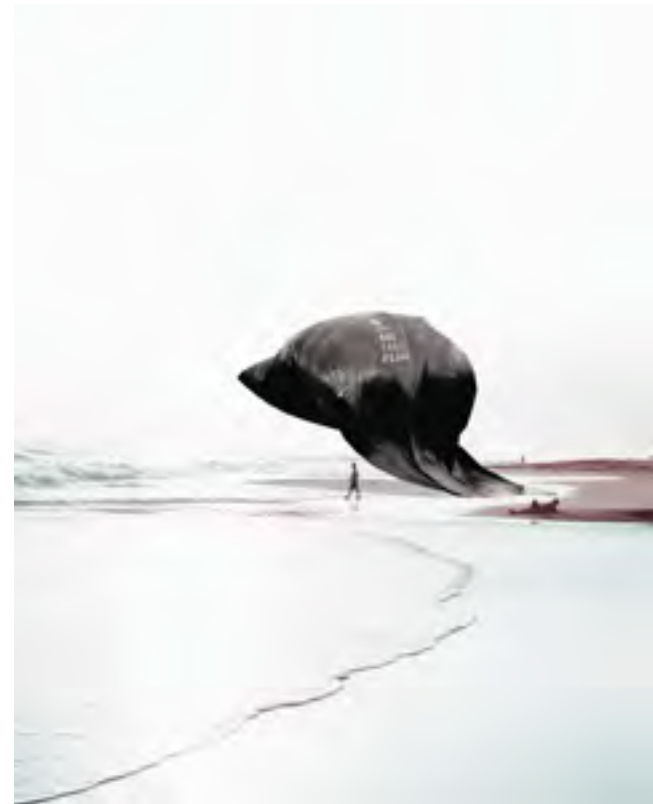
Su historia personal –del niño nómada de los campos petroleros al curador de bienales internacionales– encarna las paradojas de una época donde las periferias producen las vanguardias y los márgenes generan los nuevos centros. Como él mismo reconoce, ahora el reto que lo persigue es seguir creando en un mundo de innovación



Proyectos: Biennale Svizzera, 2024.
Estela Monumental, 2024.
Bosque Contenido, 2021.

continúa: «Siento que he logrado estar en escenarios globales, con propuestas propias que generan buenas reacciones. Ahora el dilema es cómo haces para mantenerte en esa conversación, para seguir aportando a una discusión global sobre temas trascendentales».

Y, en esos debates, Venezuela emerge como un territorio ineludible que es el acicate de la mayoría de las premisas de sus proyectos. Es algo que no abandona su mente, a pesar del tiempo que lleva afuera. «La meta es tratar de seguir creando conexiones con el país, dondequiera que yo esté, ese es mi trabajo y mi aspiración constante. Es difícil, no lo voy a negar, pero creo que señalar el tema ecológico, la devastación de amplias zonas del país es la denuncia política más importante en este momento».



Proyectos: 000 - Cubierta temporal -
Especulación sobre lo público.
Ubicación: Edo. Falcón, Venezuela.

PROYECTOS







Proyecto: Mirador 70.

Ubicación: Barrio El 70 - Parroquia El Valle,
Caracas, Venezuela.

Año: 2015.

El proyecto Mirador 70 consistió en la transformación de un lote en desuso en un espacio público para la comunidad de El 70, en la parroquia El Valle de la ciudad de Caracas, en Venezuela. El mirador es una obra capaz de cumplir con los requerimientos de la comunidad y, a la vez, hacer de este espacio en desuso un espacio colectivo y de múltiples funciones para los vecinos.





Proyecto: Ecotopias, imaginarios post-extractivistas (proyecto de investigación).

Ubicación: Orinoquia, Venezuela.

Año: 2024-2025.





Proyecto: Pabellón Patio.

Ubicación: Barrio San Antón, Cuenca, España.

Año: 2015.



— 1987 —

Oriana Ferrer

«Un estilo caraqueño»

Nació en Caracas en 1987. Estudió Arquitectura en la Universidad Simón Bolívar y realizó una maestría en el Instituto de Estudios Superiores de Administración (IESA). En 2015 fundó junto a su colega y amiga Martina Centeno el taller de arquitectura Obra Verde, al que luego se incorporó un tercer socio, Alejandro de Pasquale. Bajo esta firma ha creado espacios caracterizados por su equilibrio, calidez y frescura, como Costilla y Quiero1Café, en Los Palos Grandes, y Robusto, en Las Mercedes. Cree en una arquitectura universal que estudie lo que se hace en el mundo, sin imitarlo; que incorpore distintos elementos e influencias para lograr la identidad propia. Sabe que la relación entre arquitectura, diseño, arte, construcción y gerencia es lo que logra componer una obra que se sostenga en el tiempo

@obraverde

 Isaac González Mendoza

 Marco Guerrero, Santiago Méndez,
Saúl Yuncoxar

José Ignacio Cabrujas le dijo una vez a Milagros Socorro que Caracas era una ciudad donde no podía haber recuerdos. Sin importar qué tan representativo fuera un espacio o una construcción, siempre hubo atentados contra la memoria. Mencionaba como ejemplos el Hotel Majestic, en el que cantó Carlos Gardel, o el Colegio Chaves, que definía como la mejor descripción de un «cierto barroco pomposo»; ambos demolidos. Es algo que no ha cambiado tanto. En los últimos años han desaparecido librerías, restaurantes y hasta farmacias sin que haya más protesta que una serie de tuits o publicaciones en Instagram. Se trata de una ciudad bulliciosa en constante transformación.

En ese contexto aparecen de repente, porque, sí, son como un portal a otra dimensión, espacios que extraen al caraqueño de la selva de concreto para colocarlo en un ambiente de absoluto equilibrio, como si ya no se estuviese en la ciudad pero, en efecto, se está. Uno de ellos puede ser Quiero1Café, en Los Palos Grandes, un local pequeño en el que sobresalen la madera, la luz tenue, las plantas y el olor a café. O también Robusto, un bar en Las Mercedes con un enfoque más hacia la elegancia, gracias al trabajo hecho con materiales marrones, grises y negros. Ambos son obra de un mismo taller de arquitectura que, aunque amplísimo en sus tendencias, procura crear con un enfoque en la estabilidad, el cuidado de los materiales, la rigurosidad, el profesionalismo y la calidad en la ejecución: Obra Verde, fundado hace diez años por las arquitectas Oriana Ferrer y Martina Centeno.



Oriana Ferrer nació en Caracas el 6 de marzo de 1987. Es una joven arquitecto graduada de la Universidad Simón Bolívar, con maestría en Administración en el IESA. Le gusta conectar con las personas, leer, gerenciar, trabajar durísimo y tiene una sensibilidad que no le impide ser organizada y disciplinada en su oficina, en el Centro Comercial Bello Monte. En ese espacio se percibe mucho de la esencia de las creaciones de Obra Verde. Equilibrio, frescura, comodidad, colores elegantes y unos ventanales grandes desde los que es posible ver la autopista Francisco Fajardo o una construcción que a ella le gusta mucho, la Torre América de Carlos Gómez de Llerena y Moisés Benacerraf.

SIGUIENDO LAS SEÑALES



El origen de su interés por la arquitectura es en principio emocional y con el tiempo, reconociendo sus gustos y talentos, Ferrer terminó creando su propia compañía. Como su padre, Carlos Ferrer, es también arquitecto, Oriana creció en un hogar repleto de diseño y detalles. Tanto él como su mamá, la bióloga marino Margarita Novoa, le enseñaron a desarrollar su sensibilidad. Su papá, hoy de setenta años de edad, solía decirle que no hay nada nuevo bajo el sol, sino nuevas formas de ver las mismas cosas. Esa filosofía de vida trazó su camino para que fuera una buena observadora y absorber todo lo que está alrededor para encontrar soluciones a problemas dentro del diseño.

La Oriana de 17 años, en esa difícil decisión sobre qué estudiar en la universidad, tenía muchos intereses, desde Medicina hasta Psicología. Cree que se decantó por Arquitectura porque al final parecía ser su camino natural. Sin querer sonar demasiado mística –se considera una persona espiritual, sin encasillarse en alguna religión– recuerda que hubo señales que apuntaban hacia allá: su deseo de hacer algo distinto a lo que buscaban sus compañeros de entonces (carreras más técnicas en universidades privadas), la influencia de su padre en casa, el hecho de que la situación del país era complicada para irse a una institución privada, la mudanza que la acercó a la Universidad Simón Bolívar o, incluso, su admisión en Medicina en la UCV... a diferencia de un amigo que sí quería ser médico y no fue aceptado, lo cual la convenció de irse por otro camino para no sentirse culpable.

Entre 2010 y 2015 trabajó con su padre en Ferrer Taller de Arquitectura. Tuvo siempre afinidad con Martina Centeno, con quien estudió en la Universidad, en cuanto a crear algo sostenible a menor escala, quizás artesanal, de manera que pudiesen manejar los materiales. En una oportunidad, para las casas que diseñaba su papá, se compraron varios muebles que llegaron en cajas de madera de pino canadiense,

de muy buena calidad pero que de todos modos iban a terminar en una pila de escombros. Oriana los vio, sintió lástima de que se perdieran, los montó en su carro y los llevó a casa, para sorpresa de sus padres.

«Los tuve guardados como un año. Le conté a Martina que los había agarrado. Nosotras siempre hemos sido muy amigas. Cuando vino a mi casa nos preguntamos qué hacer con ellos, qué nos inventábamos. Ese fue el punto de partida. En paralelo, una amiga quería hacer un proyecto social en Petare que consistía en unas bibliotecas móviles, Pasa La Cebra, y con esa primera madera le hicimos a ella unas maletas. Un proyecto espectacular. Luego, con esa misma madera, le armamos a una amiga de Martina que participaba en bazares un *stand* para un bazar en el Ateneo. Así fue un poco el inicio de Obra Verde», recuerda la arquitecto.

EL CAMINO DE OBRA VERDE

El camino de Obra Verde surgió entonces con la filosofía de reciclar materiales, darles alguna alternativa y reinterpretarlos. «Eso nos unió al principio, la inquietud de decir que queríamos hacer cosas diferentes. No queríamos que fuera todo comprado o ya diseñado, sino tener la curiosidad de diseñarlo nosotras mismas. Por ejemplo, una lámpara la puedes comprar, pero qué pasaría si la diseñas desde cero. Obviamente es un camino que no es fácil, pero es mucho más interesante el resultado después del ensayo y el error». Reciclar tampoco quiere decir que todo lo que produce este taller tenga un aura ambiental o ecológica, depende del cliente y del concepto que se busque.

En una oportunidad la compañía de repuestos de camiones Requieca les encargó levantar su sede en La Yaguara. Reflexionando cómo es el estereotipo de un espacio así, Oriana lo describe como oscuro, desordenado o quizás incómodo. Pero al asumir Obra Verde el proyecto esta estructura terminó luciendo pulcra, con un gris brillante que sobresalía y los naranjas como un detalle para darle profundidad. Replantearon la imagen de cómo suele ser una tienda de repuestos. «Asumimos el reto y creamos un espacio que es totalmente lo opuesto a lo que podrías esperar de una venta de repuestos de camiones. Para nosotros fue importante divertirnos, asumir el desafío de hacer algo diferente y reinterpretar algo de una manera que la gente no esperaría para nada».



Proyecto: Requieca.

REINTERPRETAR EL TRÓPICO



Los tres socios de Obra Verde: Martina Centeno, Oriana Ferrer y Alejandro de Pasquale.

“Creo que la gente, todos, incluso nosotros como clientes, merecemos la consideración de que nos den espacios agradables”

Por eso es que, explica Oriana, Obra Verde no suele tener elementos exactos que se repitan en sus obras, aun cuando sí hay una personalidad que se percibe bajo la influencia de la cultura japonesa, tanto por su diseño como por su pensamiento y estética; también de la arquitectura australiana y la mexicana. Siempre con un enfoque en lo local, está la pregunta sobre la mesa de qué se puede hacer aquí de modo que se hable de diseño venezolano o particularmente caraqueño y que a su vez tenga resonancia universal. «No encerrarse en uno y verse el ombligo sino siempre estar averiguando e investigando mucho qué se hace en el mundo y cómo podemos reinterpretar el trópico, Caracas, nuestra luz, nuestra gente. Aterrizar el trabajo acá y desarrollar un estilo caraqueño. Creo que esa siempre ha sido una búsqueda: no imitar lo que hay afuera sino reinterpretar diferentes elementos».

Quizás por eso las creaciones de Obra Verde invitan a entrar y quedarse un rato en ellas. En ese sentido Oriana recuerda que cuando fundaron la empresa, en el año 2015, el espacio público estaba abandonado, había mucha inseguridad y estar tranquilos en la calle realmente no solía ser una costumbre.

Entonces, desde su lugar, ella y Martina –tiempo después se sumará como socio el arquitecto Alejandro de Pasquale– buscaron brindar espacios agradables y cálidos para los ciudadanos. Aquello que lo público no tenía, estos arquitectos procuraban construirlo de la mejor manera posible. Por eso para Ferrer y Centeno la palabra calidez es esencial, que la gente no quiera salir de ahí porque se sienten en un lugar sabroso. «En ese momento hicimos el primer local, Costilla, que llegó a ser un *boom* y se convirtió en uno de los primeros locales que trajo una estética diferente para darle a la gente algo nuevo, además de que el producto era muy bueno y fue parte de ese éxito. La gente entraba al local casi que por curiosidad. Eso ahora, diez años después, parece algo bobo porque hay más cosas: ahora todo está híper diseñado, lo que para mí empieza a ser un poco agobiante, pero entonces era algo innovador para la época».

Subraya, no obstante, que no quiere decir que en otra época de Venezuela no hubiese locales así. Se refiere específicamente a años como el 2015, cuando no existía un auge similar al actual.

«Creo que la gente, todos, incluso nosotros como clientes, merecemos la consideración de que nos den espacios agradables en los que nos sintamos bien. Son espacios comerciales en los que se unen diseño y producto. Pienso que esa dupla es importante, después viene el *marketing*, el *branding*, todas esas cosas que realmente arman una marca. Porque puedes hacer un local espectacular, pero si no tiene una marca detrás, un buen producto, de repente no funciona tan bien».

DISEÑO, CONSTRUCCIÓN Y GERENCIA

Una particularidad de Obra Verde es que, desde sus inicios, siempre ha sido una oficina que no solo diseña, sino que también construye; entonces, si bien en Bello Monte están los arquitectos, concretando ideas, otros se encuentran igualmente en las calles, en labores de ejecución. Para Oriana se trata de un proceso que se retroalimenta y no una limitante para el diseño, como algunos creen. La construcción, dice, alimenta el diseño. «No puedes diseñar nada que no se pueda ejecutar. Puedes aprender mucho en obra: de los herreros, los carpinteros, los maestros. Siempre nos tomamos en serio el tema de escuchar a la gente que trabaja con nosotros. Diez años después todavía agarro mi celular para escuchar *voices* con el maestro de obra. Ha sido un proceso bonito en este período. Nunca hemos perdido eso y tenemos equipos, como los carpinteros, con los que hemos trabajado desde el primer momento».

No es algo común que una oficina funcione así, explica la arquitecto: incluso pasa al contrario, los que diseñan y los constructores suelen ser figuras antagónicas. Obra Verde, y lo atribuye a su impronta perfeccionista, prefiere controlar un poco más la ejecución de lo diseñado: desde el concepto hasta entregarle al cliente la obra terminada.

Dado que era dueña y cofundadora de una empresa, Oriana cursó una maestría en Administración (MBA) en el Instituto de Estudios Superiores de Administración (IESA). Tanto ella como Martina –quien realizó el MBA en la Universidad Metropolitana (Unimet)– quisieron internalizar desde el principio que poseían una compañía propia y que no eran unas simples emprendedoras, una palabra que no les gusta mucho. «Uno es empresaria, a pequeña escala, pero ya lo somos, sobre todo unos años después. Yo quería complementar mi formación en diseño con conocimientos de administración, de gerente. Porque no solo somos arquitectos, somos empresarias».

También su abuelo influyó en esa decisión. Una vez se quedó sola con él en el estacionamiento fuera de su casa, sin llaves, por lo que hablaron por dos horas, algo que no pasaba tanto; y, entre preguntas y reflexiones, el consejo para ella fue que no perdiera el tiempo: que era inteligente y por lo tanto debía seguir estudiando. «Yo le dije que quería hacer un MBA en el IESA. “¡Claro! –me dijo–, tienes que hacerlo. Inscríbete mañana”. Esa conversación fue lo que realmente me terminó de animar. Esa misma semana arranqué el proceso para presentar el examen del IESA. A veces hace falta alguien que te quiere y te ve desde afuera para que te diga “dale, échale pichón a lo que estás pensando”».



“No puedes diseñar nada que no se pueda ejecutar”

Aquello resultó en un cambio de mentalidad absoluto, pues se le abrió todo un abanico de conocimientos que le permitieron ver las cosas no solo desde el diseño, entender que es igualmente esencial saber gerenciar y llevar adelante una empresa para perdurar en el tiempo. Hoy día incluso cree que lo aprendido en un MBA debería estudiarse desde la educación básica: todos, subraya, deberían tener conocimientos de gerencia, administración, finanzas, macroeconomía y microeconomía. «Siento que a los arquitectos muchas veces les pesa que el tema económico, gerencial y administrativo los va atropellando. Es como un peso que la gente lleva. Nosotras queríamos darle la vuelta a eso y estar preparadas».

Dentro de la rutina de trabajo, Ferrer considera que su fortaleza está en gerenciar obra, lo que atribuye a su capacidad para estar en contacto con la gente. Lo disfruta. También es importante a la hora de organizar procesos: qué pasa primero, qué actividades afectan las siguientes. La idea es evitarse trabajos adicionales posteriores. Son cosas que le encantan y la motivan. Buscar la perfección estando en constante comunicación con los proveedores y los trabajadores y que asimismo ellos se comuniquen entre sí. «Me gusta generar esas dinámicas. Y como la construcción es clásicamente vista como algo muy masculino, solía ser un lugar de gritos, agresivo, fuerte. Cuando hice pasantías esa era la forma en que se hacían las cosas. Siento que mi estilo de gerenciar una obra es diferente. Es a través de la comunicación, de llevar la fiesta en paz, con mucha rigurosidad: no es que cada quien hace lo que quiera, sino que haya mucho control, atención al detalle».

En parte por eso le gusta seguir teniendo el mismo equipo que comenzó con ellas en 2015, pues ha habido un aprendizaje bidireccional. Ya hay maneras de trabajar estipuladas que fluyen y que quizás cambiarían si hubiese cambios constantes. De hecho, cuando llega alguien nuevo se incorpora a esa dinámica, la entiende y se acostumbra a las maneras de la arquitecto: calma, precisión, cuidado, esmero con las pequeñas cosas. Siempre con calidez, sin ofensas, sin gritos. «Puedes exigir calidad y profesionalidad sin irte a los maltratos. Eso es algo que debe quedar en el pasado en esos ámbitos, que no quita que de vez en cuando debas armar un lío», concluye riendo.

Mucho ha evolucionado Obra Verde en los años que ha estado operando, lo que se ve reflejado en las fotos instantáneas que adornan la oficina: arquitectos o diseñadores que o bien hicieron carrera aquí, o migraron para hacer algún posgrado, o por oportunidades laborales. Entre los socios no hay límites rígidos sobre qué hace cada quién. En general, Martina suele estar más a cargo del diseño y los proyectos mientras que Oriana y Alejandro pasan más tiempo en la calle en ejecución de obra.



Proyecto: Apto. AV.

Sin embargo, el diseño suele tener opiniones transversales. «Siempre estamos pendientes de qué se está haciendo. Igual en la obra a la hora de ejecutar, porque puedes tener un diseño definido o un proyecto y quizás en el camino, mientras ejecutas, salen nuevas oportunidades de mejorar o hacer cambios. Cosas inesperadas que tienes que volver a hacer».

LA CREATIVIDAD HUMANA



Proyecto: Apto. AV.

“ Siento que a los arquitectos muchas veces les pesa que el tema económico, gerencial y administrativo los va atropellando. Es como un peso que la gente lleva ”

Ferrer cree que la arquitectura y el arte son como dos patas de una misma mesa. Dos maneras de ver las cosas que se complementan. La arquitectura, dice, es arte hecho funcional y habitable, con un propósito, y sin embargo no puede dejar de tener elementos creativos y artísticos, en parte para que sea divertido, valioso, diferente, y para que sea parte de la cultura o se haga cultura a través de ella. «Es una discusión típica desde que estudias Arquitectura: qué es arte y qué es arquitectura. ¿Dónde está el límite entre ambas? Creo que, a diez años desde que estudié, con todos los procesos a escala mundial, ya la gente no está buscando esos límites tan rígidos, sino que acepta más lo permeable y que muchas veces diferentes ramas de la creatividad humana se puedan complementar».

Cuando se le pregunta por aquellos artistas, músicos, cineastas o arquitectos que la inspiran, Oriana reconoce que no es muy buena con los nombres y que a veces se siente mal cuando, tras una conversación, llega a casa y piensa que pudo haber mencionado nombres que acaba de recordar. Pero de igual modo señala a Wes Anderson como un cineasta importante para ella; en música refiere a Soda Stereo, al mismo Gustavo Cerati, grupos más recientes como The Whitest Boy Alive; así como, en arquitectura, a Ludwig Mies van der Rohe, Richard Neutra, Toyoo Itō entre los japoneses, o los venezolanos Carlos Raúl Villanueva, Jimmy Alcock o Isabel Caleyá. A esta última la admira mucho también porque se hizo una carrera destacada en un mundo de hombres.

Del universo del Japón lo que le gusta no es solo la arquitectura, sino su cultura en general y su idiosincrasia. Como, por ejemplo, su capacidad para diseñar de manera elegante con la menor cantidad de elementos posibles. Todo lo que está, explica, es porque debe estar. «Creo que eso es un buen ejercicio en la arquitectura. Esa calma en las paletas de colores, sobre todo cuando empezamos, era algo propio de Obra Verde. Hoy día hemos tratado de experimentar más con el color, la integración de los elementos: por ejemplo, lo cálido con lo frío, agua, madera, barro. Es una de las cosas que nos llama la atención. Esa elegancia tranquila, cómo algo puede ser bello sin estarlo mostrando y sin ser llamativo precisamente».

Oriana Ferrer cree que hacer arquitectura es un reto constante porque es un trabajo para clientes, el espacio debe ser comercialmente viable y debe contener algo de creatividad. Niega lo que mucha gente arguye de que los arquitectos son los que logran que todo quede bien: destaca también el trabajo de los ingenieros para resolver problemas. Los arquitectos, explica, tienen la responsabilidad de hacer que la construcción sea funcional y que a su vez tenga belleza y trascendencia, algo que Obra Verde se planteó desde su fundación. Quiere pensar que no han hecho ninguna obra sin el interés de ir más allá, de procurar elementos poéticos o artesanales o reconfigurar un material que puede parecer prescindible.

ESPACIOS ATEMPORALES NO ENCASILLABLES



Proyecto: Apto. AV.

“Es una discusión típica desde que estudias Arquitectura: qué es arte y qué es arquitectura. ¿Dónde está el límite entre ambas?”

Los primeros años les pasó algo curioso. Como hicieron tantos espacios con madera, la gente empezó a conocerlos solo por eso. Al darse cuenta, decidieron que no querían erigir solo cosas baratas sino demostrar que podían moverse en cualquier rango del diseño, si alguien requería un proyecto muy lujoso podía buscar a Obra Verde. «Nos dimos cuenta de que estábamos encasilladas. En respuesta a eso hay una tienda de ropa llamada Leggenda y ahí, cuando la diseñamos, no pusimos ni un centímetro cuadrado de madera, fue como una protesta contra nosotras mismas. Porque eso nadie nunca lo supo y nunca se lo dijimos a nadie. Eso podría ser un hito importante».

Al final lo que buscan, además de la calidez, es que los espacios sean atemporales, que resuenen tanto con el presente como con el futuro. Por eso Ferrer considera necesario cuidarse de las tendencias. Si bien todo arquitecto tiene sus intereses, no hay que ser víctimas de ellos. «A veces hay gente que diseña solo tendencias y tendencias, y para nosotros eso nunca ha sido un objetivo. Más bien las vemos como fuentes de información, pero no deben ser las únicas. Crear piezas atemporales es importante».

Les pasó en otra oportunidad que se inclinaron por el color gris y luego rompieron con él. Si se tiene la oportunidad, dice Oriana, de trabajar con una pasión por mucho tiempo, por qué no hacerlo de manera diferente de modo que sea divertido y motivador. Así evitan quedarse estancados y se está constantemente detrás de un reto. Mientras busca fotos en su celular para enseñar ejemplos, Oriana recuerda que en Mérida hicieron un local de comida e, inspirados por las casas tradicionales del páramo, convencieron al cliente de hacer una pared de tierra pisada que terminó siendo una imagen icónica del establecimiento. «Ahora lo estamos haciendo en Adícora, Falcón, en una posada, y lo bello es que en ambos casos la tierra usada es de las cercanías. En Adícora se está usando tierra de diferentes lados del terreno para que tenga diferentes colores. Eso no lo estamos inventando nosotros, pero sí es una forma de atreverse a hacer unos acabados que son un poco experimentales».

OFICINA CON ADN

La particularidad del trabajo de Obra Verde se encuentra también en la historia de sus oficinas. Antes de Bello Monte trabajaron en un lugar que solía ser un baño, dentro de una casa llamada El Campito. Oriana cuenta que en sus inicios las llamó un cliente para hacer un mueble en el Country Club. Martina se hizo cargo y estando allá se enteró de que estaban alquilando un espacio perfecto para ambas. Su amiga, sorprendida, le dijo que cómo podía ser un baño. Pero cuando fue a verlo supo que era un espacio totalmente transformado: sí, era un baño de una casa del siglo XIX, pero lo habían cambiado para que funcionara como oficina. Ahí estuvieron hasta 2024. «Para nosotras El Campito tiene un peso importante. Fue una etapa bella de Obra Verde. Pero cambiarnos para acá ha sido muy positivo. La gente puede decir “pero cómo te vas de una casa en el Country”. Bueno, porque eres una oficina. Y esta oficina es mucho más profesional. La diseñamos nosotros. Tiene nuestro ADN. Está conectada con la ciudad, es de fácil acceso. Creo que marca una nueva etapa para Obra Verde, quizás para los próximos diez años».

Suena extraño que una joven a los 27 años –la edad que tenía cuando emprendió esta aventura– haya decidido fundar un taller de arquitectura con una amiga en un año como 2015, y que se haya mantenido a pesar de que, como dice ella misma, es como haber vivido tres o cuatro vidas, o en tres o cuatro países. Pero siente que han sabido aprovechar las oportunidades al quedarse acá. «No es un tema de que te quedaste y lo hiciste más o menos. No. Te quedaste y lo hiciste bien. Eso generó un nombre. Una reputación. Una confianza. Un boca a boca de los clientes, algo que creo es importante».

Además, a Oriana le gusta mucho el clima caraqueño, la calidad del sol, la vegetación. Una de sus principales inspiraciones, de hecho, son las plantas. No tanto para poner alguna matica en una obra, sino que, como le enseñó su papá, la naturaleza siempre deja lecciones para el diseño. Lo que hay que hacer es fijarse en ellas. Si una mata necesita ir hacia arriba, ¿cómo se estructura?

Le gusta la resiliencia de la gente, su capacidad de adaptarse y su alegría. «Soy de la poca gente que nunca se ha ido y creo que sería imposible estar acá sin esa alegría y ese humor. A mí me parece que nuestra personalidad y lo sabroso del trópico son una ventaja. No creo que debamos imitar otras culturas para ser mejores. Tenemos que aprender de ellas».



“*Te quedaste y lo hiciste bien. Eso generó un nombre. Una reputación. Una confianza*”

OTROS SUEÑOS

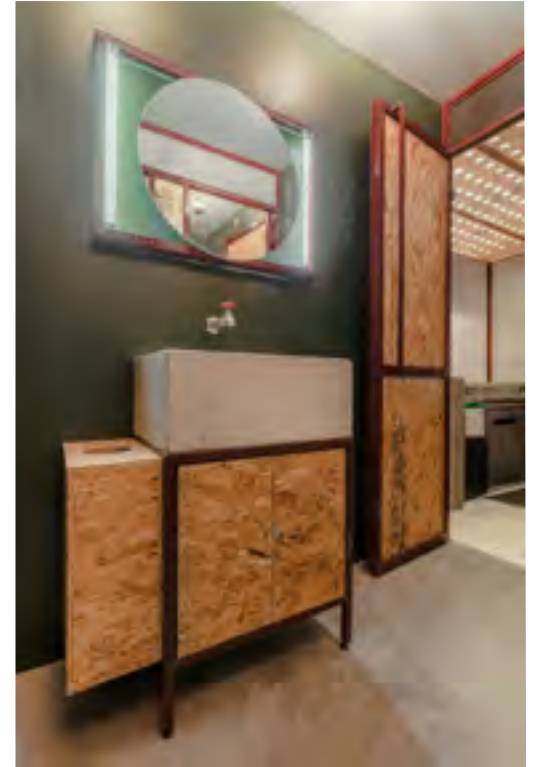
Sueña con que su trabajo perdure en el tiempo y seguir evolucionando. Ahora que han hecho tantas obras le gustaría diseñar un edificio y crecer en escala, o experimentar en el espacio público con una plaza o un edificio educativo. Desde el punto de vista personal le gustaría tener hijos y que Obra Verde ya no sea el único, dice riendo. «Sueño además con escribir un libro, ser alcalde también. En algún momento. Es algo que, de hecho, tengo en mente. Cuando hice el MBA en el IESA realmente me había inscrito en Políticas Públicas, pero era 2014 y todos sabemos cómo fue ese año, entonces al momento dije que mejor hacía el MBA, que tenía más sentido y era más pragmático».

Y ese libro que sueña quizás podría ser de prosa periodística y textos de pensamiento. Plasmar el presente. Por ejemplo, plantear algo de su historia familiar, extrapolarlo y contar historias contemporáneas. «También podría ser sobre espiritualidad. No lo sé, realmente. Pero sí me he imaginado mucho con ensayo o crónica, me llaman más la atención. Quizás también me hubiese gustado ser reportera. Así como todo el mundo dice que quiere ser arquitecto, es típico, todo el mundo es arquitecto frustrado. Quizás soy médico y comunicadora social en potencia», dice Oriana entre risas.

PROYECTOS







Proyecto: OES3 Bar.
Ubicación: Los Palos Grandes, Caracas.
Año: 2021.



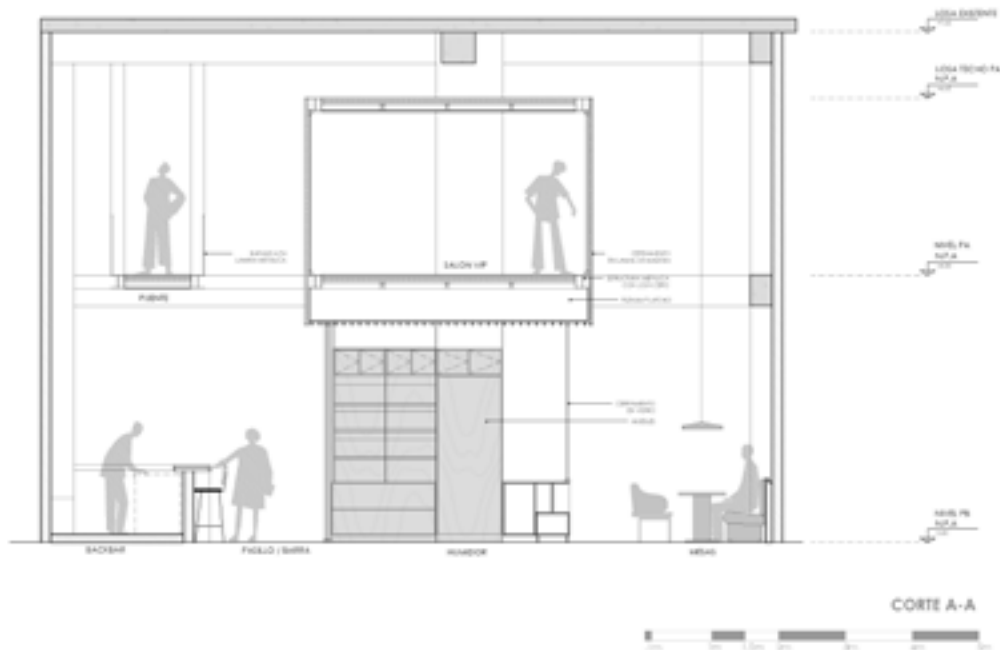




Proyecto: Requieca / tienda de repuestos.
Ubicación: La Yaguara, Caracas.
Año: 2022.







Proyecto: Robusto / bar de habanos.
Ubicación: Las Mercedes, Caracas.
Año: 2022-2023.



— 1988 —

Gildre Aquino

«Quiero diseñar espacios universales»

Arquitecta venezolana cuya obra y pensamiento transitan entre el detalle técnico y la emoción del espacio vivido, nace en Valencia en 1988. Criada entre el vértigo urbano y la amplitud del llano, su visión se nutre de ambos mundos. Para ella, la arquitectura no se contempla: se habita, se siente, se transforma. Entre sus obras se encuentra el restaurante Arroceros y en 2012 fue la supervisora de arquitectura de El Recreo de La Castellana, uno de los proyectos en curso más grandes de Caracas, su actual ciudad de residencia. Egresada de la FAU de la UCV, donde ha impartido clases, hoy en día tiene su propio estudio de arquitectura y aspira a trabajar en proyectos a gran escala

@gildreaquino

 Víctor Amaya

 Juan Andrés Requena Alcega, Diego Domínguez, Alejandro Lee, GAC Estudio, Saúl Yuncoxar

Para Gildre Aquino la arquitectura es un idioma. Al principio imitaba, luego encontró su propia voz. «Primero aprendes el abecedario, luego las palabras, y después te atreves a escribir tu propio libro».

Con más de una década de oficio, la valenciana, que vivió por años en San Fernando de Apure, afirma que la primera aproximación a la arquitectura es muy intuitiva. «Yo digo que todo el mundo nace en arquitectura, y por eso muchos se creen arquitectos –ríe–, pero esto pasa porque es algo natural. Todas las personas estamos todo el tiempo habitando un espacio diseñado por alguien. La arquitectura nos rodea todo el tiempo, la identifiquemos o no».

Ella pertenece a una generación de profesionales que abrazan nuevas sensibilidades. «La arquitectura hoy en día es más propositiva que impositiva. Los arquitectos escuchamos mucho más, entendemos más las dinámicas humanas. Pero también creo que la pandemia nos cambió la manera de habitar los espacios, de definir nuestros estuches de felicidad».

Aquino disfruta de su gusto por el proceso completo desde su propio estudio. «Me gusta diseñar, pero también me gusta estar en la obra. En mi empresa soy la directora creativa, y busco los requerimientos del cliente para hacer una conceptualización que luego mis arquitectos traducen en una propuesta de planos, que yo luego transformo en números, porque hago gerencia de obra que es muy importante. Tengo claro que la arquitectura sin un sustento financiero no es posible. Por eso hice un diplomado en Gerencia de Proyectos y empecé una maestría en Gerencia de Empresas. Si quieres que un proyecto se haga realidad, tienes que conocer la parte financiera».

Su carrera ha sido un tránsito entre escalas: del plano al detalle, del anteproyecto a la coordinación de grandes obras. Y con los años ha reafirmado que la arquitectura para ella es un modo de vida. «Entro a cualquier lugar y no puedo dejar de mirar la proporción, la altura, la posición de una columna. Después de cinco años analizando espacios todos los días, es imposible apagar esa mirada».



LA ARQUITECTURA SE SIENTE

Esta valenciana de alma apureña, nacida en 1988, vive y respira arquitectura. Su lenguaje, incluso en conversación informal, es técnico. En cualquier frase se cuela la palabra «calados» o la expresión «calidad espacial», y hasta «gárgolas» se confunden con «gríngolas».

No se encasilla en corrientes. Cree en la arquitectura como experiencia: diseñar emociones a través del espacio. Y eso implica, dice, algo que aprendió en 2012 al visitar el Museo Judío de Berlín. Recorrió las salas y se sintió mal, mareada, abrumada. Después entendió que eso era exactamente lo que había buscado el arquitecto Daniel Libeskind. «Ese día comprendí que la arquitectura no solo puede hacerte sentir bien: también puede incomodarte para que entiendas. Eso es la neuroarquitectura, que a mí me llama *full* la atención. Si tú desde la creación tienes presente que no estás diseñando solamente un espacio con las dimensiones adecuadas, sino que estás generando una experiencia espacial distinta, puedes abordar la arquitectura de una manera diferente».



“La pandemia nos cambió la manera de habitar los espacios, de definir nuestros estuches de felicidad”

Experiencia y humanidad, ingredientes clave para Gildre Aquino. Dos de sus obras recientes así lo demuestran. Una casa en Caracas, terminada en 2025, y el restaurante Arroceros comparten su firma, pero también su intención: en ambos se centró en diseñar cómo se siente la luz, cómo se conecta el jardín con el interior, o cómo se traduce el espíritu de la chef en su espacio. «La arquitectura no es una foto para una revista. Es un lugar que se vive. La experiencia espacial genera una tectónica, y en eso me enfoco al diseñar».

Su método creativo combina disciplina y libertad. Primero se aísla: sale a correr, se sienta en un café y deja que las ideas se ordenen. Luego dibuja a mano. «Primero comienzo a rayar, hago un croquis. Después busco referencias para encontrar una imagen que se acerque a lo que tengo en mi cabeza. Luego trato de traducir eso en un audio en el que describo la experiencia que quiero lograr, y mi equipo convierte ese *podcast* en planos. Trabajo mucho con palabras. La conceptualización comienza desde que verbalizo la experiencia a conseguir». Pero también es sensible a la percepción: «Me encanta la moda, las texturas, los patrones, la iluminación. Todo eso influye mucho en mí cuando trabajo diseño interior. Pero también tengo obsesiones, como las escaleras que para mí son un elemento fundamental».

Y con todo, Gildre siempre vuelve al tema humano, al hombre. Porque la arquitectura es práctica viva y está marcada por el comportamiento. «Yo siempre estoy analizando cómo la gente habita un espacio y cómo tergiversa el habitar, por así decirlo. Es interesante ver, incluso, cómo algo que el arquitecto diseñó para ser usado de una forma la gente termina usándolo de otra».

LLANO ADENTRO

Gildre Aquino nació en la Valencia natal de su madre, enfermera de profesión. Sus primeros años transcurrieron en una casa de medianera sin jardín y en un preescolar cuya planta aún puede dibujar de memoria. «Eran pasillos largos, un patio en el centro y las aulas abiertas a los lados. Tenía tres o cuatro años y todavía puedo trazarlo, paso a paso. Es como si me hubiese quedado impreso». Ese recuerdo de la disposición de un edificio no es casualidad: en esa mirada infantil estaba un germen: «Aquel preescolar era demasiado de arquitectura tradicional. En mi mente se veía supergigante».

A mediados de los noventa la historia familiar cambió. Su padre compró una casa en San Fernando de Apure, donde había nacido, y ahora regresaba con su familia de tres hijos. Gildre, la del medio, tenía ocho años cuando dejaron la capital carabobeña. En el llano encontró otra escala del mundo: una casa rodeada de verde, jardín adelante y atrás, y la libertad de salir en bicicleta sin pedir permiso. «Me sigue pegando vivir en un apartamento», dice ahora, radicada en Caracas, al recordar aquellos espacios.

«En Apure había libertad», recuerda. «No había tanta preocupación por la inseguridad, ni rejas, ni miedo. En Valencia eso era imposible. Yo creo que las ciudades grandes tienen menos conectividad por las distancias y su infraestructura. En San Fernando todo estaba cerca y se llegaba caminando. Ese contraste me marcó. Allá aprendí a no tener miedo a estar sola».

Atrás quedaron las grandes avenidas, el sinfín de edificios, las distancias enormes de Valencia, el amplísimo parque Peñalver. Ahora Gildre vivía en San Fernando, donde se hizo normal montar a caballo, hacer queso y ordeñar vacas. Y donde la vida simple estimula la creatividad. «Lo rural me enseñó a resolver. Si se dañaba la bicicleta, había que arreglarla con lo que se tuviera a mano. Esa es la mentalidad».

En casa la crianza fue con amor, pero también disciplina. «No puedes ser una del montón», le insistía papá. «Si no lo vas a hacer con amor, no lo hagas», enseñaba mamá.



“La arquitectura no es una foto para una revista, es un lugar que se vive”

San Fernando de Apure era «un pueblo grande» y la adolescencia de Gildre transcurrió entre amigas inseparables, bicicletas, pijamadas, conciertos de música llanera y bailes. «Éramos las morochitas. Íbamos juntas a todas partes. Había fiestas, amaneceres con arpa y cuatro, joropos, tamunangue. La cultura llanera es eso: comunidad y música».

Gildre creció en un ambiente femenino, «y eso me empoderó». Su madre y sus tías la criaron mientras su padre trabajaba y viajaba entre ciudades. Así aprendió a valerse sola: «Mi mamá dice que desde chiquita no dejaba que me ayudaran con nada. Hacía las tareas sola, organizaba todo. Era independiente. Siempre fui la líder de mis hermanos, aunque no soy la mayor. Pero siempre me han dicho que he sido la más madura, la que opinaba, la que daba consejos. Ahora, confieso que yo no me veo a mí misma tan madura como todo el mundo dice que me ve, yo me veo normal».

El trabajo de papá era la construcción. Ingeniero civil, operaba entre obras y oficinas inmobiliarias, aquellas donde Gildre comenzó a adentrarse poco a poco cuando lo acompañaba. «Yo veía las maquetas y los planos, y me gustaba ver cómo después se hacían realidad. Lo de ir a las obras me gustaba menos. Ahora todo eso me encanta porque una maqueta puede ser muy linda, pero sin la obra no hay realidad».

En casa se mezclaban la cultura del esfuerzo y la curiosidad. Su padre le enseñó la importancia de la responsabilidad y la honestidad. «Era incapaz de hacer algo mal, hasta en los presupuestos. Y esa forma de actuar se me quedó grabada». Su madre le inculcó la entrega al trabajo. «Mi mamá siempre estaba pendiente de sus pacientes, completamente entregada. Eso es para mí lo esencial de la medicina, el querer ayudar al otro».

Mamá y papá conservaban una biblioteca extensa, a la que Gildre acudía sin cesar. Tenía sed de conocimiento, de aclarar dudas, de encontrar historia, de construir referentes. «Era como mi Google. Me habían comprado un montón de enciclopedias y yo me sentaba a leer».

En su adolescencia, destacaba en Biología y Química sin mucho esfuerzo, pero había una asignatura que le calzaba de manera casi innata. «Dibujo Técnico para mí era un paseo. Me resultaba natural». Pero vaya problema cuando las ciencias eran de las mejores evaluadas, y el círculo de amigas más íntimas se decanta por estudiar Medicina. «Sí me gustaba, pero no estaba del todo segura de querer irme por esa vía, porque eso es un estilo de vida. Yo recuerdo que mi mamá hacía guardias de 24 y de 48 horas y eso no me llamaba la atención».

En su colegio un día hubo un taller vocacional. «Le dije a un profesor que necesitaba ayuda para decidir entre dos opciones que, para mí, eran totalmente distintas.



“Una maqueta puede ser muy linda, pero sin la obra no hay realidad”

Y él muy sabiamente me dijo algo que he comprobado con los años: “Ambas se parecen”. Yo lo que pensé era que se había vuelto loco, porque una era hacer edificios y la otra era curar gente. Pero al final me dijo algo que me hizo clic, que ambas profesiones buscan entender bien al ser humano para ofrecerle calidad de vida y bienestar, una a través del cuerpo y la otra a través del espacio».

Cuando llegó la prueba nacional de admisión, dos casillas aparentemente dispares fueron rellenas: Arquitectura y Medicina.

Cualquier discusión al respecto fue silenciada cuando una mañana sonó el teléfono de la casa en Apure. La llamada era de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad Central de Venezuela: *Gildre Aquino ha sido asignada a cursar su carrera aquí, y debe estar en Caracas en dos semanas*. «Imagínate, tenía diecisiete años y me iba a mudar sola de San Fernando de Apure a Caracas, donde yo no tenía familia ni nada». Era 2005.



UN NUEVO HORIZONTE

Para Gildre, mudarse a Caracas fue un salto al vacío. Su primer día en la capital del país fue un choque. «Todo olía mal, había mucho tráfico, lo de los motorizados era un desastre. Yo me preguntaba qué hacía aquí, cómo no perderme. Era un caos. Pero también era fascinante: sentí que la ciudad tenía un pulso que se parecía al mío. Soy acelerada, y Caracas tiene ese ritmo. Yo sufro de exceso de energía. Entonces esta ciudad la empecé a ver como para mí».

La Universidad Central la hizo sentirse bienvenida. La síntesis de las artes, las infraestructuras y el justo alcance de jardines fueron la clave, además de la ubicación. Quizá especialmente la ubicación. Porque cuando se imaginó en la Universidad Simón Bolívar le pareció que estaba muy retirada, que era muy verde, que le faltaba el toque urbano.

En la UCV, por tanto, encontró un lugar que parecía diseñado para ella. «Me enamoré, quedé totalmente encantada porque yo decía “si voy a estudiar Arquitectura, necesito hacerlo en un lugar donde haya arquitectura, donde puedas verla, donde puedas vivirla”. Creo que influyó mucho que yo venía de donde no hay nada sino el horizonte. Lo ves en la sabana y en el mar, pero no en las ciudades, donde lo que hay es el *skyline*».

Cuando Carlos Raúl Villanueva diseñó la Ciudad Universitaria de Caracas entregó una obra de arte, y quizá es el edificio de la Facultad de Arquitectura uno de los que mejor





concentra todas las intenciones de aquel genio. «A mí me atrapó que todos los pasillos se conectan y todo te conduce a la FAU. Allí está al entrar esa primera planta donde todo está abierto, todo se comunica. Yo lo sentía como algo muy bonito que siempre me recibía. Mi lugar favorito era la biblioteca».

Gildre llegó allí para nunca irse, convirtiendo aquella estructura en su hogar. Cada semana la vivía intensamente en sus espacios, todo el día, todos los días, pensando, diseñando, dibujando, estudiando. «Me podía quedar hasta tarde trabajando. Me sentía parte de ese mundo».

Curiosamente, cuando comenzó su vida ucevista ni sabía quién era Villanueva. Aquel nombre no le decía nada, al principio, pero su creación sí. «Solamente ver el concreto en obra limpia para mí era impactante. Luego detallar los calados, los colores, los mosaicos, los pasillos, las obras de arte. Pero también haber entendido que allí convergen tantas cosas, como si fuese un pequeño país porque hay gente de todas partes».

Aquino rápidamente hizo su red. «La gran mayoría no eran de Caracas sino de Margarita, de Cumaná, de muchos lugares, y así empiezas a ver la diversidad real de Venezuela. Eso también me impactó mucho, porque yo venía de un pueblo donde conoces a todo el mundo y todos somos de ahí mismo. En cambio, yo veía gente ahora de todas partes, pero no solo por lo geográfico, también por cómo hablaban, cómo se vestían. Era diversidad en todos los sentidos. En la UCV el mundo se hace más grande».

Aún recuerda cuál fue su primera asignación: dimensionar una habitación, «y todas eran diferentes porque algunas tenían que ser con ventanas circulares, otra tenía formas triangulares. Es decir, a partir de esos elementos uno construye una composición. Entonces así empiezas a entender el principio de la espacialidad, cómo y qué mirar. Descifrar el espacio que estoy habitando y cómo lo puedo transformar».

Más adelante tomó una cámara, sin vuelta atrás. «En una asignatura de historia nos pidieron hacer fotografías de una escuela moderna. Luego las mostré y la profesora me dijo “tienes ojo para esto”. Seguí tomando fotos para mí, hasta que salió una que al día de hoy sigue siendo mi favorita». Desde la ventana de su residencia veía el edificio de la Facultad de Arquitectura UCV, y con su camarita de novata captó el edificio una tarde. «Es como un claroscuro, y se ve la autopista con movimiento. Es burda de bonita y es mi foto favorita. Fue una de las primeras que hice de la Facultad desde esa ventana».

No fue la única. Es un encuadre que tiene fijado en su memoria. Porque aquel edificio reflejaba colores y tonos de luz que cambiaban con las horas. «El muro calado se ve precioso con sus mosaicos azules y amarillos, que van cambiando dependiendo del

piso. Para mí era tener una perspectiva completa de que yo formaba parte de eso, y la veía desde mi ventana con el Ávila al fondo. Eso no se me va a olvidar nunca. Esa es mi postal de recordatorio de cómo vivía un sueño».

Era lo primero que Gildre veía al despertar y antes de irse a dormir. «Yo en la noche veía que en el piso cinco tenían las luces prendidas y ya sabía que había gente haciendo entregas. Porque yo siempre estaba pendiente de lo que pasaba en la Facultad. Me gustaba estar allí incluso cuando no tenía clase ni nada. Porque al final la arquitectura se complementa con quien la habita. No existe la arquitectura sin gente».

EL ARTE QUE SE HABITA

El camino profesional de Gildre Aquino la llevó a comprender cómo se pasa de una idea a un anteproyecto, como lo vio en el primer estudio de arquitectura donde se enroló. Más adelante, en otro, se adentró en el detalle: puertas, ventanas, carpintería, acabados. «Uno sale de la universidad soñando con edificios grandes, pero la arquitectura está en los detalles, y por allí siempre es que uno comienza la vida laboral».

Esas dos oficinas fueron fundamentales para entender cómo se desarrolla la vida de un proyecto arquitectónico, «que no es solo poner un *render* ahí, sino muchas etapas». Entonces sintió que ya sabía hacer proyectos, «y cuando siento que no hay retos para mí en algo necesito buscar otra cosa. Por casualidad me dicen que estaban buscando arquitecto supervisor para una obra».

Así fue como, en el año 2012, entró como supervisora de arquitectura en las obras de El Recreo de La Castellana, uno de los proyectos más grandes de Caracas: 100.000 metros cuadrados de construcción, que siguen esperando culminación. Allí aprendió todo lo que la universidad no enseña: cómo dialogar con obreros, ingenieros y gerentes de proyecto, cómo tomar decisiones a pie de obra, cómo sostener la visión del diseño en medio del caos de la construcción. «Fue como una maestría».

En paralelo, con su amiga Mariana Yáñez, comenzó a hacer remodelaciones y casas. Una casa en Los Palos Grandes, en Caracas, fue su primer contacto directo con un cliente propio, siendo una *muchachita*. «Uno tiene la soberbia del recién graduado,



“Soy la voz, pero detrás hay músicos.
No hay arquitectura sin equipo”

pero siempre es el cliente el que tiene que llegar a la conclusión. Por eso yo pensaba que necesitaba canas a los 22 años para que me hicieran caso», cuenta entre risas. Aprendió que la relación arquitecto-cliente se construye con paciencia, pedagogía y confianza. Descubrió que muchas veces el cliente solo entiende cuando ve las propuestas en escala real, que hay que explicar cada paso, y que el arquitecto traduce los sueños de otro en espacios concretos.

«A los arquitectos los asocian con artistas, pero en realidad uno es una herramienta. La arquitectura puede ser arte porque tiene un creador, pero para mí el arte es contemplativo, y la arquitectura se habita. Entonces, creo que incorpora lo artístico, pero necesita lo funcional. Es como la cocina: pueden estar los ingredientes, pero el arquitecto es el chef que encuentra la receta adecuada que permita, además, que el cliente le imprima su alma a la obra, porque es quien va a vivir ahí».



“La arquitectura no es solo para arquitectos, realmente es para todos”

CONQUISTAR LA ALTURA

Entre las aspiraciones de Gildre Aquino están los grandes proyectos: rascacielos, ciudades verticales. «Esas cosas a gran escala siempre me han llamado la atención por la complejidad, no solo estructural, sino de vivir en un mundo en vertical. Ahí entra mi lado más futurista, porque siempre he creído en la densidad vertical. La altura evitaría muchos problemas que trae extenderse en el territorio. Me interesan los proyectos a gran escala, y quiero diseñar espacios que sean universales, que puedan ser habitados por cualquiera». La diversidad de escalas no le asusta, por eso imagina la oportunidad de crear grandes teatros o un campus universitario completo, espacios donde la vena artística de la arquitectura se muestra más abierta.

También aspira algún día a construir un gran teatro. Pero un proyecto específico es el que califica como un sueño: diseñar un museo para Caracas. «Esta ciudad es compleja y hermosa. Yo no soy caraqueña, pero Caracas me atrapó. Aprendí a amarla al estudiar Arquitectura y aquí no hay un museo donde se explique la ciudad, su evolución, su forma de vivir. Me encantaría hacer un espacio que cuente su historia y ayude a amarla. Puede servir para entender Caracas, pero también para proyectar cómo será a futuro. Es poder mostrar por qué somos como somos».

Hoy en día da clases en la Facultad que la formó, y transmite la experiencia que ha acumulado: «Me mueve mucho poder dejar algo en la sociedad. A veces me pregunto qué tanta arquitectura en verdad podemos hacer en el país por estos días. Pero lo que sí podemos hacer es educar para sembrar para el futuro».

En el aula, Gildre transmite lo que ha aprendido porque ha pasado por toda la escalera. «He sido la persona que hace un levantamiento de un terreno, que hace un modelado, que *renderiza*, que trabaja para otro arquitecto y lo traduce, etc. Lo que más me gusta es crear un proyecto e involucrarme en la construcción».

Esta llanera de agenda precisa, *workaholic* confesa, busca que su día a día se equilibre entre lo laboral y lo personal. Hasta ahora lo primero se ha impuesto. «No he tenido hijos, pero eso me ha dado la libertad para lograr lo que he logrado con mi estudio. Tener familia es algo latente, y llegará cuando la arquitectura le dé espacio».

Como toda venezolana de su generación, también pensó en irse del país. «Yo me quedé por arraigo al país, a cómo es nuestra gente, a sentirme en casa. Me gusta viajar, tomar distancia, hasta que extraño a Venezuela. Además, yo siempre he creído que aquí hay mucho por hacer, con infinitas posibilidades de mejorar la ciudad. Somos un lienzo en blanco con la posibilidad de crear ciudades para la gente. Siento que aquí puedo aportar mucho más que en otras partes. Además, quería tener la empresa que yo me imaginé».

«Siempre fui la que opinaba, la que organizaba. Mis jefes me ascendían porque yo decía las cosas de frente. Y un día entendí que podía hacerlo por mi cuenta». Así nació su estudio, que hoy tiene un equipo de siete personas. «Soy la voz, pero detrás hay músicos. No hay arquitectura sin equipo».

Su estudio funciona casi como un taller remoto. «La pandemia nos enseñó a trabajar de manera distribuida. Lo importante es la metodología, cómo se organiza la información, para poder manejar muchos proyectos a la vez». Para que pueda mantenerse exitoso, hace falta que la planificación sea precisa, como lo es en el carácter de Gildre. «Tengo mis días organizados, pero también dejo espacio para los imprevistos. Así me enseñó el llano».



PROYECTOS

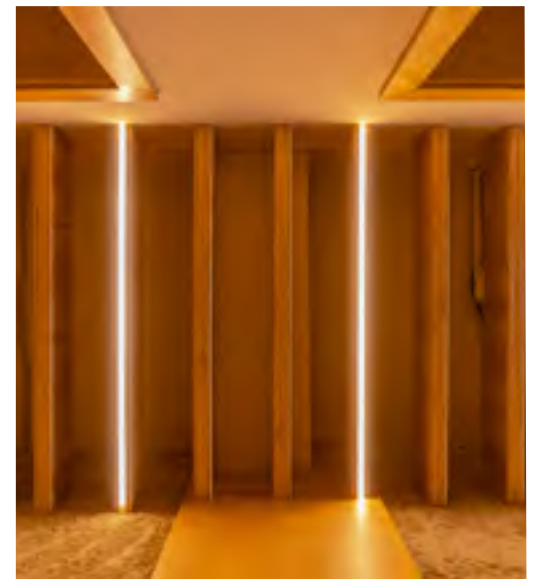






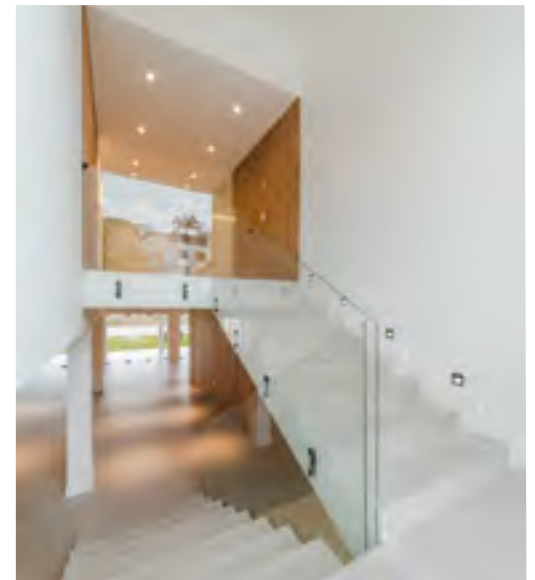
Proyecto: IKI Rooftop Kitchen.
Ubicación: Torre Jalisco, Las Mercedes, Caracas.
Año: 2022.





Proyecto: Arroceros.
Ubicación: Los Palos Grandes, Caracas.
Año: 2024.





Proyecto: quinta 2404.
Ubicación: Caurimare, Caracas.
Año: 2024.



— 1990 —

Josymar Rodríguez Alfonso

«Solo las fisuras podrán reunirnos»

Nació en Caracas en 1990. Estudió Arquitectura en la Universidad Simón Bolívar y, gracias a la prestigiosa beca Fulbright, cursó una maestría en Diseño para la Justicia Espacial en la Universidad de Oregon. Actualmente cursa el doctorado en Filosofía en la Universidad de Hasselt, Bélgica. Fue parte del equipo que se ganó el primer premio de la Bienal Iberoamericana de Arquitectura y Urbanismo en 2012. Cofundadora y directora de Incursiones, es responsable entre otros del proyecto Ñapa, implementado en Petare gracias al premio AEIF GRANT (2018) otorgado por la Embajada de Estados Unidos. Defiende una arquitectura de gestación colectiva desde el feminismo, las nociones de cuerpo y sustento y una inclusión centrada en mujeres y niños

@josymarcita

 Cristina Raffalli

 Eddymir Briceño, Liese Mertens, Yaniurka Pedroza, Steffie de Gaetano, Andrés Ortega, Eumilis Arellano, Stefan Gzyl, Giorgina Cumarín

Ahí va la niña corriendo entre los semáforos de la avenida Urdaneta. Lleva libros en un morral, parece que no le pesan porque corre, ríe, voltea a ver a sus amigas que van tras ella entre autobuses, vendedores ambulantes y cornetas que vibran en el aire del mediodía caraqueño, cuando el sol es como un relámpago inmóvil. La niña cae de bruces: las raíces de una ceiba levantaron el pavimento y tallaron un volcán de asfalto. Se pone en pie, se sacude las rodillas y vuelve a correr. No pasó nada. La calle es su reino.

Josymar Rodríguez nació y creció en el mero centro de Caracas, detrás de Miraflores. Sus patios de juego fueron la plaza Bolívar y la plaza del Banco Central. En su conciencia de niña, esa vivencia aún no podía llamarse ni ciudad ni arquitectura, pero sí sensación o deleite: «Cuando era muy chiquita, mi abuela me llevaba a la plaza Bolívar y el camino desde Puente Llaguno era ese pavimento precioso de franjas negras y blancas que se entrecruzan... Eso es una impresión en mi memoria hasta este momento, ese patrón de piso que guiaba mi camino para ir a jugar».

El edificio del Banco Central, que veía todos los días desde el balcón de su abuela, definió por mucho tiempo su aproximación al diseño, pues reconocía en esa obra un ejemplo de la arquitectura moderna caraqueña, fundada en la relación entre trópico y materialidad. Al igual que los edificios de la Universidad Central de Venezuela, explica la arquitecta, se trata de obras en las cuales se trabaja sobre dos necesidades dictadas por el trópico: la sombra y la ventilación cruzada. Tomás Sanabria, en el Banco Central, las hace posibles gracias a las pérgolas en concreto, que permiten tener fachadas llenas de vegetación y bellísimos espacios intermedios, donde no se puede saber si se está adentro o se está afuera, pues en ellos corre la brisa como a la intemperie, pero a la vez hay un techo que da sombra. «Cuando era pequeña no lo entendía de esa forma, pero una vez que entré a la carrera de Arquitectura se me hizo evidente la influencia que tuvo en mí el haber crecido en el centro de la ciudad».



Todas sus actividades tenían lugar a menos de tres cuadras de su casa y esto le daba el privilegio de la autonomía, escaso entre los niños de ciudad. «En ese momento había otras libertades: era más fácil salir solo, siendo niño. Las actividades cotidianas, como ir a comprar el pan, o la chuchería del día, eran momentos importantes dentro de mi rutina y parte del juego de ser niños, como también lo era el hecho de crecer junto a tu abuela, a tus primos, en un lugar tan lleno de estímulos como el centro de la ciudad, donde en una cuadra hay tres manicerías, dos supermercados, los buhoneros al frente vendiendo frutas... y todo eso alimentaba mi camino del colegio a casa de mi abuela o de mis amigas, y forma parte muy vívida de mi memoria de infancia».

Durante la adolescencia su conexión con la ciudad se fortaleció al avanzar hacia otros territorios que fue convirtiendo en suyos. En bachillerato ya no podía ir a clases caminando, pues su nuevo colegio quedaba en San Bernardino y debía utilizar el transporte público. El plantel estaba cerca del icónico Crema Paraíso, que sería como una prolongación del patio de recreo. Tomar el autobús para ir a casa era, para Josymar, uno de los momentos más divertidos del día: «Al salir del colegio podía quedarme afuera un rato hablando con mis amigos, o ir a comer un helado y luego tomar el autobús para regresar a casa. Que te dejara la camioneta, que empezara a llover, todos esos recuerdos tan urbanos, tan de ciudad densa y llena de estímulos, son parte importante de mi personalidad y de la forma en que veo las cosas».

“Una vez que entré a la carrera de Arquitectura se me hizo evidente la influencia que tuvo en mí el haber crecido en el centro de la ciudad”

YO QUIERO SER COMO ELLAS

Nacida el 10 de agosto de 1990, la vocación de Josymar despertó en un espacio donde se superponían la esfera familiar y la profesional: la oficina donde trabajaba su madre, en Planeamiento Urbano de la Alcaldía de Chacao.

Desde muy pequeña, a la futura arquitecta ese lugar le producía una singular fascinación, tanto por aquellas mujeres interesantes, visionarias y empoderadas que conformaban el equipo, como por la manera en que su trabajo incidía directamente en la calidad de vida de los caraqueños. «Para mí, ir a la Alcaldía de Chacao era como ir a un plan vacacional: lo mejor que podía pasarme, mi actividad favorita. En ese momento, hacia finales de los años noventa y principios de los dos mil, se estaban haciendo muchas obras, se construyó el mercado de Chacao, muchas escuelas; era un momento boyante de Chacao, la etapa de Leopoldo López, que fue muy positiva en el desarrollo urbano».

Entre los proyectos municipales que despertaron su sensibilidad menciona la peatonalización de la avenida Francisco de Miranda, donde pudo observar «cómo crecían las aceras, cómo se limitaba el espacio de los carros y empezaban a construirse pequeñas plazas y parques de bolsillo, lo que además significaba plantar muchísimos árboles. Ese proyecto, al igual que el del Boulevard de Sabana Grande, cambió la forma en que pensamos el espacio público y la calle».

Y llegó el tiempo de prepararse para ser, ella, una de esas mujeres que transforman lo inconcebible en cotidiano y lo habitual en placer.



DEL AULA AL PÓDIUM

En la Universidad Simón Bolívar, donde cursó la carrera entre 2008 y 2014, tuvo profesores a quienes considera fundamentales. El primero a quien menciona es Roberto Puchetti, decisivo en su formación en lo que respecta al diseño: «Él me enseñó a tomar riesgos y a construir placer a través del espacio».

De su profesor de diseño urbano, Ignacio Cardona, aprendió que había que entrar a los sectores más desfavorecidos de la ciudad. Desde el principio se planteó que el curso «sería en Petare y ahí estudiaríamos situaciones específicas, los flujos de peatones, los flujos comerciales... Me transmitió la idea de construir la ciudad a partir del barrio».

Hacia el final de la carrera fue alumna de Béla Kunckel Fényes, quien era profesor de la Universidad Central, pero dictaba un taller en la Simón Bolívar. El curso estaba vinculado con la Bienal Iberoamericana de Arquitectura y Urbanismo. Participar sería una gran oportunidad para confrontar trabajos a escala internacional.

La convocatoria invitaba a presentar soluciones a la confluencia entre vivienda social y uso responsable del agua, en medios donde la presencia o la ausencia de este elemento fuera marcada o problemática. En aquella octava edición de la bienal, Josymar Rodríguez, Katherine Fernández, Yanfe Pedroza, Yoryelina Moreno y Gabriela Hernández obtuvieron el primer premio.

«Ganamos ese concurso y viajamos juntas a España a buscar el premio. Éramos cinco mujeres, cinco compañeras que hacíamos todos los proyectos juntas. Incluso en nuestras tesis, que eran individuales, nos dábamos apoyo. Fuimos un equipo muy especial: éramos amigas, nos trasnochábamos juntas, trabajábamos sin parar y fueron muchas las noches en que probamos nuestros límites de ingesta de café. Era una relación muy cercana, de apoyo emocional y de trabajo, que nos permitía tomar riesgos y aprender a confiar en nosotras».

“Para mí la arquitectura tiene que estar al servicio de todos, especialmente de las poblaciones más vulnerables”

El veredicto del jurado valoró la reflexión crítica en torno a la ciudad y al uso urbano del agua, la amplitud de la solución propuesta, su creatividad y su calidad expresiva. Josymar comenta que «era un proyecto utópico, investigativo, muy volado, extraño y divertido. Buscaba entender fallas fundamentales del sistema de agua en Caracas y generar agua a partir de la masa vegetal que es el Ávila». Además de concebir la infraestructura de acceso, la propuesta imaginaba viviendas para estudiantes y para familias no nucleares o no tradicionales, dispuestas de tal manera que facilitarían el contacto entre los habitantes de la comunidad.

De Béla Kunckel siguió aprendiendo, más allá de las aulas, su visión activa del ejercicio: hacer arquitectura significaba también buscar las oportunidades. No limitarse a prestar atención y dar curso a las posibilidades que se presentan, sino salir a buscar lo que se quiere hacer. Y bajo ese signo inició su ejercicio profesional.

INCURSIONES

Al poco tiempo de egresada se asocia con sus colegas María Valentina González, Yanfe Pedroza y Stefan Gzyl. Juntos fundan Incursiones, iniciativa que se define como un «laboratorio de construcción de ideas para transformar las dinámicas y escenarios compartidos de la ciudad».

Incursiones fue el punto de partida para salir a identificar necesidades humanas que, aunque estaban en la ciudad y eran perfectamente visibles, seguían desatendidas desde el punto de vista de la arquitectura y el diseño. Otros equipos las precedían, y el camino podía ser más amplio: «Mucho del trabajo que realizamos en Caracas, o el que consideramos más importante, fue junto a organizaciones no gubernamentales o institutos culturales en las zonas populares. Uno de mis proyectos favoritos fueron unas pequeñas renovaciones en comedores comunitarios de la organización humanitaria Alimenta la Solidaridad, en diferentes barrios del municipio Libertador. En esos proyectos exploramos cómo el sustento, el hecho de sostener vida, de sostener una comunidad, se expresa en una intervención espacial».

Esa expresión podía implicar, por ejemplo, desarrollar mobiliario de cocina, pero también construir espacios donde se atendieran otras necesidades básicas de la cotidianidad para que fuera posible vivirlas desde el disfrute: «Trabajar en ámbitos duros y marcados por la escasez no debía significar reforzar esas condiciones sino, más bien, construir placer en torno al comer, en torno al estar juntos».



Proyecto: comedor comunitario San Miguel.

Entre los muchos reconocimientos recibidos y la cantidad de iniciativas ejecutadas por Incursiones, Josymar destaca el proyecto Ñapa, cuya implementación fue posible gracias a que obtuvo el premio AEIF GRANT (2018) otorgado por la Embajada de Estados Unidos. Esta iniciativa estaba pensada para aportar, a la educación universitaria, un complemento (una ñapa) en materia de diseño participativo, destreza que se ejercita muy poco en la carrera de Arquitectura y que es indisociable del trabajo con comunidades vulnerables. «Los estudiantes que se unían al proyecto trabajaban en Petare con líderes comunitarios, junto al programa Mi convive y con el apoyo de Alimenta la Solidaridad. Los grupos identificaban y observaban aquellos problemas en los cuales pudieran actuar de una forma casi inmediata». Una vez completado el trabajo de campo (observación, intercambio, levantamiento de información, reflexión conjunta), los participantes sometían sus proyectos a concurso. La idea ganadora fue la construcción de un filtro de agua comunitario con su normativa para organizar el uso. El premio consistía en el otorgamiento de fondos para la ejecución del trabajo. «Donde se instaló ese tanque también se construyó una pequeña placita con mucha vegetación. Este proyecto fue importante para Incursiones porque fue el primero en el cual la autoría del grupo era total».

“Trabajar en ámbitos duros y marcados por la escasez no debía significar reforzar esas condiciones sino, más bien, construir placer en torno al comer, en torno al estar juntos”

MATRIARCADO, FEMINISMO Y GOCE

En su manera de aproximarse a los proyectos, Josymar Rodríguez reconoce una clara orientación feminista. Explica que esta forma de pensar la arquitectura se expresa en la selección de los casos de estudio, en los métodos, en concebir soluciones de inclusión, en poner en el centro de la reflexión y de la inventiva a los más vulnerables, al niño y las actividades de sustento que tradicionalmente son tareas de la mujer.

Su historia personal fundó esta manera de aproximarse a la profesión, pues procede de una familia fuertemente marcada por lo matriarcal, formada por su madre, una abuela, dos tías y un hermano, Argenis Rodríguez, dos años menor que ella, que es cocinero profesional y actualmente vive en Madrid. Estar juntos, sentirse cerca, pasaba con frecuencia por la mesa: «Preparar alimentos, hacer hallacas en familia... La cocina siempre fue el corazón de la casa». Esas situaciones en las que afecto y sustento hacen fusión, esa familia que la modeló desde la emoción y desde el intelecto, siguen dando luces nuevas: «El vínculo afectivo con las mujeres de mi familia se hizo más evidente o más sentido cuando salí del país, hace seis años, y me desprendí de ese núcleo tan importante. Creo que esa separación reforzó mi vínculo con la comida, con las recetas de mi mamá, de mi hermano».



En 2019 le fue otorgada la prestigiosa beca Fulbright, gracias a la cual realizó, en la Universidad de Oregon, una maestría en Diseño para la Justicia Espacial. Era la primera vez que se alejaba de Venezuela por un período largo y la pandemia se declaró poco tiempo después de que se hubieran instalado en el pequeño apartamento de estudiante ella, su esposo y su hija, que apenas tenía seis meses. La adaptación venía con exigencias y riquezas: «El hecho de vivir fuera del país donde creciste expande la perspectiva. Hacer tu vida en otro lugar te hace valorar cosas de las que quizás nunca te habías percatado, como la comida de tu casa, las facilidades de tener a tu familia y tus lugares cerca. Eso tiene un gran impacto en la vida profesional. Recuerdo que, en la maestría, muchos de mis proyectos tenían que ver con el trópico. Por ejemplo, cómo lograr un espacio tropical en Portland, una ciudad que, obviamente, no tiene clima tropical. Siempre estuvo presente esa idea de traer, de acercar una parte espacial, ambiental, climática, del lugar donde crecí».

FILOSOFÍA, CUERPO Y ESPACIO

En 2022, habiendo culminado la maestría, se mudó a la ciudad portuaria de Amberes, Bélgica, donde ahora desarrolla su proyecto de investigación para obtener el doctorado en Filosofía, centrándose en el tema del diseño cívico y de políticas.

Su ejercicio profesional continúa evolucionando en cuanto a la reflexión de la justicia espacial, hacia la comprensión del cuerpo y de las actividades de sustento como fundamento del diseño. Es en la experiencia sensorial del entorno en la que se conciben los espacios más propios, más cercanos e íntimos, más acordes con lo vivencial. Esta comprensión del diseño, según Josymar, viene del cuerpo y no del razonamiento puramente cerebral: «Para mí es importante prestarle atención al cómo cuidamos, cómo sostenemos algo. Creo que eso empezó a ser central en mi vida a partir del nacimiento de mi hija, hace seis años, que dio un vuelco a mi profesión y a la forma en que pienso la arquitectura». En ello identifica también «una visión muy feminista de entender lo matriarcal y las actividades asociadas con la mujer como espacios de pensamiento».

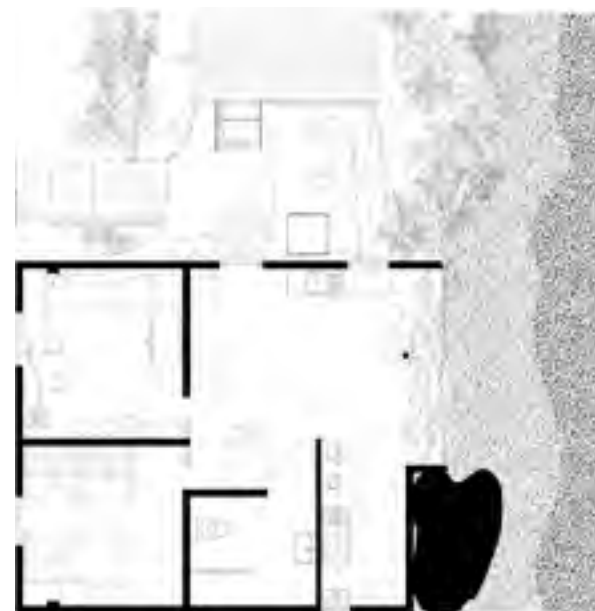
Los fundamentos teóricos y las posibilidades reflexivas que le brinda la academia tienen un destino bien preciso: la cocina comunal de El Sinaí, en La Vega, Caracas, donde sesenta niños reciben alimentación todos los días. En ese espacio ha podido observar procesos de transformación que anteceden a la obra arquitectónica y que son la esencia de su investigación.



Un ejemplo de estos cambios es la forma en que las mujeres que participan (acompañadas por Alimenta la Solidaridad) han internalizado la importancia del compostaje y lo han incorporado a su rutina de comedor. Gracias a estas dinámicas, la comunidad «tiene una visión más rica sobre lo que significa el comedor y sobre los vínculos que ahí se construyen. Todo esto termina siendo parte de un proyecto arquitectónico, que está en desarrollo, pero aún no ha sido construido».

En un fascinante trabajo académico realizado en el marco doctoral y coescrito con Liesbeth Huybrechts, supervisora de su investigación, es posible visualizar algunos de los principios que guían el proceso de su tesis. El artículo referido (no publicado a la fecha de esta entrevista) explora el tema del colapso. Todo parte de un accidente: un día la pared del comedor comunal de El Sinaí amaneció en escombros. El derrumbe significaba una catástrofe en la realización de las actividades de sustento desarrolladas a diario en ese espacio. La autora confrontó, en medio de este evento inesperado, la posibilidad de pensar el colapso en su expresión corporal y observar en qué medida el colapso puede ser, más que una interferencia en las actividades de sustento, una situación generativa. En el derrumbe del muro esa comunidad podría encontrar nuevas evidencias de sus prioridades, sensibilidades, interacciones y políticas que le confieren estructura y que quizás no son visibles cuando la normalidad no sufre alteraciones graves. El artículo descubre «cómo el cuerpo de la cocina comunitaria permanece vivo al transformarse continuamente en medio del colapso, y cómo la ayuda mutua persiste no a pesar de la vulnerabilidad, sino a través de ella». El texto también propone la metáfora de la indigestión como colapso del cuerpo, y defiende la opción de hacer contacto con la idea de lo no digerido para «habitar la incomodidad, notar lo que se resiste a la asimilación y aprender de las respuestas corporales a la crisis», pues postula que ese ejercicio podría «revelarnos formas alternativas de diseñar e investigar: aquellas que digieren la contradicción y fortalecen nuestra capacidad de vivir y actuar juntos en la incertidumbre, manteniendo un espacio para relaciones emergentes, resistencia colectiva y transformación política desde y entre los escombros».

Recientemente Josymar comenzó a escribir un libro de recetas que es, sobre todo, la historia de ese comedor, el relato de esas mujeres, «lo guerreras que son, su historia de lucha, de resiliencia, de placer y de intimidad. Como libro de recetas es accesible para muchas personas que, a la vez, podrán conectarse con esa otra historia a través de la elaboración de un plato». Caraotas en coco, punga, machacado, pescado frito, patacones son los alimentos de infancia de las mujeres de El Sinaí, muchas de las cuales proceden de áreas rurales, de donde se han visto obligadas a migrar en busca de oportunidades.



Planta del comedor comunitario de El Sinaí.



Ya cerca del cierre de su trabajo doctoral, dice sentirse más segura de las ideas sobre las que reflexiona y que lleva a la práctica de campo. Considera un privilegio el poder actuar directamente en Venezuela, aun estando lejos, y contribuir, en la medida de lo posible, a vencer la precariedad: «Para mí la arquitectura tiene que estar al servicio de todos, especialmente de las poblaciones más vulnerables. Siento que hay muchos espacios para trabajar en los temas que me gustan: arquitectura desde el feminismo, arquitectura desde el sustento. Quiero continuar explorando este camino que se aleja de la arquitectura tradicional y quiero seguir llevándolo a la práctica a través de proyectos en Venezuela».



Proyecto: comedor comunitario de la Cota 905.

“Si vemos la arquitectura a partir de procesos mucho más naturales, cambia la forma en que percibes el ser arquitecto: tú eres un iniciador, eres catalizador de algo, en vez del mastermind de una obra”

LOS AÑOS DE FERMENTACIÓN

En el momento en que se encuentra actualmente, muy marcado por la reflexión teórica y por la filosofía, la fermentación es una imagen que le resulta reveladora: «Al igual que la fermentación, un proyecto arquitectónico es un proceso longevo y que cambia con el tiempo: invitas a ciertos alimentos y bacterias a colaborar, pero ellos desarrollan solos el producto final. Tu participación es pequeña. Hay en ello una visión distinta del arquitecto: ya no es alguien que planifica absolutamente todo de principio a fin. Si vemos la arquitectura a partir de procesos mucho más naturales, cambia la forma en que percibes el ser arquitecto: tú eres un iniciador, eres catalizador de algo, en vez del *mastermind* de una obra».

Explica la noción a través del ejemplo de una soda de jengibre, en cuya elaboración solo hay control en una primera etapa. Se disponen los materiales e ingredientes: un envase limpio, agua sin cloro, jengibre orgánico, una malla que lo cubra dejando pasar el aire. Y de ahí en adelante, hay que «acompañar la preparación todos los días hasta que se produce la fermentación. Luego hay que observar la evolución con los sentidos: vista, olfato, gusto, todos son parte del proyecto. Creo que ver el diseño de esa forma trae consigo procesos mucho más ricos y también desenlaces inesperados y mucho más reales».

En sus búsquedas actuales varias pensadoras la han estado acompañando: Sara Ahmed, escritora y filósofa australiana y británica nacida en 1969, feminista y precursora de justicia social; Annemarie Mol, etnóloga, profesora de Antropología del Cuerpo y filósofa holandesa nacida en 1958, con quien ha explorado la alimentación y su impacto psicosocial. Otra influencia importante es Adrienne Maree Brown, autora estadounidense, nacida en 1978, que ha trabajado sobre el derecho al placer y la legitimidad de su reclamo en el día a día, «especialmente si eres mujer y si eres parte de un grupo que ha sido oprimido históricamente», puntualiza Rodríguez.

UN HONGO, UNA GRIETA

Amberes es ahora la ciudad que la interroga. Una de las reflexiones que la comparación con Caracas le ha permitido tener es la del contacto con la naturaleza. Cuenta que solo al salir de Caracas pudo notar lo escaso que es, pese al Ávila y a los árboles, el contacto con lo natural, en comparación con el que tienen los belgas.

La Facultad de Arquitectura y Artes de la Universidad de Hasselt lidera un proceso de investigación de diseño participativo al cual se ha sumado Josymar. Una de las actividades académicas del doctorado en las cuales ha participado es el estudio de un barrio de vivienda social llamado Kolmen, ubicado en la ciudad de Beringen. En la comunidad de Kolmen se ha identificado la necesidad de lograr una transformación que convierta el entorno físico en un espacio «texturizado, diverso e incluyente», como lo explica Josymar Rodríguez en el trabajo académico titulado *Intuiciones viscerales: una introducción a la cotidianidad del acto de comer como una actitud pedagógica establecida para conocer y cuidar las naturoculturas en las escuelas de Arquitectura*.

En las líneas de este artículo académico se da una inusual convergencia: la de lo íntimo y lo científico. La anécdota se convierte en profundidad reflexiva y una imagen basta para viajar por caminos anchos y fructíferos.

Así, la autora transmite su conexión con el proyecto: «Yo era una investigadora principiante con un conocimiento muy limitado sobre el contexto cultural, social y político de Kolmen. No podía hablar el idioma, y mucho menos comprender sus sutilezas y matices. Pero en medio de la incomprensión, mis tripas intervinieron. (...) Mi intuición visceral me decía que este barrio se trataba de mucho más que un espacio suburbano excesivamente ordenado, altamente curado y limpio. El hecho de que yo provenía de un contexto muy diferente hacía más difícil la tarea de comprender a Kolmen, pero, al mismo tiempo, me ofrecía una oportunidad para agregarle otro tinte a la interpretación del lugar y de la situación (...). Mi intuición visceral inspiró la búsqueda de otros forasteros como yo: un par de hongos solitarios que, contra todo pronóstico, crecían en una grieta entre una calle y una acera».

«Un hongo solitario es un descubrimiento extraño. Lo único que un hongo necesita para crecer es tierra, pero este es un paisaje dominado por el cemento. (...) Solo cuando el cemento se agrieta es posible superar la soledad e interactuar con los demás. (...) Únicamente las fisuras podrán reunirnos».

Queda desear, y hacerlo con las entrañas, que cada grieta de Venezuela se convierta en un espacio vital donde puedan crecer nuevas formas de vida persistente, generadora y recia como las mujeres de El Sinaí. La niña que corría entre semáforos de la avenida Urdaneta y jugaba en la Plaza Bolívar, aunque ahora viva lejos, es una de ellas.

“Quiero continuar explorando este camino que se aleja de la arquitectura tradicional y seguir llevándolo a la práctica a través de proyectos en Venezuela”

PROYECTOS





Proyecto: “Sentipensar con las tripas.
Taller sensorial para digerir juntos prácticas
y términos del diseño” en la Conferencia
CUMULUS 2024 en Budapest, Hungría.

Distribución inicial de actores humanos y más
que humanos en “Sentipensar con las tripas.
Taller sensorial para digerir juntos prácticas y
términos del diseño” en la Conferencia de Diseño
Participativo (PDC2024) en Sibú, Malasia.



Proyecto: Incursiones.

Microintervención: comedor comunitario San Miguel.

Las microintervenciones son proyectos cuyo objetivo es tener un gran impacto con una gran economía de medios. Se trata de operaciones directas y efectivas que apuntan a transformar las dinámicas de uso e interacción en espacios pequeños.

Esta pequeña intervención de un espacio doméstico tenía dos objetivos: dotar de estándares mínimos de higiene a un comedor que alimenta diariamente a cien niños y crear una dinámica que garantizara la seguridad y supervisión de los niños mientras esperaban, se lavaban y comían.



Proyecto: Incursiones.

Microintervención: comedor comunitario San Miguel.

En la comunidad de Macarao existe un pequeño patio que antecede la casa de Acela. Se trata de un lugar techado a pocos metros de las caminerías principales de una comunidad que demanda espacios de encuentro.

Durante más de un año, este espacio, precariamente techado y con piso de tierra, fue usado como comedor para alimentar a 50 niños de lunes a viernes.

Ante este escenario y reconociendo como prioridad de intervención proveer de piso, techo y bordes al lugar, se propone una estructura metálica, modular y sencilla que asume como elementos ordenadores las demandas del comedor en cuanto a espera, limpieza y comida, incorporando cada uno de estos a su construcción y espacialidad de forma efectiva y compacta.



Proyecto: Incursiones.

Cubo catalizador.

El propósito de la pieza es generar un marco para reuniones, actividades culturales, deportivas o educativas en lugares en los que esta infraestructura no está presente, haciendo difícil ciertas formas de encuentro e intercambio, con todo lo que esta pérdida implica. Cual catalizador, el objetivo del cubo es incrementar las oportunidades de interacción, intercambio y desarrollo en un lugar determinado, con la esperanza de generar un momento para que estas actividades continúen una vez que el cubo se traslade a un nuevo destino.



— 1990 —

Rodrigo Marín Briceño

«La función es el mensaje»

Nació en 1990 en Maracay, estado Aragua. Arquitecto egresado de la FAU-UCV, con mención *magna cum laude*, su espíritu emprendedor se manifiesta en proyectos arquitectónicos, artísticos y de diseño industrial y de mobiliario. En estos, alterna entre la construcción de viviendas multifamiliares, el “arte instalativo” y el diseño de objetos utilitarios o piezas experimentales. Su obra ha destacado en el programa de residencias del Centro Cultural de Asia, en Corea del Sur. Cree en incorporar al trabajo las experiencias personales: viajes, gastronomía, libros, cine, música, sueños, recuerdos. De ahí que la diversidad defina su obra; también quizás porque su vida lo ha llevado desde la estructura religiosa de Maracay y la presencia avasallante de Caracas hasta los enfoques laicos y globales de Francia y China, donde ha vivido y estudiado, conjugando tradición y modernidad

@rodrigomarinbriceno



Rafael Simón Hurtado



Asia Culture Center, José Luis Bastidas,
Niccolò Zorza, ZER01NE

EL INICIO DE TODO

La vida y el trabajo del arquitecto venezolano Rodrigo Antonio Marín Briceño se ha basado en el fervor de la curiosidad intelectual y el descubrimiento incesante. Desde sus orígenes en la ciudad de Maracay hasta las enriquecedoras experiencias internacionales que han modelado su cosmovisión, su narrativa profesional se funda como un testimonio de creatividad y tenacidad. Cada etapa de su periplo, impregnada de un profundo compromiso con el arte y la innovación, ha contribuido a moldear una práctica arquitectónica que trasciende fronteras, fusionando la esencia de su herencia cultural con una perspectiva global.

Rodrigo Antonio Marín Briceño nació el 31 de agosto de 1990 en Maracay, estado Aragua, Venezuela. Es hijo de Mireya Briceño y Douglas Marín, biólogos y profesores universitarios, quienes han dedicado su vida a la investigación y la docencia en la Facultad de Agronomía de la Universidad Central de Venezuela, en el núcleo de Maracay.

«La pasión por la ciencia y la educación de mis padres marcó profundamente mi infancia».

La influencia de sus padres trasciende con creces el ámbito académico, constituyendo un pilar esencial en la forja de su carácter, su sensibilidad y su visión del mundo. En el seno de su hogar, impregnado de un profundo respeto por la educación, la argumentación y el pensamiento crítico, se cultivó un ambiente donde la curiosidad intelectual no solo era alentada, sino celebrada como un valor supremo.



«Cada proyecto que emprendo lleva, de alguna manera, el eco de aquellas lecciones tempranas: el rigor de una mente educada, la calidez de una identidad arraigada y la sensibilidad de quien comprende que los espacios, como la música o los sabores, tienen el poder de contar historias y evocar emociones. La influencia de mis padres, por tanto, se revela no solo como una guía en mi formación, sino como una fuente inagotable de inspiración que continúa moldeando mi manera de habitar y transformar el mundo».

EL CAMINO A LA ADOLESCENCIA

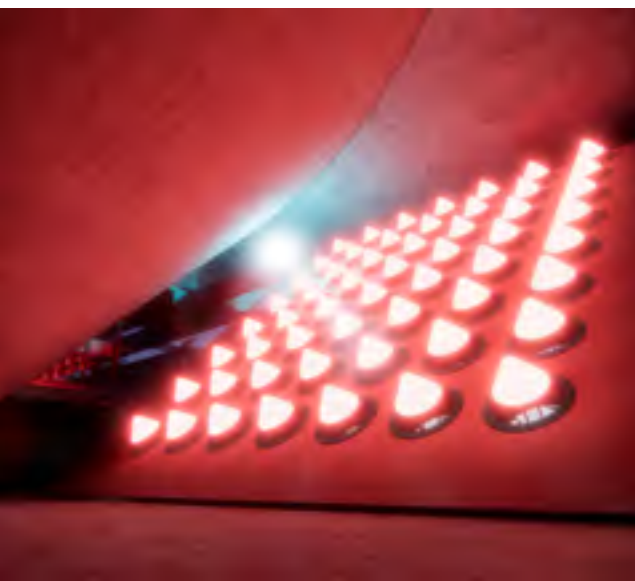
Sus años de educación primaria se desarrollaron principalmente en el Colegio San José de Maracay, una institución regida por los hermanos maristas, cuya pedagogía estructurada y arraigada en valores religiosos proporcionó un cimiento sólido para su desarrollo intelectual y moral.

Con frecuencia viajaba a Caracas los fines de semana, a visitar a su abuela, y en su mente infantil, en aquellos recorridos, se manifestaron con una claridad visceral las diferencias entre Maracay y Caracas, definidas por un contraste de escalas y caracteres que aún resuenan en su memoria.

«Maracay, con su disposición horizontal y su placidez de ciudad de provincia, se extendía como un paisaje sereno, donde la vida parecía fluir con la calma de sus calles planas y su horizonte despejado. En cambio, Caracas irrumpía en mi imaginación con una presencia imponente, definida por su topografía montañosa, que parecía desafiar la gravedad con sus viaductos audaces y “rascacielos” emblemáticos, como la icónica Torre La Previsora, que se alzaba como un símbolo de ambición urbana».

Caracas, con su oscilante tensión entre el concreto armado y la naturaleza que se abría paso en las bases de los edificios y trepaba por las colinas circundantes, le ofreció un espectáculo de contrastes que capturó su atención. Los barrios caraqueños, con su caos desbordante, evocaban en Rodrigo la impresión de una sociedad indeseable y opresiva, reminiscente de las atmósferas densas y futuristas de una novela *cyberpunk*.

«La Caracas de los barrios es una cosa avasallante en el paisaje. Pero la de los viaductos y las autopistas y de los grandes rascacielos modernos me impresionó. Cuando uno pasaba, sobre todo por la parte de Bello Monte... tienes a un lado colinas y al otro lado tienes Bello Monte Norte, hacia Sabana Grande y el Ávila. Ahí se produce una experiencia como de las distopías asiáticas. Este género que llaman *cyberpunk*, con las vallas, los edificios. Una idea de progreso pero que en el fondo es sucio. El desarrollo no vino con una calidad ambiental, necesariamente. Es una cosa medio siniestra, que también era impresionante».



Proyecto: Backward Canvas (Lienzo Invertido).
Residencia ZER01NE Hyundai, 2023.
Videojuego Portals (imágenes de diseño de mapa).

“La pasión por la ciencia y la educación de mis padres marcó profundamente mi infancia”

Al evocar aquellos viajes de infancia, se despliega la visión de percepciones juveniles, aún no pulidas por la mirada analítica de la madurez, pero cargadas de una intensidad que marcó su sensibilidad estética. Esa mezcla de orden y desorden, de estructuras imponentes y espontaneidad orgánica, no solo le fascinaba, sino que sembró en su imaginación las primeras semillas de una aproximación arquitectónica, capaz de apreciar la complejidad de los entornos urbanos y la interacción entre el paisaje construido y el natural. Aquellos viajes de infancia entre Maracay y Caracas se convirtieron en un preludio de su vocación, un intercambio temprano entre la calma de sus raíces y la intensidad de un mundo en constante transformación.

EL IMPACTO DEL MUNDO EXTERIOR

Este entorno venezolano, impregnado de tradición y comunidad, se vio enriquecido por dos estancias internacionales que ampliaron profundamente su espacio cultural y educativo. Su vida estuvo marcada por dos travesías que dejaron una impronta imborrable en su alma y perspectiva.

A la temprana edad de nueve años, residió en Toulouse, Francia, entre 1999 y 2000, donde los colores de la arquitectura histórica y la riqueza de la cultura europea comenzaron a despertar su intuición. Más tarde, entre los doce y trece años, una estadía de dos años en la milenaria Pekín, China, entre 2002 y 2004, lo sumergió en un universo de contrastes, donde la tradición y la modernidad se entrelazaban, enriqueciendo su visión del mundo con una profundidad singular.

«Esos viajes fueron oportunidades laborales de mis padres. En Francia, aprovecharon un año sabático para realizar investigaciones en Toulouse. En China, mi padre participó en proyectos de colaboración científica entre universidades venezolanas y chinas. En ambos casos, la familia se trasladó completa, lo que nos permitió sumergirnos en culturas completamente distintas».

Las vivencias de su infancia se establecieron como hitos transformadores que moldearon profundamente su percepción del mundo y su sensibilidad como individuo. Transitar, desde el apacible ritmo de Maracay –una ciudad de provincia impregnada de calidez y arraigo– hacia la elegante Toulouse, conocida como la ciudad rosada de Francia, con su refinada arquitectura y su aura europea, supuso un despertar temprano a la belleza de los contrastes culturales.

Más tarde, su inmersión en Pekín, una metrópoli pulsante que, incluso en aquellos años, ya anticipaba el ascenso de China como potencia global, amplificó esta experiencia, zambulléndolo en un recipiente de tradiciones milenarias y dinamismo moderno.

Su paso por la École Bénédet, Toulouse, Francia lo sumergió en un sistema educativo laico y riguroso, donde la precisión del pensamiento crítico y el énfasis en la excelencia académica contrastaban con la calidez de su formación marista. Mientras que su experiencia en el Lycée Français International Charles de Gaulle de Pékin

le expuso a un entorno educativo igualmente exigente, pero teñido por la riqueza de una cultura milenaria en plena efervescencia moderna.

«Viví, por ejemplo, la vida y la idiosincrasia de los niños árabes en Francia o de los niños chinos en China, que se revelan en realidades que pueden ser extremadamente complejas. Incluso, tuve la oportunidad de convivir con niños afectados por el éxodo, la guerra y los conflictos en el Medio Oriente, como afganos o personas de África. Detrás de sus sonrisas y momentos de compartir en el recreo, se escondían historias de dramas humanos profundos: personas que habían cruzado fronteras a pie, que desconocían si sus padres seguían con vida y que enfrentaban los efectos de los extremismos religiosos».

Testigo de estos momentos, aprendió a descifrar las sutilezas de las dinámicas humanas, a interpretar las intenciones detrás de las palabras y a mediar en los desencuentros con una sensibilidad que trascendía las barreras culturales. Estas experiencias le dotaron de una habilidad singular para leer el trasfondo de las interacciones humanas, comprender las motivaciones del otro y encontrar caminos hacia la aceptación mutua sin sacrificar su propia esencia. Dichas vivencias no solo ampliaron su horizonte, sino que sembraron las semillas de una visión arquitectónica que abraza la pluralidad y encuentra inspiración en la intersección de lo universal y lo particular.

«La arquitectura es un fenómeno cultural, y haber conocido de cerca cómo otras civilizaciones construyen sus ciudades, monumentos y vidas amplió mi marco de referencia».

“La arquitectura es un fenómeno cultural, y haber conocido de cerca cómo otras civilizaciones construyen sus ciudades, monumentos y vidas amplió mi marco de referencia”



LA CONSTRUCCIÓN DE SU IDENTIDAD

Más allá de las aulas, su amor por la cultura desempeñó un papel igualmente determinante en la construcción de su identidad. Su entusiasmo por las tradiciones de su tierra lo conectaron de manera visceral con las raíces que anclan el ser. La música venezolana se convirtió en una banda sonora constante de su infancia, despertando en él una apreciación por las texturas emocionales que el arte puede evocar.

«Es complejo precisar cómo las referencias culturales, en su sentido más amplio, moldean la forma en que uno proyecta. Sin embargo, comparto la idea de que la arquitectura, como fenómeno cultural, está intrínsecamente ligada a otras expresiones artísticas y vitales. Como señalaba el profesor Joel Sanz, las ideas arquitectónicas de cada diseñador son el resultado de integrar sus experiencias personales:

“El género cyberpunk y las distopías, dentro del universo especulativo de la ciencia ficción, me resultan particularmente inspiradores para mi trabajo”

los viajes realizados, la gastronomía disfrutada, los libros leídos, las películas vistas, la música escuchada, las relaciones vividas, entre otras».

«Desde mi infancia, en casa resonaban el jazz y la música tradicional venezolana. Más tarde, el rock clásico anglosajón y latinoamericano ocupó un lugar importante, junto con la música orquestal y la electrónica. Estas influencias, diversas y profundas, nutren mi manera de concebir la arquitectura».

La literatura y el cine han moldeado a Rodrigo como un creador que ve en cada proyecto una oportunidad para narrar, emocionar y trascender. Sus obras, impregnadas de estas influencias, son un testimonio de cómo el arte, en todas sus formas, puede ser un vehículo para explorar la memoria, la identidad y el infinito.

«Ciertas obras literarias han dejado en mí una huella profunda, ofreciendo reflexiones valiosas sobre la condición humana».

El acercamiento a lecturas y escenificaciones que abordan el drama humano desde la magia, lo onírico o el absurdo, a menudo con un humor oscuro, pero con un trasfondo esperanzador, han impregnado sus decisiones creadoras.

En el cine, se ha paseado por las películas de Hitchcock, Leone, Scorsese, Coppola, Allen y Kubrick, que se han convertido en referentes fundamentales.

«Una película que valoro especialmente por su exploración del coraje, el diálogo y la duda es *Doce hombres sin piedad*, de Sidney Lumet. El género *cyberpunk* y las distopías, dentro del universo especulativo de la ciencia ficción, me resultan particularmente inspiradores para mi trabajo: *Blade Runner*, *The Matrix*, *Star Wars*, *2001: Una odisea del espacio*, *Soylent Green*, *Inteligencia Artificial* y *Doce monos*. En el animé japonés, destacan *Akira*, *Ghost in the Shell* y las obras de Miyazaki y Satoshi Kon, cuya riqueza visual y narrativa me sigue nutriendo».

La propia gastronomía ha sido útil como medio para evocar memoria y pertenencia cultural. Le ha ofrecido una lección igualmente valiosa sobre la alquimia de los sentidos y la intencionalidad en la creación. «Preparar un plato o un menú es un acto de narrativa sensorial –dice– en el que cada ingrediente, textura y sabor desempeña un papel en una historia mayor».



Proyecto: Bending the Limit (Forzar el Límite).
Residencia Asia Culture Center, 2022.

LA ARQUITECTURA: ESCENOGRAFÍA PARA LA VIDA

De regreso a Venezuela, su ingreso al Colegio Francia de Caracas marcó un punto de inflexión, un espacio donde las influencias de sus experiencias previas comenzaron a converger. Este entorno, que combinaba la disciplina de la educación francesa con el contexto de la capital venezolana, le permitió integrar las perspectivas adquiridas en el extranjero con sus raíces culturales.

Había culminado su educación secundaria. Esto representó el término de un itinerario formativo internacional. La experiencia no solo reforzó su capacidad de adaptación a entornos nuevos y dinámicos, sino que también afianzó su apertura hacia la diversidad cultural, una cualidad que se convertiría en un distintivo de su práctica profesional.

La alternancia entre sistemas educativos tan disímiles –desde la estructura religiosa de Maracay hasta los enfoques laicos y globales de Francia y China– le dotó de una sensibilidad singular, capaz de apreciar la riqueza de las diferencias y de encontrar armonía en la complejidad.

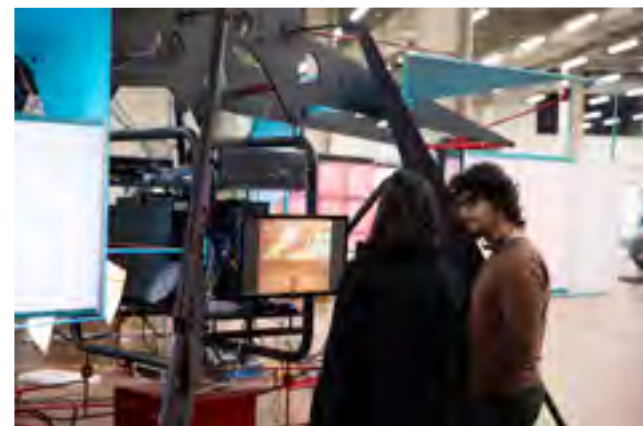
«Mi formación no solo fue un proceso de adquisición de conocimientos, sino un viaje de descubrimiento personal que moldeó mi capacidad para interpretar el mundo y sus espacios con una mirada profundamente integradora».

No recuerda con exactitud cuál fue el momento en el que apareció la arquitectura como una opción de vida. Solo asoma un recuerdo de la infancia.

«Cuando estaba en preescolar, a los cuatro años, decía que quería ser actor o acróbata. Ahora me resulta curioso, porque en el fondo, esas dos aspiraciones infantiles están relacionadas con lo performático. Seguramente había visitado algún circo por entonces. Sin embargo, rápidamente decidí que quería ser arquitecto. Y ahí está la referencia: la arquitectura tiene un componente performático. En esencia, es como la escenografía para la vida».

En todo caso, es posible inferir que la decisión fue una certeza que creció con él, alimentada por su fascinación por los espacios y las formas. Quizás los edificios de Luis Malaussena, en Maracay, o la monumentalidad de Caracas tuvieron algo que ver con la sensibilidad que se fue consolidando.

Pero la decisión de estudiar en la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad Central de Venezuela (UCV) no fue un mero cálculo racional,



Preparativos para la exposición ZER01NE Day: Habitat. Seúl, Corea del Sur, 2023.

“La arquitectura tiene un componente performático. En esencia, es como la escenografía para la vida”

sino un acto profundamente arraigado en su historia personal, sus aspiraciones y los valores que le han definido. La UCV, con su prestigio legendario y su compromiso con una formación integral, se presentó ante él como un horizonte natural, un lugar donde podía dar forma a su vocación arquitectónica mientras exploraba el diseño como un acto cultural, humanístico y transformador.

«Crecí en Maracay, a la sombra del núcleo regional de la UCV, una institución cuya presencia era casi mítica en mi entorno familiar. Mis padres, fervientes defensores de la educación como pilar de crecimiento personal, veían en la UCV un bastión de excelencia académica y un espacio donde los ideales de progreso y creatividad convergían. Esta percepción se entrelazaba con mi propia experiencia formativa, marcada por una educación internacional en el Lycée Français, donde adquirí una perspectiva global y una sensibilidad estética que, aunque enriquecedora, me situó en una posición singular al regresar a Venezuela. Mi paso por el sistema educativo francés, que culminó con el sexto año en el extranjero, me dejó ligeramente desfasado respecto al currículo venezolano, un desafío que, lejos de desanimarme, avivó mi determinación de buscar una formación que no solo compensara esa brecha, sino que me permitiera canalizar mi pasión por la arquitectura en un entorno de rigor y profundidad».

La UCV, con su programa dedicado exclusivamente a la arquitectura, se reveló como el escenario ideal para este propósito. La institución, con su campus diseñado por Carlos Raúl Villanueva –un testimonio vivo de la arquitectura como arte y compromiso social–, era en sí misma una inspiración. Su ingreso a la UCV no fue solo el comienzo de una carrera, sino el primer paso en un viaje hacia la comprensión de la arquitectura como un lenguaje universal, capaz de construir no solo edificios, sino también puentes entre las personas, sus culturas y sus sueños.



Exposición ZER01NE Day: Habitat.
Interacción con el público.
Seúl, Corea del Sur, 2023.

LA DOCENCIA, UN PUENTE

Puente que ha tendido a sus alumnos, con quienes ha compartido sus conocimientos técnicos y sus experiencias de vida.

«Durante mi experiencia como docente de Teoría de la Arquitectura en la UCV, diseñé un ejercicio pedagógico para introducir a los estudiantes al concepto de espacio, una noción compleja, especialmente para quienes inician sus estudios en Arquitectura. El ejercicio consistía en que yo les reproducía por turnos dos fragmentos breves de piezas musicales (una clásica y otra contemporánea). Mi objetivo era ofrecer una aproximación intuitiva antes de abordar los fundamentos filosóficos y los principios disciplinarios específicos».

«En mis proyectos, busco que la secuencia de los espacios genere una cadencia, un ritmo que invite a detenerse, a contemplar o a avanzar, evocando emociones tan precisas como las que despierta un *crescendo* orquestal».

Puentes que no están exentos de riesgos. «El riesgo es el umbral del descubrimiento», afirma. Su incursión en la docencia es un capítulo de su vida que está marcado por el desafío. Asumir el rol de educador, con la inmensa responsabilidad de guiar a estudiantes en su propio proceso creativo, fue un acto de valentía que lo confrontó con sus propias inseguridades.



Proyecto: Bending the Limit (Forzar el Límite).
Residencia Asia Culture Center, 2022.

«Dar clases es exponerse –lo hizo también en la Escuela de Arquitectura de Umeå, Suecia–, es aceptar que no tienes todas las respuestas, pero que tu papel es inspirar y acompañar», confiesa. Sin embargo, fue precisamente en esa exposición, en la interacción con mentes jóvenes y cuestionadoras, donde Rodrigo descubrió una nueva faceta de sí mismo: no solo un arquitecto, sino un mentor capaz de encender la chispa de la curiosidad en otros.

Para Rodrigo, adentrarse en lo desconocido es el motor de toda transformación significativa. Sus proyectos arquitectónicos y su labor docente son ladrillos de un mismo edificio, armado con la convicción de que el miedo, aunque inevitable, no debe ser un freno, sino un estímulo. Lo demuestra su experiencia en Corea.

«El riesgo te despoja de las máscaras y te obliga a enfrentarte a quien eres en verdad: un artista, un creador, un guía», afirma con una serenidad que denota madurez. En última instancia, su historia es un recordatorio de que el descubrimiento –de uno mismo, de nuevas culturas, de posibilidades creativas– solo florece en el terreno fértil de la incertidumbre.

La experiencia en el programa de residencias del Centro Cultural de Asia, en Gwangju, Corea del Sur, dejó una huella indeleble en su práctica como docente y diseñador.

«Partir hacia un lugar como Corea, donde no conocía a nadie, donde el idioma era una barrera impenetrable y la soledad una compañera constante, me situó en un estado de vulnerabilidad casi primordial. Era una página en blanco, desprovista de las certezas que dan la familiaridad y la rutina».

Esta vulnerabilidad, lejos de ser un obstáculo, se convirtió en un catalizador. En ese espacio de incertidumbre, Rodrigo encontró no solo un terreno fértil para la creatividad, sino también una oportunidad para interrogarse sobre su propia esencia como arquitecto y como ser humano.

«La residencia en el ACC marcó profundamente mi labor como docente y diseñador. En el diseño de mobiliario, mi enfoque experimental, más exploratorio que funcional, se enriqueció con tecnologías digitales descubiertas en Gwangju. En la docencia, la experiencia me llevó a reflexionar sobre la crisis educativa actual, inspirándome a promover un aprendizaje holístico que integre teoría, práctica y resultados tangibles».

LOS MATERIALES, LOS COLORES, EL TRABAJO EN EQUIPO

La aproximación de Rodrigo Marín Briceño a los procesos de fabricación refleja una dualidad en su práctica creativa, determinada por la naturaleza de sus proyectos: los arquitectónicos, que exigen una responsabilidad colectiva, y los artísticos o de diseño, que permiten una exploración más personal e íntima.

En arquitectura, la complejidad y la responsabilidad de los resultados emergen de la colaboración, tanto en la planificación como en el diseño.

«Esto implica una búsqueda activa de artesanos y talleres especializados, ya que, debido a la atomización de los servicios en la economía actual de Venezuela, ningún taller domina todas las técnicas requeridas».

En cambio, en sus proyectos de «arte instalativo», diseño de objetos utilitarios o piezas experimentales, Rodrigo asume un rol central en la conceptualización teórica y formal, coordinando personalmente los procesos de producción.

La elección de materiales y colores en el trabajo de Rodrigo es estratégica, definiendo no solo la funcionalidad, sino también los valores culturales, ambientales y la experiencia sensorial de sus creaciones. Utiliza materiales constructivos como bloques de vidrio, arcilla, concreto, cabillas y láminas de hierro, tornillos, tuercas y madera. Estos se han complementado con el plástico, gracias a técnicas como la impresión 3D y el termoformado, que ha incorporado en su evolución creativa. Y en cuanto a los colores, Rodrigo reconoce una expresividad propia de América Latina y el Caribe, donde el color permea la naturaleza, la arquitectura y el arte.

«El uso de la cabilla, en particular, surge de una admiración por el ingenio de los trabajadores de la construcción en Venezuela, quienes improvisan muebles como burros de trabajo, parrillas o bancos en las obras. Además, la cabilla es el material de hierro más accesible en el mercado nacional, lo que la convierte en un elemento recurrente en la herrería, presente en rejas, puertas, ventanas y sillas revestidas con mimbre o hilos plásticos de colores».

Estos enfoques encuentran sus ejemplos en obras que guían su diseño con los mismos principios, sin importar el tipo de proyecto o su magnitud.

Entre 2014 y 2015, se dedicó a proyectos de construcción de viviendas multifamiliares, comprendiendo la complejidad de los procesos constructivos, tanto en su dimensión



Proyecto: VIP (Very Important Person).
Silla sobre el río Guaire.

Proyecto realizado conjuntamente con los arquitectos Ricardo Sanz Sosa, Alba Izaguirre y Marx Avendaño, con el apoyo de la Fundación Espacio, en el marco del concurso CcsCity450.

técnica como en la estructura de financiamiento. Desde aquel instante, como joven arquitecto impulsado por la necesidad de expresar, crear y materializar, decidió explorar un ámbito donde sus inquietudes tomaran forma.

Así, se sumergió en el diseño de muebles, investigando sistemas de soportes, tensiones y relaciones entre elementos. Con proyectos centrados en sillas, mesas y taburetes, llegó en abril al Salón o Feria del Mueble de Milán (Salone del Mobile Milano), la máxima cita del diseño, donde exhibió piezas que, inspiradas en formas como el cartón de huevos, irrumpen en la cotidianidad. Su búsqueda, siempre fiel, perseguía emocionar mediante diseños geométricos que fusionan estructura y materiales sutiles.

A lo largo de su trayectoria como arquitecto ha participado en distintos proyectos e investigaciones que involucran la arquitectura y el urbanismo, tanto en el sector privado como en el público, llegando incluso a generar un gran impacto en zonas populares de Caracas, con obras como VIP *¿Quién se sienta a ver el Guaire?* o Amenidades Urbanas Sector Deportivo.

Rodrigo hace énfasis en uno de sus trabajos que, de acuerdo a sus palabras, «amarra muchas cosas».

«En el proyecto del videojuego realizado en Corea en 2023 (que acompaña la máquina de realidad mixta), el diseño del mapa virtual fue particularmente importante porque en él pude realizar *una arquitectura que no estaba amarrada a las imposiciones del mundo físico*. En él se vaciaron referencias conscientes, de los sueños y de los recuerdos de la infancia, para así generar un espacio híbrido de carácter onírico. El videojuego propone lugares donde la música (compuesta específicamente para la obra) va cambiando dependiendo de la atmósfera, y donde se mezclan elementos arquitectónicos del pasado como columnas griegas de tipo corintio, con el concreto armado y el vidrio del brutalismo caraqueño del siglo XX. Una vegetación exuberante que recuerda a la del trópico, y hasta una pequeña casa del barrio Los Erasos (un poco modificada), aparecen en este mundo de ficción».



“ *El riesgo te despoja de las máscaras y te obliga a enfrentarte a quien eres en verdad: un artista, un creador, un guía* ”

LA IDENTIDAD Y EL FUTURO

Mirando hacia los próximos cinco años, Rodrigo aspira a condensar una década de exploración diversa –arquitectura, diseño, educación, arte y trabajo comunitario– en una visión integradora.

«Quiero que las ideas artísticas se transformen en objetos y espacios accesibles: muebles, experiencias, plazas públicas», explica. Democratizar el arte a través de la promoción cultural, la educación y la intervención en comunidades desfavorecidas.

La identidad venezolana de Rodrigo Marín Briceño se manifiesta no como un emblema explícito, sino como una corriente sutil que impregna su forma de ser, pensar y crear. En su experiencia en Corea, un entorno culturalmente distante, Rodrigo enfrentó el desafío de adaptarse a lo desconocido. En lugar de imponer su venezolanidad, permitió que esta dialogara con el entorno, creando soluciones arquitectónicas y artísticas que fusionaran lo local con lo universal. Para Rodrigo, la autenticidad es el puente hacia lo global:

«No se trata de proclamar de dónde vienes, sino de dejar que la calidad de tu trabajo hable».

PROYECTOS

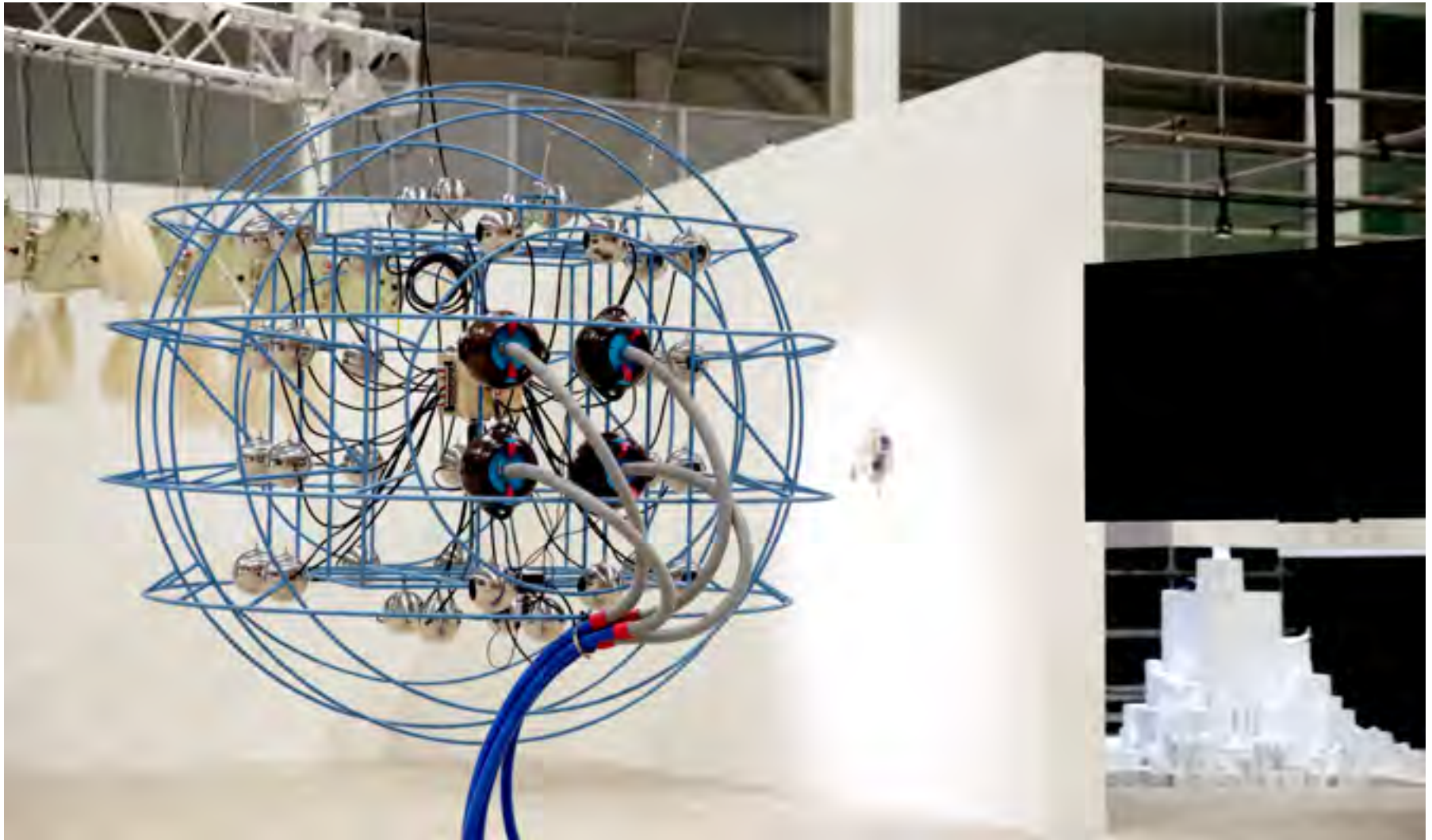




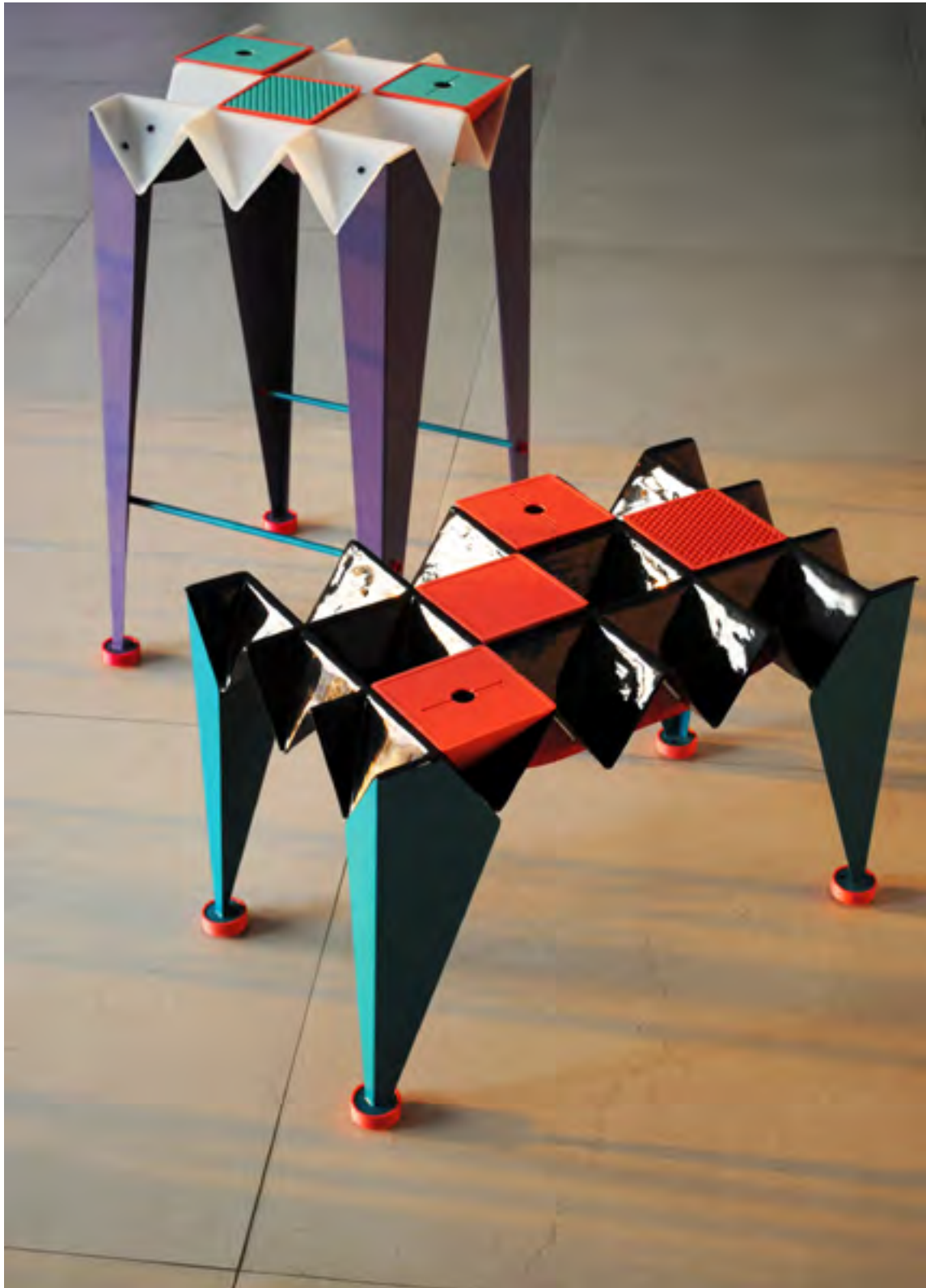


Proyecto: Lotes cultural y deportivo del edificio Omar Torrijos en la Av. Bolívar de Caracas.

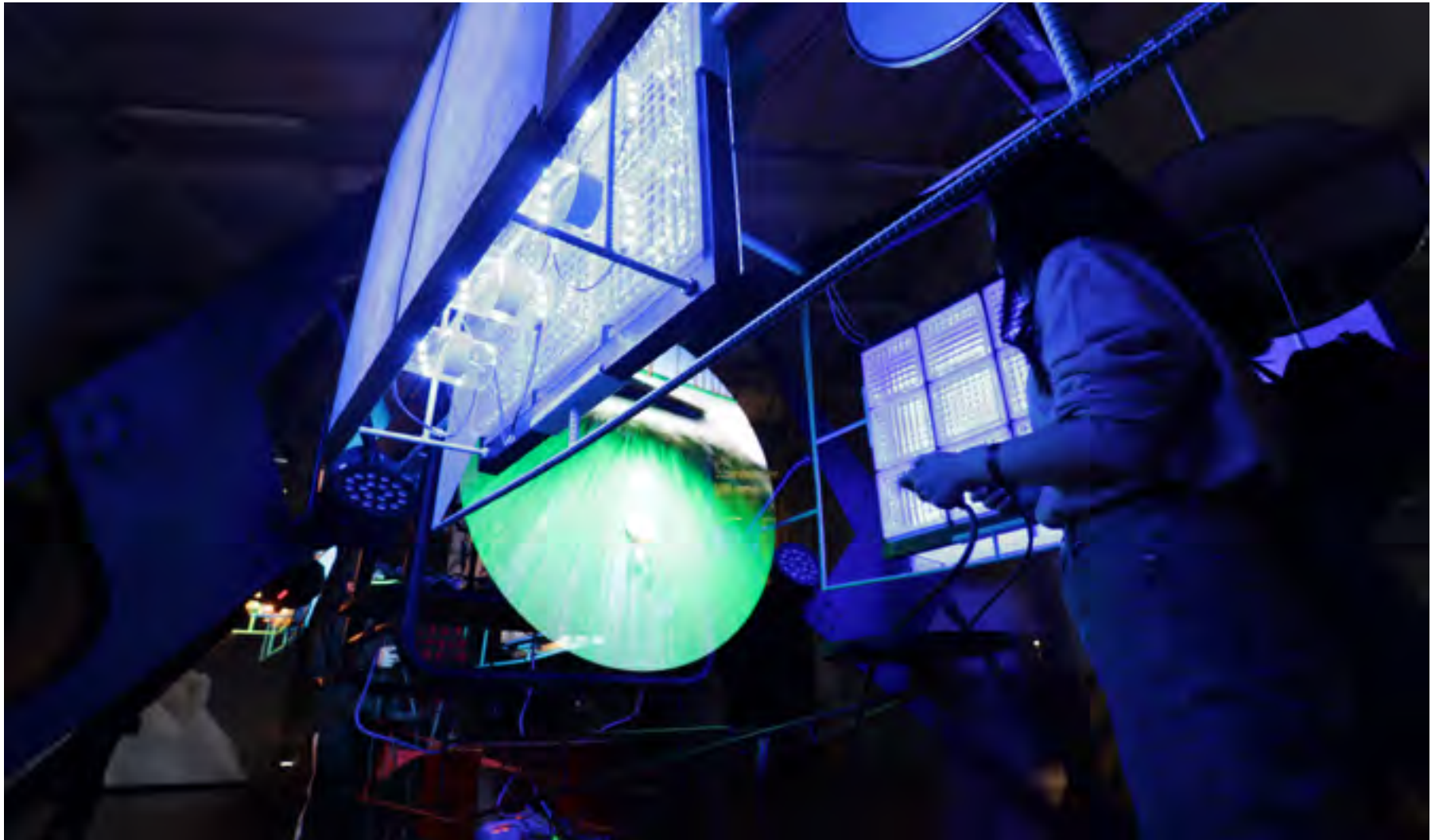
Proyecto realizado conjuntamente con Ricardo Sanz Sosa con el apoyo de la Alcaldía de Caracas y la Gran Misión Saber y Trabajo, en el contexto del concurso Amenidades Urbanas (2015). Plan Maestro y construcción a cargo de los arquitectos Camilo González y Verónica Rodríguez. Gerencia técnica por el PICO Colectivo.



Residencia de arte y diseño enfocada en el posthumanismo, realizada entre agosto y diciembre de 2022, con el apoyo del Centro Cultura de Asia (ACC), Gwangju, Corea del Sur.



Proyecto: Lollipop (Chupeta).
Participación en el salón internacional de
diseñadores emergentes menores de 35 años,
perteneciente al Salone del Mobile.
Milán, Italia, 2024.



Proyecto: Backward Canvas (Lienzo Invertido).
Residencia de arte y tecnología enfocada en el estudio de las relaciones entre el espacio físico y el espacio virtual, con el apoyo de ZER01NE, el programa de innovación patrocinado por Hyundai Motor Group.
Seúl, Corea del Sur, 2023.



— 1991 —

Rodrigo Armas

«Caracas es un lienzo en blanco»

Nacido en Caracas en 1991, arquitecto egresado de la UCV, observador urbano y coleccionista de momentos, descubrió su vocación entre cocinas industriales, dibujando iglesias mientras otros dibujaban superhéroes. Junto con Julio Kowalenko, fundó en 2015 Atelier Caracas, un laboratorio creativo que mezcla la arquitectura –entendida como lenguaje universal– con la gráfica, la cultura pop y la conversación crítica. Durante la diáspora decidió quedarse en Venezuela: hacer de Caracas su campo de ensayo emocional y profesional. Padre, melómano y profesor de diseño de interiores, piensa los espacios como lugares para habitar, cuidar y provocar asombro. Con Atelier, es responsable del edificio La Grand Plaz en Las Mercedes y del centro de terapias para niños con dificultades motrices en La Florida, entre otras construcciones actuales, como el edificio de talleres para el Instituto de Diseño Caracas y un proyecto para la Hacienda Santa Teresa

@ateliercaracas

 Gustavo Valle

 Silvana Trevale

DIBUJAR DESDE LO COTIDIANO

Hay quienes descubren su vocación como resultado de una serie de eventos; otros, como Rodrigo Armas, la gestan entre los pliegues invisibles del día a día. Su historia no es la de una epifanía repentina ni la de una herencia explícita, sino la de una construcción paulatina, un edificio emocional que se fue levantando ladrillo a ladrillo entre olores de curry tailandés, sonidos metálicos de cocinas industriales y conversaciones entre platos por diseñar.

La infancia de Rodrigo transcurrió en los pasillos y rincones de los restaurantes de su padre Benigno Armas en Caracas, en especial en Bar Si, un espacio que cambiaba constantemente de forma como si respirara arquitectura. Allí, su padre dirigía operaciones, enseñándole sin querer que los espacios también cuentan historias.

«Crecí en un entorno marcado por la restauración y desde pequeño pasaba horas entre cocinas y decisiones de último minuto que implicaban mover una barra o reconfigurar una terraza». Además, recuerda que de niño le gustaba mucho jugar con grandes cajas de cartón y las convertía en refugios, transformando lo que tenía a su alcance en otro lugar, un juego que ya era arquitectura en germen.



En ese ambiente de transformación continua, el niño aprendía a observar. A los siete años ya se preguntaba por qué una mesa debía estar allí y no un metro más allá. Entre comandas y las dinámicas propias de un restaurante, surgió una fascinación por los espacios que se adaptan y evolucionan. Su juego favorito no era armar legos ni tampoco hacer deportes –«fui muy malo en todos los deportes»–, sino redibujar el restaurante en su mente. ¿Qué pasaría si la barra se moviera? ¿Si la terraza se abriera al cielo? En esas especulaciones encontró algo profundamente familiar, y le gustó. Lo que para otros era simple logística, para Rodrigo se trataba, sin percatarse de ello todavía, de arquitectura.

Las primeras fachadas que su mano infantil esbozó no eran recreaciones de edificios reales ni fantasías de estructuras futuristas, sino iglesias –no por una devoción religiosa precoz ni mucho menos–. La imaginación lúdica del niño lo impulsó a dibujar templos con escala y proporción. «Mientras otros niños dibujaban superhéroes, yo dibujaba fachadas de iglesias por una razón muy cómica: mi segundo apellido es Iglesias, y por ese motivo pensé que sería bueno diseñando iglesias. Era lo que me salía de forma natural».

El restaurante no solo fue escenario de sus primeras intuiciones espaciales, sino también una escuela de vida. Era un lugar donde las decisiones se tomaban al vuelo y los errores se convertían en oportunidades. Sin proponérselo, tuvo su primer contacto con la idea de que la arquitectura no está solo en los libros ni en las universidades, sino en la vida misma. Rodrigo no necesitaba planos para entender cómo la forma del espacio afecta el comportamiento de quienes allí se encuentran, cómo un cambio en el mobiliario puede alterar el flujo de la conversación de los comensales. Pero de todo esto sería consciente mucho más tarde.

Adicionalmente, la infancia de Rodrigo estuvo marcada por numerosas mudanzas a raíz de la separación de sus padres, lo que agudizó su sensibilidad hacia los entornos cambiantes y la necesidad de construir un sentido de pertenencia incluso en lo transitorio. En medio de esa inestabilidad, la presencia de su madre, Silvia Castillo, y de su padrastro Rafael Armenteros, resultó decisiva. Más que figuras de apoyo, los describe como referentes que le transmitieron, con su ejemplo, los valores del compromiso con el trabajo.



“Siempre tuve una memoria fotográfica para los proyectos”

EL TRAZO COMO LENGUAJE

Para muchos, el colegio es ese sitio donde se aprenden fórmulas y se repiten definiciones. Pero para Rodrigo Armas, el Colegio Jefferson fue otra cosa: un terreno donde el Dibujo Técnico dejó de ser asignatura para convertirse en destino. Allí, el lápiz fue una extensión de su pensamiento, y mientras otros trataban de dominar escuadras y compases, él ya estaba bosquejando casas. Así, el colegio no solo fue espacio de formación; fue un campo improvisado de negociaciones. Convertía sus habilidades en intercambio. Daba forma a ideas ajenas y, sin saberlo, empezaba a entender el valor monetario del trabajo intelectual y el peso de una línea bien trazada. «En el colegio era bueno con el Dibujo Técnico. De hecho, era tan bueno que terminé haciendo las tareas de mis amigos... Cobrando, claro. Dibujaba planos de casas de dos niveles con escaleras, ventanas y dobles alturas sin saber aún que eso se llamaba arquitectura».

Cuando llegó el momento de pensar en su futuro y elegir una carrera, Rodrigo se inclinó por Arquitectura, pero rápidamente se encontró con resistencias familiares y también de parte del director del colegio: le recomendaron no seguir ese camino, argumentando el viejo prejuicio de la inestabilidad económica de las carreras artísticas y humanísticas. A esto se sumaban sus propias inseguridades de juventud, ya que se consideraba «muy malo en Matemáticas y en Castellano», y sentía la presión de escoger una carrera «seria». En ese intento, aplicó a la Universidad Metropolitana para estudiar Ingeniería Civil y salió seleccionado. Sin embargo, nunca llegó a cursarla. Su vocación persistió más allá de los prejuicios.

Así empezó su camino profesional. No fue un salto, fue un continuo. El niño que dibujaba iglesias, el adolescente que vendía dibujos a sus amigos del colegio, todos esos ya eran el arquitecto en formación.

CINCO AÑOS ENTRE PLANOS Y PAROS

Cuando Rodrigo ingresó a la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad Central de Venezuela, lo hizo como quien atraviesa una puerta que ya estaba abierta desde la infancia. No buscaba qué estudiar: estaba continuando un proceso. Pero la UCV, más allá de su prestigio académico, estaba siendo atravesada por presiones políticas; limitaciones económicas y las circunstancias adversas del país marcaron la cotidianidad de la «casa que vence las sombras» y del estudiante caraqueño. En ese entorno complejo, Rodrigo aprendió no solo arquitectura, sino resiliencia. «Entré a la Facultad de Arquitectura de la UCV en el 2009 y logré graduarme en los cinco años que exige el *pensum*, algo raro en una universidad marcada por infinitas problemáticas».

“No se trataba solo de diseñar bien, sino de entender la ciudad”

Desde el inicio, entendió que los obstáculos no podían definir su camino. Mientras otros se veían estancados por las interrupciones del sistema como consecuencia de la crisis, Rodrigo convirtió esos vacíos en tiempo de exploración. Se dedicó a estudiar por su cuenta, a leer más allá de lo exigido, a observar la ciudad como si fuese su sala de clases extendida.

«Honestamente, para mí la Facultad se convirtió en un espacio de investigación y divertimento y puedo decir que se me hizo bastante fácil, pero no porque la carrera lo fuera, sino porque me gustaba mucho».

Una de sus fortalezas era su memoria visual: podía evocar obras de arquitectura con precisión milimétrica, recordando formas, materiales, proporciones y conceptos sin necesidad de buscar referencias. «Nunca fui el mejor estudiante de Historia ni de aspectos teóricos, pero tenía una memoria fotográfica para los proyectos. Podía describir en detalle obras de Foster, Piano o Koolhaas sin necesidad de revisar los libros».

Mientras estudiaba, comenzó a trabajar. Proyectos reales, modestos pero concretos, que le enseñaron lo que no se aprende en los programas académicos: cómo presentar una propuesta, cómo cobrar por un servicio, cómo resolver un problema técnico bajo presión de un cliente. Cada obra era una clase práctica, cada cliente una oportunidad de afinar su oficio.

Así, siendo estudiante, trabajó *freelance* en remodelaciones de apartamentos, oficinas, distribuciones espaciales para restaurantes y diseño de oficinas. Bar Si, el restaurante familiar, fue el primer espacio que ayudó a transformar y que marcó el inicio del proyecto que más tarde sería Atelier Caracas. «Empecé a trabajar desde temprano en proyectos reales, pequeñas cosas que me dieron experiencia mientras seguía en la Facultad. Es decir, aprender a cobrar, a hablar con clientes, a buscar trabajo... Esas cosas que no te enseñan en la universidad».

Además de sus propios aprendizajes, Rodrigo fue estrechando vínculos que hasta hoy perduran, empezando por su actual socio, el arquitecto Julio Kowalenko. Las amistades tejidas en la carrera se convirtieron en una red íntima de colegas, cómplices y compañeros de pensamiento. Por encima del método, hubo afecto y guía, y esas relaciones marcaron su mirada.

Entre los referentes y profesores que más influyeron en su visión están Maya Suárez, que le enseñó diseño en varias ocasiones, y Gustavo Legórburu hijo, mentor de su tesis y guía intelectual en su lectura de Caracas.



Proyecto: Fun Maze.

«Maya Suárez me enseñó mucho; fue la profesora que hizo que me enamorara de la arquitectura». Con ella descubrió un universo donde la arquitectura dialogaba con el arte. Suárez hablaba de Kandinsky, Malevich, y de ese mundo híbrido entre la forma, la expresión y la sensibilidad. Esa perspectiva entendida desde la integración de las artes marcó profundamente su manera de entender el diseño, más allá de lo funcional.

Con Legórburu, Rodrigo no solo diseñó, sino que aprendió a leer la ciudad como palimpsesto emocional, como historia en movimiento. «Mi tesis la hice con Gustavo Legórburu, hijo del gran arquitecto modernista venezolano. Fue un proyecto de un hotel en Las Mercedes. Gustavo fue un guía generoso, que me ayudó a entender el valor del contexto urbano caraqueño».

Gracias a ese proceso, su mirada sobre Caracas se transformó. Lo que antes eran cuerdas familiares y recorridos rutinarios pasó a convertirse en una ciudad con diversas capas y espacios, llena de memorias con las que él quería dialogar desde la arquitectura. «No se trataba solo de diseñar bien, sino de entender la ciudad. Empecé a conocer Caracas de una forma más completa. Desde entonces pienso mucho esta ciudad, Caracas, para mí la mejor del planeta».

De este modo, la Facultad no solo formó a Rodrigo como arquitecto desde el punto de vista técnico: lo preparó para ser un mejor observador urbano y pensador de espacios que exceden lo estético y buscan ser significativos. Esta etapa sería decisiva para su futuro –y para la creación de Atelier Caracas, donde todo esto se materializaría.

ATELIER CARACAS



“Lo que más nos mueve es la idea de que la arquitectura es una herramienta para generar diálogos, no solo edificios”

No comenzó con un plan riguroso ni con una estrategia de negocios premeditada. Surgió en 2015, después de que a Rodrigo se le presentó la posibilidad de diseñar una casa en Adícora, en la península de Paraguaná. En lugar de asumirlo en solitario, decidió compartir el proyecto con su amigo y colega Julio Kowalenko. «A finales de 2014 diseñé la casa en Adícora con Julio; fue el momento de entender cuáles eran las cualidades de cada uno».

Aunque la casa finalmente no se construyó, el proceso fue decisivo: más que un encargo, fue el punto de partida de una colaboración que reveló una visión compartida y una dinámica de trabajo complementaria. Ese proyecto no edificado, paradójicamente, fue la fundación simbólica de Atelier Caracas, una oficina nacida más de la sintonía creativa que de cualquier cálculo estratégico.

«Antes de arrancar con Atelier Caracas, había logrado desarrollar proyectos sumamente sencillos, pero eran mi manera de poder hacer algo con mi tiempo libre y, de cierta manera, entender la arquitectura como profesión más allá del romanticismo. Ese proyecto en Adícora se convirtió en el punto de partida. A partir de ahí han pasado diez años y seguimos haciendo cosas increíbles».

Desde ese momento, la colaboración entre Rodrigo y Julio tomó forma de dúo creativo balanceado. Julio con sus conocimientos historiográficos y sensibilidad teórica; Rodrigo con su sentido técnico, su capacidad de resolución espacial y su forma terrenal de pensar los problemas del diseño. «Desde muy temprano sabíamos qué aportaba cada uno a Atelier. Así logramos crear este “matrimonio” que por supuesto pasa por discusiones, pero están tan claros nuestros aportes que funciona perfectamente».

Atelier Caracas nació también desde una decisión conceptual. No querían que el estudio llevara sus apellidos –como tantas oficinas tradicionales– ni que se asociara exclusivamente con el ejercicio convencional de la arquitectura. El nombre tenía que reflejar algo más amplio: un taller de ideas, una plataforma creativa que abriera espacio a otras disciplinas y que al mismo tiempo reivindicara su lugar de origen.

«Queríamos que la gente entendiera que Atelier es un taller creativo en donde desarrollamos todo, y también, poniendo a Caracas en el mapa, nuestro primer campo de experimentación». Desde su fundación, Rodrigo y Julio imaginaron Atelier como un lugar fluido, una especie de laboratorio estético en el que la arquitectura pudiera cruzarse con la gráfica, el diseño editorial, la cultura pop y la crítica urbana, sin temor a perder rigor. «Desde el comienzo entendimos Atelier como un espacio de exploración».

La identidad del estudio no solo se refleja en sus proyectos, sino también en su manera de comunicar. Rodrigo suele deslizar palabras y frases en inglés en su habla cotidiana, y el perfil de Atelier Caracas en Instagram está íntegramente redactado en ese idioma. Es una elección que responde tanto a la búsqueda de conexiones internacionales como a una mirada contemporánea de la arquitectura como lenguaje universal. «No sé, creo que es más fácil describir los proyectos en inglés».

Lo que los movía no era levantar edificios funcionales ni coleccionar planos, sino usar la arquitectura para generar conversación. Que cada proyecto suscite preguntas, abra temas, proponga ideas. Que una casa no se entienda solo como hogar, sino como ensayo. Que un restaurante se convierta en escenario, que una instalación provoque emoción. «Lo que más nos mueve es la idea de que la arquitectura es una herramienta para generar diálogos, no solo edificios».



Proyecto: Credenza.

UNA OFICINA CON MEMORIA Y AFECTO

La atmósfera de Atelier Caracas refleja esa filosofía de apertura, y la comunidad que los rodea es amplia y diversa: músicos, comunicadores, diseñadores, entre otros profesionales que enriquecen el ambiente laboral y creativo. Cada persona que ha trabajado con ellos ha sido parte del entramado del estudio. Sus nombres no desaparecen: quedan inscritos como testimonio de afecto y reconocimiento porque, para Rodrigo, la arquitectura no se construye solo con ideas, sino con vínculos humanos.

«Todas las personas que han pasado por aquí son consideradas grandes amigos. Tan es así que en nuestra página web están los nombres de cada uno de ellos, muchos de los cuales ya no están con nosotros».

El alma de Atelier respira en su biblioteca, uno de los centros vitales del estudio. Libros abiertos, referencias cruzadas, discusiones espontáneas: es allí donde los proyectos empiezan, donde los conceptos se desarmen y se reconstruyen. «Siempre tenemos un libro sobre la mesa, investigando y diseccionando información que luego podrá ser reinterpretada por nosotros. Hemos aprendido muchísimo de las personas que pasan por aquí y me encantaría pensar que ellos sienten lo mismo».

CARACAS COMO MATERIA PRIMA, RETO Y OPORTUNIDAD

Cuando el éxodo masivo se convirtió en marca y tragedia nacional, Rodrigo Armas se inclinó por lo contrario: quedarse. Mientras familiares y amigos migraban, él y Julio pudieron permanecer en el territorio que los formó y los desafía constantemente. No fue un acto de terquedad, sino de intuición afectiva: para Rodrigo Caracas todavía tenía cosas que decirle, y él sentía que podía responderle con arquitectura. «Nosotros decidimos quedarnos en el país cuando mucha gente cercana, incluida mi familia, emigró. Encontramos dentro de ese caos una oportunidad clara de poder expresarnos libremente».

Desde entonces, Atelier Caracas se ha convertido en plataforma para intervenir la ciudad, no como quien impone soluciones, sino como quien propone conversaciones. Cada proyecto es una especie de mediación entre lo que existe y lo que puede ser. «Aprovechamos las pocas oportunidades que teníamos de hacer algo con lo cual nosotros podíamos satisfacer nuestra inconformidad arquitectónica. Más allá de que nos unan nuestras diferencias, nos une un amor por la arquitectura y compartimos las mismas inquietudes y referentes».

En Atelier, Rodrigo ha aprendido que diseñar es más que resolver. Es escuchar, interpretar, jugar y provocar. Y que Caracas, con su enorme complejidad, no es obstáculo, sino aliado. Una ciudad que duele y enseña, que exige y transforma.



“Creo que habitar un buen espacio puede llegar a sanar”

Fundado en pleno contexto de crisis y emigración masiva –que incluyó también a muchos arquitectos– Atelier Caracas fue una de las pocas oficinas jóvenes que se establecieron en 2016 y lograron mantenerse activas en el país. Para Rodrigo y Julio, más que un estudio, Atelier se convirtió en un refugio creativo frente a la realidad que los rodeaba.

Su primer encargo formal fue la renovación del cafetín en planta baja del Colegio Integral El Ávila, un proyecto que les confió Gustavo Legórburu. La renovación fue diseñada en 2015 y finalmente ejecutada en 2018, marcando el inicio concreto de una práctica que mezclaba intuición, compromiso y sensibilidad espacial.

A lo largo de los años, Atelier pasó por tres sedes: la primera fue en el Bar Si, cuando dejó de ser restaurante; luego se trasladaron a la sala de reuniones de la oficina de Julio Maragall; y más tarde, en la urbanización Terrazas del Ávila, encontrarían una base más estable para desarrollar sus ideas.

Uno de los proyectos más importantes en aquella primera etapa fue La Grand Plaz, en Las Mercedes de Caracas: un encargo ambicioso que los enfrentó al reto de articular el rigor del desarrollo planimétrico con una visión lúdica y provocadora del espacio urbano. «La Gran Plaz era como un juguete enorme». Ese proyecto condensaba la esencia de Atelier: explorar los límites entre lo funcional y lo experimental, entre lo posible y lo inesperado. La Grand Plaz no solo les permitió operar a una nueva escala, sino también afianzar su lenguaje y proyección dentro del panorama arquitectónico local.

LOS PROYECTOS

Desde sus inicios, Atelier Caracas ha desarrollado una serie de trabajos que buscan explorar el potencial de los materiales, la experimentación y el impacto social. Uno de los más formativos fue el desarrollo de un apartamento en Campo Alegre, propiedad del tío de Julio Kowalenko, Julio Maragall. En este proyecto se incorporaron materiales nuevos que poco se usaban en Caracas. Para Rodrigo, lo que realmente importa no es el material en sí, sino cómo se usa y se interpreta dentro del diseño.

Otro proyecto relevante fue la creación de un centro para niños con dificultades motrices, ubicado en la urbanización La Florida. Concebido como un espacio de terapia y rehabilitación orientado a la educación, este proyecto buscó ir más allá de lo funcional para humanizar el consultorio médico y hacerlo accesible, estimulante y acogedor para los niños. No se trataba solo de resolver un programa arquitectónico, sino de responder a una realidad social concreta: atender a una población con necesidades específicas y particulares.

El resultado fue un entorno pensado para el aprendizaje, la contención emocional y la recuperación física, que demuestra cómo la arquitectura puede ser una herramienta sensible para transformar lo cotidiano. La experiencia y el enfoque innovador fueron tan destacados que el proyecto fue publicado en *Frame*, una reconocida revista internacional de arquitectura, lo que subraya el alcance y la relevancia de la propuesta más allá del contexto local.

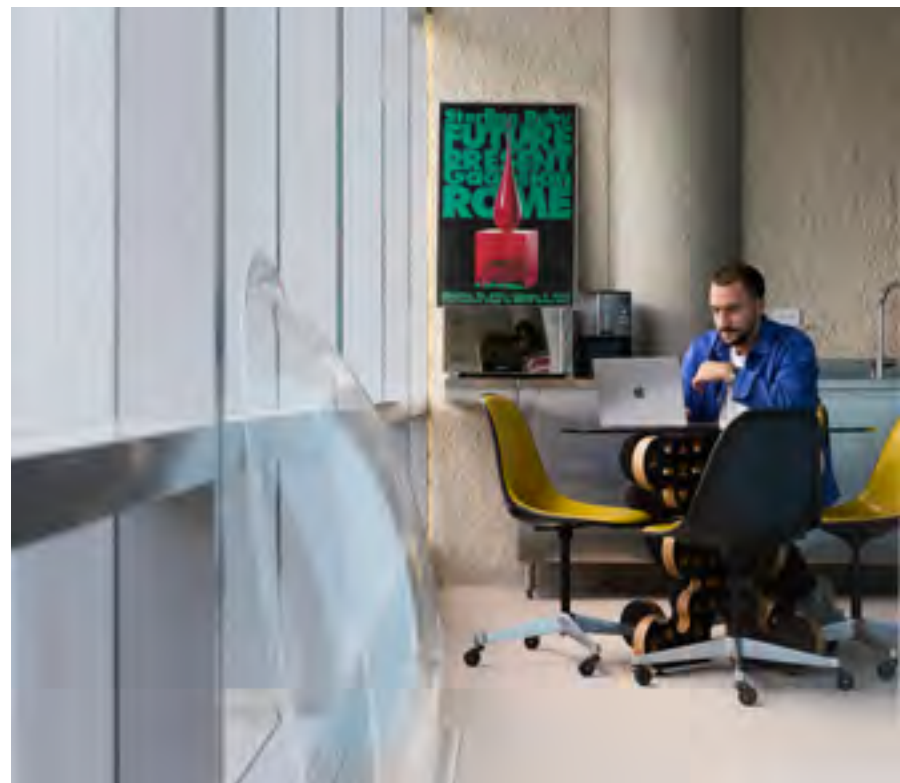
Actualmente, Atelier trabaja en dos proyectos importantes: un edificio de talleres para el Instituto de Diseño Caracas y un proyecto para la Hacienda Santa Teresa. En paralelo, Rodrigo también se dedica a la docencia, impartiendo clases de diseño de interiores en el Instituto de Diseño Caracas. La enseñanza es para él una forma de compartir conocimiento y mantenerse en diálogo constante con nuevas generaciones.

LA PTERNIDAD

Ser padre no fue simplemente un giro en su vida personal: fue una transformación que impactó su forma de ver la arquitectura. A partir de entonces, Rodrigo comenzó a concebir los espacios también como extensiones afectivas. Las decisiones de diseño se impregnaron de sensibilidad e intuición protectora. «Ser papá lo ha cambiado todo. No solo el tiempo que tengo para trabajar, sino la forma en que pienso los espacios: ya no solo para habitar, sino para cuidar».

De alguna manera, la arquitectura comenzó a tener para él una cierta atribución sanadora. ¿Puede acaso un espacio ayudar a proporcionar salud? ¿Puede permitir que una persona viva mejor, respire mejor, se sienta tranquila y segura?

«Creo que habitar un buen espacio puede llegar a sanar. Puede permitir que parte de uno esté en paz, permitiéndote vivir más. A eso me refiero con cuidar: cuidar a esa persona que habita un espacio diseñado por nosotros».



EL FUTURO

Rodrigo se ve dedicándose toda la vida a la arquitectura y desea que Atelier Caracas siga siendo fiel a sus ideales y filosofía. Entre sus sueños está diseñar un importante edificio de departamentos y, a escala internacional, trabajar con oficinas como las de Frank Gehry o Norman Foster. Sin embargo, más allá de esas ambiciones, lo que más valora son las buenas relaciones con colegas de otros países y la creación de una comunidad profesional sólida y colaborativa.

Entre los arquitectos venezolanos que admira se encuentran Jorge Rigamonti y Tomás Sanabria, referentes que han marcado su apreciación por la arquitectura nacional. De hecho, su edificio preferido en Caracas es la sede del Banco Central de Venezuela, proyectada por Sanabria. En su lenguaje sobrio y monumental, Rodrigo encuentra un ejemplo de cómo la arquitectura puede combinar modernidad, escala urbana y sentido cívico, sin perder la elegancia ni la funcionalidad.

Finalmente, comparte un dato personal que lo une a Julio: el amor por el jazz, un género musical que acompaña su día a día y que forma parte de la atmósfera creativa del estudio. «Miles Davis siempre se escucha en Atelier».

UNA FORMA DE MIRAR EL MUNDO

Para Rodrigo Armas, la arquitectura no es solo una profesión o un oficio: es una forma de mirar el mundo, de narrar historias a través de los espacios, de construir vínculos que trascienden la materia. Caracas, con sus contradicciones y su intensidad, sigue siendo su laboratorio vital, un lienzo que invita a ser intervenido con respeto y creatividad.

«Atelier Caracas es un proyecto de vida. Un espacio para dialogar, para explorar, para cuestionar, pero siempre con cariño y compromiso. Nuestra apuesta es seguir construyendo una arquitectura que emocione, que provoque y que acompañe a quienes la habitan». Con ese espíritu, Rodrigo sueña con que su estudio siga siendo un refugio para talentos, un lugar donde la arquitectura se haga con alegría, rigor y sentido. Sabe que la ciudad no dejará de desafiarlo, que el camino será siempre incierto, pero también que cada proyecto es una oportunidad para contar algo nuevo, para seguir aprendiendo.

«Caracas es un lienzo en blanco. A pesar de las dificultades, me quedo aquí porque creo que aún hay mucho por hacer, por soñar y por construir. La arquitectura es mi manera de estar, de dialogar con el presente y de dejar huella para el futuro».

“Decidimos quedarnos en el país cuando mucha gente cercana, incluida mi familia, emigró”

PROYECTOS







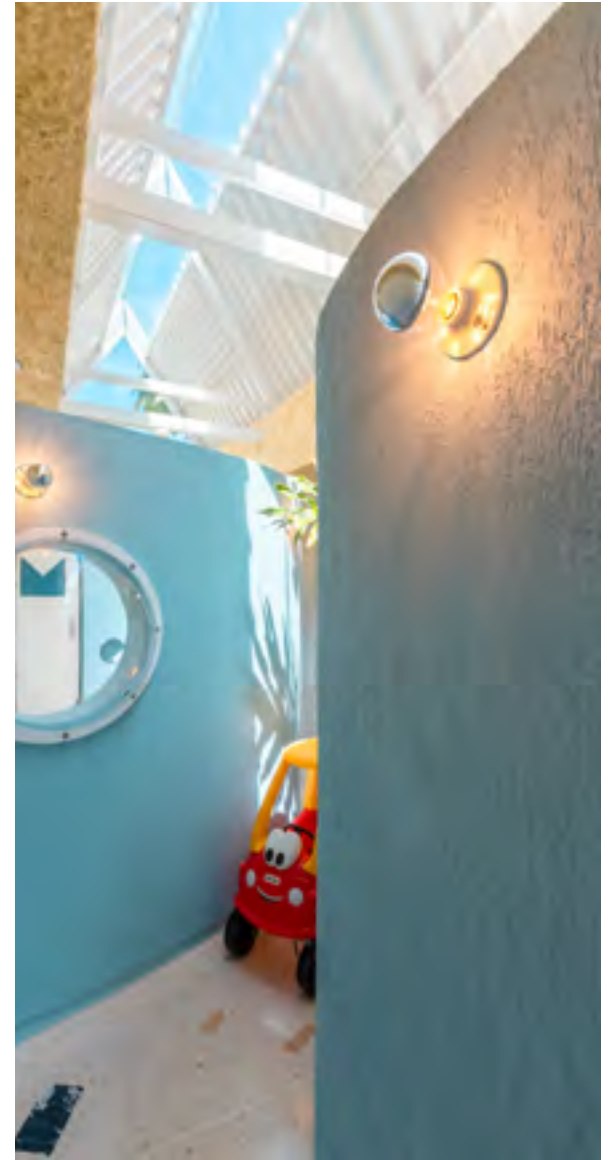
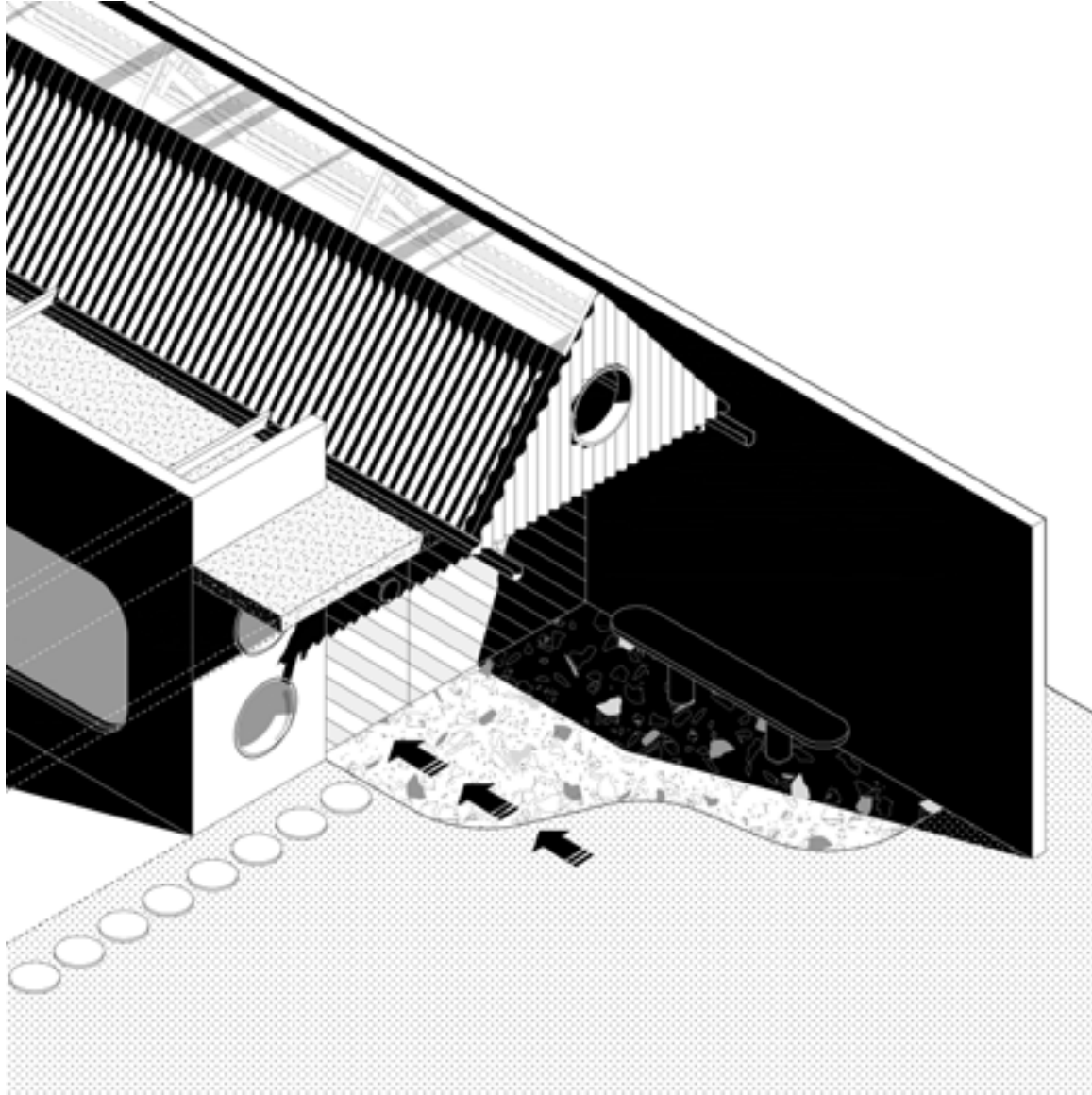
Proyecto: Back to the Future..





Proyecto: Ferrari Service Facility.





Proyecto: Fun Maze.



— 1991 —

Julio Kowalenko

«Como si hiciera escenas de películas»

Arquitecto egresado de la Universidad Central de Venezuela, nació en Caracas en 1991. Fundó con su mejor amigo y colega, Rodrigo Armas, la respetada compañía Atelier Caracas, que cumple diez años este 2025. Bajo esa firma han creado diseños como el del edificio La Grand Plaz, el spa 2020: A Spa Odissey, el centro infantil para rehabilitación y terapia sensorial Fun Maze y un centro de servicio al cliente de Ferrari, entre otros.

Lector curioso de lentes circulares, fanático del cine y riguroso en su oficio, es un enamorado de la arquitectura como novela: la idea de encarnar el personaje de un profesional que se levanta cada día a hacer sus maquetas

@ateliercaracas

 Issac González Mendoza

 Silvana Trevale, Arturo Arrieta

Decía Víctor Hugo, en su monumental novela *Nuestra señora de París*, de 1831, que la humanidad tenía dos registros principales, la arquitectura y el libro. Argumentaba el escritor francés que, antes de la invención de la imprenta en el siglo XV, el pensamiento humano se escribió en columnatas, pilones u obeliscos, por lo que consideraba que la arquitectura llegó a ser el gran libro de la humanidad. Luego, al aparecer la revolucionaria creación de Gutenberg, los edificios fueron destronados.

Si bien tiene razón Hugo cuando señala que la arquitectura dejó de funcionar como canal de perpetuación del pensamiento, hizo una afirmación en el mismo libro que quizás tuvo como objeto generar más drama en medio de la tragedia de Quasimodo y la decadente París del siglo XV: «No nos engañemos, la arquitectura está muerta, muerta definitivamente, la ha matado el libro impreso porque dura menos y es más cara».

Años después, un genio y teórico de la arquitectura, Le Corbusier, daría una influyente definición en su libro *Hacia una arquitectura*: «La arquitectura es el juego sabio, correcto y magnífico de los volúmenes bajo la luz». Proponía el arquitecto que sus colegas se inspirasen en la eficiencia de los objetos industriales, como los automóviles o los aviones, para diseñar edificios que respondieran a la era de la máquina; también expuso y llevó a la práctica con fundamentales construcciones los *Cinco puntos de una nueva arquitectura*: columnas para elevar el edificio del suelo, planta libre sin muros estructurales, fachada libre independiente de la estructura, ventanas horizontales para mayor iluminación, terraza jardín como espacio habitable.

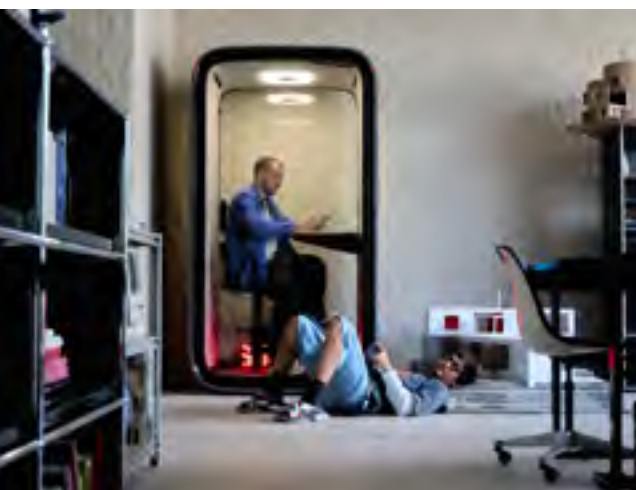
Es decir, con el pensamiento o su expresión entre urbes y pueblos, la arquitectura habla y moldea no solo el espacio, también las ideas.



BURBUJA, OFICINA O NAVE ESPACIAL

Una joven compañía venezolana, Atelier Caracas, fundada hace diez años, así lo ha demostrado. El taller que abrieron en 2015 da cuenta de que el interés de sus fundadores, Julio Kowalenko y Rodrigo Armas, apunta a crear construcciones que combinen humor, arte, sutileza, cine y cultura pop. Mientras en el área donde está el equipo la luz entra por un gran ventanal que descubre una serie de ventanas en forma de burbujas, la sala de reuniones, con su puerta de nave espacial, su mesa larga y fina, coronada por un televisor en una ambientación claroscuro, parece un homenaje a filmes de ciencia ficción como *2001: odisea del espacio*, de Stanley Kubrick, la saga de George Lucas *Star Wars* o la franquicia creada por Gene Roddenberry *Star Trek*.

Pero además, junto a las maquetas de sus próximos proyectos, que les han llevado a colaborar o trabajar por ejemplo con Santa Teresa, Ferrari, Sony Music Latin / 5020 Studios o Bartlett School of Architecture, tienen objetos pop como un Buzz Lightyear, el pretencioso astronauta de *Toy Story*; una figura de Ismael, uno de los miembros de la Corte Malandra; o un Hulk sentado en una mesa de trabajo. Todo junto a una biblioteca de libros de arquitectura como *El espacio urbano* de Rob Krier, *Arata Isozaki* de Philip Drew o *La arquitectura móvil* de Yona Friedman. Es un viaje ecléctico entre maestros de la arquitectura, el cine y el paisaje entre el área de oficina, la luz natural y la estructura de nave espacial.



“El estancamiento conceptual para mí es lo más peligroso en la vida. Y el país nos educó para no querer salirnos de nuestra zona de confort porque era riesgoso”

No es algo casual. Tanto a Julio como a Rodrigo les gusta la ciencia ficción, por eso muchas de sus creaciones, como La Grand Plaz, en la avenida Río de Janeiro, Las Mercedes, o el 2020: A Spa Odissey, un spa urbano en la capital, tienen una estética futurista, pero también se dejan influir por la rutina mundana y el pop en proyectos como New Coherency, lo abstracto en Radical Semantics o lo escultural en un aparador como la Credenza.

Julio Kowalenko particularmente es un amante del cine. Desde muy joven su padre, León Kowalenko, fallecido hace un año, le mostró la obra de directores fundamentales como Wes Anderson, Federico Fellini o Jean-Luc Godard. Podía ser un adolescente en séptimo grado y su progenitor ya le enseñaba documentales complejísimo como el experimental *Koyaanisqatsi* de Godfrey Reggio, un poema visual que, sin diálogo ni narración, reflexiona sobre la modernidad y el medio ambiente.

Eso, junto al estudio de Le Corbusier, Louis Isadore Kahn, Ludwig Mies van der Rohe, Frank Lloyd Wright u Oscar Niemeyer –también por sugerencia de León cuando supo que su hijo estudiaría Arquitectura–, formó su pensamiento crítico, que le hace considerar que la arquitectura y el diseño no deberían ser sencillamente la construcción de algo y ya está listo. Deben incomodar. No desde el punto de vista estético o práctico, sino conceptual. Porque la monotonía, advierte Kowalenko, puede llegar a ser peligrosa. «El estancamiento conceptual para mí es lo más peligroso en la vida. Y el país nos educó para no querer salirnos de nuestra zona de confort

porque era riesgoso. Pero creo que es un momento interesante para salirse de la zona de confort», dice el arquitecto, todo un milenial de lentes redondos que, nacido el 8 de agosto de 1991, para la fecha de esta entrevista tiene 33 años de edad.

A Julio no le gusta presumir de su talento, procura hablar con humildad de lo que es capaz sin olvidar citar a maestros de la arquitectura. Atelier Caracas es disruptivo en el contexto venezolano, sin embargo, él no considera que sea así por alguna innovación que hayan aportado, lo atribuye al estancamiento que ha tenido el sector en los últimos treinta años, pues tanto él como su socio y amigo vieron un vacío en un país que entre los 50 y los 90 tuvo un movimiento cultural enorme en todos los ámbitos, con nombres, en la arquitectura específicamente, como Tomás Sanabria, Carlos Raúl Villanueva o Jimmy Alcock.



“*Cuando estás sobreviviendo por defecto no estás viviendo. No estás concentrado en hacer arquitectura entonces, sino en hacer proyectos para ganar dinero*”

«Es una tierra de próceres culturales. No sé si fue por la situación política que hubo una suerte de estancamiento cultural. Me atrevería a decir que en todas las áreas. La situación económica se apretó y la seguridad también. Todo propulsó a que el venezolano estuviese en constante supervivencia. Cuando estás sobreviviendo por defecto no estás viviendo. No estás concentrado en hacer arquitectura entonces, sino en hacer proyectos para ganar dinero. Y creo que en la arquitectura, para que sea buena, siempre tienes que arriesgar un poco».

Es en ese vacío que aparece Atelier Caracas con su humor, su juego, su futurismo y su rigurosidad. Porque, sí, eso lo reconoce Julio, son bastante rigurosos y estrategas con lo que hacen. A pesar de que se muestra rebelde en el contexto venezolano, no es de los que rechazan la tradición o la academia, él respeta mucho a los maestros, le encanta la historia, es un comprador compulsivo de libros y ama escuchar música académica y jazz. Nació en Caracas, creció siendo «patinetero», «punketo» y metalero, aunque en el fondo es un estudioso que es feliz rodeado de sus libros y con pocas apps en el celular. Con Spotify, Instagram o PagoDirecto es más que suficiente. «Nosotros nos denominamos *antialgorítmicos*. No solemos usar apps y lo peor es que nos va muy bien en Instagram. Creo que es porque lo usamos a nuestra manera, como si hubiésemos inventado nuestro algoritmo, que en el fondo lo usamos para propagar cultura como poniendo algún libro que estemos leyendo. El tema con el algoritmo es que, en



Proyecto: Mosquito.

esta hiperrealidad en la que tenemos todo tan inmediato, te dice qué ver. Lo bonito del iPod era que tú lo curabas, tú inventabas el algoritmo, lo alimentabas. Eso se ha perdido un poco».

Atelier Caracas, cuenta Julio, nació como por inercia, no por una planificación milimétricamente ensayada. Él y Rodrigo eran grandes amigos en la Universidad Central de Venezuela, donde estudiaron, y desde muy temprano tuvieron interés de hacer una vida en la arquitectura, lo que es muy difícil. Un día a Armas se le presentó la oportunidad de diseñarle una casa a un amigo e invitó a Julio a participar. Luego consiguieron otro trabajo por casualidad y de la noche a la mañana decidieron buscar un nombre y produjeron sus tarjetas de presentación. En ese contexto vieron el vacío por el estancamiento cultural, pero Kowalenko advierte que no busca ser peyorativo, su planteamiento tiene que ver con que la arquitectura como gremio estaba inexistente, con sus profesionales desperdigados y cada quien sobreviviendo por su lado. A pesar de eso, menciona a colegas que admira por su trabajo como Alessandro Famiglietti, Joel Sanz, sus tutores de tesis Khristian Ceballos Ugarte y Mawari Núñez o Alejandro Haiek.

Decidieron incursionar en la creación de la compañía pensando en cómo hacer una oficina de arquitectura en un país repleto de oficinas de proyectos. Porque la arquitectura, explica, no es construir, se trata de hablar de arquitectura, discutir cómo se dibuja, cómo se piensa, cómo se escribe, qué significa en el mundo de la escenografía. Hoy día todo está tan sectorizado que le aburre, por eso le gusta tanto el cine, porque no depende de la gravedad.

En la arquitectura sus gustos los define con la palabra «bicho», en referencia a las muchas creaciones futuristas que ha hecho en Atelier Caracas, como los módulos policiales que han estado produciendo y lucen como unos robots. En ese sentido se inclinan por insertar en el paisaje urbano un aparato que parece que aterrizó de la nada. Desde un punto de vista estético es una muestra más de que les gusta la NASA y la ciencia ficción.

Pero esta idea va más allá. Tanto Julio como Rodrigo son de una generación –la que hoy está cerca de los treinta o ya los supera– a la que le tocó una Venezuela muy difícil. Por ejemplo, en 2015, cuando se gestó la fundación de Atelier Caracas, él estaba en la media de sus veinte y era una época en la que crecer lucía prácticamente imposible, además de que la inseguridad se encontraba en números rojos y se sumaba la escasez de productos básicos o el deterioro del sistema institucional. «A aquellos que nacimos a finales de los 80 o en los 90, y me atrevería a decir que como hasta el 2003, en verdad nos tocó una Venezuela difícil. Porque las personas

mayores a nosotros perdieron negocios o hicieron más plata, quién sabe, pero a nosotros nos tocó criarnos y crecer como intelectuales, como seres humanos, desarrollar la paciencia y la madurez en una Venezuela en la que fácilmente podrías malcriarte». Ha sido una generación, continúa, que siempre vivió expuesta a una monotonía muy fuerte. Los proyectos de Atelier Caracas son una respuesta a eso. Son divertidos porque les parecía que la arquitectura era demasiado rígida y seria, entonces, ¿por qué no hacer reír a la gente?

«¿Por qué no agregarle algo de humor? Me encantan los comentarios de la gente en Twitter (hoy día, X) sobre La Grand Plaz, porque dicen que parece un submarino, que nos plagiamos el Pompidou, que pareciera que dejamos los andamios puestos. ¡Me encanta! Porque al final están hablando del edificio. Nadie habla de las cajas de vidrio que están al lado. Pero aquí emites una opinión, buena o mala, pero te estás divirtiendo hablando mal del edificio».

“¿Por qué no agregarle algo de humor? Me encantan los comentarios de la gente en Twitter (hoy día, X) sobre La Grand Plaz, porque dicen que parece un submarino”

«OUTSIDERS»

En el fondo Julio hubiese preferido ser cineasta, una profesión por la que siente envidia porque un director, con una historia y todo un equipo, tiene la capacidad de crear su propio universo. Se riñe con la idea de ser astronauta o diseñador de modas. Porque lo que le aburre de la arquitectura es que existe la gravedad, y esta, junto a los clientes, los presupuestos o las ordenanzas, puede ser un obstáculo para la creatividad. Un cineasta, apunta, tiene el control absoluto sobre sus escalas y produce ecosistemas de una hora y media, dos horas o más. «A nosotros, por procesos burocráticos, por políticos, por clientes, nos cuesta diseñar un baño, eso aburre. Si por medio de mis proyectos puedo poner a las personas a flotar por un tiempo mientras sean habitantes, lo haré con mucha intensidad».

Tanto él como Rodrigo se han sentido siempre *outsiders* en el gremio de la arquitectura. Tienen amigos, por supuesto, pero, por ejemplo, no son profesores de la Facultad de Arquitectura sino del Instituto de Diseño de Caracas. Comulgan con el diseño como una profesión o una postura ante la vida, no como una especialización. De ahí que sus búsquedas creativas apunten hacia lo más narrativo o escenográfico: «Yo diseño como si hiciera escenas de películas».

Atribuye Julio su inclinación por lo creativo a su ascendencia por el lado materno. Es bisnieto del gran escultor catalán Ernest Maragall, que se trasladó a Venezuela durante la Guerra Civil Española y es creador de piezas como el Monumento a los Caídos de la Generación del 28, en la UCV, o la escultura que retrata a Bernardo O'Higgins, en El Paraíso. Siguiendo esa misma línea, es tataranieta del poeta Joan Maragall y sobrino de Julio Maragall, su arquitecto venezolano favorito, diseñador de obras como la Galería Freites o la Torre ABA, ambas en Las Mercedes. «Hay un lenguaje que heredé de mi tío, los cilindros y los círculos no vienen de gratis, o las proporciones como obesas e innecesarias». Creció por tanto en una casa en la que se acostumbró a ver esculturas y su papá, como ya ha mencionado, era un esteta. Todo ese bagaje le ayudó cuando entró a la universidad.



Proyecto: New Coherency.

Cree que quizás los planetas se alinearon para que decidiera ser arquitecto, una profesión que, y lo dice con humildad, se le da. El cine se quedó en ambición y la arquitectura es algo que sencillamente «vomita». En algún momento de su niñez coqueteó con ser médico como su abuelo dermatólogo Wadim Kowalenko, a quien recuerda como una persona elegante que usaba prendas cuello de tortuga, además de su bata, y se movilizaba en un Mercedes Benz (a Julio le encantan los carros antiguos). Era una idea romántica por la imagen que proyectaba su abuelo.

Pero Julio es daltónico, así que el mundo de la medicina se le iba a hacer demasiado cuesta arriba. Obsesionado de niño con Vincent van Gogh, y luego influenciado por su bisabuelo Ernest Maragall y su tío Julio Maragall, también escultor, pensó en convertirse en un artista puro, lo que preocupó a su madre, María José Arévalo, la persona que más lo ha apoyado en todo. Hasta que su padre le recordó que su tío también tenía como profesión la Arquitectura y optó por ese camino.

«Ahí mi papá empezó a hablarme de cosas como las revistas *Domus* o *Casabella*, Le Corbusier, Ludwig Mies van der Rohe, Louis Isadore Kahn, Frank Lloyd Wright... No solo de los edificios, sino de los muebles que diseñaban. Mi cerebro tuvo una erupción. Sobre todo porque al ser arquitecto existía la posibilidad de ser interdisciplinario, porque en el fondo el arquitecto predica la palabra del diseño (creería que es lo que hago hoy día y lo que más me gusta). Predica la palabra del diseño, la investigación y la precisión, por más precisa o imprecisa que sea su obra».

Kowalenko lo admite: es un gran enamorado de la arquitectura como novela, la idea de ser un profesional de lentes circulares que se levanta cada día a hacer sus maquetas. Le hace feliz saber que sus arquitectos están ejerciendo a diario lo que estudiaron y no realizando planos de AutoCAD, un *software* de diseño asistido, usado por arquitectos, ingenieros o diseñadores industriales. No entiende por qué hay gente que entra a su oficina y se sorprende cuando ve las maquetas de sus distintos proyectos. «¿Por qué se sorprenden? ¡Pasé siete años haciendo maquetas! ¿Cómo no voy a hacer maquetas? Ese es mi trabajo. El doctor tiene un bisturí y corta. ¿Entonces yo no puedo hacer una maqueta? No sabía que me había graduado para hacer planos de AutoCAD. Ni siquiera tuve una materia al respecto. Estudié Historia, Teoría de la Arquitectura, Dibujo, electivas de Fotografía».

Tuvo asimismo una materia que amaba, llamada Impuros, en la que se discutían figuras poco canónicas de su profesión. «La daba Gustavo Flores, un señor como de noventa años, no sé si todavía sigue por ahí, ¡mi profesor favorito! Quiero ejercer impuro, por ahí va todo».

EQUILIBRIO Y ATMÓSFERA

Reflexionar sobre arquitectura y cine es quizás de lo que más le gusta a Julio, por eso es interesante escucharle hablar del filme *The Brutalist* de Brady Corbet, que combina la grandeza y la presencia sublime del brutalismo con el séptimo arte para contar la historia de un arquitecto migrante que sufre discriminación sistemática en Estados Unidos. El arquitecto señala que la primera parte le gustó y la segunda le pareció una película de terror. Si bien entiende que el arte puede servir de advertencia sobre situaciones difíciles, le gustan los filmes de los 90 en los que, aunque el mundo esté por acabarse, la narración no deja de ser optimista. «Migrar a otro país es duro. Mi hermano migró a España. Mi familia es de migración rusa desde la Segunda Guerra Mundial. Y mi bisabuelo fue general zarista y migró por los bolcheviques a Grecia, lo entiendo. Pero me hubiese encantado ver una película sobre un inmigrante al que sencillamente le fue bien y ya. Necesito un poco más de Tom Hanks y Meg Ryan en mi vida» (protagonistas de *You've Got Mail*, de 1998).

Desde el punto de vista arquitectónico, considera acertado que nunca se revelara explícitamente la iglesia que diseña el personaje László Tóth, interpretado por Adrien Brody, pues termina siendo una suerte de criatura viva o un ser maligno por el que el protagonista está obsesionado. «Fue muy astuto el uso de los recursos para plasmar el proyecto arquitectónico. Y la biblioteca me pareció bellísima».

Cuando se le comenta que esa biblioteca puede ser una representación del equilibrio en la arquitectura, Kowalenko ofrece una reflexión que ayuda a entender mejor su amor y pasión por su oficio: «Siento que el equilibrio, más que visual, es conceptual. En la arquitectura, en el fondo, se trata de aquello que lo construido genera. Esa biblioteca tiene equilibrio por la calidad lumínica. Por cosas que no son materiales. La luz y la sombra, que diría son mis materiales favoritos, no son materiales. Son inmateriales. Son como amenidades que la obra de arquitectura genera, pero es lo que gozas».

Pone como ejemplo la obra de Carlos Raúl Villanueva. La Ciudad Universitaria es una obra maestra, pero Julio se pregunta hasta qué punto lo es por lo material y hasta qué punto por lo inmaterial. Si vas a lo material, continúa, era necesario terminar algunas cosas pronto por el contexto político, lo que pudo provocar muchos errores constructivos. La cuestión es que Villanueva era un maestro de la atmósfera, afirma. «Si haces una sección de la Plaza Cubierta verás que son una serie de techos, es decir, la sección es horrible, pero hay un manejo porque Villanueva sabía lo que iba a ocurrir a diferentes horas del día, entonces superpuso de cierto modo los techos y se generó un aura. Por eso uno dice que la Plaza Cubierta es sublime. Porque nunca es igual, es como el Ávila».



Proyecto: New Coherency.

“A aquellos que nacimos a finales de los 80 o en los 90, y me atrevería a decir que como hasta el 2003, en verdad nos tocó una Venezuela difícil”

Internaliza, subraya el arquitecto, el fenómeno del trópico de una manera precisa, exacta y coherente.

¿Consideraría que alguna de sus piezas ha logrado algo así? Kowalenko es cauteloso y dice que le encantaría, insiste en que la arquitectura de Atelier Caracas es más satírica y, asimismo, precisa. «Creo que me faltan muchísimas canas para empezar a hablar de precisión en lo atmosférico y lo perceptivo. Me queda toda una vida por delante. Espero llegar ahí. Pero mientras quiero seguir irritando y haciendo robots».

ALGO POP

El proceso creativo en Atelier Caracas es muy literal. Julio no entiende cómo se puede hablar de arquitectura partiendo de la función cuando es algo obvio. Por ejemplo, la oficina que tienen es cómoda, pero su intención no era diseñar una oficina cómoda sino crear una nave espacial. Las estaciones en las que han estado trabajando las llaman «mosquito» y «grillo», es una aproximación satírica e intencionalmente literal porque para ellos es importante la relación perceptiva del habitante con el objeto. Otro caso que menciona, externo a su compañía, es el de La Previsora, que compara con las construcciones de *Blade Runner* y de la que destaca su simbolismo en la ciudad, tanto por su enorme reloj como por su forma piramidal. «Tiene una cosa iconoclasta que nos llama mucho la atención. El edificio como símbolo, como objeto que genera una relación no piramidal entre arquitectura y habitante, sino algo horizontal. La arquitectura es para la gente. Por ende, no debería ser tan abstracta y siento que el arquitecto a veces es demasiado *self-centered*».

Julio, en efecto, intelectualiza sobre sus creaciones sin olvidar que pertenece a la gente, como la pelota Pepsi o la taza de Nescafé. Se pregunta por qué la arquitectura debe ser vista como algo estático donde solo se diseñan edificios. En el fondo sus proyectos, aunque construcciones, terminan siendo como juguetes gigantes de los que la gente se apropia, por eso hay quien ve a La Grand Plaz como un «submarino».

«Hay algo pop en nuestra arquitectura que es milimétricamente intencional. Los edificios tienen esas apariencias porque queremos que así sea. No busco llamar la atención, quiero que la gente se apropie culturalmente de mi obra y se divierta con ella. Porque el mundo está tan en el foso que lo mínimo que podemos hacer es salir a la calle a trabajar y pasarla bien. ¡Qué fino voltear hacia La Previsora y ver la hora!».

El primer lugar en el que estuvo la oficina de Atelier Caracas fue en Las Mercedes, en un espacio al que le cayó una grúa encima dos días después de que se fueron. Luego llegaron a la Torre ABA, en la sala de reuniones de su tío Julio Maragall. Se mudaron al Centro de Artes Integradas, del colegio El Ávila, donde estuvieron cuatro años, y después pasaron a la planta baja del edificio Necuima, al que le tienen mucho cariño. Ahí crecieron mucho como empresa y a mediados del año 2025 llegaron a la primera oficina diseñada por ellos mismos, en el Parque Profesional del Este. «Nos hemos dado cuenta de que Atelier Caracas es una criatura y un hijo de los dos –de Julio y Rodrigo–. Si Rodrigo hiciera arquitectura por su lado haría una diferente a la del Atelier, y yo también. Atelier Caracas es producto de las horas que hemos dedicado a estar aquí».

En este espacio inspirado en lo mejor del cine de ciencia ficción, Julio es el curioso que siempre está soltando ocurrencias. Es su trabajo. Entonces todo el día les muestra referentes a sus arquitectos o inventa ideas. Luego las conversa con Rodrigo para que las filtre y les incorpore su visión racional. «Cada día me doy más cuenta de que la arquitectura es un arte compartido. Hay muchas manos generando el producto. Me da risa cuando la gente habla de los derechos de autor. ¿Y los obreros? Nadie quiere poner a los obreros y son los que colocan un ladrillo encima de otro. Y yo amo a Rodrigo, soy el padrino de su hija. Es mi mejor amigo».

UN MOMENTO INTERESANTE

Julio cree que este es un momento interesante para seguir sumando en el país y empezar a apropiarse de espacios. Como los módulos policiales que han estado trabajando. Reconoce que ese fue un proyecto que al aparecer le generó un cierto remordimiento moral, a pesar de que no están trabajando propiamente con el Estado sino con una constructora que hace proyectos públicos. «Pareciera ser un tabú, pero hay que romper el tabú y entender que si se te presenta la oportunidad para, desde dentro, generar un cambio, hay que tomarla. ¿Por qué si se me presenta la oportunidad de hacer arquitectura, y entender que desde la arquitectura puedo generar cambios de conducta, no puedo hacerlo? Estoy cien por ciento convencido de que esos módulos van a generar cambios de conducta, y si no estoy en lo cierto, bueno, no lo estoy, pero al menos lo intenté».

En cualquier país del mundo, continúa, un arquitecto debería sentirse honrado por hacer una estación policial. Está harto, como muchos de esta generación, de heredar un problema que no es de él, en un momento en que ni siquiera estaba vivo (subraya que los problemas del país son de antes de las gestiones de Carlos Andrés Pérez). «El periodista tiene derecho a hacer periodismo, el futbolista tiene derecho a jugar fútbol. Hay que entender que la conversación ahorita es diferente. Estamos en otro momento, queramos o no. Obviamente quisiera que muchas cosas fueran distintas, pero del país no me quiero ir y amo hacer arquitectura».

Apasionado, lector curioso y comprometido, así es Julio Kowalenko. Fundador joven de una compañía que ha querido ser distinta en una Venezuela en la que se intentó imponer la monotonía. La arquitectura de Atelier Caracas puede no tener registros de pensamiento como los que defiende Víctor Hugo en *Nuestra señora de París*, pero habla. Habla mucho. Y resuena con su tiempo.



Proyecto: New Coherency.

“*Nosotros nos denominamos antialgorítmicos. No solemos usar apps y lo peor es que nos va muy bien en Instagram. Creo que es porque lo usamos a nuestra manera*”

PROYECTOS







Proyecto: Mosquito.

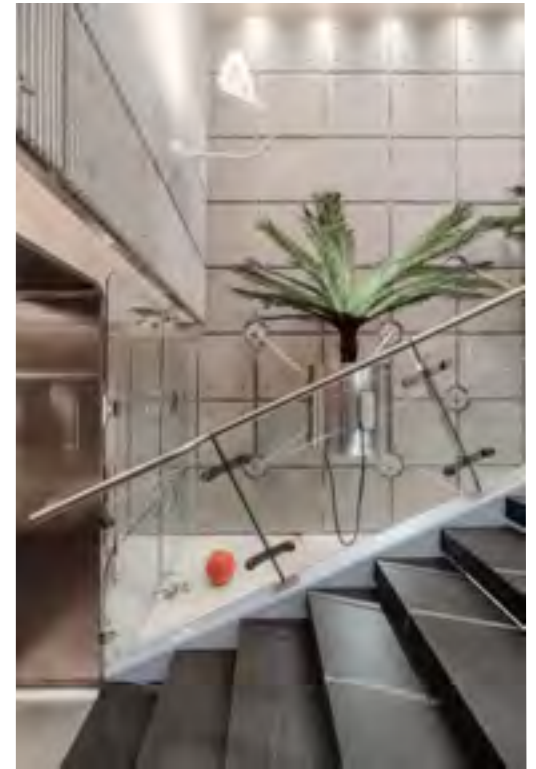
RIGOR





Proyecto: Rigor.





Proyecto: A Love Letter to Hans Hollein.



— 1992 —

Ana Valenzuela

«Entiendo la arquitectura
como una película»

Nacida en Barquisimeto en 1992 y egresada de la UCV, la arquitecta ha participado en proyectos tan diversos como originales: desde la instalación de cajas sonoras que representan la diáspora venezolana hasta el diseño de cabañas flotantes y otras que se desplazan por sí solas. Una de las obras más reconocidas de su estudio Bastidas&Salinas ha sido el proyecto de renovación urbana del *boulevard* de El Hatillo en 2022. Tiene su propia filosofía, que asocia arquitectura y cine. Sigue viviendo en el país porque siente que hay muchas cosas por hacer y piensa que a Caracas le hace falta más espacio público para el encuentro entre sus habitantes

@bastidas_salinas

 Mireya Tabuas

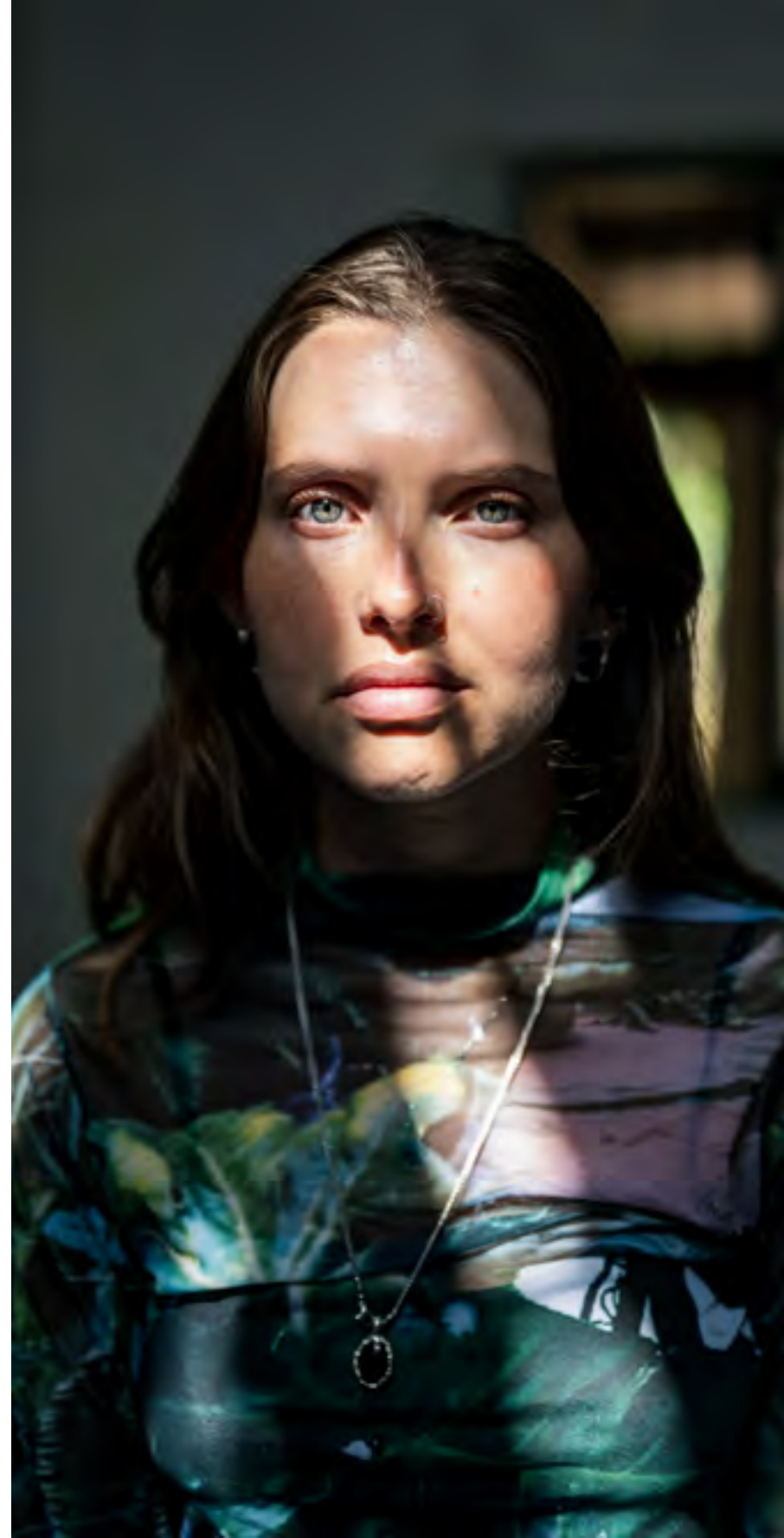
 Josselin Chalbaud, Diego González

Probablemente todo empezó por un juego.

Si el lector pudiera asomarse por una ventanita, vería a comienzos de la década del 2000 a una niña con su primera computadora. Estaba apasionada por Los Sims, un videojuego de simulación social, en el que se crean personajes virtuales para hacerlos convivir en espacios y cubrirles sus necesidades. La verdad es que los personajes le daban lo mismo: no le interesaba ni vestirlos ni alimentarlos ni mucho menos conseguirles pareja. A ella únicamente le importaba crear las casas que habitaban. «Yo “hackeé” el juego y tenía infinita cantidad de dinero virtual. Inventé casas de todos los tamaños, formas y colores, porque tenía un enorme catálogo de estructuras, acabados y mobiliarios. Quizás esa fue mi primera aproximación a la construcción», cuenta.

También pasaba horas y horas jugando con piezas de Lego, pero nuevamente tenía su propio estilo: no le gustaba reproducir las figuras que aparecían en las cajas. Si el molde era el de un avión o un barco, por ejemplo, ella unía los coloridos bloques y terminaba haciendo una estación de bomberos o una casa de playa. «Inventaba mis propios escenarios».

Antes, mucho antes, de que supiera lo que era la arquitectura; antes, mucho antes, de siquiera haber escuchado esa palabra, la niña Ana Gabriela Valenzuela Bastidas ya era arquitecta. Pero tendrían que pasar algunos años para que ella se diera cuenta de que esa era su vocación.



DEL TIMBO AL TAMBO

Ana Valenzuela nació en Barquisimeto. Le gusta decirlo, aunque la verdad es que nunca vivió allí. Tampoco sus padres son larenses. Su mamá nació en Pampán, un pueblo agrícola del estado Trujillo. Su papá es de Concepción, Chile, migró a Venezuela siendo un adolescente y se radicó con su familia en San Felipe. Sus padres se conocieron en la universidad, a los seis meses se casaron y un año después, en 1992, nació Ana, la primera de tres hijas. Aunque ya la pareja residía en Caracas, decidió que la niña nacería en la capital de Lara, porque allí atendía su médico de confianza.

Cuando Ana cumplió ocho años, migró con su familia a Minnesota, Estados Unidos, porque el padre fue contratado por una compañía transnacional. Ella recuerda a sus hermanas como sus únicas grandes compañeras y aliadas de ese tiempo. Los amigos le duraban muy poco, pues los cambios de residencia y de colegio eran constantes.

Después de vivir seis años en Estados Unidos, se mudaron a Buenos Aires donde inició clases de dibujo y comenzó a explorar con diversos materiales como la arcilla y la pintura.



Proyecto: 00 Uno objetos.

Aunque le faltaba poco para decidir qué carrera estudiar –aún no lo sabía–, «estaba muy perdida, lidiando con el colegio y la adolescencia». En algún momento pensó en ser maestra, pues había quedado muy marcada por la educación que recibió en Estados Unidos. «Yo decía, bueno, voy a ser profesora porque me parece que esa es la persona más importante del mundo».

Fue entonces que la mamá le sugirió la idea de estudiar Arquitectura.

Ya se ha dicho: desde niña le gustaba construir, fuese con bloques de Lego o con figuras virtuales, pero aún conocía muy poco sobre esa profesión: «Sabía solo que era algo de hacer edificios, casas, espacios, pero hasta ahí». Algo terminó de convencerla de la idea de estudiar esa carrera: cuando a sus quince o dieciséis años viajó a Madrid, visitó museos y vio la ciudad en su esplendor. «Me ayudó a entender, de manera muy empírica, muy intuitiva, lo que significa la arquitectura dentro de la ciudad».

Y ese viaje fue muy importante, también, porque al regresar se mudaría con su familia a un nuevo (en realidad, viejo) destino: Venezuela. Para sus padres era importante que las hijas hicieran la carrera universitaria en el país. «Estaba entre mis planes que iba a estudiar en la Universidad Central de Venezuela». El enorme campus, por cierto, ya lo había visto en uno de sus viajes vacacionales a Caracas, cuando una tía y una prima la llevaron a muchos lugares de la ciudad que antes desconocía: «Me di cuenta de que Caracas también es una ciudad superimportante y tiene una cantidad de edificaciones interesantísimas, entre ellas, la UCV».

LOS TIEMPOS UCEVISTAS

Pero el sueño de entrar en la UCV no fue tan fácil ni rápido. Al llegar al país, primero tuvo que culminar el bachillerato y luego se inscribió en la prueba interna de Arquitectura. Sin embargo, no fue seleccionada. Le tocó esperar. Al siguiente año lo volvió a intentar a través del sistema de ingreso del Consejo Nacional de Universidades. Introdujo, obviamente, como primera opción Arquitectura e incluyó, como segunda, Geología. Pero, nunca entendió por qué, la aceptaron en Geoquímica. Estuvo un año estudiando una carrera que no le interesaba para nada, solo con un propósito: pedir cambio para Arquitectura.

Esta vez su situación era muy diferente: había ido como oyente a muchos cursos de la facultad de Arquitectura. Muy preparada, armó su portafolio y cartas para presentarlos ante las autoridades y que estas le permitieran hacer una prueba interna para mostrar sus habilidades, especialmente la espacial. Y, al fin, logró su ansiado cupo. «En ese examen me fue tan pero tan bien que el jurado no entendía por qué no había logrado entrar antes».

Así es cómo, en 2012, empezó a estudiar Arquitectura. «El hecho de que me haya costado tanto entrar hizo que todo lo demás fuera increíble, fenomenal, disfruté la carrera de inicio a fin».

Diseño fue, para ella, la materia más importante y en la que obtuvo las mejores calificaciones. «Me gustó que podía incluir todas las materias teóricas en esa práctica y hacer un proyecto en el que podía hablar de distintos temas, entre ellos de mis propios intereses».

Pero, mientras ella estaba entusiasmada con sus estudios, la facultad de Arquitectura y Urbanismo estaba viviendo la misma situación que el país entero: muchos profesores —entre ellos, varios de sus preferidos— migraban y las aulas se quedaban vacías. «Quedamos un poco en el abandono, éramos como huérfanos en la FAU».

Nombra, entre sus profesores admirados, a Béla Kunckel, quien sería su tutor y trabajó con ella de forma remota pues ya vivía fuera del país. También habla de Francisco Martín, a quien considera un profesor estrella. Recuerda también a Andrés Makowski, que le enseñó a mirar la arquitectura desde la filosofía, para transmitir a través de ella ideas más densas. «Entiendo así que la arquitectura da para todo lo que te dé la gana, depende de cómo la quieras enfocar, pero todo es justificable».

De esa concepción teórica nace su tesis de grado que también es una manera de conocer cómo entiende Ana Valenzuela la arquitectura.



Proyecto: Dos Tiempos.

“La arquitectura da para todo lo que te dé la gana, depende de cómo la quieras enfocar, pero todo es justificable”



“Nuestra visión, nuestra forma de aproximarnos a un encargo, independientemente de la escala y de lo que pida el cliente, es ver cada proyecto como literatura y como cine. De hecho, vemos al cliente como un actor más que actúa dentro de esa obra”

LA ARQUITECTURA COMO CINE

2017 fue un año especialmente convulso para el país y fue justamente cuando la joven estudiante de Arquitectura debía entregar la tesis. Sin embargo, ella dice que logró concentrarse, a pesar de las dificultades. «Pude aislarme al 100 % de lo que estaba pasando y eso me ayudó muchísimo», confiesa.

Su proyecto es muy especial porque se trata de una adaptación a la arquitectura de la novela *La invención de Morel* del escritor argentino Adolfo Bioy Casares. No se trata de hacer una escenografía, explica, sino de representar el concepto de interpretación. Se basó en la interpretación de lo que es literal y no literal en la novela. Analizó la información existente (y la que no lo era) y diseñó una serie de edificios. «Algunos de ellos estaban en la narrativa de la novela, como el museo que funciona como la casa donde habita el personaje principal. En paralelo está la isla, hay poca información sobre ella. Fui interpretando la atmósfera de los recorridos de los personajes y, a partir de eso, diseñé la isla, los suelos, la topografía, el área que abarca, cómo se relaciona esta con el mar». Y en ese mismo ejercicio de interpretación agregó un laberinto «que no existe, como tal, en la novela, sino que es parte de la formulación». Es decir, para Valenzuela, la propia novela es un laberinto y esa era la experiencia que necesitaba transmitir y traducir en un espacio físico.

Así armó, en la sala de exposiciones Carlos Raúl Villanueva de la FAU, un pabellón –a medio camino entre la arquitectura, la instalación y las artes plásticas– en el que los visitantes podían ingresar. Se trataba de un laberinto formado por varios espejos, telas y proyecciones dispuestos en diversos ángulos que, a medida que se caminaba por ellos, generaban reflejos que parecían apariciones. «Daba la sensación de sentirse abrumado, la locura de la mente humana».

El concepto de interpretación, que exploró en ese primer trabajo, lo ha utilizado desde entonces en el estudio Bastidas&Salinas, que creó junto al arquitecto Gabriel García Salinas, su socio y pareja.

La interpretación es parte importante del proceso de llevar a cabo un proyecto arquitectónico, para «leer» a sus clientes: «Hay información entre líneas que uno utiliza para el proceso de diseño o para llegar a una idea». Estas son ideas claves de la filosofía de la arquitecta y su socio: «Nuestro interés ha sido entender la arquitectura como una película, asociamos un proyecto de arquitectura con todo lo que significa la creación y proyección cinematográfica: la escenografía, el *backstage*, los personajes...».

El cine, continúa Valenzuela, muestra imágenes que la literatura no tiene, pero en cambio esta ofrece un montón de información que permite imaginar cómo son las atmósferas, los personajes y los espacios. «Nuestra visión, nuestra forma de aproximarnos a un encargo, independientemente de la escala y de lo que pida el cliente, es ver cada proyecto como literatura y como cine. De hecho vemos al cliente como un actor más que actúa dentro de esa obra».

Su mirada aguda y creativa la llevará a formar parte de muy diversos proyectos.

PLAN B: MIRAR LA DIÁSPORA

En 2019, al poco tiempo de haberse graduado, su tutor Béla Kunckel y el arquitecto y también profesor Stefan Gzyl la llaman para ser parte de un proyecto llamado *Plan B: Caracas, ciudad de salida*, una serie de instalaciones inspiradas en la migración masiva de venezolanos y el vacío que dejaron en la ciudad. Fue parte de un proyecto del Goethe-Institut del que además formaron parte nueve ciudades del mundo.

El proceso fue complejo, revela Valenzuela, sobre todo porque la investigación previa fue dura. «Me sacó muchas lágrimas, era como ver una película de terror y darte cuenta de que estabas dentro de ella». Para llevar a cabo el proceso, analizaron informaciones, hicieron entrevistas incluso a personas que habían salido de la cárcel: «Todo nos ayudó a darle un carácter, una emoción, un sentido, a la puesta en escena».

Valenzuela explica que partieron de las preguntas: ¿Qué significa cuando se van ocho millones de personas de un país? ¿Qué implica eso, no solamente en lo político, social o económico, sino en la ciudad, en su arquitectura? Como respuesta crearon ocho instalaciones y Ana se centra en explicar dos que la marcaron profundamente. Una de ellas se hizo en la plaza Bolívar de Chacao. Se trataba de una torre de cajas que generaban una suerte de laberinto (otro) «y que representaban las casas vacías, el abandono, lo guardado y lo dejado». Dentro de las cajas, a medida que los visitantes pasaban, escuchaban voces. «Eran anécdotas de todas esas personas que se tuvieron que ir, cómo dejaron sus casas, las mascotas, los cuidadores de esas casas, las pertenencias de valor que no te puedes llevar. Nunca esas voces decían que se iban felizmente de Venezuela, la mayoría decía lo contrario: no me quiero ir». Para ella, esos edificios hechos de cajas eran un símil de esa arquitectura abandonada, en ruinas: «Los que se fueron tenían que vaciarse tanto física como mentalmente para emprender este viaje de salida. La ciudad se vio afectada porque también se vació».



Proyecto: cafetería Serranía.

Otra instalación fue en el Centro Cultural Chacao. Allí hicieron, con un grupo de actores, una propuesta que representaba la cantidad de trámites y la pesadilla que significa pasar por cualquier organismo público para arreglar la documentación: «Los trámites eternos para poder irte del país, las colas enormes, el vigilante grosero...». Cuenta que las reacciones del público fueron muy distintas en ambas experiencias: en la primera todos los visitantes lloraban, en esta última salían furiosos.

ARQUITECTURA Y NATURALEZA

Más adelante, Valenzuela fue parte de equipos de distintos proyectos vinculados con el medio ambiente. El primero fue la reforma de la sede del campamento Mi Guarimba, en Nirgua, un proyecto de las empresas Polar, que cambió de concepto. El proyecto original era del arquitecto Ricardo Abella, pero –como él no estaba en el país– le tocó a ella hacer el levantamiento en planimetría. «Yo venía con toda la idea de la narrativa y la interpretación, con eso hice un recorrido y generé una descripción muy detallada; dividí el espacio en atmósferas distintas: de servicios, de hospedaje, de actividades... y también busqué integrar toda una gran cantidad de terreno que no estaba unido al proyecto inicialmente, diferenciar los microclimas, la fauna y la flora, hacer con eso unos mapas».

Luego, hizo contacto con el arquitecto Alejandro Haiek, que se encontraba en Suecia y que había sido uno de los jurados de su tesis. Trabajó con él año y medio en un proyecto en Nigeria con financiamiento internacional. «Se trata de un lugar que tiene un delta muy parecido al nuestro, pero que está muy afectado por la contaminación petrolera y la propia de los urbanismos que no tienen cloacas. Las personas viven en palafitos, sin luz ni agua y mucho menos internet; hay una alta tasa de analfabetismo y existen muchas guerras internas». En un contexto así había una suerte de rayito de esperanza: una radio, que era el único medio de comunicación, pero que estaba en un espacio muy precario. El equipo de arquitectos debía ingeniárselas para hacer una mejor edificación. Entonces, dado que en el lugar hay numerosos contenedores, propusieron hacer una estructura a partir de ellos. «Y, como es una sociedad para la que la música es muy importante, la edificación de *containers* podía transformarse a la vez en una estructura de gradas donde podían montar sus escenarios». Estuvo un tiempo en el diseño pero, justamente, cuando ya pensaba ir a Nigeria para estar presente en la construcción, llegó el COVID-19 y el proyecto se pausó.

Como les pasó a muchos, la pandemia fue un tiempo difícil, dado que prácticamente no había trabajo, pero no querían quedarse de brazos cruzados. A su socio, Gabriel García, se le ocurrió que participaran en un concurso internacional en Francia para



Proyecto: 00 Uno objetos.

crear unas cabañas ecológicas para turismo de aventura. «Diseñamos unas cabañas que tenían forma de donas, estaban hechas con fibra de vidrio y tenían ventanas pequeñas, pues así lo pedía el cliente. Además, hicimos que se pudieran transportar por sí mismas y mover de un lugar a otro a través de unas patas telescópicas que se adaptaban al terreno».

No lograron ganar el concurso, pero eso no los desanimó: «Quedamos muy contentos con el producto final y lo publicamos en distintas partes». Esto hizo que por primera vez llamaran a su estudio para hacer un proyecto.

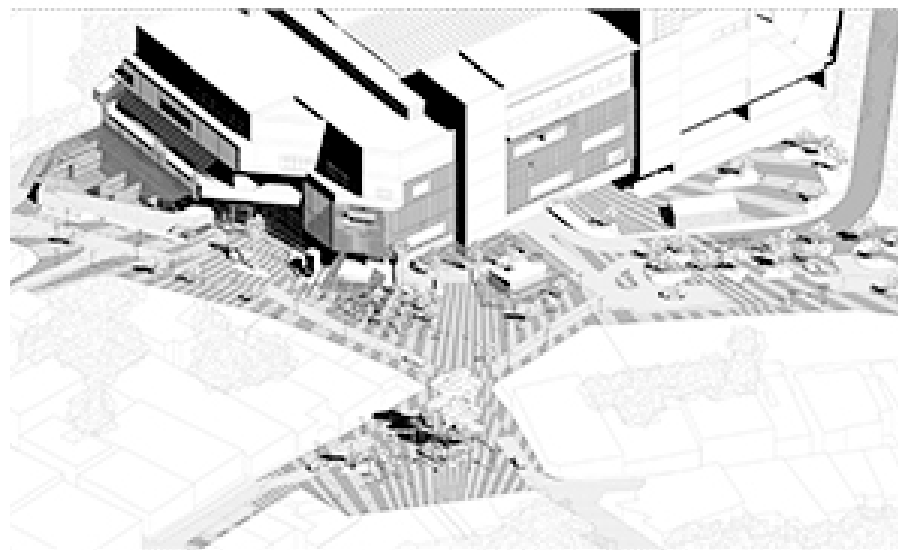
Se trataba de la creación de un centro gastronómico en Bello Monte. «Tuvimos la oportunidad de conformar un equipo transdisciplinario: la cliente era una chef, una mujer muy carismática que nos daba la narrativa de cómo se imaginaba el sitio. Ella quería que la cocina fuese fundamentalmente un lugar de exhibición, para que las personas pudieran ver todo el proceso de elaboración de los platos».

Sin embargo, otra vez la diáspora se interpuso en las metas. Si bien le entregaron el proyecto, la chef tuvo que irse del país y el diseño no se materializó en obra. Como otras veces, no engavetaron su trabajo. Lo mostraron públicamente. Y, nuevamente, recibieron una respuesta que los llenó de asombro.

EL «BOULEVARD» DE LA GENTE

«Pasó algo increíble», comienza a narrar Valenzuela y le brillan los ojos. Publicaron el proyecto y al día siguiente los llamó Emilia Monteverde, su amiga y colega de la facultad de Arquitectura. «Quería que la apoyáramos con unos mapas turísticos para el pueblo de El Hatillo. Lo hicimos y todo salió superbién y, a partir de eso, el Fondo de Valores Inmobiliarios de El Hatillo nos dijo que hiciéramos el proyecto del Boulevard Sucre».

Entregaron el proyecto en noviembre de 2021 y en enero de 2022 ya estaban contratados para llevarlo a cabo. Aunque ya tenían su propia firma: Bastidas&Salinas, aún no contaban con una oficina como tal. Entonces, ese mismo mes, encontraron un espacio en el edificio Mene Grande de Altamira y se instalaron allí. Trabajaron con Monteverde, que se había asociado con Daniel Rodríguez. Entre los cuatro, contrataron a seis arquitectos más. «Fue muy emocionante porque eso también nos enseñó muchísimo a trabajar en equipo para un proyecto así de grande. Fueron cuatro mil metros cuadrados que diseñamos y luego construimos, tuvimos que entender la dinámica de delegar tareas, porque originalmente nosotros lo hacíamos todo».



Proyecto: Boulevard Sucre _Sistema Cota Cero.

“He logrado aprender que en Venezuela hay tanto por hacer que realmente lo que me hace feliz es trabajar aquí”

Además, les acortaron los plazos. Ellos imaginaron que lo podrían hacer en diez meses, el cliente se los redujo a la mitad. «Por cinco meses estuvimos abolladísimos, fue una amalgama de situaciones superintensas», confiesa.

Y al final del proceso, vivió una experiencia que la hizo llorar: ver a los vecinos, a los niños interactuar con el *boulevard*, con sus rampas, sus bancas curvilíneas, sus esferas y con todo lo dispuesto en él. «El día de la inauguración fue genial: la gente en patineta, en bicicleta; veían las esferas y decían “guao”, los niños las abrazaban».

Lo habían logrado.

En las presentaciones, además, conocieron a unos jóvenes empresarios que querían hacer una serie de cabañas flotantes que se iban a ubicar en lugares como Mochima y Los Roques. Las cabañas, dice Valenzuela, fueron un tema complejo: «Tuvimos que estudiar cómo son las instalaciones de los barcos, desde lanchas hasta cruceros». Así diseñaron unas casitas que flotaban sobre una estructura en la que estaban todos los sistemas sanitarios, mecánicos y eléctricos que permitían su autonomía. «Pero cuando estabas dentro de la cabaña no te ibas a enterar de todo el maquinón que tenía debajo», asegura. Los arquitectos tenían algo claro: debía ser un proyecto que preservara el medio ambiente. Por ejemplo, los desechos orgánicos se iban a transformar en energía. Los clientes también estaban de acuerdo con eso. Todo parecía ir viento en popa.

Sin embargo, razones que no revela hicieron que, por los momentos, la idea no se haya concretado, pero nuevamente llegó un potencial cliente que quería contratar a Valenzuela y a García: una compañía de barcos finlandesa. La empresa tenía una condición: que se fueran a vivir a Finlandia. Lo meditaron un poco, pero –como en otras ocasiones en las que tantearon si migrar o no– pensaron que no querían perder todo lo que habían logrado en Venezuela.

«Hoy en día debo admitir que no me quiero ir», sostiene. «Estoy contenta en mi país. Sé que es una jungla y aquí hay cosas difíciles de entender, pero le tengo un cariño muy grande. Yo viví diez años fuera del país, reconozco que gran parte de mi vida no valoré Venezuela, porque la estaba comparando constantemente con países con los que no se puede comparar. He logrado aprender que en Venezuela hay tanto por hacer que realmente lo que me hace feliz es trabajar aquí». Y ejemplifica con una de sus obras: «El hecho de haber construido un espacio público como el *boulevard* Sucre de El Hatillo es de las cosas más hermosas que he vivido. Siento que el *boulevard* es mi bebé, que me tengo que quedar en Venezuela con él, que no puedo irme. Quizás me iría un tiempo a estudiar, pero eso sí: volvería».



Proyecto: Boulevard Sucre _Sistema Cota Cero.

ENSEÑAR CON LA PRÁCTICA

Otro de los desafíos de Valenzuela ha sido la docencia universitaria. «Tuve que lidiar con el pánico escénico, además tú crees que sabes hasta que lo enseñas». Dio clases en el Taller X de la Universidad Central de Venezuela (que tanto la marcó cuando era estudiante), pero dejó de hacerlo porque se dio cuenta de que económicamente era inviable. Abandonó la UCV y en 2024 el profesor Víctor Sánchez Taffur, de la Escuela de Arquitectura de la UCAB, la llamó. «Me encanta poder mantenerme arraigada a la academia porque definitivamente te ayuda a ventilar tus ideas».

Además, forma parte de la plataforma Dis_Local, que conecta a arquitectos venezolanos en diversas universidades del mundo para abordar problemas locales en un contexto global. «La arquitectura, como tal, entendemos que es sumamente exclusiva; sin embargo, creemos que tenemos una habilidad que hay que compartir, que el espacio es una necesidad para todo el mundo; entonces nos interesa trabajar en proyectos diversos para dar carácter a un lugar que de otro modo no sería tomado en cuenta».



“Tú crees que sabes hasta que lo enseñas”

Ejemplifica a través de uno de los proyectos que llevó a cabo en 2023 en su ciudad natal, Barquisimeto. Un proyecto que tuvo alto impacto en la ciudadanía, y en el que, además, participaron un centenar de estudiantes y profesores, quienes realizaron un trabajo de campo que culminó con varias intervenciones en la urbe, específicamente en los bordes del río Turbio. «Le quisimos dar énfasis al río que le da la vida a Barquisimeto, pero la gente no sabe la importancia del río, similar a lo que nos pasa en Caracas con el Guaire; entonces hicimos unas instalaciones para que la gente pueda vivir la experiencia de acercarse a él». Entre los profesores y los estudiantes diseñaron el mobiliario, bancos, cubiertas como lugares de reflexión sobre la ciudad y la naturaleza. En la web de Bastidas&Salinas resumen la experiencia: «Cruzamos criterios de la arquitectura con otras disciplinas: historia, geología, hidrología, pero también botánica y agricultura, cine y literatura. Creemos en la transversalidad de saberes. Buscamos en la obra construida un punto de partida para producir nuestra teoría sobre el río. Desarrollamos una arquitectura frugal, ligera, experimental». La obra fue nominada a la XIII Bienal Iberoamericana de Arquitectura y Urbanismo.

Otro proyecto pedagógico similar lo llevaron a cabo en Río Caribe, donde profesores y estudiantes colaboraron con pescadores, agricultores y artesanos locales para revitalizar los oficios tradicionales y, en conjunto, lograron hacer un mirador donde antes había un basurero: «Hicimos el mobiliario urbano y una estructura de palos que le da un hito a la costa. Como Río Caribe es un pueblo de pescadores, la idea era que ellos también lo pudiesen admirar desde el mar».

Creer, confiar, apostar en lo colectivo es un lema de la arquitecta.

REDISEÑAR VENEZUELA

Para Valenzuela crear espacio público es importante; por eso, muchos de los proyectos en los que concursa su estudio son de ese tipo: una arquitectura para todos. ¿Y si le tocara rediseñar Venezuela qué haría? La pregunta la deja pensando. Dice que no la puede responder porque ese es uno de nuestros mayores errores: unificarnos como un todo. «Venezuela es enorme y es tan versátil y tan multicultural que sería difícil hacerle un diseño único. No terminamos de aceptar que Venezuela no es una. Son muchas. Y el hecho de que la arquitectura se piense como algo prefabricado, que tú puedes poner en cualquier lugar, es un error catastrófico».

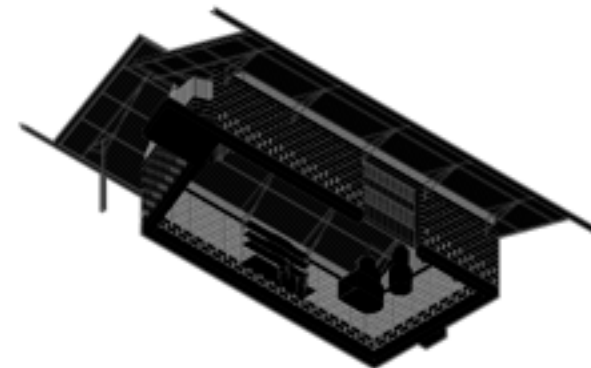
Prefiere acotarse e imaginar un rediseño para la capital. «Creo que a Caracas le hace falta más espacio público. Los venezolanos somos seres muy sociales. Para nosotros estar en la cocina tomando un café puede ser tres horas de pura habladera y creo que la ciudad debería verse así también».

Eso parece ser su premisa: una ciudad para la convivencia.

También sostiene que hay que cambiar la forma en la que percibimos la naturaleza. Y, por eso, menciona un proyecto social del que forma parte: un centro de producción para el destilado del cocuy, en Siquisique, estado Lara. «Es un tema de arraigo: el cocuy es la bebida espirituosa que heredamos de nuestros ancestros indígenas».

Es decir, para ella no se trata solo de construir una edificación para el proyecto. Se involucró en el proceso entero: ha aprendido cómo es el cultivo del agave, cómo es la producción del cocuy, la relación con la flora y fauna del lugar. ¿Una arquitecta produciendo (y bebiendo) cocuy? Pues sí, y eso confirma lo que ha venido haciendo todos estos años: involucrarse con la localidad, con sus tradiciones y con su historia. «Es arquitectura vernácula, no queremos llegar a un sitio como *aliens* y hacer un edificio, sino que queremos estar con sus habitantes, aprender de ellos, de cómo construyen, usar la mano de obra local y así ellos nos enseñan a nosotros también».

Ya no juega a Los Sims, tampoco Lego, pero, sin duda, Ana Valenzuela sigue creando sus propios escenarios, sus propias películas, su propio mundo. Quizás porque conserva ese espíritu lúdico de la infancia, logró hacer de un basurero un mirador, diseñó una cabaña capaz de moverse sola, construyó una torre de voces de los migrantes, hizo de una novela un laberinto. Quizás, por eso mismo, no deja Venezuela, porque quiere seguir reinventándola.



Proyecto: Ciclos del Cocuy_Maestro Ayaman.

“No queremos llegar a un sitio como *aliens* y hacer un edificio, sino que queremos estar con sus habitantes, aprender de ellos”



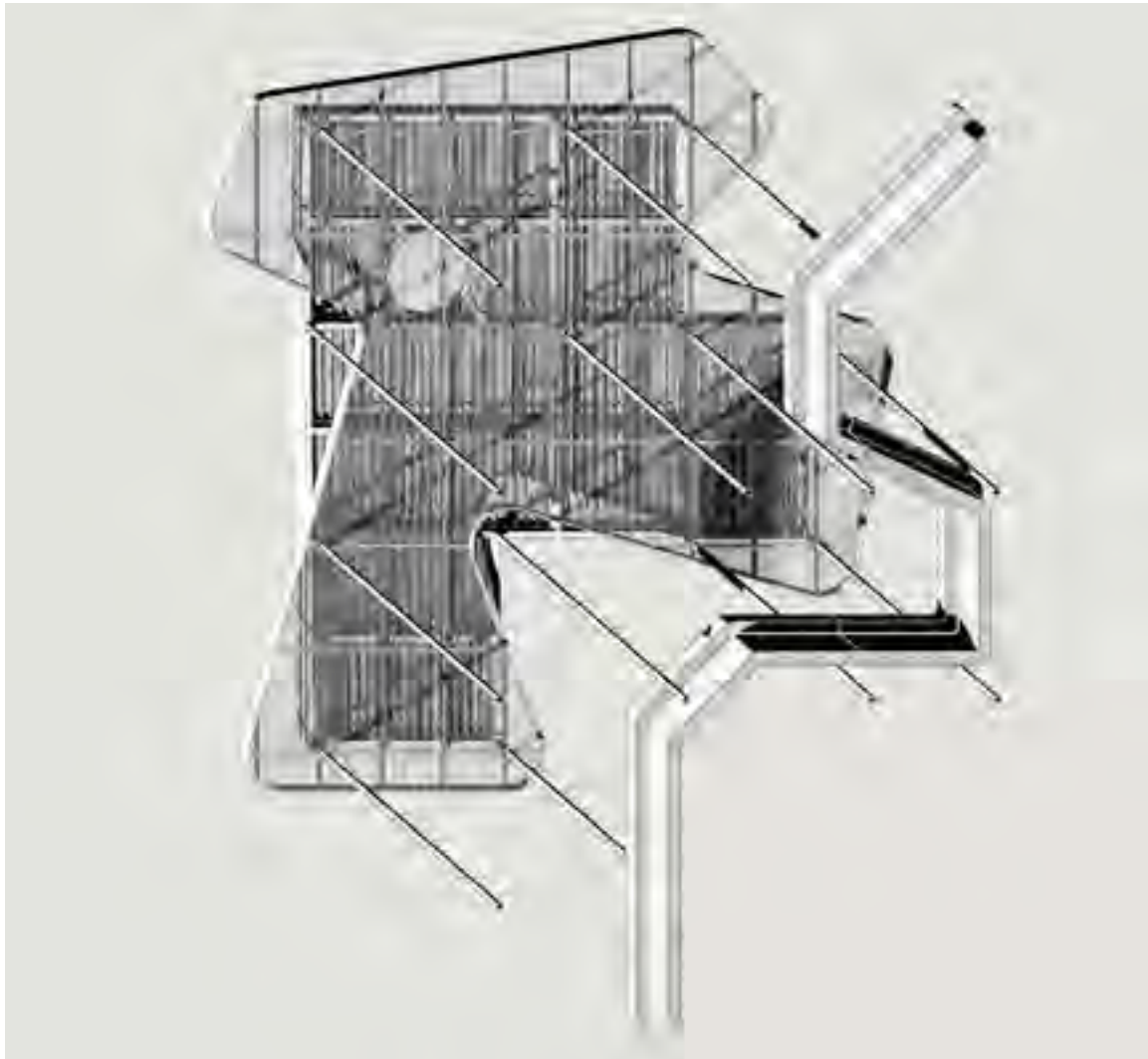
PROYECTOS





Proyecto: Concurso para el Casco Histórico de Pampatar // Caribe y Movimiento.
Año: 2024.





Proyecto: Dos Tiempos // Dispositivos y
Preexistencias.
Año: 2024.
Renders: Pablo González.





Proyecto: RVG.

Ubicación: Valle Arriba.

Año: 2025.

Renders: Pablo González.



— 1992 —

Emilia Monteverde Siso

«La naturaleza siempre está presente»

Nació en Caracas en 1992. Se graduó con mención honorífica en la FAU de la UCV, en 2017, con Béla Kunckel como mentor y tutor. Entre 2014 y 2015, su experiencia en L'École Nationale Supérieure d'Architecture Paris Val de Seine la llevó a asimilar la arquitectura de París. Es cofundadora y directora del estudio de arquitectura Mrpunto, con el que ha llevado a cabo proyectos como la remodelación de Althea; previamente, con Atelier Caracas, diseñó un edificio en el colegio El Ávila; y sus proyectos independientes incluyen el del Boulevard Sucre, en 2021. Con su familia, practica deportes de alta exigencia como la equitación. Da clases en la Academia de Diseño UCAB y siente inclinación por la ingeniería civil, que comprende muy ligada a la arquitectura

@mr.punto_

 Gabriela Lepage Peñalver

 Saúl Yuncozar, Luciano Ortiz, Mrpunto

PASIONES COMPARTIDAS

Emilia Monteverde es amante de los caballos y de la equitación, como su madre y su padre, que se conocieron siendo deportistas de competencias. Una arraigada cultura del deporte ecuestre que Emilia comparte con ellos y profesa. Se reconoce disciplinada justamente por esa formación ecuestre; quizá por ello, en la primera etapa de su vida universitaria, se impuso una exigente rutina deportiva y estudiantil que retrata muy bien su temperamento y su rigurosidad para alcanzar metas.

Todos los días a primera hora de la mañana, antes del inicio de sus clases en la Facultad de Arquitectura de la Universidad Central de Venezuela, corría 5 o 10 km, luego montaba los tres caballos familiares, se duchaba, se vestía con rapidez y se iba a la universidad.

Al escuchar a Emilia, se comprende que el ímpetu deportivo y la imbricada relación de este con la naturaleza y con su profesión definen su esencia.

Espontánea, dispuesta a narrar su historia de vida y su trayectoria profesional, abre las puertas de su oficina de arquitectura en la bella urbanización La Floresta. Cada encuentro con ella ha permitido identificar valores y condiciones que parecen caracterizarla: curiosidad, tenacidad, pasión por la experiencia y el conocimiento, valentía ante riesgos y retos en su oficio y en el deporte y una necesidad de concentrarse sin distracción en sus acciones y proyectos.



LA ARQUITECTURA

«Soy la menor de tres hermanos. Mi papá es arquitecto. Ejerció en su primera etapa de vida, pero una situación personal lo hizo distanciarse de la arquitectura. Yo sabía que él era arquitecto, pero nunca vi planos en la casa ni fui a su estudio. Tampoco lo vi ejerciendo ni vi sus proyectos. Entendía que tenía esta carrera y lo conocí más bien en su etapa posterior, como gerente de Toyota Industrial. Es un hombre discreto; de hecho, supe después, por *Arquitectura Venezuela*, que había hecho un proyecto muy importante para Toyota en Cumaná», relata.

«En nuestro apartamento, en las casas de sus amigos más cercanos, compañeros de la universidad, se sentía la influencia de la arquitectura. Los muebles de mi mamá eran heredados de sus bisabuelos, más clásicos, y él siempre tenía guiños en la decoración: los muebles, sus lámparas, un *chaise lounge* de Le Corbusier; yo veía todo eso, sentía que había una sensibilidad. En ese ambiente fui descubriendo mucho de ese gusto por el diseño moderno; de hecho, tengo debilidad por ese mobiliario».

La inclinación inicial de Montenegro es hacia la Ingeniería de Producción e Ingeniería Civil, al graduarse aplica para ambas y también para Arquitectura, por curiosidad. Obtiene cupo en la USB y en la UCV, se inclina por la última. Decide estudiar Arquitectura aun cuando no lo tenía claro. «Lo que me terminó de enamorar fue cuando hice los talleres en la Facultad de Arquitectura para ingresar, ver ese mundo me impresionó».



“*La arquitectura para mí es algo intuitivo, porque está conectada con los sentidos*”

FRANCIA, UNA NUEVA DIMENSIÓN

Luego de cumplir el protocolo en la FAU, obtiene la plaza; la conserva, pero decide irse un año para Francia a estudiar el idioma. Ese año será decisivo para su vocación y es allí donde, gracias a ese taller introductorio de la FAU, dimensiona la arquitectura como disciplina. Es una etapa de múltiples y novedosas experiencias en todo sentido, pero la más determinante pareciera ser la revelación estética en los espacios. La exposición de Anish Kapoor en el evento Monumenta 2011 en el Grand Palais, con su obra *Leviathan*, quizá sella la certeza. Regresa ese mismo año a Venezuela e inicia con entusiasmo y rigurosidad su formación.

De allí en adelante, expresa, la arquitectura es una experiencia: «Para mí la arquitectura es algo intuitivo, porque está conectada con los sentidos y con cómo eso, de alguna manera, te genera ciertas emociones, y hoy en día trato de revivir esas emociones en la arquitectura que estamos recreando. Generar situaciones en los espacios, en la cotidianidad, entendiendo la responsabilidad que tenemos como arquitectos:



Proyecto: Restoven.

hacer ciudad. Además, algo que me encanta es el trópico que tenemos, es una materia para generar lo que queramos».

Francia vuelve a presentarse como opción luego de avanzar en sus estudios. Entre el quinto y sexto semestre decide aprovechar los programas de intercambio que ofrecía la Facultad. Son tiempos complicados para las universidades y para Venezuela. «Yo entré a la universidad en una época cuando la FAU estaba bastante golpeada, había una emigración importante, era una época de protestas en el país. Pero, además, yo quería saber cómo eran los estudios de arquitectura en Francia comparativamente con los de Venezuela».

La experiencia en L'École Nationale Supérieure d'Architecture Paris Val de Seine, entre 2014 y 2015, desde todo punto de vista, resulta muy interesante y productiva. Al principio, será difícil y exigente. Sin embargo, la experiencia ganada para el segundo semestre hará la diferencia. El proyecto para esa segunda etapa era en equipo, y lo hizo con su *roommate* venezolano. Juntos debían desarrollar un centro deportivo en una parcela completa cercana a la universidad. «Tenía una pista de correr, un volumen que era una cancha multiuso, unas canchas de yodo y un volumen más alto que programáticamente resolvía una biblioteca y otras cosas. Fue increíble».

Ambos activaron las herramientas aprendidas en la FAU-UCV, que exigía la calidad en la presentación de proyectos y el énfasis en una comunicación estratégica. «Hicimos unas entregas espectaculares, creamos unas maquetas increíbles. Fuimos los mejores alumnos de ese semestre. Allí me di cuenta de que los estudiantes en Francia son más conservadores, esperan todo de la universidad».

Este proceso marca algo muy significativo. Corrobora el nivel del aprendizaje adquirido en Venezuela y dimensiona la importancia del conocimiento de la ingeniería civil para la arquitectura.

«La experiencia en Francia sí me marcó, me amplió el mundo, viajamos mucho a pesar de las clases. Además, el segundo semestre fue diferente, con dos profesores y un ingeniero civil. Allí me hizo *click* el tema de la ingeniería civil, una disciplina que se compenetra mucho con la arquitectura, sobre todo, en aquellos civiles que se apasionan por ella. Tienen mucho que darte, porque a veces uno se limita en la toma de decisiones por no saber. Ese curso en particular fue completamente liberador, fue un antes y un después».

LA EXPERIMENTACIÓN. EL MENTOR

Vuelve a la FAU-UCV y al Taller X, su unidad más experimental. Allí se reencuentra con el arquitecto Béla Kunckel, profesor que identifica como su figura más influyente. Será allí donde termine los dos semestres de diseño que le faltaban.

Kunckel ha sido profesor de diseño en varias universidades. Es hijo del también arquitecto Dietrich Kunckel, ya fallecido. Sus alumnos a lo largo del tiempo han destacado por su originalidad y alto rendimiento, obteniendo muchos de ellos premios nacionales e internacionales.

«A Béla Kunckel le apasiona la academia. La manera en que da clase me abrió el mundo completamente. Para mí fue una forma de ver la arquitectura fuera del dogma, de lo clásico... Experimentar, explorar, componer y abordar el diseño: él es mi maestro».

El mentor promueve en Emilia nuevas miradas. Propiciará en ella hallazgos matéricos, incluso la acogerá en los tiempos complicados de Venezuela en 2017 para que culmine, en su oficina de Budapest, la tesis de grado de la que él es tutor.

En esta línea de acciones pareciera que se van colocando estratégicamente piezas dentro de esa estructura que es el oficio que forja Emilia. Hay oportunidades, sin duda, pero a la experiencia la rigen intuición, buena cabeza y temple. Los conocimientos se fusionan y una oportunidad tras otra dará forma a su visión arquitectónica.

«Cuando vuelvo de Francia, él hace un ejercicio con otro profesor muy querido, también bastante influyente para mí: Ricardo Abella. Los dos trabajan con bambú. Al principio no estaba demasiado convencida porque el bambú me parecía muy artesanal. El ejercicio era llevar ese material a otra tecnología, entender su lógica estructural para llevarlo a otro lugar. Fue brutal la experiencia, me fue muy bien también».

Ese ejercicio impulsa un nuevo giro y al abordaje del bambú deviene por sugerencia de Kunckel en su tesis. Ya Emilia está en su penúltimo semestre.

«Béla me recomienda hacer la tesis de bambú, me dijo: “Vamos a llevar esto a otra dimensión”. Ello coincide con un viaje de él a Budapest, porque tenía oficina allá y en Caracas. Es el año 2017, hay protestas en el país, las noticias y todo me tenían muy mal. Me quedaba solo la tesis para terminar la carrera, no podía concentrarme, no teníamos clases y pensé en retirarla». El maestro lo evita y le da la oportunidad de que la culmine en su oficina en Budapest.



Proyecto: Taima.

Fue una estancia estabilizadora, de trabajo; pudo enfocarse finalmente con plenitud en su proyecto de tesis. También fue volver a «la independencia europea». Kunckel le presta una bicicleta y a ese suave ritmo recupera la tranquilidad perdida. Trabaja en su proyecto, lo termina, regresa a Venezuela al mes y medio para presentarlo y su tesis recibe mención.

«Venezuela es un laboratorio para experimentar. Soy una arquitecta joven, tengo un estudio, se hacen proyectos; hacerlos en Estados Unidos o en Europa es sumamente difícil. Esto es como un lienzo en blanco, aquí la gente te conoce, confía en ti, tienes un *networking* importante, pero hay una pizca de la realidad venezolana que te quita la energía en banalidades: un motorizado que se atraviesa, algo en la calle siempre te desvía de tu línea de pensamiento; eso no me pasaba en Budapest. Me gustó tanto que pensé que podía regresar después de graduarme; me ofrecieron trabajo y esa ciudad era una entrada a Europa».



Proyecto: Úrsula.

“Venezuela es un laboratorio para experimentar. Soy una arquitecta joven, tengo un estudio, se hacen proyectos; hacerlos en Estados Unidos o en Europa es sumamente difícil”

CARACAS: ¿UN LIENZO EN BLANCO?

Ya en Caracas comienza a trabajar con unos amigos de la universidad en Atelier Caracas, considera que a pesar de las diferencias iniciales de perspectivas —ella inclinada hacia la naturaleza y la investigación de la lógica estructural de los materiales; ellos con prácticas más inspiradas en el movimiento postmoderno, mucho más formal, compositivo— la experiencia de dos años y medio con ellos fue muy importante y la identifica como su primer encuentro con el ejercicio de la arquitectura.

«Ellos me dijeron: “¡Tú te vienes con nosotros!”. No me permitieron dudar. Es cómico porque ellos tienen un trabajo muy contrario a lo que yo venía haciendo con mi carrera. Yo siempre he estado muy vinculada a la naturaleza, hago deportes al aire libre, he viajado a tepuyes y montañas. Tengo el deporte en mis venas. Ellos hacen una práctica que admiro mucho, más formal. La experiencia fue bárbara, siento que fue muy formadora, me influenció: mis experiencias más tempranas fueron muy comunitarias, de otra escala, escala urbana».

«Mi proyecto más importante fue un edificio que creamos para el colegio El Ávila, era una escuela de talentos, donde iba a haber talleres de lutier, vestuario, música. Un edificio grande porque había un teatro enorme, como de cuatro o cinco niveles. Ese fue mi primer encuentro con un programa real. Además, para proyectar debía sumergirme en el estilo que ellos practican, fue adaptarme y comprenderlo, fue divertidísimo. Nos complementamos en ciertas cosas; de hecho, hicimos una galería de arte toda orgánica que fue como mi firma: ensanduchamos una ameba en el edificio, y todo lo demás era la estética Atelier».

LOS MATERIALES ORGÁNICOS

Béla Kunckel es quien lleva a Emilia hacia los materiales más orgánicos, no era algo que estaba en sus inquietudes iniciales. En su transcurrir, esa exploración matérica termina haciéndose muy propia, aun cuando Emilia afirma que su aproximación a la arquitectura es evolutiva: aprendizaje y experimentación continuos.

«Mi manera de abordar la arquitectura es seguir moviendo la vara hacia adelante y no ver hacia atrás. Quizá si un día hago un compendio de mis proyectos pueda entender esa línea donde se está viendo la exploración de la materia».

La experiencia primera con Kunckel en Taller X y un complicado proyecto que la impulsa al modelado del bambú de manera casi artesanal se fijan como el inicio de la relación con los materiales orgánicos. Luego la consecución de experiencias: la tesis, las ideas que de alguna manera introducen su paso por Atelier Caracas y, finalmente, su propia práctica. «En mi práctica el tema de entender el material es intrínseco, cómo se usa a favor y cómo puede generar una experiencia espacial diferente».

En esa evolución profesional, las figuras de Kunckel y de aquel profesor ingeniero civil del segundo período en Francia se conectan positivamente. El ingeniero le brindó una experiencia formal con el desarrollo de estructuras –para el edificio de su proyecto del centro deportivo– que luego pudo aplicar de alguna manera al bambú.

«Yo no quería quedarme en lo artesanal. En ese momento las referencias arquitectónicas con bambú podían ser Simón Vélez y Elora Hardy en Bali. Ellos experimentaban para llevar ese material más allá; uno era más industrial y la otra más artesanal. Me dije, no me puedo quedar con esto. Qué pasa más allá... ¿y si se explora como conglomerado?, ¿con otra función? Creo que ahí entendí que esas uniones que usamos en el edificio en París podía utilizarlas con el bambú, y el bambú curvo». Ganar esa perspectiva desde la ingeniería civil trajo una revelación: era una oportunidad como arquitecto.

“*Mi manera de abordar la arquitectura es seguir moviendo la vara hacia adelante y no ver hacia atrás. Quizá si un día hago un compendio de mis proyectos pueda entender esa línea donde se está viendo la exploración de la materia*”

NATURALMENTE

Así, las formas, los materiales, la experimentación, el propio deporte ya expandido –rapel en el Salto Ángel, el pico Bolívar o el Humboldt, escalar algunos picos en la Cordillera Blanca– conectan a Emilia a la naturaleza. Algo que ya le es propio por su historia familiar.

Su hermano, que le lleva siete años, es su mentor en los deportes de aventura y su compañero de rapel y escalada de alta montaña. Su abuelo paterno es amante de la siembra de cítricos injertos en Turgua, donde Emilia pasó los domingos de su infancia. Y la casa de su abuela materna –un personaje muy admirado por ella por su firmeza– se abre a una naturaleza desbordada. El mundo exterior ha sido una constante en su existencia.

“*Los barrios tienen un sistema que ellos mismos crearon y funciona. Hay mucho que aprender de eso*”

«La naturaleza siempre estaba presente. De hecho, me encantan las matas, eso es algo que veo integrado al ejercer la arquitectura: no diseño la materia y luego pienso qué puedo sembrar, sino que ya la materia ha sido pensada con lo que va a existir allí». Confiesa que esa relación con las plantas ha sido intuitiva, si bien la carrera no le ofreció esa formación. Posee esa conexión: tiene todo el sentido por el entorno en el que creció y vive. Acaso esto la conectó «al mundo creativo, al dibujo hasta el día de hoy».

Aún en la Facultad, tomó los cursos con el profesor Miguel Acosta para dibujar ciudades de Europa; más precisamente, Barcelona y Berlín. Estos iban aderezados con discusiones sobre arquitectura e, incluso, talleres de fabricación de muebles, en el caso de la capital catalana.

ANDAR, RODAR Y PENSAR CARACAS

Emilia es caraqueña como toda su familia. Nació el 28 de enero de 1992, vivió en Los Palos Grandes y estudió en el Colegio Cristo Rey de Altamira. Es su nana quien le ofrece tempranas experiencias de ciudad. Luego, la universidad, los amigos, las salidas, la vida urbana, las competencias y manejar un auto desde los 16 años. Hoy vive en el sureste de la ciudad y hace ciclismo. La bicicleta le ha permitido recorrerla y le ha «ampliado el horizonte» urbano y de la periferia. «Para mí entender la ciudad ha sido un tema. Al volver de Europa la empecé a ver de otra forma».

«Caracas es una ciudad bastante fragmentada, no es transitable del todo, no se conecta de ninguna manera norte-sur. Berlín, por ejemplo, tiene múltiples centros, pero es transitable. Lo veo muy bien montando bicicleta, Caracas es una ciudad desarrollada por fragmentos sin ninguna conexión».

Esta es una consideración compartida por muchos urbanistas, arquitectos y especialistas de ciudad, a la que no se ha logrado aplicar soluciones concretas. El ciudadano común lo experimenta sin racionalizar las limitaciones, ni elaborar posibilidades de cambio. Por ahora, cada fragmento urbano genera sus propias dinámicas, pero pareciera necesario pensar ampliamente en proyectos integradores de ciudad.

«Hay momentos de ciudad en Caracas que no terminan de conectarse, pero uno empieza a categorizar y a entender. Nos pasó, por ejemplo, cuando empezamos a remodelar Althea, en un local a pie de calle. Los Palos Grandes es como una isla que funciona muy bien en sí misma, tiene una dinámica completa. El peatón tiene residencia y comercio, y es un sistema que se retroalimenta en sí mismo».



Proyecto: Althea.

«Cómo entender la ciudad ha sido siempre un reto. Quizá no hay demasiados arquitectos que, teniendo la posibilidad de ejercer y hacer ciudad, terminen considerándola en sus proyectos. Se entiende que hay ordenanzas que son limitantes, pero siempre se tiene un rango de influencia para hacer ciudad en lo posible. Ha sido muy difícil, incluso, desde las alcaldías».

Si bien es cierto que históricamente ha habido iniciativas de planificación urbana, inspiradas en su mayoría en estrategias aplicadas a otras ciudades, surge la pregunta sobre cómo elaborar una visión propia inspirada en la cultura, clima y topografía de nuestra capital.

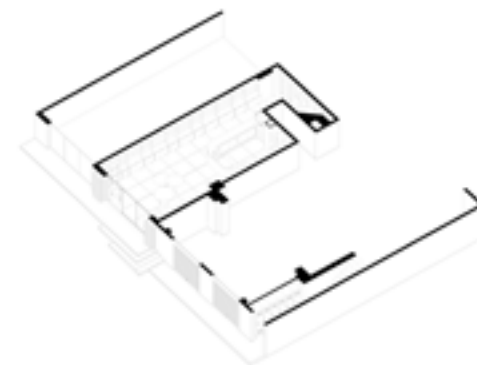
Enrique Peñalosa, ex alcalde de Bogotá en dos períodos y uno de los responsables de su positiva transformación, afirmaba: «Cuando hablamos de un modelo de ciudad, realmente estamos hablando de una manera de vivir (...), porque las ciudades se hacen para facilitar un modelo de vida». Quizá ese razonamiento es la clave para ese futuro que se construye con acciones.

«Creo que debemos entender nuestra manera de vivir y hacer ciudad dentro de Caracas. La falla que tenemos es una falta de identidad general. Yo creo que el problema de la desarticulación, de los urbanistas, de los arquitectos y los proyectistas tiene que ver con no tener una identidad muy clara de cómo entendernos a nosotros mismos, sobre lo que realmente necesitamos, y con qué contamos».

Monteverde voltea con interés hacia los barrios como una experiencia para razonar y aprender: «Es una formación totalmente orgánica, porque hay mucho de comunidad y de negociación para poder construir y funcionar, totalmente desahuciada por la ciudad y los gobiernos. Es un sistema que ellos mismos crearon y funciona. Hay mucho que aprender de eso».

Concluye que la topografía de Caracas es sin duda una oportunidad, que entendernos ha sido difícil y que la mirada hacia afuera nos distrae de nuestros propios asuntos.

En este contexto de su reflexión aparece un importante proyecto de escala urbana que Emilia tiene la oportunidad de desarrollar en El Hatillo, acompañada de un equipo multidisciplinario de especialistas.



Proyecto: Althea.

EL BOULEVARD SUCRE

En 2021, el llamado para entonces Fondo de Valores Inmobiliarios, dueño de Paseo El Hatillo, invita a Emilia a proponer un proyecto para la zona que se encuentra entre el centro comercial y el lindero este del pueblo. La Alcaldía desplazó hacia otro lugar la parada de autobuses que se encontraba en ese terreno.

Paseo El Hatillo fue afectado por la crisis del país y el éxodo. Esa enorme edificación, que se construyó de espaldas al pueblo, quedó muy disminuida, mientras el pueblo mantuvo su vitalidad como alternativa habitacional, comercial y recreacional. El vacío dejado por la parada abrió una oportunidad de revitalización de la zona en beneficio de ambos.

El Fondo tiene la iniciativa de presentar una propuesta ante la Alcaldía, tutelada por Monteverde. Ella crea un equipo multidisciplinario para presentar un anteproyecto ante la autoridad municipal y el Instituto del Patrimonio Cultural por el carácter patrimonial del poblado.

«Fue una oportunidad muy interesante. Esa área tiene además una topografía inclinada, no es un espacio plano. Nos planteamos cómo aprovechar esas inclinaciones. Hacer una sola cota y mitigar la acera con el escalón. Al decidir hacer al peatón el protagonista, nos preguntamos cómo resolvemos las aguas. Inventamos llevar la pendiente al medio, por donde pasa el carro. Fue una experiencia increíble, trabajamos con profesionales muy calificados».



Proyecto: Boulevard Sucre.

«Ese tipo de estrategias las aplicamos también hacia la plaza Sucre, que era una suerte de fuerte amurallado y el acceso a la plaza era en su arte superior. Al pensar en una sola superficie, donde el escalón, que es el enemigo del peatón, se ha mitigado, se trabajó como una sola superficie de múltiples direcciones. Al mismo tiempo, del otro lado, se ganó un área nueva donde se estacionaban los autobuses. Nos dijimos “vamos a cederle una nueva plaza al pueblo” que, además, se convierte en un vínculo entre ambos. Se ganó un espacio para eventos: un espacio plano en contraposición y como espejo, con una plaza inclinada que funciona casi como gradería de lo que suceda abajo».

«Se implementaron muchos criterios europeos de cómo hacer ciudad, los bolardos que hacen el dibujo y unas esferas que funcionan como mobiliario urbano, más bien lúdicos, de libre interpretación. La otra estrategia fue no hacer líneas rectas, que sea el carro el que deba maniobrar y no el peatón».

El proyecto, que concluye en 2022, marcó un ascenso para Emilia Monteverde en su condición profesional y trajo consigo un enorme aprendizaje que la fortaleció en temas de gestión. Por otro lado, muchos de los arquitectos de ese equipo se incorporaron a lo que es hoy su actual oficina de arquitectura.

MRPUNTO

A partir del Boulevard Sucre, Emilia Monteverde y Daniel Arturo Rodríguez, su socio, formalizan la oficina y el equipo de su estudio, Mrpunto (mr.punto_), especializado en arquitectura adaptativa y en reutilización de estructuras.

De hecho, ese año 2022 representa una etapa muy productiva para la oficina, con más de tres proyectos entregados en simultáneo al de El Hatillo. A propósito de eso, Emilia ríe y afirma: «Esa etapa creo que me quitó años de vida».

Desde entonces todo ha sido crecimiento. Han hecho un trabajo apasionado y concentrado en el oficio. «Lo que buscamos con nuestra práctica es la coherencia, siempre con un cable a tierra hacia el mundo creativo. Al ejercer lo que queremos de manera muy integral, hemos podido crecer con el *input* de nuestros clientes. Los vemos como una oportunidad de inspiración, para poder crear algo único y especial».

«No nos casamos con un único estilo, siempre entendemos que el contexto te está comunicando, te está dando algo diferente. No imponemos un estilo. Nuestra filosofía está basada en el análisis *per se* de los contextos en los que se está implantando algo, allí está la génesis de poder decir que vamos a responder de una manera u otra».

Mrpunto está trabajando en proyectos muy diversos, como lo es la reforestación de una parcela privada al sureste de la ciudad para regenerar el bosque natural con especies de la zona, con un *promenade*, un espejo de agua, un mirador –para hacer una pausa y conectarse con la naturaleza– y un caney con bambú. Al mismo tiempo trabajan, entre otros, con un proyecto de arquitectura adaptativa en el que a partir de la estructura original han levantado una casa prácticamente nueva. Con un pórtico externo que aparece y desaparece hermosamente, y funciona como un chaleco de fuerza para ofrecer a la vivienda un sustento adicional. «Trabajo muy bonito que no tendrá ni un recuerdo de lo que era la casa anterior, con un umbral entre el adentro y el afuera. Ha sido muy emocionante».

Gracias a su amistad con el hermano de él, también ciclista y deportista, Emilia está casada desde enero de 2020 con Mateo Ferrando, ingeniero de computación que conoció justamente en uno de sus viajes a los tepuyes. Ha sido una unión perfecta, armoniosa, se complementan. «Somos como el yin y el yang, yo creativa y arquitecta, él muy abstracto y lógico».

Emilia siempre destaca su necesidad de preservar el espacio de creación: un lugar donde pueda silenciar el ruido de las demandas externas operativas. «Ahora tenemos una empresa, con un equipo que depende de nosotros. Esto me ha llevado a otras consideraciones».



Proyecto: Boulevard Sucre.

“Siempre entendemos que el contexto te está comunicando, te está dando algo diferente. No imponemos un estilo. Nuestra filosofía está basada en el análisis *per se* de los contextos”

Por fortuna, su socio Daniel también es complementario. Ambos son creadores. Él tiene una formación más técnica, con inclinación al diseño industrial, fortalezas en relaciones externas y en desarrollo de proyectos y una experiencia de siete años en Collectania. Han establecido una comunicación casi telepática: «Buscamos el mismo camino desde puntos de vista diferentes. Hemos hecho *click*, creamos una práctica muy completa que puede diseñar desde el espacio, el mobiliario e, incluso, el paisajismo. Ha sido una dinámica muy positiva».

Esto se vio bien reflejado en un trabajo muy apreciado por Emilia, Althea: «Fue un proyecto muy integral, nos compenetramos con la cliente. Nosotros mismos desarrollamos toda la señalética, el mobiliario y los detalles».

Emilia Monteverde siempre mira hacia adelante. Lo importante y satisfactorio en ese productivo recorrido profesional, en relativo poco tiempo, es que lo ha construido siendo fiel a sí misma y a su filosofía, afectos y pasiones. Uno de los nuevos retos, y no menos exigente, será, quizá, el de construir una familia con Mateo.



Emilia Monteverde con su socio de Mrpunto, Daniel Arturo Rodríguez.

PROYECTOS



Bambola

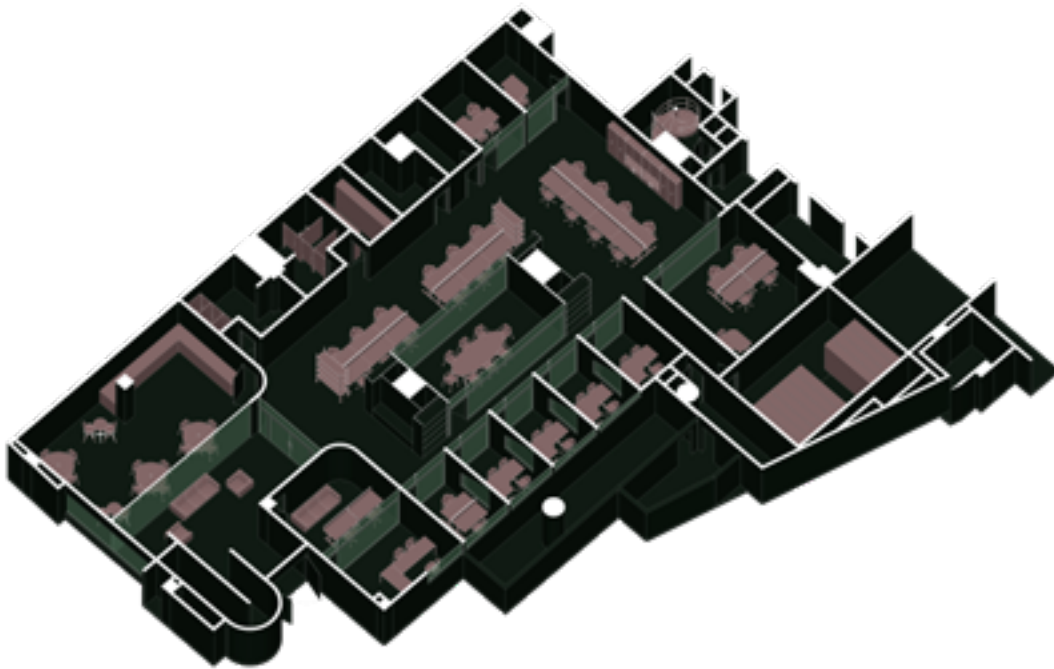
J-501757690





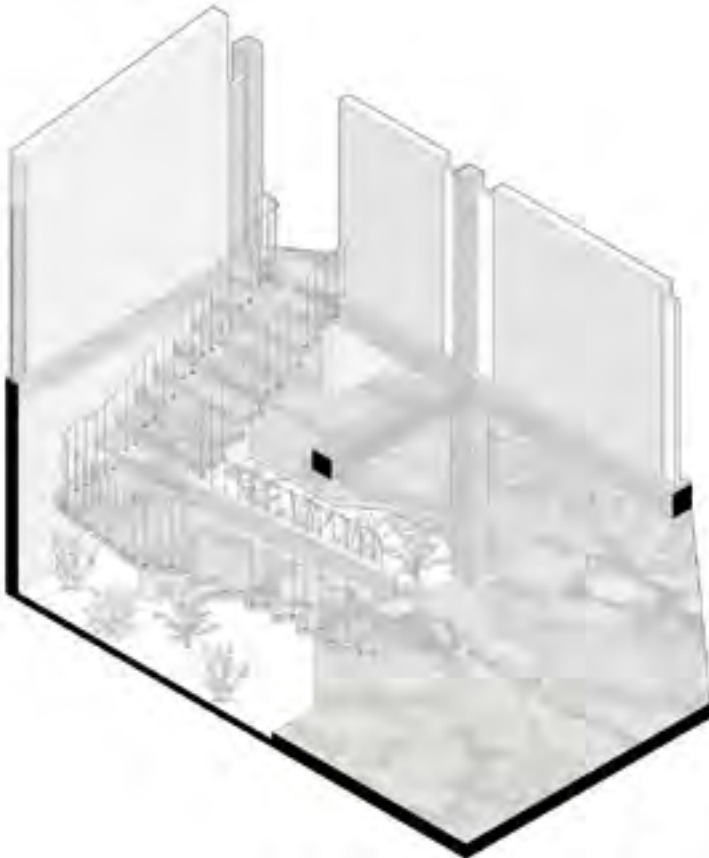
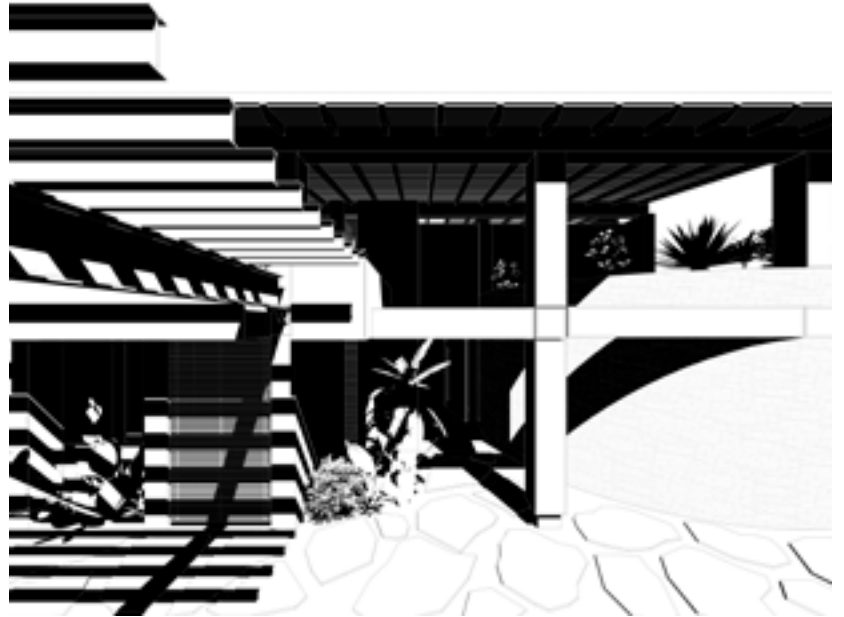
Proyecto: Bambola.





Proyecto: Bolsa de Valores de Caracas.





Proyecto: Caque.



— 1993 —

Daniel Arturo Rodríguez

«Me apasionan los detalles»

Nació en Caracas, en 1993. Papá, mamá y una hermana mayor fueron su núcleo más cercano, pero en la abuela Esther Díaz de Trujillo, licenciada en Artes por la UCV, estuvo la semilla de su profesión. Pasó de Estudios Internacionales a Arquitectura, y egresó de la UCV en el 2005. Uniendo piezas siente que realmente este era el camino. Se independiza laboralmente con Mrpunto, empresa en sociedad que ha estado a cargo de obras como Althea Herbolario en Los Palos Grandes y el Boulevard Sucre del Hatillo. A través de esta oficina practica la arquitectura en la que cree: respetar estilos, tendencias, procesos de desarrollo, sin dejar de sostener que para él lo que funciona son las atmósferas libres en las que erigir ideas marcadas por la especial atención a los detalles, calidad, materia, contexto, ritmo

@mr.punto_

 Ana Carolina Arias

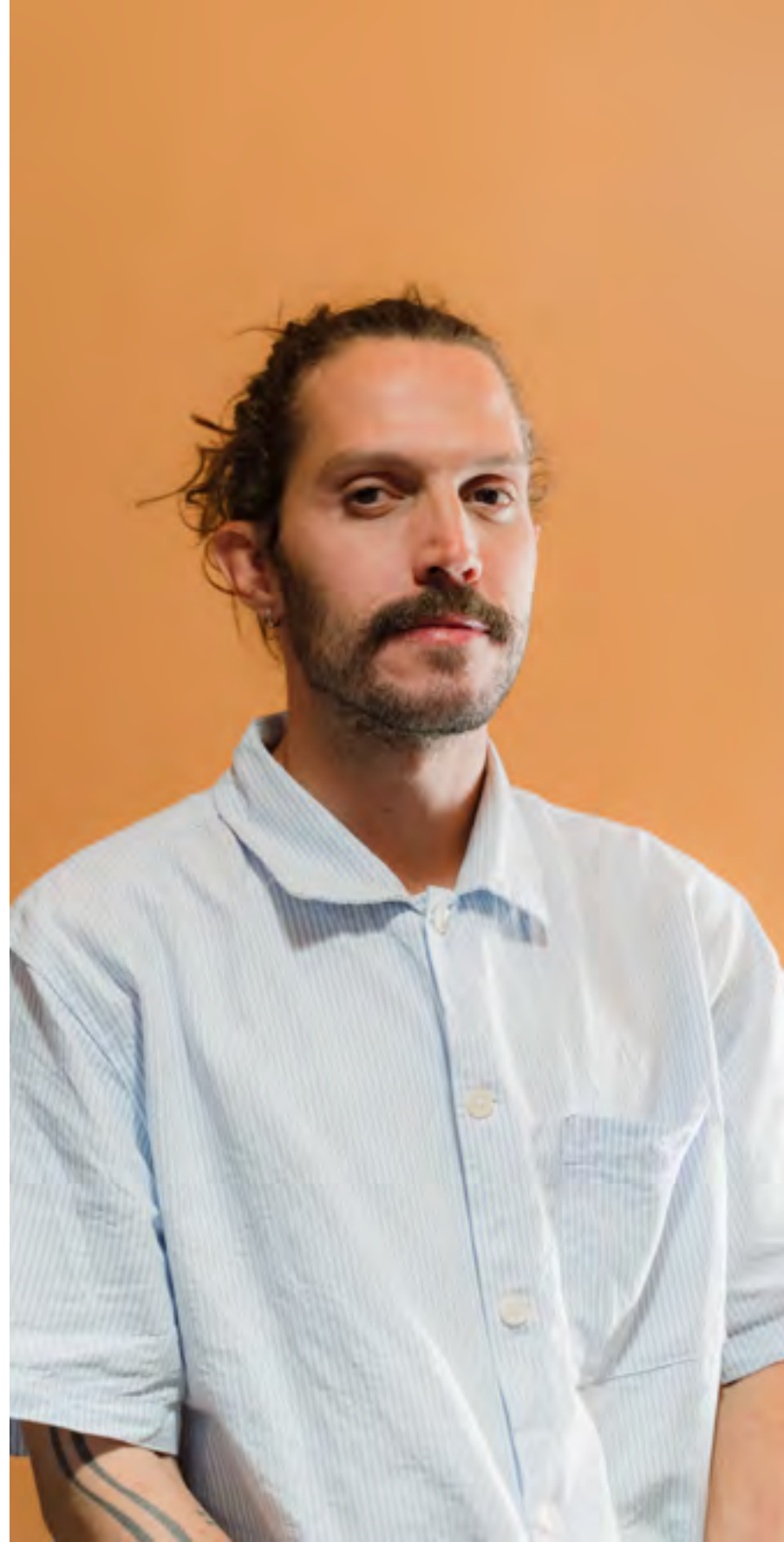
 Saúl Yuncozar, Luciano Ortiz, Mrpunto

«Cuando fui, vi, sentí y dije “es esto”, no tenía mucho que pensar». Así recuerda Daniel Arturo Rodríguez Trujillo el momento en que decidió inscribir la carrera de Arquitectura. El inicio fue otro. Misma casa de estudios: Universidad Central de Venezuela, pero distinta carrera: Estudios Internacionales.

«No estaba como muy claro en qué quería hacer cuando salí del colegio, y entre lo que tenía para escoger tomé Estudios Internacionales, pero más que por afinidad, porque tenía la universidad cerca».

Por esta normal duda, típica confusión y tal vez perdido horizonte postbachillerato, Daniel Arturo califica este inicio de estudios profesionales como «muy básico», pero, en la medida en que va buscando en su memoria, deja ver que en su interior y personalidad siempre hubo talento para proyectar gráficamente una idea, que en su entorno familiar había arte y que a la postre diseñar, planificar y hacer espacios habitables es lo que le alentaría sueños, alegría y grandes expectativas de vida.

Confusiones normales que encuentran claridad, como el hecho mismo de que la terminación de su apellido paterno es con «s», Rodrigues, por el origen portugués, pero en algún momento un documento apareció con «z», Rodríguez. «Es como ser dos personas al mismo tiempo, así que vas a tener que ponerlo con “z”».



EL PROYECTO DANIEL

Daniel Arturo Rodríguez Trujillo nació en Caracas, el 23 de abril de 1993. Vivió su primera infancia en Los Teques, estado Miranda, pero prontamente la dinámica llevó a la familia (papá, mamá y una hermana mayor) a buscar comodidad, y en el sector Colinas de Bello Monte, municipio Baruta, en Caracas, la encontraron. Y la historia se repitió porque actualmente, después de varios años, Daniel volvió al apartamento de toda la vida.

La escuelita Plaza Sésamo fue el primer contacto social, aunque en paralelo empezó en la escolaridad formal, en el Colegio Agustiniano Cristo Rey, en Santa Mónica, donde culminó bachillerato.

Durante casi dos años se mantuvo en la carrera de Estudios Internacionales, pero experimentar a través de una pasantía le indicó que por ahí no era. «Decidí que no quería seguir en Estudios Internacionales, pero en la Central sí porque ya estaba allí, y pensé estratégicamente, ¿qué puedo hacer aquí? Una amiga del colegio estaba estudiando Arquitectura y me puse en contacto con ella para preguntarle algunas cosas acerca de la carrera. Me empezó a invitar a sus clases y a sus entregas en Taller de Proyecto o Diseño, que es como la médula espinal de todo el currículo académico; empecé a ver los trabajos que se estaban haciendo en ese momento, empecé a ver gente con la que me sentía identificado, empecé a ver personas que se parecían más a mí. Se sentía como una onda de desarrollo intelectual distinto al que yo tenía. Y va a sonar sumamente bobo, pero la verdad es que cuando fui, vi, sentí y dije “es esto”, no tenía mucho que pensar». En el 2005 egresó de la UCV como arquitecto.

En realidad, su decisión no fue nada básica, fue la aplicación de un término o concepto que luego aprendería en su carrera, «diálogo entre el interior y el exterior», tal vez no consciente, pero que hoy día permite asegurar a Daniel que el camino que tomó es el que era.

«Siempre tuve más desarrollo artístico que científico. Siempre tenía inclinación por las cosas más abstractas que de razonamiento lógico. Obviamente fui superbueno en Dibujo Técnico, Educación Artística...», un por fuera que cobra peso en el por dentro, la sangre: «Realmente creo que mi abuela es una de mis mayores influencias en ese sentido».

LA INFLUENCIA

La abuela Esther Díaz de Trujillo, de temple e ímpetu marcado, no estudió cuando cronológicamente le correspondía, pero al enviudar tomó nuevas riendas, hizo Bachillerato en Artes, presentó la prueba de admisión en la UCV, obtuvo el cupo en la Escuela de Artes y pasados sus setenta años se graduó de licenciada en Artes.

«Eso siempre fue una influencia superimportante para mí, porque, además, ella toda la vida fue muy de hacer cosas con las manos. Siempre estaba ocupada haciendo algo que tuviese que ver con manualidades. Le gustaban los oficios. Casi todos

“Siempre tuve más desarrollo artístico que científico. Siempre tenía inclinación por las cosas más abstractas que de razonamiento lógico”

los cuadros que están en su casa son pintados por ella, unas esculturas loquísimas pero que en realidad son muy atractivas. En fin, el punto es que estuve como muy conectado con este lado desde pequeño, me encantaba dibujar o estar pintarrajeando cualquier tontería por ahí».

Para Daniel es como unir pedacitos, voces, recuerdos, ideas, que en su conjunto tienen coherencia. «Hubo una influencia artística durante mi desarrollo académico primario y secundario. Ahora veo que tiene sentido la influencia que tuvo mi abuela sobre mí, tiene sentido que siempre estaba pendiente de hacer tres garabatos en todos lados».



EMPIEZA EL CAMINO

Daniel habla de su tiempo de estudio como un periodo de formación integral, de posibilidad de escoger. Entre lo lleno y lo vacío, había una atmósfera para construir; entre lo horizontal y vertical, el espacio tenía un diálogo. La escala urbana o la escala mínima. Y no se fue a los extremos, escogió la fluidez del espacio porque le permite desarrollar su pasión: el detalle.

«La formación que se tiene en la Central es bastante integral, una instrucción muy diversa, variada o versátil con respecto a las distintas áreas de la arquitectura. Acondicionamiento ambiental, estudios humanos, diseño, y eso te lleva a ir decidiendo qué quieres».

Claro está, en medio de esa flexibilidad fueron apareciendo personas, referentes, guías.

«Ana María Marín es como mi mamá académica. Es quizá la persona a la que más le debo, porque durante mi desarrollo universitario hice con ella tres pasantías, fue de mis primeras profesoras cuando iba entrando a la Facultad y mi cotutora de tesis; una persona supertalenta que fue parte de la comisión que se encargó de la investigación y documentación para la inclusión de la Ciudad Universitaria de Caracas como patrimonio de la UNESCO».

Sigue la lista y destaca a José Luis «Chuchi» Sánchez, a quien describe como «extraordinariamente brillante», y, en efecto, es un artista plástico venezolano, arquitecto, museógrafo y docente, con premios y reconocimientos internacionales como el Gran Premio Bienal de Quito, Ecuador; Medalla de Honor del Museo del Vidrio, Ciudad de México; y en Venezuela, Premio Nacional en la categoría Diseño y Montaje de Exposiciones de la XIII Bienal de Arquitectura del Colegio de Arquitectos; entre otros.

Pero Daniel Arturo tiene también como gran referencial el ambiente mismo, la vida universitaria, sus propios pasos. «En los primeros semestres estaba en la universidad desde las siete de la mañana hasta las ocho de la noche. Literalmente todo el día en la Facultad. Aprendes mucho a hacer vida en la universidad, eres como un cangrejito ermitaño dentro de todas las facultades. Me acuerdo clarito de Ricardo Abella, mi primer profesor de la Facultad, la primera clase que vi. Estábamos sentados en un anfiteatro y él tenía un invitado italiano. Como era Historia de la Arquitectura I, nos dio una especie de paneo general por todos los periodos históricos, y para mí fue increíble ver a una persona tan joven, tan llena de conocimiento, con una pasión tremenda y ganas de volcarse hacia lo que estaba haciendo, porque la verdad eso te da ganas de seguir, y se convirtió más adelante en una figura bien importante en el desarrollo de un proyecto a escala urbana que se hizo en nuestra oficina».

Y por supuesto la cuarta referencia estuvo al inicio de la experiencia laboral. «Aún estudiando, trabajé en una empresa de firma que se encarga de proyectos de mobiliario, diseño de interiores de alta gama, y fue tremenda escuela, porque ahí descubrí que en realidad lo que más me apasiona es el tema del detalle; durante ocho años trabajé allí en escala de detalle».

MRPUNTO INICIA LA INDEPENDENCIA

Este tiempo le empezó a dar madurez a Daniel Arturo. Asumió que no le gusta encasillar los términos, «porque creo que en arquitectura las líneas entre arte y diseño están desdibujadas», por eso a la pregunta de si se define con un estilo en particular, la respuesta directa es no.

Buscando apaisar lo que ya estaba procurando como profesional, llega la independencia y con eso la posibilidad de posarse sobre el terreno que quería pisar. Mrpunto fue esa partida, una empresa en sociedad.

«Desde siempre pensamos que cada proyecto tiene su singularidad. Está bien si uno quiere pensar y tener un estilo, porque para muchos esa es su fórmula, pero a nosotros no nos encanta seguir el camino por donde nos adjudicamos un estilo y nos encasillamos en particular en ese estilo. Siempre se trata sobre conocer al cliente, conocer el contexto, conocer qué existe, qué preexistencias hay al afrontar y abordar el proyecto, para entender de dónde conseguiremos elementos por los cuales anclarse y generar un producto; pensamos que así es mucho más rico en contenido».

Claro que también reflexiona sobre esta postura firme, y dice, «no definirse con una identidad te aleja de tener un mercado o un nicho bien establecido, pero también te abre una posibilidad de no estancar el trabajo en una sola idea».

Sigue ahondando en su pensamiento, y considera que también tiene que ver con el tiempo en que le tocó estudiar, con el entorno y ambiente del país, pues de una nación



Daniel Arturo Rodríguez con su socia de Mrpunto, Emilia Monteverde Siso.

boyante pasó a una en crisis; entonces los maestros, las referencias, parecían muy lejanas: era necesario ir mucho más allá de lo que naturalmente era la formación, para evitar la sensación de una educación muy contenida o restrictiva en el pensamiento.

«Prácticamente toda la herencia que tenemos en la actualidad de lo que forma la ciudad o lo que forma el país fue erguida como resultado de la modernidad, y esto obviamente se aplaude, pero al mismo tiempo, hay demasiados pensamientos posteriores que desafían; así como la modernidad desafió todo lo que estuvo antes, también hay muchos pensamientos posteriores que ponen en jaque las maneras de operar de la modernidad, y creo que ahí es donde opera también la generación en la que yo estoy».

Cuenta la anécdota de haber estado en un evento reflexivo sobre su área, y surgió la inquietud del público de si podía estarse experimentando un renacer del postmodernismo, o una especie de neoculturalismo.

«Yo lo que creo es que hay una sobrenecesidad de siempre definir un estilo, siempre encasillarse como en una tendencia, en una corriente de pensamiento; y puede que suceda para algunos, pero para mí, o para nosotros, y es lo que hacemos en nuestra práctica, lo que nos va es desligarnos de eso».

Para Daniel hay una lógica. «Si el mundo siempre se está transformando y uno siempre se está cuestionando cosas, ¿por qué esta necesidad de definir? Si el periodo que viene después de lo que estamos viviendo ahorita lo vamos a poner en cuestión, porque siempre estamos en constante reinvención, ¿para qué encasillarse si siempre habrá algo más?».

Habla de un mundo cambiante, dinámico; de seguir siempre hacia adelante, de no quedarse en una sola idea. «Al final es mantener activo el pensamiento crítico, no en la crítica mala, sino en la crítica constructiva, poner un poco en jaque lo que antecede para reflexionar, y entender que hay cosas que se pueden hacer diferentes. Entonces no me parece que tenga mucho sentido encasillarse en un estilo».

En cuanto a la intencionalidad y lo que está detrás de cada idea, sobre la apertura para cada proyecto y las emociones que pueden reflejarse a través de ellos, afirma:

«Creo que la meta mayor o más grande que tenemos cuando abordamos proyectos en la oficina es que sean una experiencia en sí misma. Nos sumergimos en lo que se esté diseñando y eso genera una atmósfera, genera sensaciones, es una carga sensorial que tiene que transmitirse al cliente, a la persona que va a habitar ese espacio. Tratamos de que ese concepto, que es literalmente la parte inicial de todo el proceso de diseño, esté tan bien fundamentado que, desde el principio hasta el final, incluso durante y después de su construcción, sea inquebrantable. Que el resultado de lo que está hecho y el concepto inicial vayan tan de la mano que se pueda apreciar».





“Dentro del proceso de diseño, es interesante conocer sobre la historia del lugar que vamos a intervenir, para entender qué cosas conservar, qué cambiar, qué restaurar, qué destruir”

EL AVANCE

Como en toda profesión los códigos de ética son importantes, no solo los que corresponden a la generalidad del área, sino los propios que se establecen. En el ámbito de Daniel Arturo, esto significaría la posibilidad de que un cliente rechace un proyecto o, por el contrario, que busque influir para llevarlo a la transformación del pensamiento.

«Claro que hemos tenido clientes que nos han tocado la puerta y luego simplemente no se da, pero no pasa nada, el cliente decide tomar otra dirección y ya está. Pero también hay casos en los que hemos iniciado con una relación de intercambio, llegan con una idea y en el desarrollo de los encuentros terminamos haciendo una cosa completamente distinta».

Vuelve a su línea de los detalles, y afirma que, cuando un cliente les toca la puerta, el enfoque está en eso, en lo mínimo, el detalle, en lo más directo y que no sea repetitivo o recursivo con respecto a lo que ya se ha hecho.

«Buscamos siempre ser un poco singulares en lo que ofrecemos al cliente porque la verdad es que nuestra oficina nace de que no queremos hacer lo mismo que otros, siempre queremos buscar una visión un poco diferente, no sentir que lo que hacemos es un trabajo meramente comercial, y creo que eso es algo de valor».

Una manera de sostener esta búsqueda diferenciadora es trabajar con opciones: una propuesta radical y una conservadora, «entonces ahí puedes darle alternativas al cliente, y no es meter una bomba atómica, sino radical intelectualmente, en el sentido de que a lo mejor se requiere más intervención de lo que se pensaba».

Pero hay algo que sí preocupa a Daniel, lo que llama «la ciudad construida», es decir la extensión de tierra que está disponible. «El mundo es el mundo y ya no va a aumentar, solamente disminuye, pues las porciones de espacio disponible para construir van en reducción».

Sostiene que les interesa mucho reflexionar sobre qué es lo que está construido, qué espacio necesita un proyecto, qué es lo que describe un edificio, un local, un apartamento, una casa o lo que sea que se les entregue, cuál es su historia.

«Esto en arte tiene un nombre, se llama *provenance*, que es como el recorrido para saber de dónde proviene algo. Dentro del proceso de diseño, es interesante esta conceptualización de conocer sobre la historia del lugar que vamos a intervenir, para entender qué cosas conservar, qué cambiar, qué restaurar, qué destruir. Siempre es



Proyecto: Althea.

importante entender el contexto para poder abordar cómo vamos a resolver lo que sea que se nos esté presentando».

Comenta una propuesta reciente en la que participaron para un concurso de intervención urbana en Pampatar, en la isla de Margarita, y se enfocaron en un archipiélago, porque precisamente la historia de Nueva Esparta, región insular de Venezuela, habla de esa formación geográfica distinta al resto del país, y era como recrear en un espacio público la misma isla y el mar que la rodea.

Por eso Daniel sostiene que ya la experiencia le dice que cada proyecto es un desafío y cada uno tiene una manera de dejar algún tipo de aprendizaje.

«Es superinteresante verlo en retrospectiva porque a veces algo parece sencillo y en el camino es diferente. Lo que creo es que hemos tenido distintas escalas en las que hemos podido expresarnos. Hemos hecho cosas comerciales muy pequeñas, hasta cosas comerciales muy importantes. Obras de escala urbana y obras residenciales. Incluso proyectos que desafían el trabajo que se hace en la oficina, porque nos hemos involucrado también en temas de diseño gráfico e identidad, en los que hemos ideado hasta el último tornillito de ese local».

En este caso habla de Althea, en Caracas, proyecto y ejecución de obra a cargo de Mrpunto. «Sufrimos, pero el momento en el que se logró abrió tantas puertas para nosotros que se convirtió en un punto de honor». Althea es un herbolario que brinda opciones alternativas a la medicina tradicional, que ofrece la oportunidad de una vida más consciente, y su promesa en tienda es: «Un lugar donde la naturaleza, la ciencia y el arte no tienen fronteras», propuestas absolutamente referenciales a las que Daniel Arturo explica han desarrollado en su oficina de proyectos: espacios flexibles de detalle, calidad y libertad.

Y en esa amplitud destaca también la intervención en el ámbito urbano. Con orgullo suma al haber de Mrpunto un espacio público que les hace tener una huella dentro de la ciudad. «Participamos en un proyecto de escala urbana en El Hatillo, el Boulevard Sucre, con un alto valor patrimonial, un proyecto de reforma urbana que se convirtió en una bonita oportunidad».

El Boulevard Sucre es un espacio peatonal que se planteó como un proyecto de renovación urbana para conectar lo tradicional, la plaza Sucre, con lo moderno, el Centro Comercial Paseo El Hatillo. Creó un circuito más atractivo y funcional para residentes y visitantes. El logro es haberlo convertido en un lugar aceptado para el encuentro y esparcimiento, con eventos culturales y actividades para toda la comunidad, que a su vez promueve el desarrollo económico y social del municipio.

MAPEAR EL TIEMPO

«La verdad es que quisiera seguir dejando huellas sobre la ciudad, generar atmósfera, generar experiencia a través de lo que se construye, de lo que se remodela, porque en el resto del mundo hay muy buena arquitectura, pero también en Venezuela».

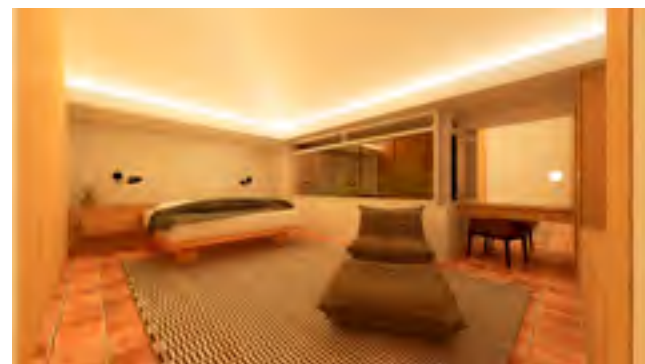
Y es que, lo que para cualquiera es un edificio, para Daniel Arturo es escala, es espacio, es materia cota, flujo. Y un terreno libre es para el arquitecto horizontalidad, configuración, diagrama, pendiente.

«Al final todo es como una manifestación creativa del ser humano. Me parece que la inspiración puede venir de cualquier lado. Música, arte, todo entra en la concepción de un proyecto, y en un mundo tan globalizado, yo creo que la inspiración viene de donde sea que uno quiera tomar referencias».

En todo caso, afirma, lo importante es ser capaz de defender y argumentar potentemente las conceptualizaciones, porque la inspiración puede venir de cualquier parte. «Hay conceptos que son muy transversales, equilibrio, tensión, ritmo, balance, cantidad. La tecla de piano tocándose de alguna manera particular es un ritmo, pero también es una sucesión de elementos estructurales y, al recorrer el edificio por dentro, te dan un ritmo que pareciera que estás escuchando el piano sonar».

Al menos este es el deseo de Daniel, y lo expresa cuando se le pregunta sobre qué le gustaría que la gente entendiera o valorara de su trabajo y profesión. «Cuando se hace un trabajo creativo en el camino puede haber frustración al pensar que no se entiende, pero es una cosa orgánica y poco a poco se va forjando una identidad, que voluntaria o involuntariamente se va también volcando sobre los proyectos que uno hace, y eso se va leyendo con más claridad a medida que pasa el tiempo. Y también por supuesto uno aprende en qué batallas meterse, saber qué cosas puedes sacrificar y qué no, por el bienestar del proyecto».

Como buen profesional de detalles, su necesidad es calma, tiempo, observación, por eso dice que quisiera algo de lentitud en el mundo. «Siento que ahorita vivimos en un mundo tan atorado que me gustaría que la gente pensara con criterio antes de hacer algo. Hay un desespero de resultados, de ya, y de no me importa», y ejemplifica esta idea con la ropa de sastrería que es perfección, frente a las piezas de industrias gigantescas que con tres lavadas se acabaron, o el panadero que trabaja con masa madre y toda la paciencia del mundo, ante una levadura sin fermentar que hace que el pan en tan solo horas se convierta en un mendrugo.



Proyecto: Pura vida.

“ Quisiera seguir dejando huellas sobre la ciudad, generar atmósfera, generar experiencia a través de lo que se construye, de lo que se remodela ”

«Siento que el hacer de oficio se ha perdido con la transformación y el crecimiento del mundo, que la gente no le presta atención a la calidad de las cosas. En la arquitectura lo vemos, mira todo lo que han aguantado las edificaciones de la antigua Roma o del Renacimiento, hay todo un bagaje cultural e histórico aún erguido. Por qué el David de Miguelángel está ahí todavía existiendo, y es una pieza esculpida por una sola persona. Antes había más atención a la calidad que a la cantidad. Ahorita es, vamos a Las Mercedes, tumbamos cuatro casas y levantamos un gran edificio lleno de oficinas».

Su crítica incluso es porque destaca que el modelo y concepto de oficina cambió, por eso le gustaría que la gente reflexionara, que se tomara el tiempo para pensar acerca de qué es lo que quiere hacer, por qué quiere hacerlo, y tomar seriamente el tema de la calidad y la atención al detalle.

«Quiero creer que nosotros en la oficina hacemos un poco de eso; no es diseñar por diseñar, es invertir tiempo en pensar, porque fuimos educados para eso, invertir energía en el producto que se va a proponer y que se va a construir».

“Si el mundo siempre se está transformando y uno siempre se está cuestionando cosas, ¿por qué esta necesidad de definir un estilo?”

EL FUTURO



Proyecto: Pura vida.

«En cada proyecto de la oficina tratamos de ser controversiales, en el sentido de que nos retamos a nosotros mismos, para no hacer lo mismo. Claro que es difícil porque al final somos una oficina que debe ganar dinero para seguir adelante, pero nos esforzamos en respetar ese espacio de laboratorio porque eso también enriquece. Es como viajar, es una ventanita para respirar y después volver y sentirse enriquecido culturalmente y ver con qué cosas de esas te quedas».

Por eso la pregunta de qué proyecto quisiera llegara a la oficina que hasta ahora no ha llegado lleva a Daniel Arturo a pensar en cero. «El proyecto que quisiera, aunque sea un sueño, bueno, no es tan sueño porque solo se requiere que se muevan ciertas piezas estratégicas, es que me encantaría hacer una casa desde cero», y recalca, «o sea, pero de cero, de cero».

Con esto se refiere a un terreno vacío, o que por condiciones externas haya que demoler una casa existente. «Porque sí hemos hecho intervenciones bien agresivas, digamos, donde hemos prácticamente dejado solo la estructura y la casa cambia por completo. Pero de cero, cero, nunca hemos hecho una casa», y revela que hace poco se les presentó la oportunidad, y es una propuesta que todavía está sobre la mesa.

En esta idea Daniel Arturo refleja lo que le caracteriza: es un amante de las cosas sencillas, pero con detalles, sobrias, de calidad. «Una casa bien sencillita creo que



Proyecto: Pura vida.

“Este libro es una alegría para mí, porque es un reconocimiento a lo que hay en nuestro país. Me da mucha esperanza porque aquí veré a colegas y a esa gente ultra talentosa que está activísima”

me encantaría», y resalta que en el desarrollo laboral reflexivo le dan gran importancia al hábitat en general, ya que reconoce que una casa es el espacio particular, muy personal de cada quien, «y como todo el mundo vive distinto, los resultados siempre son distintos. Por eso trabajar de la mano con alguien desde el inicio, entender cómo es esa persona o ese grupo de personas y manifestar eso en el lugar donde van a vivir, como el alma de esas personas en ese lugar, me parece una oportunidad superbonita».

Más profundamente, en una reflexión sobre el país, Daniel Arturo comienza señalando que respeta la decisión de quienes han decidido marcharse, de hecho, su papá y su mamá están en Portugal y su hermana en Canadá, pero también respalda a quienes están en el país.

«Este libro es una alegría para mí, porque es un reconocimiento a lo que hay en nuestro país. Me da mucha esperanza porque aquí veré a colegas y a esa gente ultra talentosa que está activísima, y que contra viento y marea creó una adaptabilidad, una resiliencia que no solamente aplica a la arquitectura, sino a otras áreas como bien lo resaltan ediciones pasadas de esta serie. Es bonito ver cómo la gente busca maneras de reinventarse y de hacerse presente, incluso contra la adversidad, porque se trata de remar hacia el mismo lugar, y me contenta mucho ver que, independientemente de lo que está pasando, se destaquen tantas cosas buenas, incluso porque eso habla de idiosincrasia, de lo que realmente es Venezuela, de Caracas, de la ciudad».

Además, siempre asegurando la importancia del contexto, enfatiza que destacar lo actual es una manera de rendir honor a quienes han sido inspiración. «Cualquiera de las obras de Carlos Gómez de Larena es tremenda referencia de la arquitectura en Venezuela; igual que Jimmy Alcock, arquitecto venezolano-británico, individuo de número XXXIV de la Academia Nacional de Ingeniería y del Hábitat de Venezuela; o Klaus Heufer, un venezolano adoptado que entendió a la perfección la arquitectura tropical venezolana», todos una gran influencia para dar forma a la visión creativa de la arquitectura venezolana.

PROYECTOS





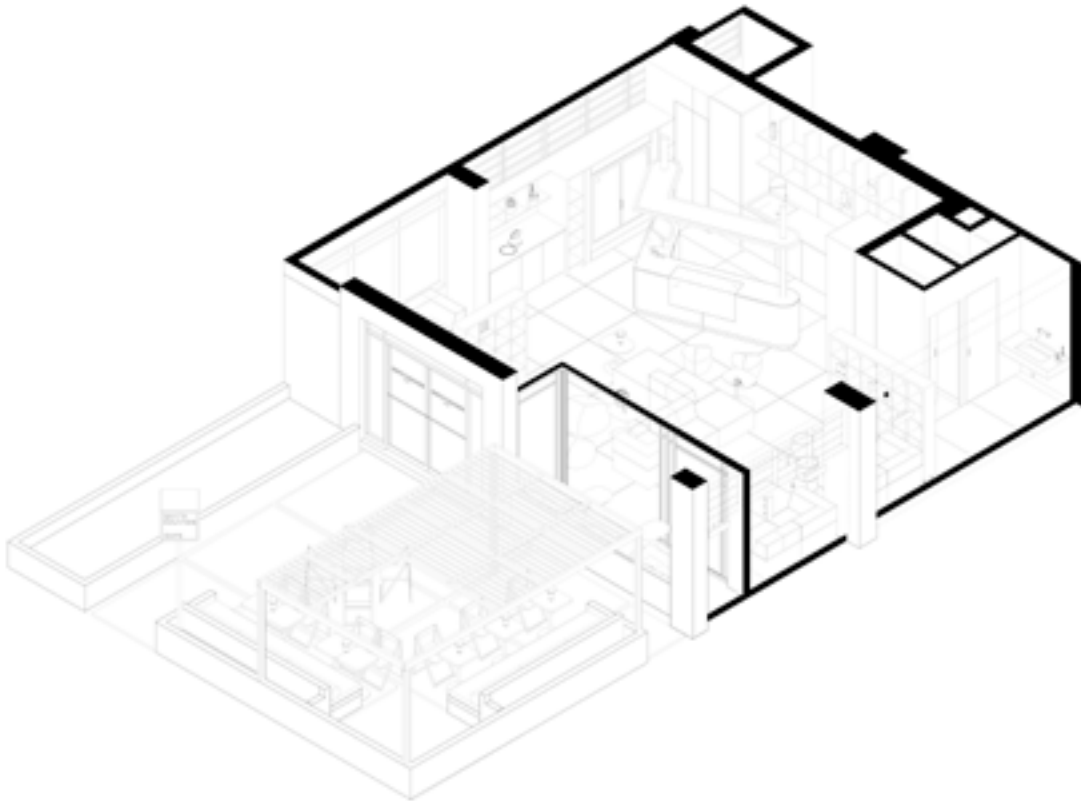


Proyecto: 2605.



PAYSANDÚ





Proyecto: café Santa Eduvigis.

MISENPLAS

MISENPLAS

ICELOVE





Proyecto: Misenplas.



— 1994 —

Elisa Rendo

«Pienso en arquitectura todo el día»

Arquitecta egresada de la USB especializada en interiorismo, nace en Caracas en 1994. Entre las experiencias internacionales que enriquecieron su sensibilidad, se hallan el intercambio que cursó en la Universidad Politécnica de Madrid (2015-16) y la maestría en Interiorismo en la Scuola Politecnica di Design de Milán (2018-19). Su propuesta de diseño consiste en “organizar el espacio” usando la menor cantidad de elementos para que la misma arquitectura defina las áreas internas, sin sobresaturarlas. Para lograrlo, cuida en especial las visuales, la sostenibilidad, la relación con la naturaleza y la iluminación, y controla todos los detalles técnicos a través de la metodología BIM. Desde 2021 codirige el estudio Primaforma con Saverio Ciliberti, su socio, con quien realizó uno de sus primeros proyectos: una posada en La Guaira, y de allí pasaron a abordar escalas más grandes. Así como diseña con mirada arquitectónica, también lo hace desde el trópico: tomando en cuenta, siempre, el paisaje

@primaforma_

 Rosbelis Rodríguez

 María Elisa Manzur, Diego Grandi Office, Outervision

Elisa Rendo creció en Caracas rodeada de experiencias que inconscientemente moldeaban su vena artística y su ojo organizado. Experiencias que, con el tiempo, forjarían su vocación de arquitecta, un llamado que fue reconociendo poco a poco, sin grandes revelaciones ni cambios.

Por un lado, Elisa se exponía al arte, la armonía y la libertad en las clases de piano que ocuparon toda su niñez, en el gusto por dibujar, en los deportes y caminatas al aire libre y en las subidas constantes al Ávila. Por el otro, encontraba el orden y la estructura en la escuela –religiosa y femenina– a la que asistía y en los planos de construcción y las conversaciones sobre ingeniería civil que escuchaba de sus padres.

ALGO NATURAL

Aunque Elisa es hija de ingenieros civiles y sobrina de una Arquitecta, no cree que el entorno familiar la haya condicionado para dedicarse a la arquitectura; por el contrario, recuerda que la elección fue más bien algo natural.

«No siento que mi familia me haya influenciado para estudiar Arquitectura. No hubo un episodio en particular que me hiciera decir “eso es lo que yo quiero estudiar”. No sé si se debió a mi curiosidad por entender los planos y dibujos que me rodeaban, pero quizás hacia el final del bachillerato, cuando veía a mi mamá trabajar, me empecé a inclinar más conscientemente por el interiorismo, así que cuando me tocó decidirlo, fue algo muy natural, simplemente sabía que lo mío era diseñar espacios.



Lo que tenía claro es que quería estudiar una carrera universitaria que me sirviera de base para luego especializarme, que es lo que terminé haciendo. Pero sí, yo diría que, si naciera otra vez y tuviera que elegir otra vez una carrera, elegiría Arquitectura».

Otra elección *natural* –por partida doble– fue la de la universidad. Para Elisa, a quien siempre le ha encantado estar en contacto con la naturaleza, el campus perfecto tenía que ser el de la Universidad Simón Bolívar, por el paisajismo que lo caracteriza. «En mi familia hay varias personas que estudiaron en la Universidad Simón Bolívar, que en comparación con la Universidad Central de Venezuela tiene un campus mucho más verde, más armónico, más como el entorno que me ha gustado siempre. Recuerdo que de pequeña era costumbre ir los domingos en familia a hacer picnic y montar bicicleta. Yo, de traviesa, me perdía por las instalaciones de la universidad, que en ese momento se me hacía gigante. De alguna manera nunca dudé que iba a estudiar allí».

Sin embargo, esa naturalidad al seguir su vocación no significó que el pregrado en la USB se le hiciera fácil. Elisa hace el recuento de sus años de formación como un proceso lento y gradual: «Cuando yo comencé, la carrera no se me daba. Sí tenía cierta habilidad espacial, podía entender el espacio 3D y tenía eso que siempre te dicen: que “dibujas bien”, lo cual ayuda, pero al final no tiene tanto que ver. A mí en los primeros diseños me iba muy mal, no entendía lo que era la arquitectura. No entendía, por ejemplo, qué significaba darle toda la primacía a la arquitectura para que ella definiera por sí sola el espacio interno, porque yo venía con la idea de diseñar espacios interiores, y me costaba ignorar cómo se iban a ver esas edificaciones por dentro. Por eso realmente tuve un crecimiento muy lineal en la carrera: desde empezar muy mal hasta comprender, paso a paso y con la crítica de los profesores, cómo abordar mejor los proyectos».

VIAJAR ES LA MEJOR MANERA DE APRENDER

El pregrado en Arquitectura en la USB le proporcionó a Elisa la oportunidad de hacer un intercambio de un año en la Universidad Politécnica de Madrid, entre 2015 y 2016, junto a Oriana Álvarez, compañera de la carrera. Este viaje de estudios fue una de las etapas más enriquecedoras para Elisa en términos de aprendizaje sobre diseño, pues pudo adoptar referentes nuevos y escuchar críticas variadas sobre sus propuestas por parte de profesores extranjeros.

Más adelante, durante la maestría en Diseño de Interiores en la Scuola Politecnica di Design de Milán, entre 2018 y 2019, conoció estudiantes con gran talento y que, sin embargo, venían de disciplinas distintas a la arquitectura. La apertura a puntos de vista tan heterogéneos, sumada al estilo de vida peatonal europeo de recorrer ciudades rebosantes de diseño a pequeña y gran escala –desde las exquisitas vitrinas de moda hasta grandes e innovadores edificios–, hizo de esta la fase más inspiradora en su formación. Los viajes de estudio la ayudaron a forjar su identidad como arquitecta y diseñadora, y a esclarecer sus propias ideas sobre la esencia de su profesión.



«Al sol de hoy yo pienso que la carrera no te enseña a ser arquitecto; te lo enseña la investigación. La carrera es una excusa para investigar, una oportunidad, un tiempo que te dan para aprender referencias y, si tienes la oportunidad de viajar, esa es la mejor forma de aprender. Yo afortunadamente tuve profesores tanto en la USB como afuera de los que aprendí muchísimo. Escuchar el criterio de otros profesionales te permite formar el tuyo. Y no solo otros profesionales, sino personas con una gran pasión y sensibilidad por lo que hacen. En Italia, durante el máster, por ejemplo, conocí personas que no habían estudiado una carrera afín, pero que indiscutiblemente eran diseñadores. Eso fue muy interesante porque para mí ellos eran arquitectos, por su forma de pensar y por su sensibilidad. Creo que en esa sensibilidad al abordar el espacio es que está realmente el oficio de la arquitectura. Si tienes esa curiosidad por ver y formar tu criterio, por criticar algo y entender por qué te gusta o por qué no, ya puedes ser capaz de proyectar lo que para ti está bien».

Al momento de definir en qué consiste ser arquitecto, Elisa no titubea. En su opinión, un arquitecto es, en pocas palabras, un traductor: «Para mí, un arquitecto es una persona lo suficientemente sensible como para traducir en una espacialidad los sentimientos que se quieren causar en la persona que la está habitando. Eso va desde diseñar un salón que te haga sentir incómodo, si eso es lo que quisieras, hasta diseñar la habitación más confortable y relajante posible. Porque un arquitecto se tiene que adentrar en el mundo del cliente, tiene que entender muy bien cómo piensa, vive, se mueve. Tomando en cuenta todos esos factores llegas a unos niveles de sensibilidad que te ayudan a conectar perfectamente con el proyecto y con el cliente. Esa habilidad, considero yo, es lo que diferencia a un arquitecto de otro».

PROYECTAR LA CARACAS FUTURA

A su regreso del intercambio en Madrid, Elisa desarrolló su trabajo de grado junto a Oriana. Decidieron proyectar en Caracas. Comenzaron estudiando la historia, la arquitectura, la demografía y el funcionamiento de la ciudad para finalizar con una propuesta arquitectónica de escala urbana que creara más áreas públicas y aprovechara el patrimonio existente en dos centros neurálgicos: Las Mercedes y el Centro de Caracas.

«La tesis es una proyección en el tiempo que comienza en el pasado, en entender la historia de esos sectores, y termina en la proyección a futuro de cómo se pueden programar esos cambios, que son inherentes a una ciudad, introduciendo edificios nuevos, o interviniendo edificios que son patrimonio histórico o cultural, no para derribarlos, sino para transformarlos y darles usos nuevos. Cuando la arquitectura

“*A fin de cuentas la arquitectura es para la gente*”

construida bajo viejas ordenanzas ha quedado obsoleta, la respuesta habitual en la ciudad –en especial por parte de la industria inmobiliaria– ha sido destruir por completo, incluso edificios de valor histórico, y construir de cero con las nuevas ordenanzas. Lo que propusimos en la tesis fue un balance en ese sentido: no tienes que demoler todo, puedes adaptarlo».

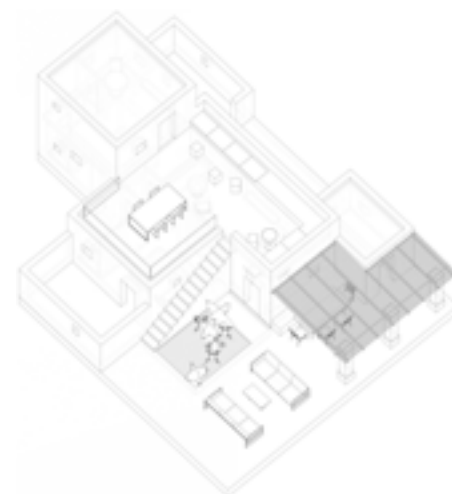
La investigación de Elisa y Oriana partía del supuesto de que todas las ciudades cambian y deben estar preparadas para asumir esos cambios, bien sea que se deban a desastres naturales, a planes de renovación, a aumentos de densidad poblacional, o incluso a modificaciones en las ordenanzas municipales. Y del supuesto de que una ciudad heterogénea en su planificación y diseño –como lo ha sido naturalmente Caracas– puede admitir los cambios y actualizaciones necesarios.

«Caracas es como un *collage*, una mezcla de retículas ordenadas y desordenadas, y por eso mismo puede ser una ciudad muy adaptable a futuro. Si bien la nuestra es una proyección a escala urbana, también hay algunas intuiciones arquitectónicas, como por ejemplo tomar espacios de estacionamientos vacíos, de azoteas que se usan hoy en día para instalar maquinaria, de espacios subutilizados entre un edificio y otro, para reutilizarlos y hacer surgir ahí otra tipología de edificación que genere actividades sociales».

Elisa confiesa que uno de los aspectos que más le preocupa es la movilidad urbana y la manera en que el vehículo ha moldeado el desarrollo de Caracas. Esa inquietud la llevó a repensar en su tesis la dinámica de la ciudad que, desde la modernidad, relegó al peatón a un segundo plano.

«En Caracas, se han logrado recuperar varios espacios subutilizados para destinarlos al peatón, pero son intervenciones aisladas; aún falta mucho para lograr una continuidad en la ciudad. De ahí que una de nuestras propuestas centrales fuera entender los distintos sectores de Caracas como sub-sistemas urbanos que eventualmente podrían relacionarse entre sí y formar parte de un sistema mayor, donde se pudieran generar núcleos peatonales y reconquistar espacios que hoy están tomados por el tráfico».

La pregunta clave en el diseño de la Caracas del futuro, apunta Elisa, es «cómo reequilibrar la ciudad y devolverle la escala humana. En mi caso, empezar a correr fue una manera de descubrir la ciudad como peatón. Las dos mejores oportunidades para recorrer Caracas han sido, para mí, en una marcha política y en una carrera. En ambos casos, gracias al cierre de las autopistas y avenidas».



Proyecto: casa Cristagalli.

“Caracas es como un *collage*, una mezcla de retículas ordenadas y desordenadas, y por eso mismo puede ser una ciudad muy adaptable a futuro”

PROYECTAR EN EL TRÓPICO

Tras finalizar su maestría en Italia, Elisa regresó a Venezuela en diciembre de 2019 «a pensar». En Italia, tenía una oferta de trabajo en interiorismo que no le entusiasmaba, ya que le parecía cada vez más claro que su deseo era dedicarse a la arquitectura; en Venezuela, tenía la posibilidad de trabajar en equipo con gente conocida y talentosa o incluso de crear su propia oficina. Las limitaciones de movilidad impuestas por la pandemia en marzo de 2020 la hicieron decantarse definitivamente por su ciudad natal, así que luego de elaborar un proyecto independiente, se incorporó como asistente a un proyecto del estudio Enlace Arquitectura. Ahí, su tarea consistía en ayudar a certificar un hotel bajo el estándar norteamericano de sostenibilidad LEED (Leadership in Energy and Environmental Design).

«Fue un reto porque me hizo entender y estudiar un proyecto desde el punto de vista de la sostenibilidad: cuánta luz natural entra a las habitaciones, cuánta ventilación, qué materiales se están utilizando, cómo son las prácticas de construcción, cuánto es el consumo de energía en los artefactos eléctricos, del aire acondicionado, de la iluminación, del agua en las piezas sanitarias, etcétera. Puede ser algo pesado teórica y técnicamente a veces, pero sin duda fascinante porque te enseña cómo diseñar una edificación tomando como premisa que la arquitectura y el entorno deben estar en la mayor armonía posible».

Según Elisa, al trabajar en el trópico esta premisa ya está en gran parte adelantada, pues los pocos cambios de clima facilitan que haya buena iluminación natural y una climatización sostenible. También declara sin rodeos que lo que más le gusta del trópico es la posibilidad de incluir el paisaje y la naturaleza en los diseños. En ese sentido, está segura de que la decisión de quedarse fue la correcta:

«Si hago el ejercicio de proyectar en otros países, ya me encuentro con todas las implicaciones que conllevan un invierno muy frío o un verano muy caliente. Considero que las estaciones, los largos meses de luz u oscuridad, suponen un reto adicional. En cambio, siento que el trópico, por su clima estable a lo largo del año, ofrece condiciones favorables que contribuyen con varias de las estrategias sustentables. Yo siempre he creído que el ser humano tiene que estar en contacto con la naturaleza y el trópico facilita adentrar el entorno en los edificios. No es perfecto, claro, algunos clientes se quejan de los insectos, pero aparte de eso solo le veo ventajas».

“Nos obsesiona la etapa conceptual de cada proyecto: esa idea inicial que, no importa las herramientas o la inteligencia artificial que utilices, siempre dependerá de un criterio y una sensibilidad humanas”

Proyecto: casa Cristagalli.

HITOS: DE LA POSADA A LA METODOLOGÍA BIM

Luego de su participación en el proyecto de sostenibilidad, Elisa codiseñó otros proyectos junto a María Virginia Millán y a Saverio Ciliberti, su actual socio, sin afiliarse a ninguna firma particular ni a un estudio de arquitectura. Uno de sus primeros proyectos significativos lo desarrolló junto a Saverio. Se trató de una posada en La Guaira: ocho habitaciones frente al mar, en un terreno difícil y que acabó cambiando durante el proceso.

«La posada fue un hito porque era nuestra primera obra en ejecución, con todos los desafíos que eso implica: la logística de ir hasta allá, la coordinación con todo el equipo y la adaptación de todo el proyecto a un nuevo terreno. Sin embargo, descubrimos que es una escala de uso público, pequeña, con la que nos sentimos muy cómodos, y nos dio la confianza para abordar escalas más grandes».

No obstante, el verdadero salto en la carrera laboral de Elisa llegó con la adopción definitiva de la metodología BIM (Building Information Modeling), una herramienta que su padre le había enseñado a usar al inicio del pregrado en Arquitectura.

«Dentro de la metodología BIM, el *software* que nosotros utilizamos actualmente, Autodesk Revit, permite visualizar en un modelo 3D no solo la arquitectura, sino también las instalaciones eléctricas, sanitarias, mecánicas, entre otras. Así, podemos detectar errores antes de construir y tomar mejores decisiones de diseño. Al final de la carrera yo ya sabía usar BIM, pero no lo había aprovechado tanto como ahora en la oficina. Ahora Saverio y yo estamos trabajando en una casa en la que hemos podido hacer uso intenso de esta herramienta. Creo que esta casa puede ser un hito también, en el aspecto técnico, porque nos ha permitido atajar cualquier cantidad de errores que suelen solventarse en el sitio durante la obra y asumir responsabilidades no solo de arquitectos, sino de coordinadores y de gerentes de proyectos. En Venezuela BIM aún no tiene tanta presencia como en otros países, pero para nosotros es clave y se ha convertido en nuestra herramienta de cabecera».



Proyecto: posada Pie de Mar.



“Primaforma tiene que ver con la manera original de hacer las cosas: ‘prima’ alude al origen, a la esencia de un proyecto; ‘forma’, a cómo lo materializamos, a la manera de proyectar”

PRIMAFORMA

El estudio que hoy dirigen Elisa y Saverio nació casi por accidente. Durante la pandemia, su socio, también egresado de la USB, la había contactado para un concurso de oficinas poco después de que ella regresara de Italia. «Tuvimos que trabajar por videollamada, y aunque no ganamos, descubrimos que nos complementábamos bastante: yo soy de pocas palabras y muy detallista; y él es más extrovertido y comunicativo, se le da muy bien la comunicación con el cliente». Luego se dedicaron al anteproyecto de una casa y, aunque el cliente quedó encantado, rechazó la propuesta de ambos.

«Para hacer el cuento corto, nos dijo: “Si tuvieran más experiencia o un nombre consolidado, trabajaría con ustedes porque tienen buenas ideas”. Esa frase nos empujó a fundar Primaforma». Fue una conversación amena, en una cafetería. Ambos reconocieron que su dinámica de trabajo era excelente, así como los resultados en términos de diseño, pero necesitaban crear una sociedad, un nombre en común. En paralelo, les había surgido una oferta de alquiler de oficina en Las Mercedes –donde se encuentra el estudio ahora–, así que la ocasión no pudo ser mejor.

«Saverio dejó a un lado la marca personal que había creado y creamos Primaforma. Lo primero que se nos ocurrió fue el nombre, y luego nos dimos cuenta de que las dos palabras juntas reflejan nuestra filosofía de trabajo. Primaforma tiene que ver con la manera original de hacer las cosas: “prima” alude al origen, a la esencia de un proyecto; “forma”, a cómo lo materializamos, a la manera de proyectar. Nos obsesiona la etapa conceptual de cada proyecto: esa idea inicial que, no importa las herramientas o la inteligencia artificial que utilices, siempre dependerá de un criterio y una sensibilidad humanas».

Elisa se entusiasma al calificar la sede de Primaforma como «otra casa más». Además de Saverio, comparte el espacio con su esposo Diego Mendoza –quien administra la oficina–, dos arquitectos y dos pasantes. «Es un ambiente muy familiar el que se ha creado. Cero corporativo. En la oficina hay mascotas, hacemos reuniones, va la familia, hemos hecho incluso parrilladas. Nosotros nos mostramos como somos, llevamos nuestra forma de vivir y nuestras experiencias de vida a la oficina y al momento de proyectar porque esa también es una manera de conectar con el cliente. Personalmente, creo que no se trata tanto de cómo traigo la Elisa arquitecto a casa sino de cómo la Elisa de casa va al estudio de arquitectura».

Si bien en Venezuela a veces es cuesta arriba conseguir variedad de acabados o equipamiento para los diseños, Elisa está convencida de seguir haciendo proyectos en Caracas y a la vez aspira a darle a Primaforma un carácter internacional. «Nosotros

queremos que Primaforma siempre tenga base en Caracas porque el estudio surgió de una decisión consciente de ambos de proyectar acá con lo aprendido en el exterior, pero también queremos expandirnos. Hoy en día todo se ha globalizado tanto que sería una tontería no abordar proyectos fuera de Venezuela. Yo siempre sueño con que mis amigos que están afuera regresen y encuentren Primaforma a su disposición para ejercer en su país. Queremos que nuestro estudio permanezca en el tiempo y siga expandiéndose tanto en escalas de proyectos como de personas».

Lo que distingue a Primaforma es su propuesta integral que combina arquitectura y diseño interior, con el respaldo de la veracidad que garantiza la metodología BIM. La estética del estudio es contemporánea: líneas limpias y rectas, predominio de las formas geométricas, curvas que compensan algunos ángulos rectos, un diseño de iluminación generoso pero no abrumador y una decoración sobria con plantas naturales como puntos focales. En suma, espacios provistos de pocos elementos y que sin embargo se sienten llenos. A esto, Elisa le llama «espacios no sobredesarrollados», y esa es una de sus grandes premisas al diseñar.

ORGANIZAR EL ESPACIO

Elisa se dedica por entero a la parte creativa y de desarrollo de los proyectos, puede pasarse todo el día viendo referentes en internet, en revistas, en películas, y compartiendo sus ideas con Saverio, quien comparte su gusto arquitectónico. La génesis de un proyecto es claramente la gran pasión de Elisa:

«Lo que más me gusta es ordenar el espacio, iniciar un proyecto entendiendo cómo la relación entre sus componentes puede crear un área que no solo funcione, sino que también tenga interés formal y te invite a recorrerla. En fin, elaborar esa parte inicial que es conceptual. Todo el tiempo estoy consumiendo diseño y preguntándome cómo resolver el espacio pensando en qué actividades se van a realizar ahí con la menor cantidad de objetos y elementos posible. Se le puede dar forma a un espacio para que sea complejo en concepto y sencillo visualmente, sin que se sienta sobredesarrollado».

«Cuando yo estudiaba interiorismo en Italia, todos los profesores me decían: “Tienes una manera muy arquitectónica de diseñar interiores”, y yo no lo entendí hasta el final. ¿Qué significaba eso? Creo que significaba aquello que yo no entendía al principio del pregrado: que la propia arquitectura defina el espacio interno. No tienes que estar poniendo demasiados muebles para definir los espacios, sino que una pared puede ser en sí misma un mueble. Ordenar el espacio con la menor cantidad de componentes, creo que ese es el estilo que hemos venido desarrollando Saverio y yo, y de ahí Primaforma, con influencia también de referentes como Marcio Kogan, por ejemplo, que tiene una manera muy particular de organizar el espacio».



“No tienes que estar poniendo demasiados muebles para definir los espacios, sino que una pared puede ser en sí misma un mueble”

LA BÚSQUEDA CONSTANTE DE INSPIRACIÓN

El proceso creativo de Elisa se nutre de un diálogo constante entre referentes latinoamericanos y europeos. Aunque encuentra en Marcio Kogan y otras firmas brasileras soluciones de diseño adaptables al trópico, en sus investigaciones siempre vuelve la mirada a Europa.

«Siento que aquí no hay tanta fuente de inspiración como la hay afuera. En Europa uno está rodeado de estímulos constantes: eventos, ferias, competencias, todas las marcas en todas las áreas de diseño, desde industrial hasta arquitectónico. En Italia, particularmente, uno puede abrumarse solo con el diseño de vitrinas que cambia todas las semanas». Ella misma vivió esta inmersión cuando le tocó diseñar una vitrina durante su estadía, algo que hoy valora como un ejercicio fundamental de observación y creación.

«La arquitectura de afuera te hace abrir los ojos», afirma Elisa, a quien también le parece inspirador ver cómo la gente hace vida en otras ciudades, cómo son sus recorridos y cómo se desenvuelven en los espacios urbanos. «Eso inevitablemente te inspira porque a fin de cuentas la arquitectura es para la gente. La diferencia es que aquí el trabajo de investigación se siente más solitario. Quizás muchos de los referentes locales no están abiertos al público y la inspiración no necesariamente está en la calle».

Frente a este desafío, se ha fijado un objetivo claro con Primaforma: «Una de las metas que tenemos en la oficina es viajar, porque sentimos que es la mejor manera de aprender y de mantenernos en constante estimulación. En Caracas y en Venezuela en general hacen falta iniciativas más allá de charlas y ponencias que agrupen a profesionales del diseño. La creatividad se siente un poco frenada».

EMILIA

En este punto, se le puso un freno también a la entrevista. Elisa, que había dado a luz hacía muy pocos días, necesitaba un momento para estar con su bebé Emilia y amamantarla.

Emilia fue una bebé muy deseada. Tras una relación larga y una convivencia estable con Diego, tanto en casa como en la oficina, ambos se convencieron de que era momento de expandir la familia. Elisa, que se había unido a un equipo de trote y había corrido la media maratón CAF, suspendió sus entrenamientos para el maratón hasta que fuera seguro correrlo.

Antes de la llegada de Emilia, su rutina consistía en salir muy temprano a trotar en el Parque del Este, desayunar e irse a la oficina, y regresar por las noches a cocinar junto a Diego. Los fines de semana, además de compartir en familia, ambos cocinaban y hacían caminatas al aire libre. «Entre el ejercicio, el trabajo y la casa, ya eso era una vida bastante enérgica. Esa era mi vida». Y lo sigue siendo, salvo que ahora, considerando la dedicación que suponen los cuidados y la crianza, Elisa admite que el ritmo del día a día se está redefiniendo.



Proyecto: casa Cristagalli.

ORGANIZAR EL TIEMPO

Así como Elisa organiza el espacio en sus proyectos, hoy tiene que organizar el tiempo: fragmentar la duración del día para que todos los elementos quepan, sin perderse ninguna parte esencial del trabajo ni de la maternidad. En cuanto al trabajo, sin embargo, Elisa reconoce que sus concesiones han sido pocas.

«Me cuesta mucho delegar tareas. No por el equipo, porque en Primaforma hemos dado con un equipo excelente de arquitectos, nos han cubierto las espaldas y han crecido muchísimo, eso me da seguridad. Creo que es más bien un tema personal de no saber delegar. No tiene que ver realmente con el apoyo, sino con que me gusta estar presente yo, en todos los aspectos, en el trabajo, en la casa... Vamos a ver cómo hago para poder con todo sin clonarme».

La maternidad también está entre sus preocupaciones por la misma razón: «Yo soy demasiado entregada a mi trabajo, de verdad me apasiona lo que hago y estoy 24/7 pensando en arquitectura. Tener que dividir esas 24 horas entre otros aspectos de mi vida –aunque ya lo había empezado a hacer–, no voy a mentir, me da un poquito de ansiedad. Ser mamá es algo que siempre he querido, y ahora que lo soy sé que tengo que aprender a balancear las cosas. No quiero pensar que debo renunciar a algo, simplemente debo aprender a reestructurar el tiempo para que todo sea compatible».

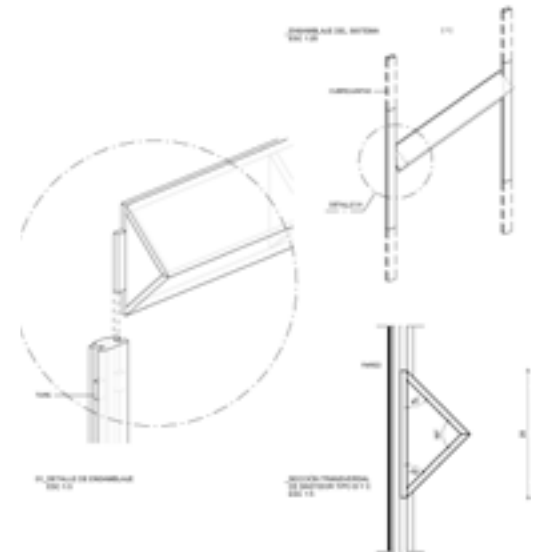
Elisa no descarta otros planes importantes que tiene en mente, simplemente espera que encuentren el momento adecuado dentro de esta nueva organización del tiempo. Entre ellos, algunos pendientes recurrentes, como retomar el piano; y otros que se vislumbran en el futuro, como especializarse en diseño de iluminación o completar el maratón CAF.

«Me ilusiona muchísimo correr el maratón CAF completo. Por lo pronto, esa meta queda pospuesta. Ya lo lograré. Mi mayor proyecto ahora es ser mamá».

PROYECTOS







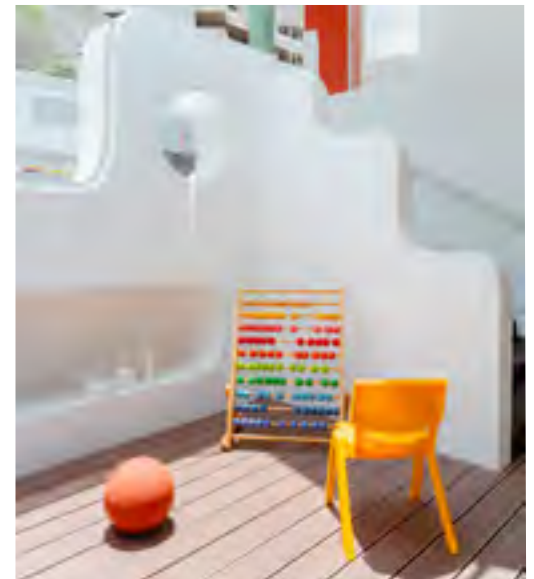
Proyecto: auditorio Torre Cinética.
Ubicación: Caracas, Venezuela.
Año: 2021.





Proyecto: Headquarters Soutec.
Ubicación: Caracas, Venezuela.
Año: 2022.





Proyecto: The British School Caracas.
Ubicación: Caracas, Venezuela.
Año: 2022.



— 1995 —

Azarai Hernández

«El paisaje es todo»

Nació el 28 de febrero de 1995 en Caracas. Licenciada en Arquitectura por la USB, es magíster en Arquitectura del Paisaje por la Universidad de Pensilvania, con un certificado en Diseño Urbano. Crear paisajes sostenibles para la convivencia comunitaria y en favor de una vida interconectada es su razón de ser. En 2022 obtuvo la Mención Honorífica del Concurso del Urban Land Institute Americas. En 2023, la Medalla de la Facultad en Landscape Architecture de la Stuart Weitzman School of Design de la Universidad de Pensilvania, y un Premio Honorífico de la American Society of Landscape Architects. En 2024, el premio Concurso de Ideas de Arquitectura y Urbanismo del Centro Histórico de Pampatar

@azaraihdez

 Keila Vall de La Ville

 Corina Fuenmayor, Sergio De La Rosa

ANADAWI

En el año 1989, seis años antes de que yo naciera, Williams y Anamelia, mis padres, decidieron construir un velero para navegar por Venezuela. Años antes habían emprendido la búsqueda del modelo ideal. Fueron a una feria de barcos. Pasearon, probaron varios, se enamoraron de uno holandés y luego eligieron uno francés. Mi papá, ingeniero mecánico, renunció a Sidor, donde trabajaba, se alió con David Monasterio, un amigo arquitecto, y lo empezaron a diseñar. Fabricaron la armadura y todas las piezas posibles y las que no, las pidieron por correo, teléfono, fax. Un velero grande, de 39 pies. Lo llamaron Anadawi por Anamelia, David y Williams; un nombre con mucha significación en mi vida. Tenía tres camarotes, una cocina y dos baños pequeños, y un comedor. Todo chiquito, perfecto para nosotros. Mi hermano Orian creció mientras esto ocurría. En el 1991 echaron el velero al agua y se fueron desde Puerto Ordaz a Cumaná por el Orinoco, Trinidad y Tobago y la costa Oriental, pasando por la Península de Paria, Coche y Cubagua. Les gustaba la marina Cumanagoto y tenían amigos allá, así que se mudaron con mi hermano y vivieron en el velero hasta 1993. Cuando mi papá empezó a trabajar en Lipesa, en 1994, lo dejaron en Cumaná y se fueron a Caracas, donde yo nací, en 1995.



EL VELERO ERA NUESTRO MUNDO

Mi infancia fue particular, libre, sencilla. Cuando yo tenía un año mis papás decidieron mudar el barco de Cumaná a Caraballeda para tenerlo más cerca. Ese año zarpamos de allí a Los Roques y La Tortuga. Pasamos casi dos meses a bordo sin tocar tierra. Recorrimos todas las islas. Como la situación en Caracas estaba peligrosa estaban criándonos muy encerrados. Mis papás querían una vida más apacible y segura, tenían el velero lejos. Cuando yo tenía tres años decidieron mudarse a Puerto La Cruz. Allí estudié en el colegio italo venezolano, porque mis papás no querían un colegio católico, y nuestra vida transcurrió alrededor del mar. Nuestra familia era un núcleo, todo lo hacíamos juntos: mi hermano pescaba, mi mamá cocinaba, comíamos todos, mi papá navegaba. El velero era nuestro mundo, me ofreció una relación muy estrecha con la naturaleza, una manera de aproximarme y habitar los lugares. Que mi papá decidiera dejar el trabajo para mantenerse con sus ahorros por un tiempo, que regalaran y vendieran todo para mudarse al bote porque ahí solo podías tener lo mínimo, para vivir con la familia este sueño, me marcó. Me enseñó que la vida no es el 1 2 3 4 5 o la profesión o lo material. Después él volvió al trabajo, pero esos años nos los dio a nosotros.

UNA RELACIÓN DE APRENDIZAJE

Mi hermano Orian me lleva siete años. Su relación con el velero y la vida en el mar con mis papás fue muy profunda. Era su mano derecha, ayudaba con las maniobras que requerían fuerza física, anclaba, hacía los amarres en las marinas o los muelles, era aficionado por la pesca y estaba siempre aprendiendo y descubriendo. Yo le seguía los pasos, aprendí a pescar con él, lo imitaba. De pequeños íbamos a una hacienda familiar en Guárico, y allí también lo seguía, montábamos a caballo, ayudábamos en los corrales. Nos une una relación de aprendizaje. A los dieciséis o diecisiete se fue a Caracas y luego a Francia. Es ingeniero geofísico y vive en Noruega.

“ Buscamos mostrar a las comunidades su propio potencial, darles esa fuerza: puedo compartir espacios gracias a mi propio trabajo, y además generar ingresos. Esto lo puedo hacer yo ”

SOY MUY ESTRUCTURADA

Mis papás nos hicieron probar de todo. Pero la natación y el cuatro eran mi disciplina. Formé parte del Sistema Nacional de Orquestas en Puerto La Cruz entre los diez y los diecisiete. Tocaba cuatro. Además, competía nacionalmente en natación. Esto me llevó a ser muy estructurada, constante. Todos los días, natación dos horas. El Sistema, dos horas en las tardes y cuatro los sábados. Fue al mudarme a Caracas que me concentré en arquitectura.



Proyecto: tesis de pregrado.
Espacios para los encuentros interculturales:
propuesta para el núcleo del Sistema de
Orquestas en la Comunidad Indígena Warao
de Buja.

ME QUITASTE ESTO, PERO YO NECESITO VOLVER A ESTA VIDA

Del tiempo en Puerto La Cruz me marcó la expansión. Vivíamos en un conjunto de casas y pasábamos todo el día afuera. Explorando, aprendiendo, cayéndonos. Eso solo lo dan los lugares pequeños, tranquilos, más seguros. A los diecisiete años, al graduarme del colegio, me mudé a Caracas. Me gustaba la biología marina pero no la biología. Mi mamá es psicóloga y hace pruebas vocacionales, así que me ayudó en la búsqueda y me dijo: tienes interés creativo y cuántico; eso es arquitectura. Desde un principio me interesó la idea. Yo era buena en matemáticas y en todo lo relacionado con dibujo y diseño. Y ¿qué pasó antes de terminar el colegio? Mi hermano se había graduado, se iba a Francia al posgrado, yo estaba por mudarme a Caracas... y mi papá decidió vender el velero. Sin nosotros no podían mantenerlo. Fue como si nos hubiese matado a un familiar. Mi papá ponía anuncios y yo se los quitaba. Negada. Una noche casi duermo en el velero: ¡esto no lo venden! Fue así que me dije: voy a estudiar arquitectura naval y a construir otro. Me quitaste esto, pero yo necesito volver a esta vida. Fue así que en 2012 empecé a estudiar Arquitectura en la Universidad Simón Bolívar, pensando en especializarme luego en arquitectura naval. Allí tuve una experiencia increíble con profesores muy involucrados y de muy alto nivel.

VOLVÍ A MI FORMACIÓN, A MI NIÑEZ, A MI ESENCIA

En el cuarto año, la universidad nos ofreció un intercambio académico en una universidad del exterior y yo elegí la de São Paulo. La experiencia me impactó. En Brasil, como en Venezuela, no aíslan planificación urbana, urbanismo, arquitectura, paisajismo, como sí lo hacen en los Estados Unidos. No diseñan con restricciones de clima, la espacialidad es muy abierta, más atrevida, menos normativa. Gracias al clima siempre se abre algún espacio, hay un patio, un tragaluz, se relaciona fluidamente el adentro y afuera, la especialidad es muy porosa. Me sentí feliz. Me empecé a interesar en el área urbana y de paisajismo. Mi papá preguntaba: ¿pero tú te quieres quedar en São Paulo sola? En esa metrópoli me dije: déjame ver qué aprendo y puedo interconectar. Entendí que una cosa lleva a otra y a otra. Influyó en esta disposición no haber tenido una educación o una crianza tradicional. Si en Caracas estaba tratando de llevarle el ritmo a la carrera, en Brasil me dediqué a explorar. Volví a mi formación, a mi niñez, a mi esencia.

LE DIJE A MI PAPÁ: NOS VAMOS AL DELTA

La tesis fue una etapa muy creativa. Una amiga arquitecta conocía a quien llevaba el Sistema Nacional de Orquestas en Monagas y uno de los dos núcleos indígenas del país, en el estado Monagas, en el Delta del Orinoco. Quise ver ese núcleo, dónde hacían música, dónde practicaban: el Sistema, mi propia historia, me acercó al Delta del Orinoco. Además, mi nombre es indígena. Todo se conectaba. Le dije a mis papás: nos vamos al Delta a buscar a este señor. La situación estaba complicada en el país, en 2018 había manifestaciones, problemas de gasolina. Mis papás accedieron: ven a Puerto La Cruz y de aquí viajamos en carro por Maturín hacia el Delta. Nos fuimos en modo velero, sin saber dónde nos quedaríamos ni qué íbamos a hacer, y nos acompañó Alfredo D'Suze, un amigo arquitecto de la familia a quien considero mi tío y que es experto en esa arquitectura ancestral, tradicional. Durante una semana nos quedamos en Maturín e íbamos diariamente al núcleo de orquestas del Delta. Resultó que este daba clases en sedes escolares convencionales, aun cuando en el Delta cada cuatro horas la marea sube y baja dos metros. Lo único eficiente son los palafitos. Planteé una propuesta de plataformas fluctuantes, palafitos flotando sobre barriles, esos azules para el agua que se instalan en los techos, y materiales locales: bambú, palma, bejuco, usando técnicas indígenas, y trabajando acústica y arquitectura. Los siguientes seis meses trabajé desde Caracas haciendo la cartografía porque los planos más recientes eran como de 1960. Dibujé a partir de fotos y de memoria, y construí mis maquetas. Como era también un puerto, diseñé un mercado. Todo con la música como centro. La tesis se llama *Espacios para los encuentros interculturales. Núcleo de orquesta San José de Buja*.



Proyecto: el sueño de Catuche.

“¿Cómo ser un mediador para encontrar una solución interdisciplinaria?”

¿QUÉ PODEMOS HACER AQUÍ?

Al graduarme trabajé dos años y medio en una ONG llamada Fundación Espacio, dirigida por algunos de mis profesores de la Universidad Simón Bolívar, Franco Micucci, Aliz Mena y María Isabel Peña, quienes fueron además mis tutores y mis mentores, modelos a seguir. El proyecto, CSScity450, por los 450 años de la ciudad, era impulsado por la Embajada de Estados Unidos en Venezuela y se orientó en una primera etapa a los edificios construidos por los estadounidenses en el país, y luego al área que los rodeaba. Diseñamos espacios públicos para diez barrios usando materiales sostenibles, económicos y, tal como nacen los barrios, construidos por la propia comunidad, con características particulares dependiendo de las necesidades. Me marcó La Charneca, frente a Parque Central, comunidad muy compleja y agresiva que estaba siendo recuperada a través de la música afrolatina por la influencia de otro barrio, San Agustín. Era difícil aproximarse al lugar desde el diseño porque, al ser informales sus construcciones, los mapas estaban incompletos. Ellos en cambio reconocían de inmediato los puntos en el mapa: esta es la calle tal, aquí hay una escalera, esta es mi casa. Esta, la escuelita. Este, el centro comunitario. Así ubicábamos áreas de necesidad: ¿cómo se conectan estos dos lugares? ¿Cuál es importante para ustedes? ¿Cómo es esta escalera? ¿Qué podemos hacer aquí?



Proyecto: el sueño de Catuche.

“El mar conecta a la gente, los lugares. Los países”

ESAS RUINAS SE LAS HABÍA COMIDO EL MONTE

En el centro de La Charneca, en el lugar de acceso, había un polideportivo en ruinas. El gobierno lo había dejado a medias desde el 2005. En el área abandonada dispusimos cauchos como contenedores de plantas, instalamos una malla estilo invernadero, niños y adultos ayudaron a pintar, y transformamos el espacio. En seguida lo empezaron a usar para actividades comunitarias. Esas ruinas se las había comido el monte. Y lo logramos. La plaza de El Güire en la que hacían eventos era demasiado soleada, era muy difícil estar ahí. La techamos con guayas y tapas de los galones de pintura decorados por la comunidad, e hicimos un techo con una sombra bonita. Eran todas intervenciones de bajo impacto, sostenibles y construidas por la gente. En Catuche hubo una tragedia por el desbordamiento de su quebrada; hay muchas casas ubicadas en lugares peligrosos. Para trabajar el desnivel topográfico diseñamos desniveles usando sacos rellenos y rodeados por una planta llamada vetiver que, con sus raíces, aguanta el terreno. Todo lo que era antes tierra insegura ahora se estabilizaba. Formalizamos el camino de la quebrada usando adoquines fabricados por el colectivo usando piedras del río, lo cual luego podía ser un emprendimiento. Buscamos mostrar a las comunidades su propio potencial, darles esa fuerza: puedo compartir espacios gracias a mi propio trabajo, y además generar ingresos. Esto lo puedo hacer yo.

TODAS LAS RAMAS ESTÁN CONECTADAS, ASÍ COMO TODO EN NUESTRAS VIDAS

La experiencia me abrió los ojos. Me permitió poner en práctica lo que había visto en mi tesis. Los sistemas urbanos convergían, había inserción de los barrios, que deben ser incluidos en todos los sistemas urbanos porque ya forman parte del tejido de la ciudad. ¿Cómo se hace que los sistemas, el azul, el verde, el transporte, los incluya? Todas las ramas están conectadas, así como todo en la vida. Se trata de lograr una mirada paisajista, urbana, social, económica. Somos venezolanos, pero cada región y subregión tiene su cultura. Lo social abarca esto: cultura e historia; lo urbano, el transporte. ¿Cómo ser un mediador para encontrar una solución interdisciplinaria? ¿Cuál es el rol del diseño? ¿Cómo potencias un sistema de caminos verdes que interconecte poblaciones, o recuperas una quebrada contaminada, la integras al paisaje y acompañas estos caminos que acercan a la gente? Se trata de construir un tejido entre todas estas áreas para llegar a algo. Es por eso que estudié Arquitectura del Paisaje. Para mí el paisaje es todo.

EL PAISAJE ES HISTORIA, NATURALEZA, CONSTRUCCIÓN Y CÓMO LO HABITAS

El paisaje es todo lo que nos rodea. Puede ser construido o natural. Natural creado, y no natural no creado. De poco y de mucho mantenimiento. Abarca arquitectura, urbanismo, historia. El complejo de Parque Central en Caracas contiene la historia de una ciudad. Tal como Central Park en Nueva York, que delimitó todas las calles. Contiene años de historia, diseño, mantenimiento. La High Line en Nueva York, por ejemplo, diseñada por la oficina donde trabajo, es una línea de tren abandonada que se había comido el monte. ¿Cómo mantener su esencia? Entendiendo su pasado. Haciendo el seguimiento de las líneas de tren. Recuperando y manteniendo su esencia: su vegetación, que no es ornamental, no son arbustos de flores sino una vegetación salvaje, la que había ahí, de poco mantenimiento. El paisaje es historia, naturaleza, construcción y cómo lo habitas. A partir de CSScity450 me interesé por esto, los sistemas naturales en el área urbana, las soluciones a temas como la crisis climática, la sobrepoblación, la urbanización.

PENSÉ: NO PIERDO NADA

Franco Micucci, entonces mi jefe en Fundación Espacio, me ofreció tomarme dos tardes del trabajo para dar clases. Para mí fue un sueño, lo académico me fascina. Además, quería retribuir a la universidad lo que me había dado. Eran tiempos de pandemia y la universidad cerró. Nosotros decidimos seguir dando clases y mantenerla activa. David Gouverneur, antiguo profesor de la Universidad Simón Bolívar ahora en la maestría de paisajismo en la Universidad de Pensilvania, organizó un taller internacional que nos involucraba junto a su universidad y la de Guadalajara. Un taller de cien estudiantes: Informal Armatures International Studio. Por la situación, los estudiantes de Pensilvania estaban en China. Los mexicanos, en Guadalajara. Los venezolanos, en Caracas y otros lugares del país. Las clases las dictaban desde Venezuela, Estados Unidos y México. Nos conectábamos a las ocho de la mañana para que el horario les funcionara a todos. A los venezolanos se nos iba la luz, a uno se le caía el internet, estaba lo del idioma. Increíble. Por ese entonces estaba aplicando a distintas maestrías, y Gouverneur, a quien hoy en día considero mi mentor, me recomendó la Universidad de Pensilvania. Me encantó la idea, pero era demasiado cara, le dije: no puedo. Y él: tenemos una beca para latinoamericanos, aplica y vas viendo. Pensé: no pierdo nada. Lo hice, quedé, y le dije a mi papá: tengo beca y vivienda, me voy.



Proyecto: tesis de maestría.

El corazón verde de Pepillo Salcedo: alineando las necesidades de la comunidad, los desafíos ambientales y las nuevas inversiones económicas, mientras se reconoce la herencia postindustrial de un pueblo fronterizo.

¿ME METO POR AHÍ?

Fue así que de 2021 a 2023 cursé la maestría en Arquitectura del Paisaje en la Universidad de Pensilvania. Los estudiantes teníamos *backgrounds* diferentes. En la Simón Bolívar todos veníamos a estudiar Arquitectura. Aquí proveníamos de diferentes carreras y lugares: Biología, Sociología, Arquitectura; de realidades distintas, dos latinos, un indio, un chino y un estadounidense; de niveles económicos y edades distintas, gente recién graduada, otra experimentada, con y sin hijos. Arquitectura es más rígida. Ahora tenía libertad completa. Me aterraba esto, ¿cómo me aproximo?, ¿qué propongo? En el primer semestre me dieron lugares a escoger, y yo elegí Kennett Square en Pensilvania, que es la capital del champiñón. Y ahora ¿qué hago aquí? No sé. Aquí hay una comunidad latina. ¿Me meto por ahí? No sé. ¿Será que aquí necesitan unos espacios públicos? Me pregunté: ¿cómo funcionan estas industrias? Me fui a una, y entré. Inmensos galpones con una explanada de concreto enorme afuera y pilas de compost de fincas cercanas. Este compost lo trabajan por meses con agua y calentándolo. Luego lo meten a los galpones, en unas camas, y es ahí donde a altas temperaturas crece el champiñón. Una locura. Había cuartos de champiñones de diferentes temperaturas. En unos entrabas y te calcinabas. Un trabajo que hacen los latinos en condiciones precarias en la mañana, en la madrugada. Los recogen del compost rapidísimo con la mano y les pagan por bandejas, por hora. La industria parecía *eco-friendly*. Pero vamos a ver, ¿qué pinto yo aquí? ¿Qué puedo hacer? Investigué. Como el compost es materia orgánica, el exceso de nutrientes contamina las aguas. Y allí había una quebrada. Creé un proyecto: Too Much of a Good Thing, diseñando un sistema de drenaje a través del paisaje, con piedras que filtraban lo que caía, y que eran también caminerías para los trabajadores. Conectaban los galpones con el área deportiva, comedores y sus viviendas.

¿PARA QUÉ VAMOS A USAR RUINAS, SI PODEMOS TUMBAR ESTO Y HACER ALGO NUEVO?

Llegado el último año de la carrera fue mi turno de tomar el taller internacional de Gouverneur, en el que yo había participado como coorganizadora desde la Simón Bolívar. Era en República Dominicana, en tres zonas: Pepillo Salcedo entre Dominicana y Haití, Jimaní en el centro, y Pedernales, en la frontera de abajo, una frontera terrible, de disputa social, económica y política. Elegí Pepillo Salcedo, que había sido una bananera estadounidense, como un pueblo petrolero. Después de que la bananera se fue, el gobierno la tomó y la dejó morir. El pueblo quedó suspendido. Los galpones y la maquinaria abandonados, mucha pobreza. Propusimos soluciones en diferentes áreas. El gobierno planeaba construir un muro a lo largo de la frontera. ¿Cómo vas a hacer un muro si tienes una caída topográfica y un bosque de manglares inmenso al otro lado?, haz un corte vertical en la caída, pones un control militar, y dejas intactos los manglares. Propusimos la recuperación de los humedales. Y la reutilización de los galpones.



“Muy usual en Latinoamérica, no aprovechamos lo que está para recuperarlo, derrumbamos para volver a construir”

Paisajismo postindustrial: en lugar de destruir las estructuras, recuperarlas y darles otro uso. Para la tesis expandí este proyecto. Me fui sola, me recibió el Ministerio de Asuntos Fronterizos, y cuando llegué: habían construido el muro. Casi lloro. Me dediqué a mi proyecto: convertir los galpones abandonados en espacios comunitarios, mercados de frutas, de hortalizas, de ropa, diseñar un museo histórico para contar la historia del pueblo, un invernadero para el cultivo de manglares en peligro, una biblioteca. El gobierno planeaba instalar una planta de gas natural y la población no estaba preparada para trabajar allí así que diseñé un galpón de formación. Convencer al gobierno y a la comunidad de no demoler las estructuras no fue fácil. Me veían como ambientalista. ¿Para para qué vamos a usar ruinas, si podemos tumbar esto y hacer algo nuevo? Muy usual en Latinoamérica, no aprovechamos lo que está para recuperarlo, derrumbamos para volver a construir.

BUSCANDO QUE SE VIVA MÁS

Al graduarme ya tenía una oferta de trabajo en Nueva York, en Field Operations, la oficina que hizo High Land, Domino Park, Gansevoort Peninsula. Proyectos urbanos y de paisajismo. Es una oficina de diseño relativamente grande. He trabajado en el área exterior del Citi Field, el estadio de los Mets, que se va a convertir en un parque urbano y un área deportiva de canchas para la comunidad. Trabajé en un parque cultural en el Distrito Cultural de Pittsburgh. En proyectos en la India. En Dubái. Ahora diseñamos el área bajo un elevado en Toronto, usando sus estructuras abandonadas para hacer un parque, y estamos rediseñando la Quinta Avenida con más espacio peatonal, más vegetación, buscando que se viva más. No es fácil porque las tiendas no quieren árboles enfrente.

AZARAI ES GUAIKUERÍ

Cada reconocimiento representa algo distinto. Me emocionó mucho el que recibí hace un año. Buscando involucrarme en el diseño en Venezuela, formamos un equipo y enviamos una propuesta al Concurso de Ideas de Arquitectura y Urbanismo organizado por la Alcaldía de Maneiro y otras instituciones aliadas, para el casco histórico de Pampatar, en la isla de Margarita. Lo llamamos Atarraya de Encuentros: Paisajes de Sal, ya que el casco histórico está cerca de las salinas de Pampatar. Buscando anclar el lugar a su historia, diseñamos plazoletas con formas de salinas y las conectamos con una grilla octogonal, la colonizadora, acercando el mundo indígena al criollo. Generamos así un sistema de espacios públicos con vegetación nativa, vinculando el fuerte y la iglesia, para los eventos religiosos, culturales, festivos. Ganamos.



Proyecto: Atarraya de Encuentros: Paisajes de Sal.
Lugar: Pampatar, Margarita.



Proyecto: Atarraya de Encuentros: Paisajes de Sal.
Lugar: Pampatar, Margarita.

Pocos meses después nos sorprendió la noticia: querían construirlo y al menos una parte debía estar lista en ocho semanas. Del *master plan*, decidimos tomar la plaza, utilizar y reparar lo que se podía, cambiar ciertos materiales, hacer más bancos y rescatar estatuas. Todo esto a distancia. David Gouverneur desde Filadelfia, Folco Riccio desde Miami, Fernando Peraza y Luis Matos desde Caracas, Elsa de la Purificación desde Margarita y yo desde Nueva York. El ingeniero Cabrujas nos apoyó desde la obra, y valiéndonos de fotos y los planos como referencia, a distancia, revisábamos, cambiábamos, adaptando lo que adelantaban allá. En dos meses la inauguramos. Una obra increíble, que representa mucho para mí. Espero que sea la entrada al proyecto completo en todo el casco histórico. Todo me llama de vuelta. Pampatar, por cierto, significa en guaiquerí «casa de la sal», y Azarai es guaiquerí.

QUIERO REGRESAR, ESTAR EN UN LUGAR DEL QUE ME SIENTA PARTE

Un premio es un impulso a seguir buscando alternativas, enlaces, soluciones. El concurso de Pampatar fue muy importante. Me reconectó con Margarita, con las personas con las que trabajo y con mi meta: quiero regresar, estar en un lugar del que me sienta parte. Tener mi propia oficina. Retribuir. ¿Qué puedo hacer por el país, por mi comunidad, por mi gente? Me da mil veces más satisfacción un proyecto en Margarita que en Nueva York, en Dubái, en Inglaterra. En Venezuela no podía aprender lo que aquí, pero allá puedo ofrecer más. Algo como lo que me pasó en República Dominicana. En el avión de regreso a Filadelfia me puse a llorar y la gente preguntaba: por qué lloras si tú no eres de allá. Y yo: es que es como mi país, la gente, la cultura. Siento que en nuestros países los proyectos son más humanos, de la comunidad. Más necesarios.

ESTOY EN EL MOMENTO DE DESCUBRIRME

Trabajé en una oficina pequeña en Caracas. Aprendí a resolver con pocos recursos. Pasé a esta oficina con proyectos muy famosos, de alto alcance, con los que muchas oficinas soñarían. Me encanta mi trabajo y sé que necesito aprender de él. Pero no es lo mío. Estoy en el momento de descubrirme. Debo mantenerme atenta. Absorber para el futuro. El proyecto de Margarita me dijo: ¡eh, eh! No te descuides, acuérdate de...

ES LO QUE SOY

Al terminar la maestría seleccionaron a varios para exponer un resumen de nuestras carreras al comité American Society of Landscape Architects, la máxima entidad de paisajismo en Estados Unidos. Al jurado le impresionó la pasión con la que expongo mis proyectos. Uno me dijo: qué placer escucharte, todos tus proyectos se preocupan por lo social, ¿lo buscaste adrede? Le dije: no, yo me desarrollé profesionalmente en comunidades, mi preocupación hacia lo social es genuina, orgánica, siempre vuelve. Está integrada a mi enfoque sobre el diseño. Hay gente que lo busca: al diseño le agrega lo social. Para mí es esencial entender las necesidades, la cultura, el pasado, imaginar el futuro de las comunidades. Es lo que soy. Debo volver a eso, acá es más corporativo, más de *business*.



EL MAR ES TODO

El mar es todo. Es tranquilidad, esencia. Conexión. Un ritmo cero en el que todo está en sintonía, todo el mundo se mueve de la misma manera. Y donde no hay límites. Es inmenso y a la vez conecta. El mar conecta a la gente, los lugares. Los países.

TODO EL MUNDO BUSCA RESOLVER PARA UN BIEN

Lo que más destaco de las comunidades venezolanas es la sensación de pertenencia y la brega, nuestra lucha feliz. No nos damos mala vida. Resolvemos juntos. Si voy a preparar algo, él me da la sal, el otro el plato, otro el tenedor, otro la servilleta. Y todos vamos a resolver. El proyecto de Margarita fue así, el ingeniero colaboraba porque él quería esa plaza. Después salieron otros. Un artista: yo les doy mi arte. Los escultores. Todo el mundo puso su granito para construir. Solo nos preocupaba pagarles a los obreros. La brega es como el agua, nadie se va a caer, todos vamos empujando: esto hay que lograrlo, después veremos cómo nos pagan. Trabajo en equipo. Con una meta común. Todo el mundo busca resolver para un bien, o sea, para llegar a algo, eso siento que es lo que nos define.

“Se trata de lograr una mirada paisajista, urbana, social, económica. Somos venezolanos, pero cada región y subregión tiene su cultura”

PROYECTOS







Proyecto: Chicago's United Center.





Proyecto: Sankofa (University of Pennsylvania).





Proyecto: Metropolitan Park, Willets Point.



— 1995 —

Rodolfo Wallis

«La vida es un proyecto»

Nacido en Caracas, en 1995, es arquitecto, docente y fundador de In Volta Studio. Egresado de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la UCV en 2023, ha desarrollado proyectos residenciales, comerciales y urbanos en distintos puntos de Caracas. Cree en una arquitectura que emocione, que sirva y que refleje la vida. Ha recibido distinciones como el tercer lugar del Premio Joel Sanz por su trabajo de grado, así como el segundo lugar en el Concurso Internacional: Módulo Polivalente de Equipamiento Público en 2020 y el primer lugar en el Concurso de Ideas Club Camurí Grande en 2023. Todavía en plena carrera empezó a trabajar en obras sencillas, como terrazas o bibliotecas; luego pasó a trabajos más complejos, desde el *rooftop* bar La Gloria, hasta proyectos más industriales como el de Next Step Trading Limited, siempre entendiendo y planteando la arquitectura como un diálogo con el entorno

@runs__

 Grace Lafontant León

 Juan Andrés Requena Alcega,
Saúl Yuncozar, Julio Mesa

Rodolfo Wallis tenía apenas unos seis años de edad cuando en el colegio le pidieron que dibujara quién quería ser cuando creciera. Su imaginación, intelecto y pasión estaban alineados; y de sus manos surgió la figura de un hombre (él) sentado frente a una mesa de dibujo, y sobre ella un plano arquitectónico.

Ahora, aproximándose a los treinta años, esa imagen de su infancia dejó de ser solo trazo: se convirtió en práctica, en espacio, en obra construida. Pero, a diferencia de aquel dibujo, Wallis no está solo: en In Volta Studio, su firma de arquitectos creada en 2020, colabora con otros profesionales para darle rienda suelta a su ingenio a la vez que construye complejos espacios habitables y objetos de diseño basados en geometrías sofisticadas.

Desde su luminoso estudio ubicado en Chuao, Caracas, Wallis viaja al pasado para explicar cómo su familia —especialmente su abuela materna y su madre— impactaron su formación. «Las dos son arquitectos», dice con profundo cariño, por lo que siempre le fue normal ver planos, maquetas, escuadras, lápices y plumas de dibujo en casa desde que nació, en Caracas, en julio de 1995.

Desde antes de inscribir sus primeras materias en la universidad, cuando su madre lo llevaba a obras, Wallis ya sentía un impulso por la arquitectura: «Mi mamá tenía una camioneta Caribe y ella me llevaba una pala, un potecito y un camioncito. Yo en la obra jugaba con la mezcla de cemento y con ladrillitos porque pasaba todo el día ahí mientras ella supervisaba. Además, yo hablaba con los obreros y me regalaban un poquito de los materiales que les iban sobrando. Me encantaba hacer coroticos con piedras y grama, daba vueltas por ahí mirando cómo se hacía todo eso», recuerda.

En su vida, el tiempo pasaba y, entre las tareas y quehaceres propios de un adolescente que comparte con otros tres hermanos menores, el dibujo se convirtió en refugio. «Siempre dibujaba. Es terapéutico, meditativo, creativo. Se desarrolla todo, mente, cuerpo, corazón, al mismo tiempo», señala.



UN SUEÑO, EL MUSEO JARDÍN BOTÁNICO

De vuelta al presente, el arquitecto escucha jazz, específicamente al saxofonista Ben Webster, mientras se da la conversación. Además, antes de sentarse toma unas cuantas hojas, una pluma negra y dos creyones: azul y rojo. Quizás así como otros anotan o caminan para hacer fluir la idea, la creatividad de Wallis se estimula con trazos sobre el papel. Tarda, eso sí, en hacer las primeras líneas, como si necesitara calibrar el pulso antes de volver a crear, pero persiste y dibuja una serie de figuras para explicar, por ejemplo, su tesis de grado en la Universidad Central de Venezuela (UCV), institución de la que egresó en 2023.

Al hablar del trabajo de grado –que recibió el tercer lugar del Premio Joel Sanz. Mejor Proyecto de Grado de la Unidad 9 FAU-UCV– su voz toma otro ritmo más cercano al entusiasmo que al recuerdo, es un proyecto en el que convergen tres de sus grandes amores: Caracas, la UCV y la naturaleza. Se trata, entonces, de una «oda a la naturaleza y un regalo a Caracas, la ciudad que me ha dado todo», como él dice. Para lograr lo que quería, propuso una solución arquitectónica de gran envergadura para la capital.

Aquel sueño tomó forma en su tesis de grado: *Museo Jardín Botánico*. Un proyecto precedido por una serie de ideas y pensamientos clave. Por ejemplo, que Caracas, aunque es una ciudad con significativo verdor, «no tiene muchos espacios para conectar con la naturaleza». De ahí la idea de trabajar con el Jardín Botánico, un espacio con potencial para recibir a miles de personas ávidas de serenidad, para descubrir la belleza de la flora y fauna nacional e internacional y para sentir la tropicalidad caraqueña en 72 hectáreas que marcan un punto medio entre la naturaleza y el concreto y caos de Plaza Venezuela. «Es un balcón natural en medio del urbanismo», dice.

«La tesis consistía en desarrollar un plan maestro para que este lugar participara en la ciudad como museo. Que recibiera gente y, por lo tanto, la ciudad interactuaría de vuelta con el espacio. El plan era hacer un circuito de recorridos con una serie de paradas en este lugar; unas intervenciones estratégicas. Quería que la gente se pudiera reconciliar más con nuestra naturaleza. Yo lo veía como un museo al que a mí me encantaría visitar», explica.

Otra inquietud que el otrora estudiante plasmó en la tesis fue la necesidad de ver el horizonte desde Caracas, ciudad a la que el cielo le pertenece a partir de cierto ángulo, pues sus alrededores montañosos bloquean el punto cero de la salida o puesta del sol. A ello, apunta, se suma un sueño al que ingenieros y arquitectos han aspirado desde el siglo pasado: vencer la cerrada geografía para llegar al mar. (Es decir, una alternativa a la autopista construida a mitad del siglo XX para conectar a Caracas con el mar).



Como solución, el arquitecto propuso un tramo de teleférico que conectaría al Jardín Botánico con la ya existente estación de Maripérez. Una vez en la cima del Ávila, desarrollaría otro trayecto para conectar con La Guaira.

«Pensé en una nueva forma de conexión: una estación urbana. Por ejemplo, un extranjero que llega a Maiquetía toma una camioneta hasta el teleférico, sube el Ávila, desciende y está en Caracas. Desde allí, puede ir al centro, a Plaza Venezuela o al Jardín Botánico. Diseñé una serie de estaciones para eso. Es una experiencia tropical, montañera, grandiosa y auténtica. Te da otra idea de la ciudad. O al contrario: si eres caraqueño, estacionas en la UCV, tomas el teleférico desde el Jardín Botánico y en cuarenta minutos estás en la playa. Es completamente viable», aclaró.

“La arquitectura es un hecho inevitable”



VIVIR LA UCV COMO ESPACIO

Tras hablar sobre su tesis, menciona los premios que ha recibido (segundo lugar en el Concurso Internacional: Módulo Polivalente de Equipamiento Público, en 2020, y primer lugar en el Concurso de Ideas Club Camurí Grande, en 2023). Seguidamente, mientras pasea entre las mesas del estudio y señala maquetas, esculturas y pequeños objetos de colección, Rodolfo Wallis vuelve sobre sus comienzos, sobre la raíz de su vocación por la arquitectura.

Estudiar en la UCV era la única opción del joven Wallis cuando estaba en quinto año de bachillerato. No aplicó para ninguna otra universidad y descartó por completo la posibilidad de irse del país, incluso cuando su familia emigró a Argentina y casi todos sus amigos decidieron abrirse camino en otras latitudes. Entre risas, Wallis recuerda que en la prueba vocacional que hacía la extinta OPSU, Oficina de Planificación del Sector Universitario (una unidad del Ministerio de Educación), obtuvo en primer lugar paracaidismo y, después, Arquitectura.

Quedarse en Venezuela, pese al deterioro generalizado de la educación, tenía sentido para él porque la Facultad de Arquitectura y Urbanismo (FAU) de la UCV conservaba algo vivo: un ímpetu, un rigor y una tradición que lo atraparon desde su primera visita. «La universidad tiene mucha arquitectura, se respira en cada rincón. Y creo que es fundamental vivirla mientras se estudia», asegura. Esa experiencia –habitar un espacio que también enseña– fue tan reveladora como cualquier clase.

Mientras pasaban los semestres y forjaba amistades que lo acompañarían por años, su abuela –arquitecta dedicada al diseño de interiores– sumaba otra capa a su formación: la del habitar y la sensibilidad que se da dentro de un espacio. «Yo venía aprendiendo cómo se construye, cómo se ve y se siente la arquitectura desde afuera.



“Un edificio puede ser ruido o transformar la manera de pensar de la humanidad, puede incluso enamorar a un grupo de personas”

Pero con ella entendí que la arquitectura también se vive hacia adentro. Para un arquitecto es clave saber conjugar ambas perspectivas», aclara Wallis.

De aquellas vivencias como estudiante, hay una que le dejó una marca profunda y que recuerda con claridad: su encuentro con el arquitecto Jorge Castillo en la materia Historia V. El profesor había dado a la clase una lista de arquitectos venezolanos para ser estudiados durante el semestre. Castillo era el único del que Wallis no tenía referencias, y eso le pareció una gran oportunidad. «Me dijeron: “Wallis, te metiste en un rollo, porque ese arquitecto es muy poco publicado, muy complejo, variante, muy creativo, pero sin una línea constante”. Y yo pregunté enseguida: “¿Está vivo? ¿Lo puedo entrevistar?”», recuerda.

Aquello no fue solo una entrevista, fue el surgir de una chispa que tomó la forma de una conversación que duraría años y que, en el fondo, no ha terminado. Castillo no solo accedió, sino que lo invitó a colaborar en un concurso internacional. Desde entonces compartieron proyectos –incluso sin clientes–, ideas, inquietudes y una afinidad poco frecuente. «Jorge fue el primer profesor que me habló de la arquitectura como energía. Eso yo lo había conversado con mi abuela, pero en la universidad nadie tocaba ese tema. Y cuando se lo dije, él me respondió: “Yo no solo la entiendo así, yo sé hacerla así”. Eso fue muy nutritivo para mí. Él tenía una credibilidad enorme, había construido por todo el país... y hablaba mi mismo idioma».

Castillo murió el año en que Wallis se graduó. No llegó a ver al joven ejercer, pero alcanzó a conocer algunos de sus primeros proyectos. «Hubiéramos compartido muchísimo más», lamenta Wallis. Aun así, lo esencial quedó sembrado: una manera de pensar la arquitectura como algo que se construye con cuerpo y con espíritu.

Existen dos elementos –además de la geometría y el espacio– que son clave para entender la arquitectura a juicio de Wallis: el silencio y la luz. «Sin luz no habría arquitectura, es lo que materializa todas las cosas. Es nuestra materia prima. Y el silencio, además de ser eso con lo que trabaja Louis Kahn, tiene que ver con esas obras que gritan, alardean y quieren ser reconocidas; luego están las estructuras que te invitan a reflexionar, a pensar, desde la quietud; estas permiten que seas tú quien contribuya al sonido, como Tadao Ando, que da la oportunidad de ser a todo lo que pasa alrededor o dentro de ti», razona.

Wallis cita, entonces, algo que Jorge Castillo solía atribuir a Carlos Raúl Villanueva: «Cuando la arquitectura habla sabes que se ha logrado una maravilla, una obra trascendental. Es como hacer una canción. Golpe, sonido, silencio, nosotros trabajamos con cuerpo, masa, vacío para construir una canción, una secuencia de elementos que pasan por el espacio. Y una canción, un edificio, puede ser ruido o transformar la manera de pensar de la humanidad, puede incluso enamorar a un grupo de personas», sentencia.

SOLIDEZ, UTILIDAD Y BELLEZA

Esa tarea de construir y embelesar a las personas con la arquitectura es una que Wallis se toma muy en serio desde su trabajo en In Volta Studio, así como en su rol como docente de la FAU-UCV. Allí, desde 2025, dicta la cátedra fundada por él mismo, Tramar Instinto, en la que aborda, en líneas generales, que la arquitectura se debe entender como un medio y no como un fin. Para él, la arquitectura es trascendentalmente útil.

De esa forma, la arquitectura puede alegrar a la gente, impresionar, ser estéticamente hermosa, práctica, resistente y única; o, al contrario, ser absolutamente detestable. Todo, asegura Wallis, depende de la razón de ser de la construcción.

Para Wallis, la utilidad no es solo práctica, sino también emocional, simbólica y estética. «Hay arquitecturas que son útiles instantáneamente, son solamente para la gente que las vive. Después hay otras que son útiles para la masa, pero mientras más útil, más se trasciende a sí misma y logra su cometido final».

Sin embargo, apunta que este componente trasciende la practicidad. Ejemplifica con la belleza, algo que atrapa y captura los sentidos a través de la sensibilidad. ¿Cómo es que hay lugares que invitan a quedarse dentro de ellos solo para contemplarlos?, se pregunta. Pero para responder, Wallis acude al *Tratado* de Vitruvio, en el que se establecen los fundamentos de la arquitectura: *firmitas, utilitas y venustas* (solidez, utilidad y belleza): «Creo que lo bello es útil y lo feo, inútil. Y uno se da cuenta de esto desde el trabajo».



Proyecto: Zendo Centro Cultural.
Presente-Futuro.

LA ARQUITECTURA COMO PROCESO COLECTIVO

Parte de su obra, pero ahora desde el rol docente, le ha permitido redefinir su percepción sobre la academia. Cuando se encontraba detrás del pupitre no fue precisamente un estudiante dócil. Aunque valoraba profundamente la formación que sus maestros le daban, no siempre coincidía con el enfoque de algunos, especialmente aquellos que enseñaban desde la rigidez. «Hay profesores que sienten que las cosas deben hacerse de una sola manera, y punto», recuerda.

Sin embargo, esas definiciones no eran tan sencillas de abordar pues, para él, la arquitectura no podía reducirse a un método inflexible. Su naturaleza inquisitiva lo llevaba a discutir, a abrir preguntas, a buscar entender el porqué detrás de cada decisión. «Yo buscaba abrir la conversación. A veces el profesor te decía algo, pero uno no lo estaba entendiendo, y eso también había que considerarlo», apunta.

Hoy, desde el otro lado del aula, Wallis entiende cuán complejo puede ser enseñar. «Ser profesor es complicado», dice con franqueza. Esa conciencia lo ha llevado a adoptar un enfoque más abierto, uno donde

el proyecto académico no se piensa como un ejercicio individual, sino como un proceso colectivo de creación. «El proyecto no es solo tuyo: es tuyo, del profesor y de quienes compartieron ese trayecto contigo».

En sus clases, busca ofrecer lo que a veces le faltó como estudiante: espacio para explorar, experimentar y también equivocarse. Incluso las experiencias más difíciles dejan una enseñanza. «De todo se aprende. A veces, lo más importante es aprender a hacer lo negativo».

DONDE LA BELLEZA NO GRITA

Lo anterior, sin duda, tiene sentido cuando se le pregunta: «¿Qué es la arquitectura para ti?». Wallis responde rápidamente: «La arquitectura es algo transversal en mi vida. He entendido con el tiempo que la vida es un proyecto. La arquitectura es un hecho inevitable. Y eso para mí ha sido una de las revelaciones más importantes que he tenido», afirma.

En esa visión inevitable de la arquitectura, Wallis encuentra afinidades con figuras que lo inspiran: Frank Gehry por su osadía formal, Enric Miralles por su atención al lugar, y Leonardo da Vinci por una curiosidad sin fondo. «Me encantaría tener el nivel de curiosidad de Da Vinci, siento que soy muy curioso, y eso me ayuda a nutrir cada proyecto».

Y, al igual que se puede proyectar la vida, también se pueden proyectar ciertos afectos. Unos que hablan de espacios, formas o atmósferas. Wallis redirige la atención hacia lugares que lo han marcado. Por su diseño, por la manera en que alojan emociones o convocan una experiencia, o porque son sitios donde la belleza no grita, pero sí permanece.

A lo largo de su vida, Wallis ha visitado lugares que lo han dejado sin aliento. Son espacios donde la arquitectura —hecha por manos humanas o por la naturaleza misma— alcanza su forma más silenciosa y pura. Para el treintañero arquitectura no se limita a lo construido; es algo más. La intuición que despierta cuando materia, luz y silencio convergen de forma casi sagrada. Al menos así ocurrió en su visita al Panteón de Roma, Italia.

«Es un edificio de idea básica, muy sencilla, pero completamente contundente. Tiene un óculo, una entrada de luz abierta al cielo que deja entrar el agua cuando llueve. Y es la única fuente de luz. Todo lo demás está en penumbra», relata con reverencia. Lo que para muchos es un monumento, para él es una lección viva de proporción,



espiritualidad y de cómo la arquitectura habla con lo humano y lo divino sin necesidad de mediar palabras. «Es un espacio sumamente útil, por eso sigue en pie. Tiene piedras de todas partes del mundo y no se sabe exactamente quién lo diseñó. Fue una obra colectiva. Y eso me parece muy poderoso», formula.

Pero hay otras arquitecturas que no partieron de un plano, no fueron trazadas sobre papel. «Cuando fui al Salto El Hacha en Canaima, pensé “esto lo hizo un arquitecto”. Es que lo tiene todo: un espacio de entrada, un recorrido estrecho, una relación con el sonido, con el frío del agua, con la piedra. Y después llegas a un punto de contemplación total, donde no puedes ni escuchar a quien tienes al lado», rememora.

Fue ahí, en medio de la bruma y el estruendo, donde Wallis vio una obra maestra del habitar ancestral. «Esas estructuras sin arquitecto son las que nos enseñaron a habitar. Tenemos más tiempo como humanidad viviendo en esos espacios que en los que construimos después. Es como si esa memoria estuviera ya en nuestro cuerpo». En esos lugares —el Panteón, Canaima, la capilla barroca de Borromini o la casa diseñada por su madre con patios tropicales y luz rasante— la arquitectura deja de ser solo técnica para convertirse en latidos, experiencias inolvidables.

LANZAR LA PELOTA

Inevitablemente, Wallis regresa a Caracas tras recorrer Italia y el sur de Venezuela. Es, probablemente, su lugar favorito. Le es familiar, pues «aquí tengo al carpintero que trabajó con mi mamá y mi abuela, o al herrero con el que he trabajado desde hace quince años. El caraqueño tiene una mentalidad similar a la de una comunidad entera que se conoce», comenta para denotar el carácter —a su juicio— pueblerino que tiene la capital. «Pero es positivo. Son oportunidades que tenemos que aprovechar, ayudan a que cada proyecto que se desarrolla sea más especial».

“Me gusta pensar que la mejor parte de mí queda en cada proyecto”

Más allá, Caracas saca un potencial «mágico» de los arquitectos que deben construir dentro de su cerrada morfología. A ello, afirma, se suma un flujo constante de creatividad para superar contratiempos. Afortunadamente, en su caso estos han sido pocos e inesperados. Más bien, a la hora de hacer un proyecto, el arquitecto ha recibido a clientes que le permiten derrochar su autenticidad.

Para escuchar lo que el cliente busca, Wallis activa todos sus sentidos. Realmente se involucra con lo que se espera diseñar y construir. Antes que nada, explica, pide al cliente flexibilidad para ofrecer una propuesta a partir de las primeras conversaciones. De allí, de mutuo acuerdo, se encamina la propuesta. A la par que todo esto ocurre, Wallis recuerda las sabias palabras de su maestro:

«Jorge me decía, “Walizon, hay que lanzar la pelota lo más lejos posible. Porque entre el viento, el agua y la morfología del terreno la pelota nunca va a llegar a donde tú estás buscando. Siempre va a quedar más cerca o más a la izquierda; o de repente gira y llega más lejos de lo que pensabas”. Es algo como lanzar la idea libremente hacia donde tú quieras. No frenarse», explica.

CADA PROYECTO TIENE SU ATMÓSFERA

En cada uno de sus proyectos desarrollados en In Volta Studio, Rodolfo Wallis parece indagar no solo en la forma sino también en la atmósfera: desde sus primeros trabajos –mientras estaba aún en sexto semestre de la carrera– en los que diseñó terrazas, bibliotecas y mesas, hasta alcanzar otros más grandes como La Gloria, un *rooftop* bar, hasta el Club Camurí Grande, en que el mar, la brisa y el verde convergen en una plaza abierta al paisaje. Sin duda, su arquitectura persigue un diálogo sensible con el entorno.

Lo mismo ocurre en Lola, una residencia bifamiliar en la que todavía trabaja, que respira a través de luz, vegetación y volúmenes complementarios; y en 13-E, un ejercicio de reconfiguración doméstica que convierte lo cotidiano en amplitud y claridad. Con Next Step Trading Limited, Wallis adapta lo industrial a una escala más humana, trazando recorridos con luz natural y encuentros inesperados. En Centro de Tata Lechería, reinterpreta un colegio abandonado para transformarlo en un complejo gastronómico donde la memoria del espacio se resignifica; y finalmente, en Oficina MV, su intervención ordena la colaboración en zonas compartidas, privadas y directivas, consolidando una tipología de trabajo contemporáneo. Cada obra es una oportunidad para poner en práctica aquella idea que lo atraviesa desde siempre: que la arquitectura, cuando se vive, puede cambiarlo todo.

«Estoy muy contento con lo que hemos logrado como oficina, con los clientes. Procuramos que las propuestas no sean cotidianas, sino que más bien sean auténticas, reales, que respondan a la situación particular desde donde se plantean, ir con el contexto y no contra él porque podría ser perjudicial. Además, me gusta pensar que la mejor parte de mí queda en cada proyecto», recalca.

Como la mayoría de estos han sido en Caracas, su ciudad, le es fácil continuar refiriéndose a ella. «La arquitectura de Caracas es estupenda, muy mezclada. Tenemos arquitectura de diferentes épocas, con diferentes intenciones y estéticas una al lado de la otra. Es una ciudad muy rica en diversidad», señala.



Proyecto: Qta. Lola.

Sin embargo, alerta que, por la constitución urbana, es complicado apreciar verdaderamente las construcciones que albergan la vida, el *hustle and bustle* de una ciudad. «Creo que nuestra ciudad podría ser mucho más nutritiva en comunicación. Creo que se pueden buscar maneras de hacer que la arquitectura resalte. Porque, no hay duda: tenemos muy buenos arquitectos que han ayudado a que esta evolucione muy rápido. Arquitectos, urbanistas e ingenieros se han tenido que adaptar de una manera veloz a las situaciones que pasan».

Cada proyecto, resalta Wallis, es una oportunidad para crecer como joven firma arquitectónica. «Imaginamos darles a las personas un espacio agradable, que sume, que ponga a la gente contenta. Nosotros no buscamos más sino crecer», puntualiza.

En ese sentido, alerta acerca de una situación que él y sus compañeros miran con cuidado: el desplazamiento del arquitecto por otras personas ajenas al área. Sabe, sin embargo, que la humanidad requiere de espacios para vivir y desarrollar sus distintas actividades. «Todos tenemos sueños y aspiraciones. Pero tienen que ser pensadas y diseñadas. Todo es arquitectura, el problema es que hay quienes llaman a albañiles, por ejemplo, para que les solucionen una situación, pero no cuentan con la preparación. Pueden resolver, sí, pero más adelante vienen problemas. Es solo cuando es algo muy complicado que llaman a un arquitecto», señala.

A pesar de eso, su apuesta sigue siendo Venezuela, Caracas. Afirmo que siente que tiene mucho que darle de vuelta a la ciudad, al país. Sin embargo, le encantaría construir fuera de Caracas también.

Es en su ciudad donde desarrolla su ejercicio profesional, claro, pero también es el lugar donde puede subir el Ávila, cocinar, reunirse con sus amigos, conocer más arquitectura, escuchar música (menciona que es fanático del jazz, el rock latino, el indie, la salsa y lo contemporáneo en general) y asistir a conciertos.



Proyecto: Qta. Lola.

SERES GRÁFICOS

Otra vena de Rodolfo Wallis es el arte: destaca su pasión por el diseño gráfico —espacio desde el cual ha creado unas series de tipografías— y la fotografía. Y aunque recalca que él no es fotógrafo, sus imágenes demuestran lo contrario. La luz caraqueña, que ha inspirado a miles de artistas, no escapa de la mirada de Wallis. Él, con su teléfono, también retrata artísticamente la ciudad.

“La arquitectura solo puede funcionar en positivo”



“Hay un país por construir y la arquitectura está para servir”

«Somos seres gráficos, nos encanta pasar el conocimiento a formatos visuales, gráficos. Para mí eso es la comunicación. Las letras también son instrumentos que construyen cosas. Y la fotografía es una manera de explorar, nosotros trabajamos con escenas; el ojo y la cámara tienen rasgos comunes: nuestra mirada es la arquitectónica, los ángulos, la luz... Me gusta trabajar en blanco y negro. Desde mi Instagram me gusta compartir más. Creo que todos los arquitectos son buenos fotógrafos».

Próximo a cumplir treinta años de edad cuando esta entrevista tuvo lugar, Rodolfo Wallis destacó la profunda gratitud que siente hacia su familia, el entorno y, por supuesto, consigo mismo: «Agradezco estar haciendo lo que me gusta y compartirlo con la gente que quiero y mi país, aunque hoy en día es difícilísimo. Espero tener muchas cosas positivas en esta próxima década. Quiero vivir una vida creativa, interesante y dinámica».

Con respecto al país, el arquitecto hace una reflexión final. A su juicio, desde su quehacer están aportando a construir un entorno que les gustaría habitar. Desde edificar de manera formal, dar clases, investigar, crear arte y pensar en el futuro, considera que todo aquello aporta.

Porque si algo ha entendido Rodolfo Wallis es que la arquitectura no es solo un oficio. Es una manera de mirar, de imaginar, de sembrar belleza incluso en las grietas. Y ese país que sueña –más justo, más habitable, más bello– también se empieza a construir desde allí.

«La arquitectura solo puede funcionar en positivo. Fíjate, un proyecto siempre se basa en un sueño (una casa, un local, una ciudad, una universidad). Entonces, siempre estás trabajando con emociones positivas. Yo espero que esta etapa culmine pronto. Y que los jóvenes que hacemos arquitectura nos preparemos. Hay un país por construir y la arquitectura está para servir. Será a otra escala: hacer ciudades más para el peatón que para carros, diseñar parques, bibliotecas, colegios, museos, institutos, ministerios, casas, residencias... Me gustaría ser parte de eso», concluye.

PROYECTOS







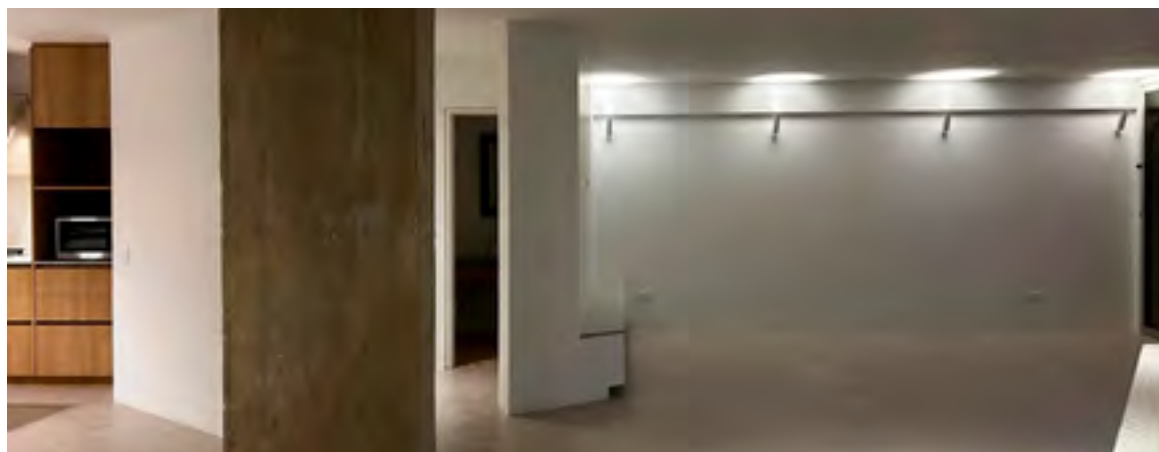
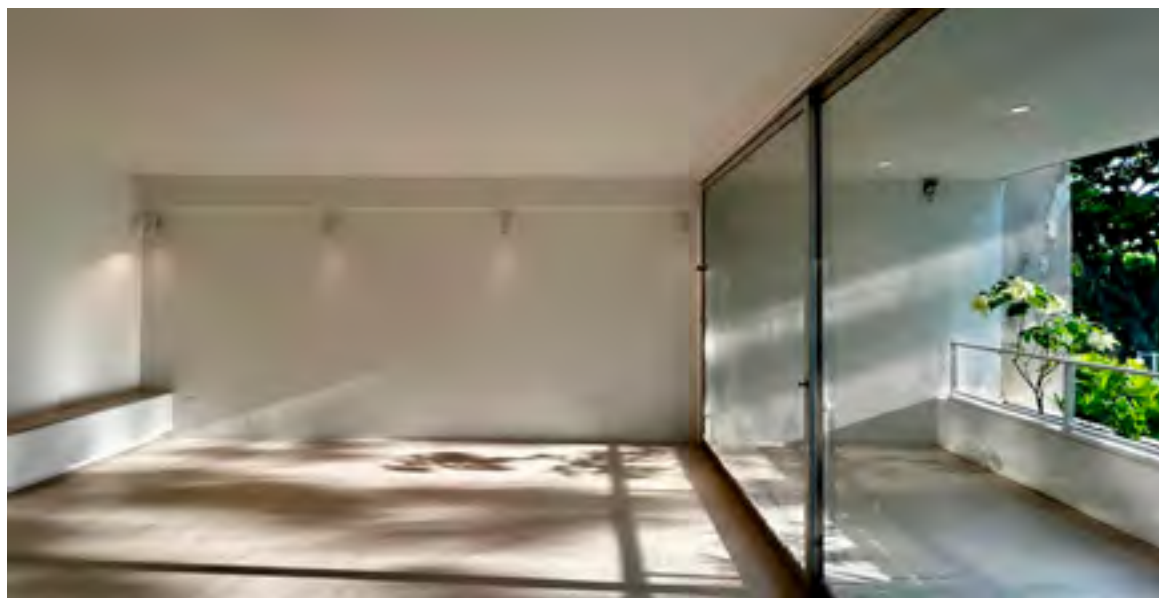
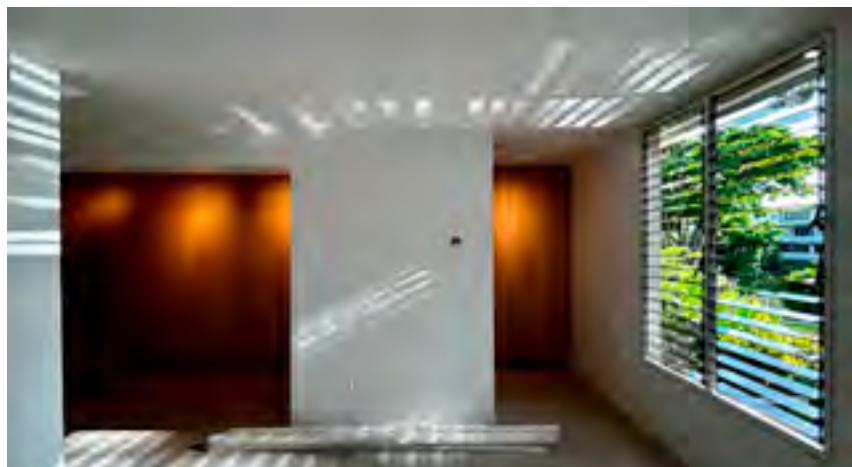
Proyecto: Rooftop Bar. Centro de Tata.
Ubicación: Caracas, Venezuela.
Año: 2021-2023.





Proyecto: Club Camurí Grande.
Piscina y fuente de soda.
Ubicación: La Guaira, Venezuela.
Año: 2023-presente.





Proyecto: 13-E.
Ubicación: Caracas, Venezuela.
Año: 2024-2025.



— 1995 —

Tomás Caeiro

«La arquitectura como forma de vida»

Nacido en 1995 en Caracas, Venezuela, tiene treinta años de edad. Es arquitecto egresado de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad Central de Venezuela (FAU-UCV, 2019), donde es profesor de Diseño Arquitectónico. Su trabajo de pregrado obtuvo el Premio Joel Sanz a la mejor tesis (3er. lugar) y el Reconocimiento por la Máxima Calificación en Trabajo de Fin de Carrera. Como docente, sostiene que “el aprendizaje ocurre en la conversación” y que “lo esencial es el vínculo pedagógico y el pensamiento en acto”. Trabajó en ODA Oficina de Arquitectura, en Docomomo Venezuela y cofundó la oficina Märai Arquitectos.

Predica que hay que desafiar las modas y practicar una arquitectura que responda a las condiciones del lugar

@tomas.caeiro

 Daniela A. Chirinos A.

 Juan Andrés Requena Alcega, Saúl Yuncoxar

Tomás Alejandro Caeiro Durán forma parte de una nueva generación de arquitectos venezolanos que asumen su profesión con madurez, ética y una profunda vocación. Se graduó en la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad Central de Venezuela (FAU-UCV). Hoy no solo ejerce como profesional activo, sino también como docente en la misma institución que lo formó, compartiendo cátedra con algunos de sus antiguos profesores y honrando lo que siempre tuvo claro: quería ser proyectista.

Modesto, calmado y comprometido con su profesión en la práctica y en las aulas: así es Tomás, un joven que no presume de los éxitos que empezó a acumular desde que era estudiante de la FAU-UCV y para quien «ser arquitecto siempre fue una posibilidad», al punto de que elegir la arquitectura como carrera fue una decisión que tomó plenamente consciente y atendiendo su marcada vocación.

Los méritos alcanzados al término de sus estudios universitarios dan fe de ese compromiso adquirido consigo mismo. En el año 2019 se graduó de arquitecto ocupando el puesto número nueve de su promoción y recibió reconocimiento por su Promedio Ponderado y Eficiencia. Además, su trabajo de pregrado ganó el Premio Joel Sanz a la mejor tesis (3er lugar) y el Reconocimiento por la Máxima Calificación en Trabajo de Fin de Carrera, ambos otorgados por la FAU-UCV.



Tomás es un joven determinado que aprovecha las oportunidades y se prepara para conquistarlas. Estas características, sumadas a su talento sobresaliente, le han abierto puertas muy importantes antes de cumplir los treinta años de edad. Una de ellas, quizá la más resaltante hasta ahora, es haberse titulado como profesor instructor de la cátedra de Diseño Arquitectónico en la Unidad Docente 1 de la FAU-UCV, luego de ganar el concurso de oposición en octubre de 2023, un evento que califica de extraordinario porque no se había convocado en una década, así que tuvo que confrontarse con una veintena de profesores, algunos de ellos eran contratados y con más trayectoria que la suya. Tomás quedó en segundo lugar, «eso era algo que no esperaba, porque yo era uno de los menores y quizá el que tenía menos experiencia», cuenta. Ahora se prepara para presentar su trabajo de ascenso docente.

En efecto, este joven proyectista está muy enfocado en su presente. Además, reconoce que el aprendizaje es constante y prefiere aprovechar las posibilidades que brinda esta carrera cuando se ejerce con responsabilidad. Este es el mensaje que procura transmitir a sus alumnos y lo pone en práctica a través de Mārai Arquitectos, la oficina que cofundó en el año 2022, en Caracas, junto a sus excompañeros de clase y ahora colegas, Sebastián Silva y Adolfo Machado. Se trata de un espacio donde ofrecen el desarrollo integral de los proyectos, desde la conceptualización hasta la ejecución de obra bajo una visión contemporánea.

Todo este compromiso académico y profesional contrasta con su serenidad, la misma que transmite mientras conversa, sin poder cambiar de tema, sobre su trayectoria como docente y proyectista. Esta es su pasión. Ambas áreas las disfruta y se le nota, a tal punto de admitir que, más allá de sus aptitudes, «la arquitectura es indivisible a mi forma de vida».



Experiencia: Resonancia Urbana. Preexistencia, inserción y pertinencia.

UNA POSIBILIDAD QUE SIEMPRE ESTABA ALLÍ, LATENTE

Sin tener referencias familiares directas en su entorno que influyeran en su decisión de ser proyectista, Tomás fue descubriendo poco a poco que tenía facilidades para las asignaturas que son afines a la arquitectura. En el bachillerato, por ejemplo, recuerda que se le daban bastante bien materias como Historia, Educación Artística, Dibujo Técnico. Por otro lado, si hubiese querido ser ingeniero eléctrico, esta elección estaría asociada a la carrera de su padre, Virginio Caeiro; también pudo haber seguido los pasos de su madre, Ana Margarita Durán, quien es farmacéutica y docente universitaria. Pero no, él atendió a su vocación.

«No hay muchas anécdotas –comenta–, pero siempre hubo una inclinación hacia esta carrera y el interés por dibujar. De alguna manera, la posibilidad de ser arquitecto siempre estaba allí, latente». A pesar de estas habilidades, cuando entró a la universidad se encontró de frente con los cambios de paradigmas y la necesidad de aterrizar sus expectativas. «Uno llega a la facultad con ciertos sesgos. Por ejemplo,



Experiencia: Palimpsesto. Iniciación a la arquitectura desde lo constructivo.

si sabes dibujar a lo mejor ya eres un arquitecto y nada más lejos de la realidad que eso». En la FAU-UCV aprendió muy pronto que la formación es constante y el compromiso es consigo mismo.

Así recuerda que *Tomás, el estudiante*, era reservado, mas no tímido, y con habilidades para el Diseño Arquitectónico, que fueron mejorando a medida que avanzaba en sus estudios, hasta destacarse por sus proyectos y ganarse la confianza de profesores como Alessandro Famiglietti y Ricardo Sanz, quienes después fueron sus tutores de tesis. Ambos le invitaron a ser su asistente en esta materia, que es la columna vertebral de la carrera.

Específicamente, los asistió en las clases de la Unidad 9, que «es como el taller de proyectos», aclara. Este rol, que desempeñó por un año *ad honorem*, le permitió evaluar otra posibilidad que también estuvo latente: dedicarse a la docencia. Así, antes de graduarse evaluó su faceta como profesor.

Tomás, el profesor, en cambio, es más reflexivo y está más dispuesto a modificar, para bien, la manera de dar clases y los parámetros de los ejercicios docentes. Esta etapa la comenzó apenas entregó su tesis de pregrado. En la exposición final, sus tutores Famiglietti y Sanz le propusieron que intentara ser docente de la FAU-UCV. Tomás les tomó la palabra y se apuntó a dictar la materia junto a uno de ellos. Esto duró un par de semestres hasta que suspendieron las actividades por la pandemia de COVID-19. No obstante, más adelante surgió la posibilidad de entrar a la plantilla docente de manera más formal.

UN CONCURSO DE OPOSICIÓN EXCEPCIONAL

Las oportunidades llegan cuando se está listo para conquistarlas. Y Tomás se preparó para el reto que significa optar al cargo de docente titular de la cátedra de Diseño Arquitectónico de la FAU-UCV a través del concurso de oposición, sabiendo de antemano que se trataba de una experiencia que, según comenta, está un poco mitificada. La dibujan como algo muy difícil de lograr porque consta de tres pruebas retadoras: diseño, escritura y defensa oral. En cada una, los aspirantes deben enfrentarse a un jurado calificado que, en esa oportunidad, estuvo constituido por los profesores Iván González Viso, José Alejandro Santana, ambos de la UCV, y Alfredo Sanabria, docente de la Universidad Católica Andrés Bello (UCAB) y la Universidad Simón Bolívar (USB).

“En la arquitectura, lo importante es conocer las reglas no solo para cumplirlas, sino para saber cuándo romperlas y así construir las propias y tener coherencia”

Como si hubiese pasado ayer, Tomás cuenta con detalle en qué consiste cada prueba. En la primera, los concursantes tenían ocho horas para plantear su proyecto, según estas posibilidades: tres terrenos, que en este caso estaban ubicados en el casco de la parroquia Petare; y tres edificios con programas distintos, uno era un centro de artes plásticas, otro era un centro de artes escénicas y el otro un centro de artes cinematográficas. En síntesis, eran nueve combinaciones posibles. «El día de la prueba se hace el sorteo y es ahí cuando sabes qué vas a diseñar», explica.

Una vez que terminaban, el jurado calificaba los proyectos, es decir, los participantes conocían los resultados antes de pasar a la segunda prueba, que consistía en dar una clase magistral de 45 minutos haciendo una crítica al proyecto de otro concursante. «Todo esto es completamente al azar. El jurado evalúa tu ponencia *in situ*. Si llevas buenos puntos acumulados, ya sabes que tienes altas posibilidades de ganar», comenta. Tomás no recuerda el día que le notificaron que había ganado el concurso, pero sí que la noticia la recibió a través de un *e-mail*.

En todo caso, este joven autoexigente valora la importancia que tiene esta experiencia más allá de ganar el cargo y de convertirse en profesor titular de la tricentenaria UCV. «Cuando todo pasa, sales fortalecido y te empiezas a creer que sí tienes madera para esto, porque no solo te lo dice alguien que te tiene aprecio y conoce tu trabajo, sino que un jurado calificado también lo reconoce», reflexiona.

Por normas internas, el ganador del concurso de oposición de la FAU-UCV puede elegir la unidad de Diseño donde ejercerá el cargo asignado. Tomás aceptó la invitación que le extendieron desde la 1, porque compartía con otro grupo de docentes que habían tomado la batuta y el relevo de esa suerte de mentoría que recibieron en la Unidad 9.



Experiencia: UNO detrás de otro. La esquina, la envolvente y el espacio público.



LA NUEVA CAMADA DE ARQUITECTOS Y DOCENTES

No lo dice expresamente, pero se le nota. Tomás disfruta ser profesor y lo demuestra incluso a través de sus cuentas en redes sociales, donde comparte sus reflexiones sobre los temas arquitectónicos que le inquietan, así como el *feedback* que tiene con sus alumnos en el taller. Esa interacción también le permite pensar en las preguntas que les hará sobre sus proyectos, replantearse en cada semestre los problemas que deberán resolver en clases y las mejoras que se propone hacer al programa académico.

Para muestra está el fragmento del texto titulado «Supervivencia crítica», que acompaña al carrusel de fotografías en blanco y negro, tomadas entre el 2023 y 2025, que publicó en su cuenta de Instagram para reflexionar, en parte, sobre lo que pasa en el taller de dibujo. El texto dice: «(...) el aprendizaje ocurre en la conversación, en la mirada compartida sobre un plano, en ese vaivén entre propuesta y corrección que no se puede forzar ni simular. Aun así, el uso de entornos virtuales, guías estandarizadas o sistemas de competencias puede resultar útil, siempre que se entienda que no sustituyen lo esencial: el vínculo pedagógico y el pensamiento en acto».

Por otro lado, Tomás lo tiene claro. Aunque pertenece a la nueva camada de docentes de la FAU-UCV, que tiene sus propias perspectivas sobre la carrera y el ejercicio profesional, es respetuoso de las enseñanzas que recibió de sus profesores. Y, sin sentirse voz de su generación —«porque no es algo que me corresponda», explica— considera que, si bien no pretenden rebelarse en contra de la manera como se imparten las clases en esa escuela, tampoco vienen a darle continuidad a ese legado sin aportar nada. «Nos sentimos cómodos con la formación que nos transmitieron, pero se trata de recoger lo que sí funciona e impulsarse sobre ese piso que ellos crearon», señala.

«VILLANUEVA SIEMPRE TE SORPRENDE»

La reseña publicada en la página web de la FAU-UCV dice que el edificio de la Facultad es una obra fundamental de Carlos Raúl Villanueva, arquitecto creador de la Ciudad Universitaria de Caracas. Este se construyó en 1957 y fue ideado bajo un principio muy personal que retoma las teorías académicas provenientes de la Bauhaus. Consta de seis áreas de trabajo claramente diferenciadas: composición, construcción, pintura, escultura, urbanismo y teoría. Todas giran en torno a la torre central de nueve pisos de altura, color azul y tratamiento tridimensional.

Durante cinco años, Tomás vivió ese patrimonio como alumno, ahora lo sigue haciendo como docente. Todos los lunes, miércoles y viernes recorre esos pasillos para llegar al taller de diseño donde lo esperan sus alumnos. Entre las 5:00 p.m. y las 8:00 p.m., revisa, corrige, debate y evalúa el avance de los proyectos que le deben entregar al término del semestre. Para él, cada pieza arquitectónica que consigue en ese trayecto es un conjunto que percibe como un catálogo de lecciones en el que siempre descubre cosas nuevas, por más que lo visite tres días a la semana.

«Villanueva siempre te sorprende con cosas diferentes, maneras de resolver situaciones que no habías notado, que no tenías en mente. Eso se convierte en parte de la experiencia de pertenecer a una institución de más de trescientos años de fundación y la responsabilidad que acarrea, aunada a haber sido ratificado como profesor a través de un concurso», resalta.



LA ARQUITECTURA A TÍTULO PERSONAL

Como docente, Tomás trata de dividir la arquitectura en temas de interés que puedan ser analizados por separado. Con esta estrategia busca profundizar en las variables que se presentan en el ejercicio profesional, además de despertar el pensamiento creativo a partir de posibilidades menos usuales. Es un ejercicio interesante. Sin embargo, cuando se le consulta sobre su definición de esta profesión, responde que «gente más académica y estudiosa se ha hecho esa misma pregunta».

Para él no hay un concepto universal o aceptado por todos, más bien «es una deuda que tiene esta disciplina consigo misma», dice. En todo caso, más allá de definirla, plantea que «lo importante es conocer las reglas no solo para cumplirlas, sino para saber cuándo es prudente romperlas y así construir las propias y tener coherencia».

A título personal, su interés en la arquitectura está en problemas de la contemporaneidad que deben tratarse en los talleres de proyectos, como el clima. «Estamos en un país tropical, ese factor hay que usarlo para diseñar, pero no como una postal o como una anécdota, sino entender qué consecuencias trae», explica.

También habla de las incidencias que tiene el entorno en la obra. «El lugar deforma el proyecto», dice sin ánimos de ser peyorativo, sino refiriéndose al problema de la materialidad en la arquitectura, un tema que considera vigente, por las implicaciones técnicas que tiene. «Nos guste o no, la arquitectura es esclava de varios elementos como la gravedad: lo que hacemos debe sostenerse; esto nos diferencia de otras disciplinas como la pintura, la escultura», sentencia.

DAR RESPUESTA AL LUGAR

La arquitectura que trasciende es la que se construye desde la reflexión y la intención, con propuestas capaces de dialogar con su entorno y de resistir el paso del tiempo. Tomás tiene estas premisas muy presentes, por lo que, lejos de enfocarse en un solo tema al momento de proyectar, su propósito es «dar una respuesta adecuada al lugar».

Esto significa que, para él, los proyectos no tienen que mimetizarse o verse a leguas, sino que deben responder a lo que demanda el sitio donde se ejecutará la obra, teniendo en cuenta el clima, el confort ambiental, la iluminación, la temperatura y la materialidad, porque son elementos que ayudan a construir atmósferas. «El espacio puede definirse por cómo se percibe porque, aunque se trata de dimensiones físicas, estas también son conceptuales y la arquitectura tiene la responsabilidad de resolverlas», resalta.

Así, sentado frente a la PC, es probable que imprima el plano para dibujar a mano, de esa forma comprueba sus opciones más rápido que haciéndolas en 3D. El resultado puede ser un «garabato» que solo él entiende, pero este ejercicio responde a la frase: «Diseñar es pensar con las manos», como dice citando al arquitecto español Alberto Campo Baeza.

“La arquitectura es esclava de varios elementos como la gravedad, esto nos diferencia de otras disciplinas como la pintura y la escultura”



Proyecto: Oficina H-205.

“El espacio puede definirse por cómo se percibe porque, aunque se trata de dimensiones físicas, estas también son conceptuales y la arquitectura tiene la responsabilidad de resolverlas”

CUESTIONAR LA PREEXISTENCIA

El momento de mayor relevancia arquitectónica en Venezuela fue en el período que va desde después del primer *boom* petrolero hasta después del segundo, es decir, desde principios hasta mediados del siglo XX. «Tenemos muchas obras inscritas en ese apartado, pero después de ese período la producción mermó», recuerda. Y, aunque la restauración no es un tema que le interese porque considera que es una especialidad que requiere estudios de cuarto y quinto nivel, reconoce que el grueso de la infraestructura caraqueña y del país ya empieza a tener entre setenta y cien años de antigüedad, por lo tanto, es importante pensar en su conservación.

En el taller de dibujo, incita a sus alumnos a aprovechar la preexistencia y cuestionarla. En ese caso –según explica– la preservación es una excusa para generar un ejercicio docente, en el que el patrimonio aparece, es obvio y forma parte del entorno, por lo tanto, deben implantarlo en el proyecto, indistintamente de cuán deteriorado esté. «La duda principal es qué se debe o no conservar, y qué es parte de ese imaginario colectivo local».

Recientemente, este tipo de ejercicios lo condujo a revisar el trabajo de un grupo de arquitectos españoles de finales de los años noventa del siglo XX y principios del XXI, para plantearles referencias a sus estudiantes, teniendo en cuenta que el trabajo de Rafael Moneo, el de Luis Moreno Mansilla y el de Emilio Tuñón, por ejemplo, «tenían que ver con intervenir sobre la preexistencia, sobre un edificio que en principio era patrimonial».

Pero si de referentes personales se trata, por una parte, destaca el legado de Le Corbusier, Mies van der Rohe, Frank L. Wright, Alvar Aalto y Louis Khan, a quienes llama «los cinco maestros modernos internacionales», precursores de mucha de la tradición de la formación arquitectónica de Venezuela y, al mismo tiempo, son precursores de «los maestros modernos locales» como Villanueva, Sanabria, Jesús Tenreiro y José Miguel Galia.

Su atención también se enfoca en el manejo que se está haciendo en LATAM del tema constructivo y los materiales, específicamente en países como Chile, Argentina y Paraguay, que quizá no tienen los referentes más famosos –lo reconoce– pero son arquitectos que hacen mucho con pocos insumos.

LAS TENDENCIAS SON SOLO UN DATO ANECDÓTICO

Para Tomás los proyectos arquitectónicos tienen que trascender, sostenerse en el tiempo, es decir, ser atemporales. Esta idea no es nueva. En 1983, Kenneth Frampton publicó un ensayo titulado «Hacia un regionalismo crítico: seis puntos para una arquitectura de resistencia», en el que propone desarrollar una arquitectura que se adapte a las condiciones geográficas, climáticas, culturales y sociales específicas de cada lugar, en contraposición de las tendencias globales.

La importancia de que un joven proyectista como él tenga esa misma visión radica en lo disruptiva que puede ser su posición en tiempos en que lo efímero, la inmediatez y las propuestas en serie parecen tener más peso. En cambio, Tomás ve las tendencias solo como un dato anecdótico. «No digamos que la arquitectura debería ser inmune a esas modas —explica—, pero sí debería manejar ciertos temas mezclados para entender cuándo caes en repetir algo porque es tendencia y cuándo (lo haces) porque es lo que demanda el proyecto».

De hecho, en su perfil de LinkedIn tiene publicado un ejercicio titulado «Arquitectura con denominación de origen. Cocuy: paisaje, tradición y memoria», que consiste en producir un proyecto de arquitectura que responda al lugar, desde la aproximación al paisaje y al territorio. También toma como ejemplo la Ciudad Universitaria de la UCV porque no sigue una tendencia en específico.

«Ahí Villanueva vio unos valores importantes como el clima tropical (luz, humedad y temperatura). Además de incorporar el arte como un elemento más. Hoy en día tenemos esos edificios con más de setenta años, el tiempo no ha pasado en vano, pero es algo que no responde a una tendencia. Al contrario, probablemente esos edificios persistan mucho tiempo más de lo que nosotros estaremos aquí».

CAMBIOS DE PERSPECTIVA

El número 132 de la revista *Entre Rayas* se publicó entre octubre y noviembre de 2019. El tema central era *La casa: práctica, docencia e investigación* e incluía obras construidas, ejercicios académicos y obras de maestros de la arquitectura venezolana. El trabajo que Tomás presentó en el noveno semestre aparece en el artículo «Autobiografía proyectual. Cartografía de intenciones», correspondiente al ejercicio docente que el profesor Famiglietti —coeditor de ese especial— había asignado a sus estudiantes.

Al respecto comenta que, como proyectista, percibe la casa como un reto que trae ciertas singularidades que al arquitecto le pueden cambiar la perspectiva por completo, haciendo a un lado el «ego creador», para atender los intereses del cliente. «Te quitan el piso y te obligan a repensar y recalcularte a ti mismo en cuanto a la manera de resolver las situaciones, buscando otras posibilidades», explica.

Así, admite que, en el fondo, la arquitectura es así: puede haber dos propuestas que parecen opuestas o contradecirse, pero son igual de válidas o correctas. Se trata de un territorio ambiguo. «Es dar con una solución a una situación que puede tener infinidad de respuestas igual de buenas», afirma.

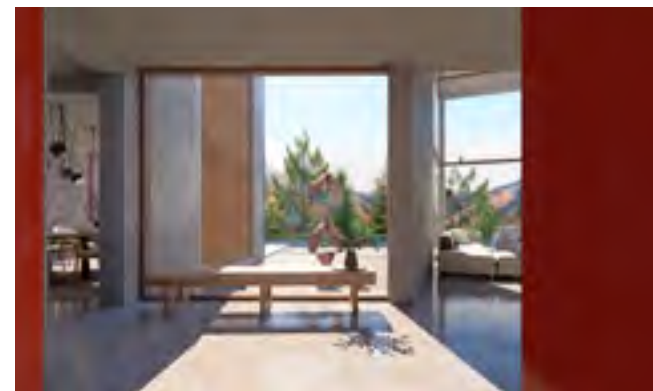
TODA EXPERIENCIA SUMA

Durante la carrera, Tomás fue pasante en Docomomo Venezuela, en 2017. Esto le permitió participar en la investigación, desarrollo de maqueta y diseños de la exposición *Arquitectura Norteamericana en Caracas 1925-1975: Our Architects*, organizada por Doconomo en la Sala TAC del Trasnocho Cultural. Ese mismo año, participó como guía en recorridos de la quinta El Cerrito, en colaboración con la misma agrupación y la fundación Planchart.

Luego trabajó en ODA Oficina de Arquitectura, entre el 2019 y 2024. Ahí también entró como pasante y salió siendo Jefe de Proyecto del restaurant MoDo Caracas: «Lo empezamos desde cero, incluyendo el anteproyecto hasta la construcción. Hicimos el recorrido completo», recuerda.

Esta experiencia le permitió reconocerse como proyectista, aprender a manejar largas pausas que puede tener la construcción de la obra, así como diseñar y rediseñar durante la ejecución. «Oportunidades como esa te dan el panorama completo, incluso la interacción con los ingenieros y cómo resolver situaciones o reajustes que aparecen durante la obra».

Todo suma. Lo sabe y las ideas que no puede aplicar en un proyecto seguramente las aplicará en otro, esto es acumular temas de interés, temas no resueltos que en algún momento abordará. «Uno tiene su armario de “trucos guardados” que en algún momento quiere experimentar o hacer», dice.



Proyecto: Casa NP.

“*Uno tiene su armario de ‘trucos guardados’ que en algún momento quiere experimentar o hacer*”

MÄRAI: UNA OFICINA EN CONSTRUCCIÓN

Fundar una oficina de arquitectura en Venezuela puede parecer una apuesta arriesgada. Sin embargo, para Sebastián Silva, Adolfo Machado y Tomás Caeiro –quienes se conocieron en la FAU-UCV y, en su momento, hicieron prácticas profesionales en ODA– pareciera que esta decisión fue un paso natural. Así, en el año 2022, nació Märai Arquitectos.

Las cosas ocurrieron así: Sebastián y Tomás compartieron aulas en el primer semestre de carrera en la FAU, hasta que Sebastián partió a Italia a realizar una doble titulación. A su regreso, trajo consigo no solo una perspectiva internacional enriquecida, sino también la idea de fundar su propio estudio. Esta visión encontró eco en Adolfo y Tomás. Al principio no había mayor intención que tener un estudio propio. Los tres socios mantenían sus trabajos formales mientras asumían proyectos pequeños en paralelo a través de Märai.

“*El lugar deforma el proyecto*”

Pero desde 2023, Märai dejó de ser un proyecto complementario y se convirtió en su actividad principal. «Diría que está en construcción desde el 2022», comenta. En tres años, han creado un portafolio que incluye viviendas, oficinas, remodelaciones, algo de arquitectura comercial y deportiva. Por ahora, su filosofía es acompañar al cliente en sus necesidades, indagando en las propias. «Nuestro propósito es seguir sumando más experiencias a esta bola de nieve». Ese es su anhelo.

OBJETO SÍNTESIS

Su compromiso como profesor lo sobrepasa. El próximo paso es consignar su trabajo de ascenso docente. Estima presentarlo dentro de dos años y el proyecto que eligió consiste en una recopilación de los ejercicios que ha formulado en los últimos cuatro semestres. Por ahora, esta propuesta se llama *Objeto síntesis*, pero ese no necesariamente será el nombre final. Además, en este trabajo se van a comparar las experiencias que ha compartido con otros profesores que han usado el tema de los catálogos o las piezas síntesis para resolver los proyectos. «Es someter todo esto a prueba para ver qué tan factible es como método», reflexiona.

Un ejemplo de estos ejercicios es el llamado «Inserción y pertinencia. Edificio de ampliación para el IPC-Caño Amarillo», en el que le dio a cada alumno seis verbos relacionados con problemas de diseño, como envolver, adosar, insertar, superponer; seis categorías de cosas preexistentes, como ventana, corredor, zócalo; una pieza síntesis de veinte por veinte; y dos materiales. Como profesor y arquitecto sabe que estos insumos no generan un edificio por sí solos, «sino una serie de estrategias posibles, por las que ellos aún no saben qué terrenos se les van a dar, ni el proyecto que harán, pero empiezan a intuirlo. Eso genera un catálogo».

APRENDER Y AVANZAR

A pesar de su trayectoria como docente y los éxitos obtenidos en el ejercicio profesional, Tomás aún no se siente en la posición de «dar lecciones» a las nuevas generaciones de arquitectos, porque aún está construyendo su camino, aprendiendo, corrigiendo, formulando preguntas. «El arquitecto también es una persona que pelea con sus convicciones, prejuicios, intereses, virtudes y defectos», reconoce.

En el aula, promueve una pedagogía que evita recetas cerradas o procedimientos replicables. Y en lo sucesivo, su compromiso no es solo enseñarles técnicas, sino desarrollar la capacidad de pensar el oficio de manera crítica, provocar búsquedas; es «cuestionarse para aprender, avanzar y mejorar».

PROYECTOS







Proyecto: Casa SS.
Ubicación: Isla en el Mar Caribe, Venezuela.





Proyecto: Oficina 506 .
Ubicación: La Castellana, Caracas, Venezuela.





Proyecto: Rooftop FH.
Ubicación: Los Chorros, Caracas, Venezuela.



— 1998 —

Fernando Peraza Azuaje

«Yo, principalmente,
soy Fernando, el arquitecto»

Nacido en Maracay, en 1998, estudió Arquitectura en la USB. Su tesis fue preseleccionada para el Premio a la Inclusión de la Bienal de Arquitectura (Nueva York, 2022), así como expuesta en el Museo Nacional de Arquitectura (Musarq), en Caracas. En 2020 hizo un curso de Diseño, a distancia, en la Universidad de Pensilvania. En 2025 fue aceptado en cuatro de las mejores universidades de E.E. U.U., entre ellas Harvard, para cursar una maestría en Arquitectura del Paisaje. Entre otros reconocimientos, ha ganado el primer lugar del concurso Una Nueva Fachada para Conindustria, el primer lugar del Concurso de Ideas Arquitectónicas y Urbanísticas Ciudad Gobierno de Costa Rica y la Beca Desenterrando Futuros de la Fundación Holcim para latinoamericanos. Ha sido profesor de Diseño Arquitectónico y trabaja en la firma de arquitectos MA+ Micucci Arquitectos y Asociados.

No cree en idolatrar o endiosar a nadie, sino en la visión panorámica que se puede tener de cualquier proyecto al entender la integración de arquitectura, paisaje y ciudad

@fp_arc

 Valentina Rodríguez Rodríguez

 Luis Matos, José Cardona, Holcim Foundation

A los diecisiete años Fernando José Peraza Azuaje (Maracay, 2 de septiembre de 1998) decidió a qué se quería dedicar y cuál sería la ruta para conseguirlo: graduarse de arquitecto, en la Universidad Simón Bolívar, relacionarse con Franco Micucci y hacer una especialización en Harvard. En dos lustros ha ido cumpliendo el plan, después de sortear y superar decenas de obstáculos, que van desde paros y el deterioro del recinto educativo de Sartenejas, la crisis económica y de los servicios públicos en Venezuela, la pandemia de COVID-19 y el segundo desbordamiento –importante– del río El Limón (Aragua). El 3 de marzo de 2025 recibió la carta de aceptación en la maestría de Arquitectura del Paisaje de la institución de educación superior más antigua de los Estados Unidos, pero tres meses más tarde, las restricciones impuestas para el ingreso de venezolanos (entre otros extranjeros) al país norteamericano dejaron en un limbo la concreción de la última parte de su plan.

Las entrevistas para este libro se dieron semanas después de la firma de la medida de la Administración de Donald Trump, en los días en que Fernando estaba en conversaciones con Harvard para tratar de hallar un visado y poder instalarse en el campus de Massachusetts: en pleno recálculo de la ruta.



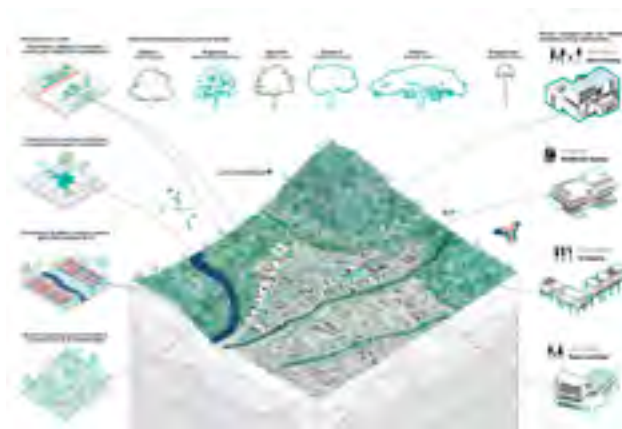
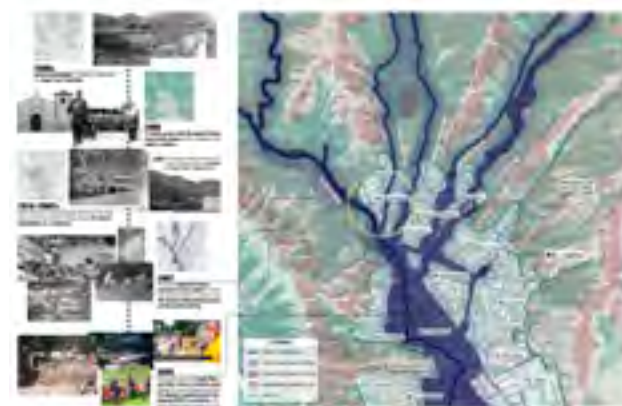
«La universidad está planificando alternativas para ver qué se puede hacer. Están evaluando la posibilidad de una visa de interés nacional o cursar la maestría desde la Universidad de Toronto (Canadá). Ellos también están afectados. De la Escuela de Diseño, el 52 % de los alumnos son estudiantes internacionales. Está todo tan revuelto y tan reciente... Estoy modo “como vaya viniendo, vamos viendo”, incluso en un país como Estados Unidos, que es algo que jamás hubiese pensado, ¿cómo instituciones de ese nivel llegaron a estar en esta situación? Porque me dices que pasa en la Central (Universidad Central de Venezuela) o en la Simón Bolívar y lo creo, estamos como más acostumbrados, eso lo tiene uno más normalizado. Seguimos en crisis y continúan las universidades, bien o mal, pero continúan», reflexiona, sin perder la compostura, pero con un tono de incredulidad y desconcierto.

Es el primer universitario de su familia, también es el primogénito del matrimonio entre Alberto Peraza y Lorena Azuaje. Ella es administradora; él, corredor de seguros. A sus ocho años, Fernando comenzó su interés por la profesión que hoy ejerce: trataba de entender los planos y la construcción de una casa en obras que compraron sus padres, en El Limón, que despertaron su curiosidad.

«Ellos compraron la casa en papel y duró como unos sólidos doce años haciéndose. Esa casa nunca la terminaron. Mis papás me llevaban a la obra y me decían: “Mira, vamos a ver esto aquí y tal”. Y yo con ocho años tratando de entender un plano en planta, de entender cómo era el espacio. Era muy loco, pero en verdad creo que la razón para estudiar Arquitectura surgió de eso». Más adelante, cuando comenzó a ver Dibujo Técnico en el liceo, confirmó que la arquitectura era a lo que se quería dedicar.

Pero primero descubrió dónde quería estudiar: las visitas al trabajo de su papá, en La Trinidad (Caracas), le hicieron dar con el lugar: «Yo era muy pequeño y decía: “Wow, mira los jardines. Qué belleza ese lugar. Yo quiero estudiar ahí”. Siempre quise entrar en la Simón Bolívar, 100 %». Años más tarde, fue testigo de la descomposición del Cromovegetal y del cambio de jardines a matorrales, también de autoridades.

En la escuela y en el liceo fue un estudiante sobresaliente. Se graduó de bachiller con honores. La primera vez que se enfrentó a dificultades académicas fue en el básico de la Simón Bolívar, tanto que lo hizo cuestionarse si era apto para la carrera: «Fue superfuerte para mí. Pero ya una vez que entré en las materias de la carrera, ahí fue como una montaña rusa que fue hacia arriba, ¡gracias a Dios!, porque no hubiese sabido qué hacer con mi vida. Ese primer año fue de mucha crisis, me pregunté varias veces: “¿Esto es lo que me gusta, lo que quiero?, ¿esto es arquitectura, siquiera?”. “Si esto va a ser así todos los años, yo veo muy difícil poder continuar, y si sobrevivo esto no me va a hacer feliz, creo yo”, me dije varias veces».



Proyecto: Atarraya de Encuentros:
Paisajes de Sal.

«SOY DE POCOS AMIGOS»

Fernando es atento, cordial, pausado al hablar y risueño. Cuando un tema o recuerdo lo entusiasma, se relaja, sube las piernas y las cruza sobre la silla, se acerca para narrar y gesticula con las manos. Usa con frecuencia el prefijo «super», con el sustantivo «conexión» explica cada coincidencia y recurre casi siempre a la cifra «100 %» para indicar que está totalmente de acuerdo con algo. Se reconoce autoexigente, «creo que a veces se me pasa la mano», confiesa. También se describe como una persona «tranquila, neutral, más pesimista que superpositivo. En el trabajo en momentos o situaciones de presión trato de darle la vuelta un poco al asunto y ver el lado positivo, pero cuando se trata de algo más personal sí me cuesta dar esa vuelta».

No comulga con ninguna religión, aunque viene de una familia católica practicante: «Soy bautizado, hice la comunión, pero en realidad soy un poco ateo o agnóstico. No siento que haya una fuerza divina, en el sentido de que no todo está escrito, cada uno escribe un poco su destino». Pero en los momentos de angustia o desconcierto invoca a Dios: la primera vez que presentó el TOEFL (prueba de inglés como lengua extranjera) –requisito para estudiar en E.E. U.U.–, tomó la evaluación en Valencia (Carabobo), «donde conseguí la cita más pronto, pero resulta que cuando llevaba la mitad de la prueba se fue la luz. Me dijeron: “El progreso que tenías hasta ahora no lo puedes recuperar. Tienes que hacer otra prueba desde cero”. Después de esa respuesta dije: “Dios mío, ayúdame”».

Tampoco le presta mucha atención a la astrología, aunque afirma: «De que vuelan, vuelan» (risas). De las características de Virgo, se reconoce en «las principales. Soy muy ordenado, superlimpio». Es zurdo, «estructurado» y de pocos amigos: «Siempre he sido de grupos pequeños, porque creo que es preferible tener cuatro amigos muy cercanos, a ser amigo de todo el mundo y no poder contar con nadie después. Hice tres, cuatro amigos, tanto en primaria, bachillerato y en la universidad; personas con las que sigo teniendo contacto todavía. Unos están afuera y otros siguen aquí en el país».

“Me gusta caminar muchísimo, sobre todo hacia Chacao, Los Palos Grandes, toda esa zona me parece maravillosa para caminarla y no solamente caminarla por caminar, sino para conocer, comprender qué pasa”

La arquitectura ocupa todo su tiempo, sus ratos de ocio, sus paseos a pie y lecturas son para entender la ciudad y estar al tanto de lo último de su profesión: «Me gusta caminar muchísimo, sobre todo hacia Chacao, Los Palos Grandes, toda esa zona me parece maravillosa para caminarla y no solamente caminarla por caminar, sino para conocer, comprender qué pasa, por qué pasan ciertas cosas o no. Es uno de mis hobbies principales. En cuanto a la lectura, es cómico porque me gusta leer mucho de arquitectura también, qué se está haciendo aquí y qué están haciendo afuera. Yo, principalmente, soy Fernando, el arquitecto. Creo que quienes ejercemos esta profesión somos primero arquitectos y después otras cosas. Uno de mis pendientes es diversificarme un poco, para no estar tan sumergido en esto».

LA VIDA EN EL LIMÓN

Vivió toda su niñez y adolescencia en El Limón, ciudad al noroeste del estado Aragua, situada en las riberas del río homónimo y al pie del parque nacional Henri Pittier, el más antiguo del país y la tierra donde se cultiva uno de los mejores cacao del mundo.

Sus estudios de educación básica y bachillerato los hizo en la Unidad Educativa Privada Colegio Decroly. Al salir de la escuela lo cuidaba una amiga de su mamá, Ninoska, a él y a su única hermana, dos años menor, Mariana. Con Mariana jugaba Nintendo, Wii, Mario Party. «Jugábamos y nos peleábamos (risas). Nos conectábamos por Bluetooth y jugábamos, muchísimo, también ella peleaba conmigo por ahí y luego físicamente (más risas). Somos bastante unidos, aunque ella ahora está enfocada en su carrera. Es psicopedagoga».

Nunca fue a actividades extracurriculares, pero de forma autodidacta se acercó al piano. «Mis papás son papás viejos. Me tuvieron a los 40 y 37 años. También trabajaban todo el día y vivíamos a las afueras de Maracay, así que por eso no fui a actividades extracurriculares. Pero sí me interesaba muchísimo practicar algún instrumento, me encantaba el piano. En la casa teníamos uno, pero nunca lo usábamos. Me acerqué un par de veces a él. Era de mi mamá, que tocaba, pero ya no lo hace», recuerda.

En 2015, mientras esperaba comenzar a estudiar en la Simón Bolívar, hizo un curso de repostería. «Entré a la Simón en 2016, me tocaba comenzar en 2015, eso se postergó por paros, etc... En ese tiempo hice un curso de repostería, terminé haciendo tortas con *fondant* y demás. Pero eso quedó ahí, era un *hobby* que tenía en ese momento, la cocina y la repostería, en general», precisa.

Ve el mundo de la gastronomía como una opción si en algún momento no puede seguir con la arquitectura. «Yo creo que en la cocina me iría bien. Mi mamá siempre me dice: “Ay, tú deberías haber estudiado para *chef*”. No cocino mucho, pero las veces que lo he hecho, al parecer, gusta. Entonces creo que sería un recurso para un plan B».

La decisión de estudiar Arquitectura fue apoyada por sus padres. «Ellos me apoyaron muchísimo en todo. Están superfelices. Siempre me han empujado a que dé lo mejor de mí y sea mejor persona. Les gusta saber en qué estoy trabajando. En mis momentos de mucho estrés o en situaciones como la de ahora, están muy pendientes, me preguntan si duermo, si estoy comiendo bien; porque yo me meto tanto en la cosa, que a veces no sé si he comido o he dormido lo suficiente».



“Cada uno escribe un poco su destino”

LA SIMÓN BOLÍVAR

Venirse a Caracas a estudiar en la Universidad fue la primera experiencia de Fernando viviendo sin su familia y fuera de Aragua. Se ubicó en una residencia cerca del campus, en Los Guayabitos. Durante esos años universitarios mantuvo una vida y rutinas bastante similares a las que tenía en El Limón. Se dedicó exclusivamente a estudiar.

«Al principio no experimenté mucho Caracas, porque era prácticamente un viaje ir desde la Simón hasta la ciudad y yo vivía cerca de la Universidad, me podía ir caminando y en carro llegaba en dos minutos. Venía muy eventualmente a Caracas, por alguna visita arquitectónica con los profesores o si estaba haciendo un proyecto. La transición de salir de mi casa a la Universidad fue fácil al principio, porque El Limón está en una montaña y me vine para acá a otra montaña. No fue hasta después que me gradué que realmente pude vivir Caracas, conocerla, caminarla», cuenta. Actualmente vive en Los Palos Grandes y trabaja en La Floresta y de forma remota para Miami.

Fernando vio cómo se fue desdibujando la primera universidad venezolana que pasó de experimental a autónoma. «Cuando yo entré comenzó el deterioro, que fue sistemático. Los jardines, el Cromovegetal, el autobús, el comedor se fueron apagando. También la plantilla de profesores, pasaron de 30 a 26 a 10; materias como Diseño tuvieron que unir secciones, porque no había quien las impartiera. El deterioro era muy paulatino, pero continuo».

A pesar de las condiciones físicas de la institución, resalta que la formación y la pedagogía del cuerpo docente ha sabido lidiar con la situación. «Los laboratorios y equipos de la Simón se quedaron en el tiempo. Cualquier universidad de Bogotá o Buenos Aires tiene una granja con máquinas de impresión 3D. Pero con respecto a las inquietudes o incertidumbres que puedas tener tú como estudiante y que son sembradas en parte por los profesores, sin duda, aún estamos bien. La carrera de Arquitectura en la Simón Bolívar es más amplificada, ves todo: arquitectura, diseño urbano y paisajismo. Salimos con una visión más macro de la arquitectura en la ciudad o con un contexto más general».

En 2018 se convirtió en el secretario de información del Centro de Estudiantes de Arquitectura. «Me postulé para probar qué tal y me fue bien. Me encargué de la difusión de los eventos que se hacían en el Centro de Estudiantes, planificar la parte informativa y de difusión en redes sociales. Hicimos la campaña mientras veíamos clases de Diseño o mientras estábamos haciendo maquetas en la Universidad. Fue una elección democrática y no hubo derrocamientos (bromea y se ríe). Lo poco que

Proyecto: Atrarraya de Encuentros:
Paisajes de Sal.



Proyecto: Sabana Grande transversal.

recuerdo de esa etapa es que cada vez que nos reuníamos a discutir cosas, era como una pelea familiar (risas). Pero creo que esa experiencia me confirmó que hacia la política sí que no voy; aunque recientemente, con todo lo que está pasando, me he interesado en conocer las leyes».

Un año más tarde comenzó a trabajar con Franco Micucci (MA+ Micucci Arquitectos y Asociados, Fundación Espacio y docente de la USB), uno de sus referentes locales en arquitectura y modelo a seguir. Primero fue parte de su equipo en el proyecto CCScity450 Comunidades de la Fundación Espacio, más adelante su alumno en la USB y, tres años más tarde, en 2022, entró como arquitecto en su firma: MA+ Micucci Arquitectos.

CCScity450 Comunidades fue lanzado en el año 2016. El proyecto se desarrolló en el marco del aniversario 450 de la fundación de Caracas. La propuesta consistía en conformar grupos de trabajo interdisciplinarios para ejecutar proyectos participativos y programas comunitarios en diez asentamientos espontáneos (barrios) de Caracas.

La pandemia de COVID-19 impidió su primer intercambio estudiantil. En agosto de 2020 tenía previsto cursar dos trimestres de Diseño en la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Madrid (ETSAM) de la Universidad Politécnica de Madrid (UPM). «En ese momento fue una hazaña. Me iba con una amiga a la que también habían aceptado. Teníamos planificado hasta dónde íbamos a vivir. Fue superfrustrante cuando se canceló, pero quizás la recompensa fue haber visto un curso de Diseño, a distancia, en la Universidad de Pensilvania. Creo que, a pesar de todas las implicaciones que tuvo la pandemia, en el área académica me ayudó muchísimo, porque pude estar 100 % enfocado, adelantar materias para dedicarme, en exclusivo, a la tesis; y me permitió la experiencia con la Universidad de Pensilvania». Al decretarse el estado de emergencia por la pandemia, Fernando salió de Caracas y se instaló de nuevo en casa de sus padres.

Durante la época en que hacía el curso en el recinto de educación superior de Filadelfia, se produjo el segundo desborde importante del río El Limón, en diciembre de 2020. «Esos días fueron una locura. Primero nos quedamos con el servicio de internet intermitente por unas sólidas cuatro semanas y después estuvimos por dos meses sin nada de internet. Entonces, mientras estaba haciendo el curso de la Universidad de Pensilvania, tenía que conectarme desde mi teléfono e irme a la platbanda de mi casa para tener señal. Era como todo surreal, loquísimo».

En octubre de 2021, aun con los estragos de la pandemia y las restricciones de movilidad en Venezuela, inició su proyecto de tesis: *Sabana Grande transversal*:



la arquitectura del espacio público como un manifiesto para la visibilidad, identidad y diversidad, tutorada por Miccuci; trabajo que recibió la distinción Sobresaliente, fue preseleccionado para el Premio a la Inclusión de la Bienal de Arquitectura de Nueva York, en 2022, y fue expuesto en el Museo Nacional de Arquitectura (Musarq), en Caracas.

«Fueron más o menos nueve meses de trabajo. El proyecto va sobre la transformación de Sabana Grande en un distrito multicultural, que fuese como un catalizador de la diversidad y la inclusión, haciendo énfasis, quizás, en la comunidad LGBTQ+, a través de la arquitectura, el arte y el espacio público. Al principio la tesis estaba enfocada en la comunidad LGBTQ+, pero luego, haciendo un diagnóstico más amplio del lugar, me di cuenta de que había otras realidades a incluir: indígenas, trabajadoras de la calle; que sentía que no estaban siendo consideradas en la narrativa o discurso de la ciudad y de ese sector. Entonces, realmente era como entender desde la sociedad o desde las personas que habitan un sector de la ciudad cómo se podría, a través de la arquitectura, generar espacios, lugares o situaciones en el espacio público que permitieran la congregación de todo este tipo de actores. En la tesis están nueve sectores y en algunos solamente se plantea la realización de un parque; en otros, un edificio de mercado para la comunidad indígena. También una plaza cubierta, hacia Plaza Venezuela, donde pudiera pasar de todo: exposiciones, ferias de arte, *drag shows*; demostrar que todo esto podía suceder en la ciudad, creo que esa es la gran síntesis de la propuesta», explica.

Nunca ha sido miembro de alguna organización que vele por los derechos humanos de la comunidad LGBTQ+, pero es algo que le gustaría. «La tesis me hizo estar muy involucrado con algunas organizaciones LGBTQ+, no llegué a convertirme en activista, pero estuve muy involucrado y fue fantástico. Me encantaría en algún futuro poder ser más activo nuevamente».

EL ARQUITECTO

A Fernando le «apasiona» hablar de arquitectura. No es fan ni idolatra a ningún colega, contemporáneo o de otros tiempos: «No me corto las venas por ninguno (risas). Quizás eso puede ser un poco más de las generaciones anteriores, esa idea del arquitecto Dios o de idolatrar». Recurre a Carlos Raúl Villanueva para resumir cómo entiende su profesión: «Hay una cita de Villanueva que es fantástica, no me la sé de memoria, pero dice que “la arquitectura es un arte utilitario”; o sea, que lo que busca es resolver los problemas humanos, más allá del ego propio, de lo que yo quiera hacer o no. Me identifico muchísimo con eso».

Le gusta el trabajo de los arquitectos Renzo Piano (Centro Georges Pompidou), Mies van der Rohe (Casa Farnsworth) y James Corner (New York High Line); también el de los artistas vinculados a la arquitectura y al espacio público Gego (INCE Caracas) y Keith Haring (Barking Dog); y uno de los libros de arquitectura que salvaría al mundo del apocalipsis es *Muerte y vida de las grandes ciudades*, de Jane Jacobs. «Es un libro que está muy vigente, sobre todo en el entendimiento de la arquitectura y más de la arquitectura de la ciudad y de cómo debería ser la ciudad: un escenario para todo, para la vida, para el desarrollo del ser humano, de la naturaleza».

Sobre sus próximos planes futuros, concrete o no la maestría en Harvard, está continuar indagando y trabajando en «esa intersección entre la arquitectura, el paisaje y la ciudad. Al tener un entendimiento claro y profundo de las tres, es posible aproximarse a cualquier tipo de proyecto de manera más panorámica. Me encantaría poder seguir trabajando en barrios, como hicimos en CCScity450. El tema ambiental, sostenible y ecológico en los barrios es muy precario en todos los sentidos y creo que es un tema que es fundamental continuar explorando».



“Creo que la docencia te ayuda a mantenerte muy activo, porque estás pensando en los problemas o situaciones o proyectos de alguien más”

GIRA POR COLUMBIA Y HARVARD

Entre los años 2021 y 2025 Fernando acumuló premios, concursos, intercambios, viajes y las cartas de aceptación en las principales universidades de los Estados Unidos: la de Pensilvania, la de Cornell, Columbia y Harvard.

En 2022 ganó el primer lugar del concurso Una Nueva Fachada para Conindustria. «Durante el limbo entre la defensa de la tesis y la graduación, que fue como de tres meses, me enteré del concurso de Conindustria, que era para arquitectos jóvenes, recién graduados; podía inscribirse cualquiera. La premisa del concurso era el rediseño solamente de la fachada y de ciertos espacios interiores. Me inscribo y digo:

“Vamos a ver qué pasa”. Al final, gané el concurso. Ellos quedaron supercontentos. Luego me enteré de que no se iba a construir. No van a hacer el proyecto, y tampoco han hecho nada. Yo tenía la esperanza de que sí», lamenta.

Un año más tarde, recibe la primera mención de honor del Segundo Concurso Nacional de Ideas de Arquitectura Universidad Católica Andrés Bello, con la propuesta Árbol de Uniones; y el primer lugar del Concurso de Ideas Arquitectónicas y Urbanísticas Ciudad Gobierno de Costa Rica, con Parque Cívico Metropolitano. En 2024, el primer lugar del Concurso de Ideas de Arquitectura y Diseño Urbano para el Centro Histórico de Pampatar, con Atarraya de Encuentros: Paisajes de Sal; y, en 2025, la Beca Desenterrando Futuros de la Fundación Holcim, para latinoamericanos.

Dos años antes de aplicar a las maestrías, visitó la Universidad de Pensilvania, la de Columbia y la de Harvard. Luego aplicó a las tres, más la Universidad de Cornell. «Decidí aplicar en estas cuatro por dos cosas: primero, ver en dónde quedaba; segundo, en caso de quedar en más de una, poder negociar con ellas (risas). Yo no sabía que podía hacer eso en universidades de alto nivel, pero tú puedes llegar a decirles: “Mira, esta universidad, que es equivalente a ti, me está ofreciendo esto”. Ellos al final se pelean para atraer a los mejores candidatos, porque después son esas personas las que van a representar a la universidad afuera».

En este periodo también incursionó en la docencia, como profesor de Diseño Arquitectónico, rol que le gustaría volver a asumir. «Creo que la docencia te ayuda a mantenerte muy activo, porque estás pensando en los problemas o situaciones o proyectos de alguien más, y tú al tratar de ayudar al estudiante te motivas a ti mismo, reflexionando sobre ciertas cosas que en otra situación no hubieses pensado. Creo que lo más importante como profesor de Diseño es tratar de dar mensajes lo más claro posibles. Sin duda me gustaría volver a dar clases, ya como profesor titular».

VENEZUELA, UN PAISAJE COMPLEJO

Actualmente, Fernando ve la idea de estudiar fuera del país solo con propósitos educativos; hace unos años pudo ser también una forma de emigrar. «Aquí hay muchísimas cosas por hacer y el potencial es infinito, entonces creo que sería de más ayuda estando aquí que en cualquier otro lugar. Si esa pregunta me la hubiesen hecho hace un par de años la respuesta era: “Yo me voy de aquí por siempre y no vuelvo”. Esa idea ha ido cambiando a medida que he ido madurando. Pero de no volver, por alguna razón, estoy muy abierto a contribuir con el país desde otras esferas».

Sobre cómo percibe y entiende su terruño, considera que hoy Venezuela se encuentra «muy lejos del país que pudiésemos tener. En todos los sentidos, social, político, económico. Creo que en muchos aspectos podríamos ser como Suiza, por todas las riquezas que tenemos, que no solamente es el petróleo, son las riquezas naturales, humanas. Para llegar a ese mejor país que pudiéramos tener es importante

“Aquí hay muchísimas cosas por hacer y el potencial es infinito, entonces creo que sería de más ayuda estando aquí que en cualquier otro lugar”

que la educación, básica, media y universitaria sea la prioridad, porque yo creo que la educación es lo que saca a un país adelante; también que haya un cambio, entendimiento, reajustar ciertas cosas para que, en conjunto, en todas las esferas, podamos progresar».

Para Fernando el paisaje que muestra hoy Venezuela habla de un país «bastante complejo. Porque cuando te vas hacia el oeste del país, lo que pasa en el Lago de Maracaibo es catastrófico. Igual ocurre con el Lago de Valencia, lo cual afecta también en Maracay. Lugares tan fantásticos –y casi que únicos en el mundo– como el Roraima, en Canaima, te dan un diagnóstico muy claro de lo que pasa en Venezuela».

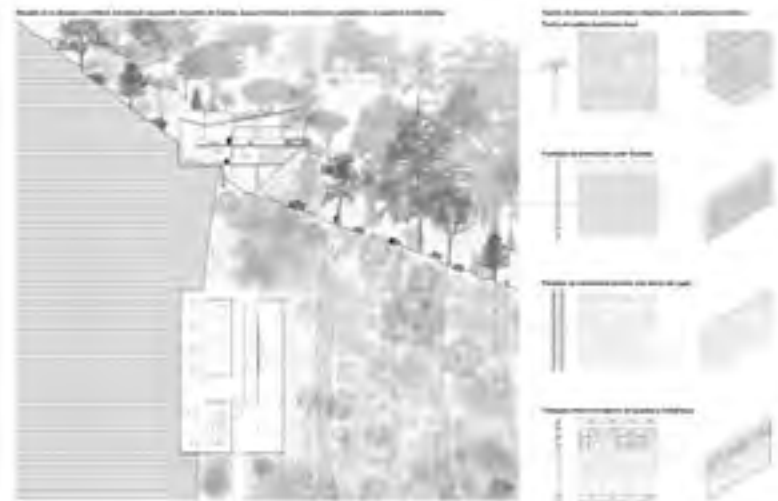
Para el momento del último encuentro para esta entrevista, la respuesta que le había dado Harvard a Fernando era evaluar la posibilidad de diferir su cupo: «No es algo que suelen hacer, ni por razones médicas, entiendo, pero en vista de que es una situación que va más allá de mí y de ellos mismos, al parecer no queda otra que hacer la excepción».

“Me encantaría poder seguir trabajando en barrios, como hicimos en CCScity450. El tema ambiental, sostenible y ecológico en los barrios es muy precario en todos los sentidos”



PROYECTOS





Proyecto: Yewit-kon. Un espacio para el patrimonio cultural.





Proyecto: Parque Cívico Metropolitano.

SITUACION ACTUAL





Proyecto: Conindustria 2030.

CRÉDITOS



Albinson Linares

CARACAS, 1981

Periodista, cronista y escritor. Ha trabajado en medios como *El Nacional*, *Exceso*, *Playboy*, *Últimas Noticias*, *El Mundo*, *Líder* y *The New York Times* en Español. Colaborador permanente de *Qué Pasa*, *Etiqueta Negra*, *Americas Quarterly*, *El Heraldo*, *Letras Libres*, *El Universal* y *Reforma*. Autor de *Hugo Chávez, nuestro enfermo en La Habana* (2013), *El último rostro de Chávez* (2014) y *Caracas bizarra* (2014), este último en conjunto con Juan José Espinoza.

Entrevista Maximillian Nowotka



Ana Carolina Arias

CARACAS, 1967

Comunicadora social egresada de la Universidad Católica Andrés Bello, mención Periodismo (impreso), 1989, y magíster en Comunicación de la Universidad Central de Venezuela, 2013. Está radicada en la isla de Margarita, donde ha ejercido en radio, periodismo institucional y plataformas digitales, escritas y de televisión. Vinculada a instituciones de libertad de expresión en condición de corresponsal de IPYS, delegada del SNTP y actual secretaria general del CNP.

Entrevista Daniel Arturo Rodríguez



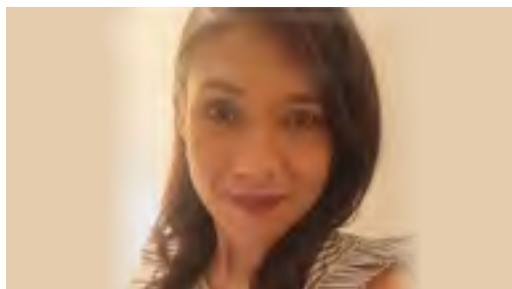
Fotografía Andreína Flores

Cristina Raffalli

CARACAS, 1966

Escritora, profesora universitaria en Francia y periodista cultural. Licenciada en Comunicación Social por la Universidad Católica Andrés Bello, magíster en Estudios Hispánicos y Latinoamericanos en la Universidad Sorbonne Nouvelle. Es autora de *Al ritmo de Gerry Weil* (Guataca y Fundación para la Cultura Urbana, 2016) y de *Combustión y otros relatos* (Editorial Eclepsidra, 2025). Coautora de numerosos libros corporativos, ha publicado sus trabajos periodísticos en los distintos medios impresos y digitales de Venezuela.

Entrevista Josymar Rodríguez Alfonzo



Daniela A. Chirinos A.

VALENCIA, 1980

Licenciada en Comunicación Social, mención Publicidad y Relaciones Públicas (Universidad Arturo Michelena, 2006) y magíster en Administración de Empresas, mención Mercadeo (Universidad de Carabobo, 2025). Miembro del comité organizador de la Feria Internacional del Libro de la Universidad de Carabobo, FILUC (2017-activo); editora de Cultura del diario *Notitarde* (2009-2017); correctora de los libros *Nuevo país de la letras* y *Nuevo país de la gastronomía* de la serie Los rostros del Futuro (Banesco/ ArtesanoGroup, 2016 y 2024).

Entrevista Tomás Caeiro



Fotografía Andreína Mujica

Gabriela Lepage Peñalver

VALENCIA, 1964

Gestora cultural, especialista en comunicación estratégica y R.R. P.P. Estudió Letras en la UCV, Arte Contemporáneo (Teoría) en IESAPAR y dos diplomados de Arte de la Sala Mendoza/Unimet. Ha trabajado por más de 34 años en el área de comunicaciones institucionales y empresariales, en Fundación para la Cultura Urbana, Grupo Econoinvest, AECID, Embajada de España en Venezuela y como gerente general de la Unidad Creativa de Comunicaciones de Nölk Red América.

Entrevista Emilia Monteverde Siso



Grace Lafontant León

CARACAS, 1995

Periodista cultural egresada de la UCAB, donde cursa una maestría en Filosofía de la Práctica. Se desempeña como especialista en la Dirección de Comunicación, Mercadeo y Fundraising de la UCAB. Ha trabajado con *El Nacional*, *Provinci* y *Esfera Cultural*. Cuenta con publicaciones en revistas académicas de la UCAB y en publicaciones de ABediciones.

Entrevista Rodolfo Wallis



Fotografía Michelle Fernández

Gustavo Valle

CARACAS, 1967

Novelista y poeta. Ha publicado las novelas: *Bajo tierra* (2009), *Happening* (2013), *Amar a Olga* (2021) y *El brillo de los niños* (2025); los libros de poemas: *Materia de otro mundo* (2003), *Ciudad imaginaria* (2005) y *La máquina de leer los pensamientos* (2024); y los de crónicas: *La paradoja de Itaca* (2006) y *El país del escritor* (2015). Junto al crítico Carlos Sandoval publicó *Salvar la frontera. Muestra de cuentos de autores venezolanos migrantes* (2024). Vive en Buenos Aires.

Entrevista Rodrigo Armas



Humberto Sánchez Amaya

CARACAS, 1984

Periodista cultural fundador de El Miope, portal y academia, y el podcast El Miope en Radio. Ha escrito para *El Nacional*, *Infobae*, *Crónica Uno*, *El Diario*, *El Estímulo*, *Rockaxis*, *Gladys Palmera* y reseñas de cine en *Filmaffinity*. Colaborador de la serie Los rostros del futuro. Votante internacional de los Globos de Oro. Ha dado clases en el diplomado de Music Business (Universidad Monteávila y Cúscica) y de cine y narrativas culturales (Universidad Monteávila). Ganador del Premio Antonio Arráiz (*El Nacional*, 2012) y de la Orden Juan Liscano (2015).

Entrevista Alejandro de Pasquale



Fotografía Abraham Tovar

Isaac González Mendoza

CARACAS, 1993

Periodista y escritor. Se desempeña como periodista del diario *El Nacional*, como jefe de apertura y como editor del suplemento «Papel Literario». Tiene una columna cultural quincenal en el mismo medio. Ha participado en cinco ediciones de la serie Los rostros del futuro (Banesco/ArtesanoGroup). Tesista de la maestría en Literatura Latinoamericana (USB), ha colaborado con publicaciones como *La Vida de Nos*, *Efecto Cocuyo* y *El Tiempo* (Colombia). En 2016 recibió el premio al Periodista Digital del Año de *El Nacional*.

Entrevistas Oriana Ferrer, Julio Kowalenko



Juan Antonio González

CARACAS, 1962

Periodista egresado de la UCV, mención Audiovisual. Redactor de *El Diario de Caracas* y *El Nacional*. Crítico de cine y de teatro. Ganador del Premio Municipal de Difusión Cinematográfica en 1998. Jefe de Información de Arte y Entretenimiento en el suplemento de *El Universal*, donde coordina la sección «Mirada Expuesta», dedicada a promover el trabajo de fotógrafos venezolanos.

Entrevista Martina Centeno



Fotografía Pungui Muller

Keila Vall de la Ville

CARACAS, 1974

Editora y traductora. Autora de *Minerva* (2023; 2026) y *Los días animales / The Animal Days* (2016; 2021), novelas, trad. R. Myers; *Ana no duerme* (2007; 2016) y *Enero es el mes más largo* (2021), cuentos; *Viaje legado* (2016) y *Perseo en Si bemol* (2023), poesía; y *El día en que Corre Lola corre dejó sin aire a Murakami* (2022), crónicas. Ganadora International Latino Book Award; finalista Paz Prize for Poetry y premio Autores Inéditos de Monte Ávila Editores. Antropóloga (UCV) con MFA Creative Writing (NYU) y MA Hispanic Cultural Studies (Columbia).

Entrevista Azarai Hernández



María Elisa Espinosa

CARACAS, 1967

Comunicadora social egresada de la Universidad Católica Andrés Bello en 1990. Durante sus más de 20 años como periodista en *El Diario de Caracas*, *El Universal* y la revista *Estampas*, desarrolló los géneros de la crónica, el reportaje y la entrevista para retratar con color la vida urbana y sus personajes. Actualmente reside en Cuenca, Ecuador.

Entrevista Reinaldo Martínez Arana



Fotografía Karim Dannery

Maruja Dagnino

MARACAIBO, 1962

Escritora y periodista. Desarrolla la escritura creativa, historias de vida y *storytelling*. Ha publicado los libros *20 mujeres del siglo XX: venezolanas que cambiaron nuestra historia*; *Los alimentos del deseo* (nominado en dos categorías al Gourmand World Cookbook Awards 2018); *Cocina sentimental*; *El libro de la Bisa: colores para celebrar la vida* (historia de familia); *Centro Médico Paso Real: 30 años de buenos pasos* (corporativo). Ha colaborado para una decena de revistas y otra decena de libros.

Entrevista Manuel Ignacio Ball



Mireya Tabuas

CARACAS, 1964

Periodista, escritora y profesora, migrante en Chile. Estudió Comunicación Social en la Universidad Central de Venezuela, cursó la maestría de Literatura Venezolana de la misma casa de estudios y se tituló como magíster en Literatura Latinoamericana por la Universidad Alberto Hurtado. Tiene ocho libros publicados para niños y jóvenes, que han sido traducidos a varios idiomas. Trabajó por 20 años en *El Nacional* y ganó, entre otros, el Premio Nacional de Periodismo en 1996. Edita el boletín *Guayabo* para los migrantes venezolanos.

Entrevista Ana Valenzuela



Rafael Simón Hurtado

VALENCIA, 1958

Escritor y periodista. Fundó las publicaciones *Huellas de Tinta*, *Laberinto de Papel*, *Saberes Compartidos*, *La Iguana de Tinta* (FILUC) y *A Ciencia Cierta*, y la página cultural «Muestras sin retoques». Recibió el Premio Nacional de Periodismo Científico (2008), el Premio Nacional de Literatura URM (2016) y dos Premios Municipales de Literatura (1990, 1992). Ha publicado *Todo el tiempo en la memoria*, *La arrogancia fantasma del escritor invisible* y *Leyendas a pie de imagen*. Estudió la maestría en Literatura Venezolana (UC) y dirige *Inagoanagó*.

Entrevista Rodrigo Marín Briceño



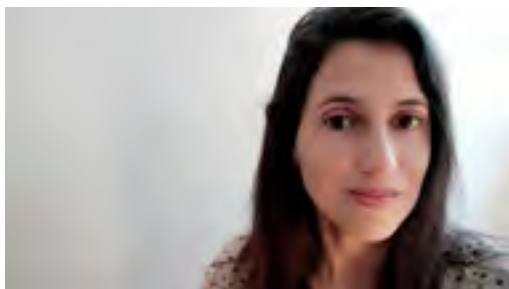
Fotografía Ednodio Quintero

Rosbelis Rodríguez

VALERA, 1995

Poeta y ensayista. Licenciada en Letras con distinción *summa cum laude* por la Universidad de Los Andes. Diplomada en Filosofía Política por la Universidad Simón Bolívar y en Reflexión y Creación Poética por Fundación La Poeteca. Poemas suyos aparecen en las antologías séptima, octava y novena del Concurso Nacional de Poesía Joven Rafael Cadenas. Actualmente es profesora del Departamento de Lingüística de la Universidad de Los Andes.

Entrevista Elisa Rendo



Valentina Rodríguez Rodríguez

CARACAS, 1983

Licenciada en Comunicación Social por la Universidad Santa María y magíster en Teoría y Práctica de las Artes Plásticas Contemporáneas por la Universidad Complutense de Madrid. Trabajó como periodista en los medios *El Universal*, *Contrapunto* y *TalCual*. En este último, entre 2013 y 2015, coordinó la sección de «Artes». En 2015 fue parte del equipo de investigación de la película documental *CAP, dos intentos* (2016), del realizador Carlos Oteyza.

Entrevista Fernando Peraza Azuaje



Víctor Amaya

CARACAS, 1982

Periodista venezolano egresado de la Universidad Central de Venezuela, con maestría en la Universidad Complutense de Madrid. Estudió el curso de Periodismo de Investigación en la Universidad de Columbia, Nueva York. Ha trabajado en medios nacionales como *TalCual* y *Clímax*, en los que también fungió como editor, y colaborado con las plataformas internacionales RFI, Vice News, ABC News y BBC, entre otras. Ha ganado siete premios internacionales de periodismo, incluyendo el Rey de España, y creó la plataforma de periodismo musical Esto Sí Suena.

Entrevista Gildre Aquino

Alejandro Lee

Entrevista Gildre Aquino

Andrés Ortega

Entrevista Josymar Rodríguez Alfonso

Ariadna Polo

Entrevista Maximillian Nowotka

Arqui-Tec construcciones

Entrevista Reinaldo Martínez Arana

Arturo Arrieta

Entrevista Julio Kowalenko

Asia Culture Center

Entrevista Rodrigo Marín Briceño

Claudia Wiesner

Entrevistas Alejandro de Pasquale
Martina Centeno

Corina Fuenmayor

Entrevista Azarai Hernández

Diego Domínguez

Entrevista Gildre Aquino

Diego González

Entrevista Ana Valenzuela

Diego Grandi Office

Entrevista Elisa Rendo

Eddymir Briceño

Entrevista Josymar Rodríguez Alfonso

Eumilis Arellano

Entrevista Josymar Rodríguez Alfonso

GAC Estudio

Entrevista Gildre Aquino

Giorgina Cumarín

Entrevista Josymar Rodríguez Alfonso

Holcim Foundation

Entrevista Fernando Peraza Azuaje

José Cardona

Entrevista Fernando Peraza Azuaje

José Luis Bastidas

Entrevista Rodrigo Marín Briceño

Josselin Chalbaud

Entrevista Ana Valenzuela

Juan Andrés Requena Alcega

Entrevistas Gildre Aquino
Rodolfo Wallis
Tomás Caeiro

Julio Mesa

Entrevista Rodolfo Wallis

Liese Mertens

Entrevista Josymar Rodríguez Alfonso

Luciano Ortiz

Entrevistas Emilia Monteverde Siso
Daniel Arturo Rodríguez

Luis Matos

Entrevista Fernando Peraza Azuaje

Luis Ontiveros

Entrevista Manuel Ball

Marco Guerrero

Entrevista Oriana Ferrer

María Elisa Manzur

Entrevista Elisa Rendo

Mrpunto

Entrevistas Emilia Monteverde Siso
Daniel Arturo Rodríguez

Niccolò Zorza

Entrevista Rodrigo Marín Briceño

Obra Verde

Entrevistas Alejandro de Pasquale
Martina Centeno

Omar Melo

Entrevista Reinaldo Martínez Arana

Outervision

Entrevista Elisa Rendo

Santiago Méndez

Entrevista Oriana Ferrer

Saúl Yuncoxar

Entrevistas Alejandro de Pasquale
Martina Centeno
Oriana Ferrer
Gildre Aquino
Emilia Monteverde Siso
Daniel Arturo Rodríguez
Rodolfo Wallis
Tomás Caeiro

Sergio De la Rosa

Entrevista Azarai Hernández

Silvana Trevale

Entrevistas Rodrigo Armas
Julio Kowalenko

Stefan Gzyl

Entrevista Josymar Rodríguez Alfonso

Steffie de Gaetano

Entrevista Josymar Rodríguez Alfonso

Víctor González

Entrevista Manuel Ball

Yaniurka Pedroza

Entrevista Josymar Rodríguez Alfonso

ZER01NE

Entrevista Rodrigo Marín Briceño

Visítanos en la Biblioteca Digital Banesco

<https://www.banesco.com/biblioteca-digital/>



X @Banesco @Baneskin

f Banesco Banco Universal

@ banescobancouniversal